Helen Graham

La guerra y su sombra

Una visión de la tragedia española en el largo siglo XX europeo



Crítica

Helen Graham

La guerra y su sombra

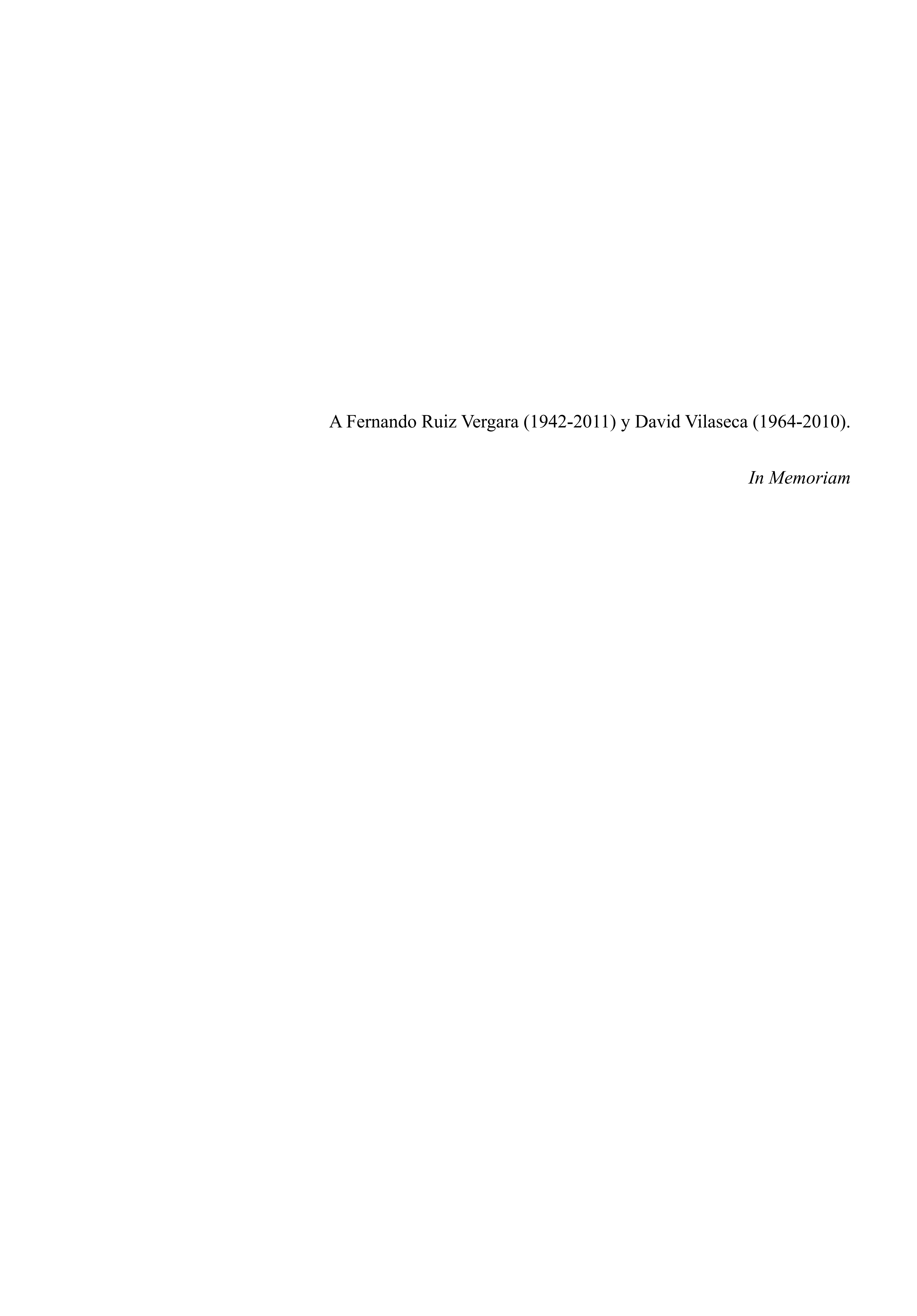
Una visión de la tragedia española en el largo siglo XX europeo



Crítica



Índice



A Fernando Ruiz Vergara (1942-2011) y David Vilaseca (1964-2010).

In Memoriam

Agradecimientos

ESTE LIBRO SE HA BENEFICIADO mucho de la sabiduría, el apoyo intelectual y la ayuda práctica de colegas y amigos en el Reino Unido, España y Norteamérica. Quisiera dar las gracias a:

John Aalto Jr., Montse Armengou, Richard Baxell, Hilary Canavan, Cathie Carmichael, Peter Carroll, Angela Cenarro, Jane y Cheli Durán, Francisco Espinosa Maestre, Mercedes Esteban-Maes Kemp, Sebastiaan Faber, Giuliana di Febo, James Fernández, María Jesús González-Hernández, Penny Green, Joel Isaac, Lala Isla, Angela Jackson, Becky Jinks, Jo Labanyi, Andrew Lee, Magdalena Maes Barayón, Jorge Marco, Mayte Martín, Josie McLellan, Judith Meddick, Carole Naggar, Linda Palfreeman, Bernard Perlin, Lisa Power, Alex Quiroga, Michael Richards, Isabelle Rohr, Francisco Romero, Rúben Serém, Scott Soo, Sandra Souto, Maria Thomas, Bill Thornycroft, Francesc Torres, Piero Tosi, Vanessa Vieux, Marta Vilaseca y Ángel Viñas.

También quiero dar las gracias por su ayuda en la búsqueda de fotografías y documentos o por proporcionarme fotos a:

Peter Anderson, John Aalto Jr. y su familia, Manuela Alonso, el personal del Arxiu Històric de Poblenou, Barcelona, Tom Bannan, Sara Bhagchandani, EFE (Madrid), Jonathan Bell (Magnum); William A. Christian Jr., Elena Delgado, Florence Dumahut (Maternité Suisse d’Elne), Helen Ennis, John Foot, Emilio Grandío, Elena Hormigo León (Hemeroteca/Fototeca Municipal de Sevilla), Robert Jinks, Martin Jönsson, Nathan Kernan, Robert Lubar, Gail Malmgreen (Tamiment Library,

Universidad de Nueva York), Philomena Mariani (International Center of Photography (ICP), Nueva York), Matti Mattson (m.), Francisco Moreno Gómez, Dieter Nelles, John Palmer (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica —ARMH— Zamora), Jean Peneff, sobrino de Manuel Moros, Victoria Ramos (Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Madrid), Óscar Rodríguez (ARMH), Miquel Ruiz Avilés, Javier Santacruz, Peter G. Schmitt (Tamiment Library, Universidad de Nueva York), Ramón Sender-Barayón, Juan Salas (Universidad de Nueva York), Emilio Silva (ARMH, Madrid), Sue Susman, Rémi Skoutelsky, Maria Thomas, Francesc Torres, Grégory Tuban, Sylvia Thompson, Ricard Vinyes, Nik Wachsmann, Mikko Ylikangas (Helsinki), Cynthia Young y Claartje Van Dijk (ICP, Nueva York).

Tengo una deuda con mis compañeros especialistas en Europa del Departamento de Historia del Royal Holloway (University of London) —Daniel Beer, Rudolf Muhs y Dan Stone— por su colaboración durante varios años en el desarrollo de nuestro curso de máster sobre las guerras civiles europeas. Estoy también profundamente agradecida al leal grupo de amigos y colegas que leyeron distintas versiones de este libro y me dieron sus perspicaces e inestimables consejos: en este aspecto, quiero dar las gracias a Becky Jinks, Rudolf Muhs, Alex Quiroga, Dan Stone y Maria Thomas. Paul Preston ha sido una constante fuente de consejos y ánimos a lo largo de todo el proceso de elaboración de este libro. También quisiera dar las gracias por su apoyo al equipo de la Editorial Crítica, en especial a Carmen Esteban y a Joaquín Arias Pereira.

Este libro está dedicado a la memoria de dos personas: el artista y director de cine Fernando Ruiz Vergara, que sufrió directamente en su propia vida la violencia estructural de la transición española. Su documental, *Rocío*, se analiza en el capítulo 7. También dedico este libro a la memoria de un amigo, David Vilaseca, escritor y profesor de teoría de la literatura en el Royal Holloway, que murió en febrero de 2010 en un accidente en el centro de Londres cuando iba con su bicicleta. Su trabajo se apartaba mucho del mío y en los aspectos teóricos nuestras perspectivas no

siempre coincidieron. Precisamente por eso, aprendí mucho de él. Echo de menos nuestras conversaciones y su tranquila presencia.

Introducción

> Las fotografías ... representan un ajuste de cuentas con la historia que captura la medida de los efectos residuales del pasado en el presente, al igual que en el futuro.[1]

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA permanece en la encrucijada del oscuro siglo XX europeo, es decir, en la historia de cómo, no hace tanto tiempo, las matanzas de civiles se convirtieron en el medio brutal a través del cual las sociedades europeas hacían frente a formas de cambio que hacían añicos sus estructuras tradicionales.

El conflicto español fue principalmente sobre esto. Sin embargo, y a pesar de que su dimensión exterminadora fue *sui generis* —provocada por un golpe de estado interno— la escalada de la guerra y de su sombrío núcleo de asesinatos extrajudiciales es inconcebible sin la intervención de los arsenales de los estados fascista y nazi, que equiparon a los militares rebeldes españoles en sus ofensivas de «limpieza» contra los civiles mientras que también bombardearon directamente ciudades abiertas y columnas de refugiados «enemigos». Como se muestra en el primer capítulo España es, así, doblemente representativa de una historia europea más amplia, al prefigurar las muchas otras guerras civiles latentes a través del continente; confrontaciones complejas en entornos enrarecidos sobre identidades y valores sociales que, desde septiembre de 1939 en adelante, se desencadenaron e intensificaron una tras otra, como conflictos armados por las ocupaciones y anexiones nazis.

En el norte, sur, este y oeste de Europa —del Báltico a los Balcanes (Grecia, Serbia y Croacia), en Ucrania y en Francia— estos conflictos siguieron su propio curso violento bajo el caparazón de las guerras de conquista imperial del Tercer Reich. Esta introducción presenta un marco

conceptual para estos conflictos, mientras que el resto del libro muestra las historias humanas de aquellos que se enfrentaron, resistieron y (en algunos casos) sobrevivieron al cataclismo en España.

El Reich de los mil años fue derrotado militarmente en solo seis, pero no así la creencia en la superioridad de las «naciones homogéneas», que el mismo había intensificado de forma nefasta, ni la idea de que la guerra seguía siendo el medio más efectivo de crearlas. Este «conocimiento», utilizado tanto por los estados como por otros ac-tores —y que estaba ya incubándose en España dentro del proyecto franquista nacido de la guerra— ha acechado con éxito desde entonces guerras y genocidios —la frontera entre ambos se desdibuja constantemente— dentro de Europa y fuera de ella. Las circunstancias económicas y culturales específicas pueden variar, [2] pero común a todos es la relación entre crisis y el resultante pánico social que generan un discurso cultural, el cual, a la vez, puede justificar agresiones.



Fosa común en Burgos, 2004

«Lo que debe emprenderse no es la conservación del pasado, sino la redención de las esperanzas del pasado.» La fotografía muestra la exhumación, en Villamayor de los Montes (Burgos), de una fosa común de 46 civiles de sexo masculino, vecinos de los pueblos circundantes, asesinados extrajudicialmente el 24 de septiembre de 1936 por otras personas de la localidad, casi con toda seguridad, civiles vinculados a organizaciones de la derecha. Sus acciones las respaldaron las nuevas autoridades militares que, tras realizar el golpe de estado del 17-18 de julio de 1936, tuvieron éxito en controlar la mayor parte del norte de España.[*] (Fotografía: Francesc Torres, 2004.)

En España, en julio de 1936 todos los partidarios civiles del golpe tenían en común un inmenso miedo a lo que el futuro pudiera suponer para su identidad y para sus entornos más apreciados. Estos enormes miedos estaban inextricablemente vinculados a otros conflictos muy tangibles sobre la distribución del poder económico y político, pero fue la mezcla de los dos factores de miedo y poder la que explica por qué los golpistas tuvieron éxito en proyectar en sus partidarios una imagen de sus propios miedos como un mito sobre las intenciones del «enemigo», de cómo la idea de que «el plan era mataros a todos» justificaba la necesidad, sentida con fuerza, de una forma preventiva de ataque violento «defensivo» y «purificador» (véase capítulo 1).

Sin embargo, la agresión no solo creó su propia dinámica, incontrolable al final incluso para aquellos «vencedores» que más se beneficiaron de ella, sino que, casi inmediatamente, fue obsoleta para el peligro que se percibía. Los procesos de cambio continuaron transformándose, mientras los «vencedores» trataban de aferrarse a sus víctimas. Inevitablemente, uno recuerda las defensas del antiguo fuerte frente a posibles asedios construidas de forma muy elaborada que aparecen en la novela seminal de Sebald sobre la memoria europea —*Austerlitz*—, tremendamente costosas y evidencia del sutil ingenio humano, pero que estaban obsoletas incluso antes de terminarse.[3]

A pesar de las diferencias muy reales entre los sucesos, un mecanismo sorprendentemente similar al desplegado por los militares rebeldes en España en 1936 funcionó igual de bien en los años ochenta y primeros noventa del mismo siglo durante las guerras yugoslavas, cuando se forjó una nueva memoria y una nueva identidad nacional serbia precisamente a

partir de la misma clase de movilización mítica. Por supuesto, los nacionalistas croatas fomentaron y desplegaron exactamente la misma clase de movilización de mitos étnicos para sus fines políticos y su responsabilidad por las guerras que se sucedieron fue también enorme. Pero es la peculiaridad de un *imaginario de miedo proyectado en una guerra*, como resumo aquí, lo que hace el caso serbio similar al franquista. La memoria nacionalista serbia, generada por miedos económicos e incertidumbre política, se solidificó como una percepción de una amenaza existencial que fue entonces imaginada como las «intenciones homicidas del enemigo».[4] Hay, por supuesto, muchas diferencias significativas entre el caso franquista de los últimos años de la década de los treinta y de los años cuarenta, y el caso serbio de los ochenta y noventa.[5] El objetivo de la comparación no es igualar estas dos formas de nacionalismo, sino más bien indicar un paralelismo sugerente que nos pueda permitir pensar de forma más profunda sobre los mecanismos que generaron la violencia en cada caso: una vez un agresor desencadena una guerra —tanto los rebeldes militares en la España de 1936 como los nacionalistas serbios en Yugoslavia/Bosnia— ésta lo envuelve todo, creando significados nuevos y propios, y en cualquier guerra cuyos intereses se centran en aspiraciones relacionadas con la sociedad y el orden político de la posguerra, las atrocidades contra los civiles se suceden en todos sitios, cada «bando» adquiere sus criminales, es implicado en la violencia.

Los serbios agraviados citan los ataques realizados por fuerzas musulmanas en los alrededores de Srebrenica como una justificación de las matanzas de civiles musulmanes cometidas allí en julio de 1995. Sin embargo, para un historiador, a diferencia de para un nacionalista, los crímenes de guerra de los musulmanes no puede obviar el significado que está integrado en la cronología de los hechos. Los serbo-bosnios, como los rebeldes militares franquistas antes que ellos, desencadenaron una guerra que fue justificada públicamente como un medio de «resistir» un horrible destino que primero fue atribuido al enemigo y después infligido a él, reduciendo de este modo al oponente al mismo nivel, forzándole a entablar

combate, haciéndole violento y repugnante mientras que, a la vez, se plantea la agresión original como una «solución duradera» que, tanto en la causa franquista como en la serbia, implicaba un intento de crear una comunidad nacional homogénea dentro del territorio que controlaban.



Srebrenica, 2010

Bosnia y el resto de Yugoslavia salieron de la Segunda Guerra Mundial, como muchas regiones de Europa, como de un Apocalipsis, el paisaje tan plagado de fosas comunes que «la misma tierra parecía respirar».[*]

La fotografía muestra la antigua fábrica de baterías convertida en cuarteles de la ONU en el «refugio seguro» de Srebrenica, que cayó en poder del ejército serbo-bosnio el 11 de julio de 1995. Desde este lugar, las fuerzas vencedoras se llevaron y mataron a miles de refugiados (hombres) musulmanes bosnios. Algunos fueron asesinados en el «calor» de la conquista, en las inmediaciones de la fábrica, incluso a la vista del personal holandés de la UNPROFOR (*United Nations Protection Force*, Fuerza de Protección de las Naciones Unidas); a muchos más los mataron durante los días posteriores de terror «frío» en edificios de granjas y colegios de las áreas circundantes. Incluso muchos refugiados fueron perseguidos hasta darles muerte en los bosques de los alrededores, mientras buscaban llegar a lugares seguros, por cientos de serbo-bosnios que se convirtieron en perpetradores. De las 7.000 a 8.000 personas asesinadas y enterradas en fosas comunes,

hay todavía miles que no han sido encontradas y sus restos yacen dispersos en la tierra de los alrededores.[*] (Fotografía: Robert Jinks, 2010.)

Sigue siendo cierto, por supuesto, que la dimensión étnica de las matanzas que ocurrieron durante la anterior guerra civil yugoslava producida en el periodo de la Segunda Guerra Mundial —cuya memoria fue reprimida por el gobierno de Tito: de hecho, fue reprimida como un axioma fundacional de dicho gobierno— ofreció a la elite nacionalista serbia muchos argumentos para incubar e intensificar las ansiedades populares; algunas relacionadas con la imposibilidad de hacer duelo por sus muertos y un sentimiento de victimización del que sacaron provecho para su labor de movilización mítica de los años ochenta.[6] No había nada de una escala similar en el arsenal de los ultranacionalistas españoles en los años treinta. Sin embargo, había más que suficiente. El brazo de hierro del duradero régimen monárquico español (reinstaurado en 1875 y que se mantuvo hasta 1931) se había basado en la represión directa o indirecta de toda reforma social o política que pudiera haber favorecido un proceso de apertura gradual hacia un auténtico estado de derecho. Esto tuvo como consecuencia singular, aunque para nada paradójica, un intenso y creciente temor social entre los grupos de elite y los grupos subordinados que dependían del *statu quo*. Estos miedos cristalizaron en el aumento de una propaganda perversa, teorías conspirativas y «conspiraciones» reales o inventadas por la policía para justificar una represión ejemplar. Probablemente todo esto fue más intenso en el sur rural y profundo donde unas relaciones de poder extremadamente jerarquizadas y desiguales mantenían cautivos en los latifundios a una masa de jornaleros sin tierra y hambrientos. Pero estos temores se extendieron también hacia el norte y a las clases pudientes de las ciudades más importantes, que conservaban firmemente en la memoria las insurrecciones populares contra el servicio militar obligatorio (1909) y, más adelante, explícitamente contra las privaciones económicas y la exclusión política: el ciclo de rebeliones rurales y violencia-luchas callejeras conocido como «trienio bolchevique», posterior al fin de la Gran Guerra.

Estos miedos pudieron haber sido apaciguados de forma temporal por la dictadura de los años veinte, dado que esta se desarrolló en un contexto de auge económico europeo que durante un tiempo suavizó las aristas del callejón sin salida estructural de España. Pero estos miedos estaban a flor de piel y pronto se convertirían en la base de la movilización social de un novedoso conservadurismo de masas en la España de los años treinta, al ser filtrados y reformulados por los discursos de los católicos integristas, los militares y la derecha agraria bajo la presión de la intensificación del cambio cultural simbolizado por la proclamación de la democrática Segunda República en 1931. Es más, fue tal el poder de esta relectura de los pánicos sociales anteriores que «preparó» eficazmente a los sectores socialmente conservadores para los estragos que el régimen de Franco infligiría posteriormente. La tremenda rapidez de la movilización de fuerzas civiles en apoyo de los militares rebeldes tras el golpe de estado de julio de 1936 solo es comprensible si se tiene en cuenta que ya se encontraban social y psicológicamente «movilizados» de antemano.[7]

Este proceso por el que los sistemas políticos llegan a movilizar a una base social a través del recurso a sus más arraigados miedos psicológicos y materiales es lo que ha llevado a masacres de civiles por civiles en los muchos conflictos posteriores impregnados por la mortífera creencia de Hitler —y de Franco— de que el asesinato era el medio más efectivo de establecer una «comunidad política racional» (véanse capítulos 2, 3 y 6). Es el entendimiento de esto y la conciencia de la terrible realidad que significó el nazismo según se mostraría en su plenitud posteriormente, con todas las muchas guerras de «purificación» étnica, cultural y política que luego desencadenaría, lo que hace comprender aún más la tremenda importancia del esfuerzo republicano al resistir en armas la primera ofensiva del aventurerismo nazi que fue su intervención militar en España. Los costes humanos y sociales que ese «proyecto purificador» tendría para los españoles, tanto en el corto como en el largo plazo, son analizados en el «estudio de caso» del capítulo 3, al igual que atraviesan la segunda parte del libro con sus análisis de la violencia estructural del régimen de Franco y sus

duraderos efectos hasta la actualidad. El capítulo 4 examina en un marco más amplio algunas de las formas más destacadas de resistencia cultural, social y política a este proyecto purificador, tanto al fundirse en la España de 1936-1939 como también en la memoria y el legado que han dejado en Europa y fuera de ella, un tema que también reaparece en el capítulo final. A lo largo del libro cuento esta historia mayor a través de las historias de vida de gente que lo sintió con toda su fuerza en su propia carne.

Precisamente porque el franquismo nació de una guerra posibilitada por la intervención nazi y fascista, con un proyecto político concebido desde dentro como un nacionalismo fundamentalista, extremista en su virulenta extirpación de la diferencia, los principales conceptos de referencia para su análisis que se utilizan en el texto son los del nuevo orden nazi del que Franco deseó formar parte con vehemencia. Las comparaciones entre el franquismo y el estalinismo son menores, aunque no menos pertinentes, principalmente con respecto a un despliegue similar de ideas sobre el «trabajo» y el «sacrificio» en la conceptualización del trabajo forzado y el universo carcelario (véase capítulo 6). En la Unión Soviética, el otro gran ejemplo de construcción brutal de un estado durante el periodo de entreguerras en Europa, el objetivo ideológico aparente era eliminar el nacionalismo. Pero las matanzas y las formas de violencia extrema llevadas a cabo por el sistema estalinista tuvieron una fuerte carga étnica, dirigiéndose a grupos enteros de «pueblos enemigos» durante los años treinta y la Segunda Guerra Mundial. Y aunque no era el objetivo del régimen de Stalin crear un estado nacional homogéneo, el sistema, al igual que el mismo Stalin, demostraron una temerosa obsesión por la diferencia étnica.[8]

Aunque los capítulos de este libro siempre tienen el nacionalismo fundamentalista como centro de sus análisis, ninguno se dedica explícitamente a las polémicas sobre la definición de genocidio que, a menudo, oscurecen más que aclaran la investigación y, poco pueden añadir a lo que este libro busca explicar. Sin embargo, es importante destacar que tanto los complejos y crispados debates sobre la definición de genocidio,

como también aquellos circundantes relacionados con las formas de matanzas extrajudiciales como crímenes de guerra o crímenes contra la humanidad, a menudo sufren una descontextualización similar, centrándose de forma casi hipnotizada en los actos mismos de violencia mortal y, especialmente, no logran situar en su contexto histórico concreto tanto los motivos como las mismas formas de la violencia.[9] Esto es en parte un reflejo de cómo los investigadores han adoptado categorías legales, pero, en todos los casos, no tener en cuenta el contexto histórico (lo que, como la observación «en primer plano» del acto, supone también la reducción de eventos complejos a mitos trillados, clichés y estereotipos racistas) es, además, conveniente para otros al proporcionar coartadas para las sociedades «normales» actuales y permitir el encasillamiento de la violencia como «aberrante», ignorando así, una vez más, lo que es ya claramente un «elefante en una cacharrería»: que es en tales sociedades normales, incluyendo aquellas que se autodefinen y perciben como «modernas» y «civilizadas» donde, una vez que específicas configuraciones de crisis se combinan bajo condiciones de tensión, individuos corrientes, seres humanos corrientes, matan a sus vecinos.[10]

En prácticamente todos los casos también interviene una fase intermedia en la que los miedos sociales intensos son mitificados y transformados, habitualmente por algún tipo de mediador político (la jerarquía eclesiástica, elites militares o partidos ultranacionalistas) que pueden o no creer ellos mismos en dichos miedos sociales, o que creen en ellos en cierto grado a la vez que tienen otros objetivos. Este «transformador mítico» parecería ser el disparador fundamental para legitimar la participación masiva en los asesinatos, quizá porque existe una necesidad humana, o al menos ampliamente transcultural, de racionalizar la violencia, incluso si esta «racionalización» es mítica. De otra forma, es imposible componer un relato *post-hoc* de la violencia que permita cierta clase de reconstrucción social y, especialmente, que facilite a los autores vivir con ellos mismos.[11] Por la misma razón, una narrativa internacional —periodística o de otro tipo— que opera con categorías ahistóricas (España como una cultura

exótica, «sureña» y violenta o los antiguos odios tribales en los Balcanes), o que se fija en las consecuencias de las guerras civiles como si fueran las causas (la completa «inestabilidad» republicana o la necesidad de mantener separadas a las distintas etnias en Bosnia), también proporciona una coartada crucial para una noción de modernidad ya casi agotada y conjura temporalmente el momento del reconocimiento de que su control es una ilusión, reconocimiento que de otra forma sería inevitable. El conocimiento de este «agotamiento» colmó los hechos en Srebrenica, donde los refugiados fueron asesinados ante la presencia y a la vista del personal de la ONU.

También después de la victoria militar franquista en España, las potencias internacionales hicieron caso omiso a la institucionalización de la masacre por parte del régimen a partir del 1 de abril de 1939, a pesar de conocer perfectamente que se estaba produciendo.[12] Después de 1945 los aliados occidentales serían igual de comprensivos al aprobar la limpieza étnica en Europa central y oriental, disfrazada de «traslado de poblaciones» o «expulsión», en un proceso que incluyó también un gran número de muertes violentas, todo en nombre de lograr la homogeneidad étnica.[13] La segunda parte del libro examina el contexto en que se produjeron formas de matanza institucionalizadas en España y sus consecuencias para la historia y la memoria del largo franquismo, tanto en España como fuera de ella. La dictadura se presentaba a sí misma como una extensión de la guerra civil al buscar construir una comunidad nacional monolítica por medio de la extirpación violenta de las identidades culturales y políticas republicanas; una declaración que se intensificaba aún más al negar el régimen de forma retórica y persistente esta violencia (la «paz incivil»). Los múltiples y duraderos efectos de la extrema violencia que desencadenó el franquismo nacido en la guerra, tanto la violencia estructural como la física, todavía persiguen a España, mucho después del final de la dictadura. Esto es evidente en algunos discursos políticos intolerantes y en la persistencia de los modos políticos clientelares renovados por el régimen de Franco y perpetuados a lo largo de la transición democrática. Es evidente también en

cierto desdén y arrogancia existente en el estado constitucional y que se sustenta en lo que podemos llamar el campo de la memoria todavía «vivo» del franquismo. Sus mitos una vez mortales tampoco han dejado de modelar las percepciones europeas y occidentales de la historia reciente de España: Franco fue un nacionalista chapado a la antigua, la intervención militar fue una respuesta patriótica y necesaria frente a la subversión política, la inestabilidad y las divisiones internas empedernidas de un país que no estaba preparado culturalmente para una democracia constitucional. De hecho, más que ser neutralizados o estar desapareciendo, estos mitos pueden estar aumentando su valor en la estela del nuevo dominio ultranacionalista en Europa centro-oriental de finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

En Srebrenica y en otros lugares de Bosnia, el trabajo de recuperar e identificar a las víctimas del nacionalismo continúa. Es incuestionable que esto ofrece apoyo a sus familiares y justifica ampliamente el esfuerzo,[14] en particular porque ha sido difícil de lograr, como su equivalente en España. Pero hay también consecuencias más ambivalentes ya que esta recuperación de los restos refuerza la cada vez mayor credibilidad moral de una forma de «razón» cultural y política ya gastada, cuyos representantes son los mismos firmantes de la paz negociada internacionalmente en Bosnia en 1995 y que respaldó la visión del mundo de los responsables (o, al menos, evitó que la alianza antiserbia acabara su trabajo). En 1995, como en 1945, se aceptó que la homogeneidad étnica era deseable y normativa, apoyando de este modo los mismos mitos peligrosos del nacionalismo.



Sarajevo (1993-2003)

«Una fotografía puede ser la luz sutil que nos ayuda modestamente a cambiar las cosas.»[*]

Los paneles de la fotografía contienen imágenes tomadas en septiembre y octubre de 1993 por el periodista gráfico Miquel Ruiz Avilés, incluyendo la de la fachada de las oficinas del periódico *Oslobođenje* en Sarajevo, destruida por la guerra (a la derecha). Estas imágenes fueron después parte de una exposición itinerante diseñada por Fotógrafos sin Fronteras (http://photographerswithoutborders.net) con el objetivo de recoger fondos para ayudar a los civiles de la asediada capital bosnia. Coincidiendo con la invasión de Irak en 2003, se ofreció a los visitantes dejar constancia de sus pensamientos escribiendo en los paneles. En Gerona, Cataluña, uno de los destinos de la exposición, alguien eligió escribir en el panel de *Oslobođenje*: «Ací s'acaba la nit, comença el día». También visible a la izquierda del panel de *Oslobođenje* (y en el lado izquierdo de la foto) es el edificio de la Biblioteca Nacional, en Sarajevo, destruido la noche del 25 de agosto de 1992 por el bombardeo de las fuerzas serbias que asediaban la capital bosnia, lo que supuso la pérdida del 90 por ciento de sus libros. (Fotografías: Miquel Ruiz Avilés, 1993-2003.)

Evito el adjetivo «étnico» porque lo que queda claro del estudio de España es que el potencial homicida pertenece al mismo nacionalismo, sin calificativos.[15] Con la ventaja de analizar los hechos desde el presente,

queda bastante claro que la «etnicidad» ha sido siempre simplemente el más mortal de los mitos en el arsenal de la «idea nacional». Excepto que nunca ha habido nada simple en esto, como podemos ver en la actualidad en la continuación, incluso el crecimiento, de la capacidad de su «transformador mítico» de fortalecer las ambiciones políticas y proyectos de masas de una nueva derecha populista-nacionalista a lo largo de Europa.

1

Un conflicto para nuestro tiempo: la guerra civil española desde la perspectiva del siglo XXI

La Guerra con su luz de fusilería nos ha abierto los ojos a todos. La idea de turno político ha sido sustituida para siempre por la idea de exterminio y de expulsión, única válida frente a un enemigo que está haciendo en España un destrozo como jamás en la Historia nos lo causó ninguna nación invasora.[1]

Nosotros mismos somos la Guerra
(diario de un *Freikorps-Kämpfer*)[2]

EN LA ESPAÑA ACTUAL, la guerra civil desencadenada hace setenta y cinco años es todavía «el pasado que no acaba de pasar» y un juez español, Baltasar Garzón, de renombre internacional por su defensa de los derechos humanos, ha sido recientemente excluido de la carrera judicial a través de unos procesos en cuyo desarrollo tuvo gran importancia su intento de investigar los crímenes de la dictadura franquista que nació de aquella guerra.[3] En el extranjero, Garzón es mucho más conocido por su intento de extraditar a otro dictador militar, Augusto Pinochet, para responder por los asesinatos y las desapariciones forzadas de unos tres mil chilenos durante su régimen (1973-1990). Franco fue responsable de la desaparición de 10 veces más personas, además de decenas de miles más de asesinatos extra y cuasijudiciales. No obstante, fuera de España hay todavía relativamente poca conciencia pública de esta dimensión de la guerra. El foco de atención ha permanecido, por el contrario, en la alta política y la diplomacia: la rápida intervención militar de las expansionistas Alemania

nazi e Italia fascista, resueltas a desplazar la hegemonía anglo-francesa en Europa, que convirtió a España en la antecámara de una guerra continental y, finalmente, mundial.[4]

Sin embargo, es la larga sombra de la guerra mundial la que ahora devuelve a un marco central los aspectos más inquietantes de lo que sucedió en España. El terremoto de cambios producidos en Europa desde 1989 ha permitido un análisis profundo y sin precedentes de la convulsión continental de 1939-1945 (más exactamente, de 1938-1947) y está ahora empezando a dejar al descubierto a un público más amplio la cruda verdad ya conocida por historiadores especialistas: que esta fue una guerra hecha principalmente contra civiles;[5] es más, millones de ellos fueron asesinados no por invasores y extranjeros, sino por sus propios compatriotas, incluso por sus propios vecinos.[6] Una guerra de enemigos íntimos y masacres locales, por tanto, que ocurrió a lo largo de Europa y cuya intensidad derivó de ser tanto o más guerras culturales que guerras de posiciones políticas; o, más bien, fueron posibles como conflictos de masas por la fuerza de sus profundas raíces culturales, entendiendo por cultura la narrativa común sobre cómo está organizada una sociedad y cómo es explicada recíprocamente por sus habitantes con referencia a un conjunto de valores colectivos considerados apropiados para sustentarla.

Estos conflictos multiformes eran las manifestaciones microcósmicas, en la vida diaria, de procesos «impersonales» de transformación social derivados, en último término, de la industrialización y la urbanización. A finales del siglo XIX este impacto estaba empezando a ser más evidente, directa o indirectamente, también en el este, centro y sur del continente europeo, y se aceleró aún más con las consecuencias de la movilización bélica de masas —probablemente mayor en las fábricas que en el frente militar en sí mismo— durante la Gran Guerra de 1914-1918. Esta fue una guerra que, antes de que sucediera, había sido imaginada por muchos, incluyendo entre ellos a las elites imperiales y agrarias tradicionales de Europa, como una «abrazadera» que iba a mantener acorraladas o, incluso, neutralizar las consecuencias sociales inesperadas del cambio industrial que

estaba ya actuando como un disolvente de las viejas formas de orden político y social. Pero el «suceso» en sí mismo fue bastante diferente de cómo lo habían imaginado. La aceleración de la movilización laboral en la retaguardia y de la movilización militar de masas para hacer frente a las necesidades de una guerra industrializada moderna cambió para siempre el equilibrio de poder en todo el continente. De hecho, con la perspectiva de un siglo de distancia, podemos ver como muchos de los cambios sociales y la movilización económica que *precedieron* al conflicto estaban ya influyendo activamente en lo que serían las consecuencias sociales y políticas de la guerra a medio plazo. Pero, en el intermedio, la Gran Guerra produjo una especie de punto muerto o empate, hiriendo mortalmente al viejo orden continental de imperios, gobiernos de elite, jerarquía y deferencia social, pero sin rematarlos completamente.

Por tanto, en este punto, en los años veinte y treinta estalló un torbellino de posibilidades. La gente estaba moviéndose físicamente, al intensificarse el desplazamiento demográfico con la movilización militar y el trabajo bélico. Y sus ideas, el mismo sentido de su propia vida, a menudo se estaban moviendo con ellos. ¿Quién debía ahora intervenir en la política?[7] ¿Qué valían más: los nuevos derechos políticos concedidos por los sistemas constitucionales emergentes o en desarrollo o los deberes y nociones de servicio/trabajo derivados de un orden social más viejo y rígidamente jerárquico? ¿Qué privilegios —políticos, económicos y culturales— podían los ricos mantener todavía sobre aquellos cuyo único «capital» eran su ciudadanía o su pertenencia a un estado o nación recientemente adquirida? ¿Cómo podían las ideas seculares de comunidad coexistir con los valores y la cultura religiosa? Especialmente porque estos últimos no habían sido, en general, independientes, sino más bien esenciales para reforzar y mantener las relaciones tradicionales (y, por tanto, normalmente jerárquicas) en las aldeas y pueblos pequeños en los que todavía vivían la mayoría de los habitantes de la Europa continental-central, del este y del sur.

Los conflictos europeos del periodo de entreguerras eran más sobresalientes y surgían principalmente de los significados que creaba la

mayoría de su población todavía abrumadoramente rural, en la que deben incluirse los numerosos habitantes de pueblos de provincias, en su enfrentamiento con el cambio social que avanzaba, incluso aunque para muchos este siguiera siendo un rumor amortiguado. Las tensiones económicas preexistentes, especialmente donde estaba presente una masa de campesinos sin tierra, se hacían más conflictivas en el nuevo ambiente en el que las noticias de los numerosos muertos por la guerra promovían el discurso emergente de los derechos políticos. Sin embargo, incluso donde no predominaba un problema de propiedad de la tierra, surgían las mismas preguntas: ¿como iban a dirigir y reconfigurar los intereses dentro del mismo mundo rural las nuevas formas de política, fruto de las nuevas circunstancias?; y en esta pregunta se incluyen los intereses de los terratenientes y los de un complejo conjunto omnipresente de personas con recursos más limitados, ya fueran pequeños propietarios campesinos, arrendatarios de tierras, administradores y criados de fincas, funcionarios provinciales, policías y las más amplias clases comerciales y de servicios de la localidad. Incluso ante un futuro incierto, estaba lejos de ser patente una comunidad de intereses económicos hasta que una percepción de ella se solidificó a través de la emergencia gradual de un conjunto colectivo de miedos y ansiedades sociales, sentidos intensamente, aunque durante bastante tiempo también de forma difusa, que tenían que ver con el cambio *social* futuro y la amenaza de perder sus puntos de referencia, normas familiares o su ambiente local conocido.[8] Fueron estos miedos los que sustentaron el *gentry pact* [«pacto de caballeros»], como una nueva alianza política reconocible en todos los territorios y estados de la Europa de entreguerras entre las viejas elites terratenientes y otros componentes, habitantes de aldeas y pequeños pueblos y antiguos funcionarios «imperiales» anclados en el orden anterior a 1914.

Sus miedos se centraron y cristalizaron en una imagen de la ciudad como una amenaza y, sobre todo, como una fuente de desestabilización que empezó a preocuparles. Por supuesto, este miedo no era hacia los centros urbanos *per se*, que existían desde hacía mucho tiempo. Tampoco tenía que

ver con su configuración como algo extraño o similar, relacionado con la separación física o la falta de intercambios, ya que había unas relaciones frecuentes y hasta crecientes entre el mundo rural y el urbano, que incluía a los trabajadores emigrantes, y ya estaban empezando a aparecer formas intermedias de identidad y hasta de espacios. Fue, de hecho, precisamente esta sensación de inestabilidad social, de cambio de significados que podía habitar los espacios urbanos lo que explica la emergencia de nuevos imaginarios populares temerosos que identificaban a la ciudad con los nuevos deseos políticos, algunas veces igualitarios, pero siempre desestabilizadores, que estaban tomando forma dentro de ella. Esto queda resumido en la repugnancia, casi náusea existencial, con la cual los oficiales y cadetes de los ejércitos imperiales (de la Alemania guillermina o de los Habsburgo) describían en sus diarios y en su correspondencia las escenas de fervor popular, y la total aberración y el alboroto que suponía, a sus ojos, la presencia popular en las calles que les recibía en su regreso a las ciudades desde el frente.[9] Evocaban estas escenas —en Berlín, en Budapest y en muchos otros pueblos y ciudades de Europa central— como un enfrentamiento, exacerbado por la derrota militar que también lo aceleró, entre sus valores honorables y respetuosos del orden y el principio de un Apocalipsis social encarnado por las masas presentes en las calles.

> En una mañana gris de noviembre se me autorizó a abandonar [los cuarteles] por primera vez ... Cuando llegué cerca de la calle principal de la ciudad, oí un vocerío salvaje. Pronto vi una gran multitud de personas, entre ellas algunos soldados en uniforme de combate ... Algunos llevaban brazaletes rojos ... Aproximadamente 12 o 15 de ellos estaban pegando a dos jóvenes oficiales ... Algunos civiles gritaron y las mujeres chillaban «¡pegadles hasta la muerte, malditos oficiales!» ... Me acerqué rápidamente ... [pero] no llegué muy lejos ... Fui rodeado por un grupo de soldados y sentí los primeros golpes ... Ellos también cogieron mis estrellas y medallas al valor y tiraron a la calle sucia la «Groβe Silverne» [una alta condecoración militar] con la cara del Kaiser. De repente, nos dejaron solos ... Escupí la sangre y recogí del suelo los pedazos de mi sable y mis condecoraciones al valor. «Maldita chusma», pensé, «algún día se os ajustará las cuentas.»[10]

Escenas similares se describen reiteradamente, filtradas a través de una narrativa cultural ya saturada por el miedo a la revolución francesa y en las que están presentes de forma destacada mujeres fuera de control. Esta

ansiedad fue, obviamente, acelerada por una amenaza que se percibía más inmediata: la revolución bolchevique, que, además de como un peligro político, fue tremendamente movilizadora porque concretaba todos los miedos sociales que *ya* había en el viejo orden y sus partidarios del *gentry pact*.

Se puede decir incluso que gran parte de lo que sucedió a partir de ese momento en la oscura mitad del siglo XX europeo se relaciona, directa o indirectamente, con la muy difícil «aceptación de la ciudad»; una aceptación desigual, a regañadientes y tácita, de las heterogeneidades y la heterodoxia, del completo desorden y la fractura que muchos veían en el espacio urbano moderno y los «problemas» que este señalaba a las elites y a todos los otros grupos con alguna participación psicológica en los valores del *gentry pact*. El viejo mundo rural amenazado no era solo el orden económico, sino también un conjunto de valores sociales y culturales considerados claros y «nada ambiguos»: tradición, religión, las virtudes «sencillas» de campesinos y pequeños propietarios, una sociedad políticamente desmovilizada y con las mujeres en su sitio, es decir, en la casa familiar. Y estos elementos, más aún que valores sociales y culturales, eran considerados también como un conjunto imprescindible para el bienestar psicológico.[11]

Así, el *gentry pact* se conformó como una audiencia para nuevas formaciones radicales de nacionalismo conservador que, desde 1917-1918, hablaban directamente a sus necesidades y miedos. La conjunción de incertidumbre económica, batallas en torno a recursos y crisis producida por el cambio estructural combinada con los cambios inducidos por la guerra incrementaron el miedo e intensificaron la actuación del «transformador mítico» definiendo como «problema» a todos aquellos que no encajaban. Como una declaración de intenciones, los individuos de clase media-baja de provincias y los de la clase alta de los centros urbanos más grandes ingresaron en «guardias nacionales» cívicas de distinto tipo, ya fuera para la acción inmediata, por ejemplo, en Hungría (el terror blanco), o, como en la España de los años veinte, se alistaron en órganos como el Somatén.[12] En

todo caso, en todos los lugares y desde el principio, este tipo de organizaciones definieron «lo nacional» en términos muy excluyentes. El mismo patriotismo pasó a ser entendido rápidamente como aquel que aseguraba la estabilidad social sobre bases tradicionales y a perpetuidad. Estas organizaciones eran a la vez la manifestación de los miedos al cambio y un instrumento paramilitar —ya fuera en acción o embrionario— para resistirlo por la fuerza, manteniendo no solo el orden público sino también el orden social. De forma simultánea, los años veinte supusieron en toda Europa la expulsión efectiva y la exclusión de muchos que se consideraba que no «encajaban»: progresistas urbanos, obreros autodidactas con ideas, trabajadores que ya no estaban dispuestos a inclinar la cabeza/guardar la obediencia debida y seguir los viejos caminos. Aunque eran una minoría en el total de la población europea, era una minoría significativa, que llegaba a muchos miles de personas que se marcharon de Finlandia (1918), Hungría, Polonia, Yugoslavia o Grecia en los años veinte, una parte exiliados políticos, y otra, emigrantes económicos.

La etnicidad pudo ser un disparador en algunos contextos —en Europa central donde esta defensa ultranacionalista radical de la estabilidad social se superpuso parcialmente con una cultura popular de antisemitismo—, así por ejemplo en los años veinte en Polonia se buscó movilizar a las clases medias bajas de origen polaco como una guardia cívica para boicotear las empresas comerciales judías. Pero en muchos países de la Europa continental se produjo después de la Gran Guerra una «limpieza» política y social visiblemente similar sin ningún componente étnico; y esta última categoría que aparece con claridad como dominante a la luz de los acontecimientos posteriores, también se ensombrece algo, incluso en Europa central, ya que, a menudo, las categorías de judíos excluidas en ese momento reflejan el perfil de las «limpiezas» sociales y políticas no étnicas de otros lugares. Los «chicos refugiados inquietos» retratados en el análisis de la historia social de las Brigadas Internacionales en el capítulo 4 eran tanto judíos como no judíos, pero las razones por las que dejaron sus lugares de nacimiento en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial

eran muy similares, ya salieran de Finlandia o de Hungría, como en el caso del refugiado de Budapest que llegó a ser Robert Capa. Al fotografiar a los brigadistas, Capa atestiguó sus experiencias en España y más tarde, en «habitaciones ... barridas por los caminos y viajes» (véase también el ensayo fotográfico del capítulo 5 y la imagen de portada del libro).[13] Las fotografías de Capa provocan una inmediata reacción a través de su intensa carga de conexión/relación humana. El suyo fue un enorme talento natural sustentado por una empatía derivada en particular de una conciencia de que estaba fotografiando un destino que fácilmente hubiera podido ser el suyo. En todo esto, por supuesto, el antisemitismo era en los años veinte bastante más que un ruido de fondo, pero la determinación de purificar y homogeneizar concibió, creó y tuvo como objetivo a una mayor variedad de «amenazas» y «peligros» humanos: aquellos percibidos como heraldos del cambio social, una categoría versátil que no estaba encarnada por un único grupo étnico.

De aquellos que se sintieron obligados a irse, algunos siguieron el camino establecido y añejo de Norteamérica, aunque los Estados Unidos ya no ofrecían el acceso relativamente fácil de tiempos anteriores. Muchos otros partieron para otros países europeos, Francia especialmente, donde las pérdidas de la guerra combinadas con un bajo índice de natalidad provocaron una escasez de mano de obra importante. Pero también en Francia empezó pronto a funcionar exactamente el mismo «transformador mítico» y, al crecer las tensiones internacionales en los años treinta frente al claro intento expansionista nazi, también en la *Francia profunda*, en la mayoría de las aldeas y pueblos rurales, además de en los centros provinciales empezó a aparecer un nacionalismo intransigente, cuasi étnico, que identificó como «problema» a aquellos grupos de trabajadores urbanos emigrantes que vivían en Francia y cuyo número estaba aumentando aún más gracias a los contingentes que llegaron posteriormente, incluidos grupos de refugiados políticos, considerando que todos ellos, como antifascistas y extranjeros, estaban dedicándose de forma perversa a llevar a Francia a una guerra con Alemania. En la segunda mitad de 1938, y tras el

fracaso final del gabinete de Frente Popular de Léon Blum en abril, el gobierno de Daladier decretó una serie de restricciones para refugiados y trabajadores extranjeros que, a la vez que jugaba en términos populistas con los miedos existentes, también atizó un antisemitismo y una xenofobia crecientes en Francia que solo parcialmente tenía motivos económicos, y que incluso algunas veces no concordaba con las necesidades de la economía y la defensa francesas.[14] Por consiguiente, los extranjeros nacionalizados, especialmente si eran judíos, estuvieron cada vez más afectados por restricciones de facto, mientras que los emigrantes y los nacionalizados que retornaban de luchar como voluntarios en el ejército republicano español contra los rebeldes apoyados por los nazis y los fascistas se vieron internados en campos de concentración, frecuentemente de forma indefinida, por un gobierno francés republicano y en tiempo de paz.

> Un alto porcentaje de la población del continente se había acostumbrado ya a la idea de ser un proscrito. Estas gentes se dividían en dos categorías: las condenadas por el accidente biológico de su raza y las condenadas por su credo metafísico o su convicción racional con respecto a la mejor forma de organizar el bienestar de la humanidad. Esta última categoría incluía a la elite progresiva de la intelectualidad, a las clases medias y a las clases trabajadoras de la Europa del centro, del sur y del este.[15] Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, p. 93. Hay trad. cast.: *Escoria de la Tierra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951 (2ª. ed.), p. 103

Esto escribió Arthur Koestler desde su internamiento en el campo de concentración de Le Vernet, cerca de Toulouse, que fue «rehabilitado» por el gobierno Daladier para recluir a los brigadistas internacionales que habían cruzado hacia Francia después de la caída de Cataluña en febrero de 1939 con el derrotado ejército republicano. A diferencia de los campos de internamiento de las playas, como Argelès, St. Cyprien y Le Barcarès, que fueron establecidos precipitadamente para alojar a los refugiados españoles, Le Vernet, como Gurs y otro pequeño número de campos a lo largo del suroeste, fueron concebidos expresamente como campos de castigo o disciplinarios. Así, mientras los refugiados en los campos de las playas sufrían condiciones espantosas, especialmente al comienzo, por la absoluta

falta de servicios básicos e incluso de protección contra las duras condiciones climáticas, en Le Vernet los presos eran sometidos a un régimen carcelario explícito, lo que, por supuesto, dice mucho sobre cómo veía el gobierno francés a los brigadistas. Más adelante, Le Vernet fue ampliado para alojar a otros «indeseables» o extranjeros enemigos, una categoría a la que se consideró que pertenecía Koestler, periodista y escritor húngaro de nacimiento. Frente al más afortunado y mejor conectado Koestler, que estuvo cuatro meses en el campo, la mayoría de los encarcelados no tenían ninguna esperanza de ser liberados. Al igual que sus homólogos en Alemania habían sufrido un Munich en los campos,[16] así también el destino de los reclusos de Le Vernet estuvo determinado por la xenofobia que era estimulada por la política de apaciguamiento. De una población de más de cinco mil personas del campo, solo una pequeña minoría (aproximadamente cincuenta personas) sería puesta en libertad antes del hundimiento militar de Francia. Algo más de dos mil prisioneros pasaron al final del control francés al de la GESTAPO alemana,[17] aunque no antes de que las horribles condiciones del campo, donde eran comunes el hambre y las enfermedades, hubieran causado una rebelión de pura desesperación en abril de 1941. Sofocada brutalmente por la policía local, su resultado fue también una verdadera sentencia de muerte para aquellos que, como consecuencia, fueron deportados a Alemania o a los infames campos de trabajo del norte de África, aunque estos últimos son un espacio de deportación y encarcelamiento de europeos todavía bastante inexplorado por los historiadores.[18] Todo lo que queda en la actualidad del campo de Le Vernet es su cementerio. Restaurado en los años noventa, recuerda de forma austera a los refugiados y exiliados políticos de unas cincuenta y cuatro nacionalidades —de las cuales, el grupo más grande era el de republicanos españoles— que soportaron sus condiciones.

> En un «centígrado de liberalismo», Vernet era el cero de la infamia; medido en el «Fahrenheit de Dachau» todavía marcaba 32 grados sobre cero. En Vernet, los golpes eran asunto diario; en Dachau, los golpes se prolongaban hasta matar a un hombre. En Vernet, la gente moría por falta de atención médica; en Dachau, se le daba muerte a propósito. En Vernet, la mitad de los prisioneros tenía que dormir sin mantas a veinte grados bajo cero; en Dachau, se les colocaba

sobre el hierro y quedaban expuestos al frío.[19] Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, p. 94. Hay trad. cast.: *Escoria de la Tierra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951 (2ª. ed.), p. 104

Pero en la misma posibilidad de comparación, Koestler nos recuerda que allí en Francia, en la red de campos de internamiento y de «castigo» para brigadistas y refugiados que cubrían el paisaje del Rosellón en «tiempo de paz», era ya una realidad el universo concentracionario europeo. Le Vernet y los demás campos de su tipo no eran tan consistentemente mortales en sus efectos como Dachau o los otros campos alemanes «tempranos» donde la ley era ya letra muerta. Pero Le Vernet o Gurs, Bourg-Madame o Bram y los muchos otros campos eran también lugares donde los prisioneros, tanto si sufrían y morían como si sufrían y sobrevivían, ya se habían convertido en *vidas nudas*: eran muertos civiles, estaban excluidos de todas las «naciones», y desprovistos, así, tanto de los valores simbólicos como de los derechos que aquellas implicaban.[20] En estos campos también podían encontrarse las crueldades típicas del universo concentracionario posterior, con sus castigos arbitrarios, su tiranía mezquina y sus tareas inútiles.[21] Fue la creación inducida por el miedo —al mismo tiempo surrealista y, por desgracia, demasiado real— de una supuesta «solución» al problema que los oficiales de los eximperios habían visto en las calles de Berlín, Linz y otras ciudades de Europa central en 1918; una patología que ahora se extendía por todo el continente y que se veía a sí misma como el restablecimiento del control.

Fue en este mundo de temores sociales en el que se desencadenó la guerra de expansión territorial de Hitler y esta última equipó una miríada de guerras civiles europeas que ya estaban preparadas. En pueblos y aldeas de gran parte del continente, estallaron «guerras irregulares» de muchas clases, llevadas a cabo en nombre de posibles futuros diferentes, sobre el incierto terreno abierto por la estela de la Gran Guerra. Estas guerras civiles europeas, del oeste, este, norte y sur, asumieron, como era de esperar, una desoladora intransigencia «purificadora» —igual que la de los mismos nazis—, ya que muchos de los que las llevaron a cabo hacía mucho tiempo que habían supuesto que la «solución» para los cambios convulsos se

encontraba en la creación de comunidades «homogéneas», ya fueran étnicas, políticas o religiosas.[22] De estos enfrentamientos intestinos emergería lo «socialmente nuevo», aunque qué podía significar esto no estaría claro en ningún sentido, en la práctica, hasta después del final de la más extensa —y verdaderamente «mundial»— guerra de 1939-1945, que constituyó a través de toda la Europa continental un brutal medio por el cual se llegó a «aceptar» o asimilar el cambio social que se estaba produciendo, arbitrado a través de formas de violencia en las retaguardias tan bárbaras e intensas que se podría decir que siguen siendo, incluso hoy, todavía «inimaginables» dentro de la conciencia europea convencional.[23]

* * *

Gran parte de esto se prefiguró con una intensidad primigenia en España, un país que, hacia finales de los años veinte, ya no se correspondía con la imagen de inactividad y desmovilización mantenida en líneas generales por los extranjeros e, incluso, también por segmentos de las mismas elites españolas. La Gran Guerra, en la que España no entró pero que entró en España, generó un crecimiento industrial acelerado y un cambio demográfico que intensificó las fracturas sociales y culturales ya evidentes en España, producto de décadas de desarrollo desigual. Los años de auge económico de la década de los veinte solidificaron estos mundos diferentes. España ya no era solo la «tierra de contrastes» querida por los ensayistas y viajeros extranjeros de distintos matices —la sofisticación urbana y/o las culturas obreras militantes de Barcelona frente a la austeridad socialmente feudal (la «belleza primitiva») del sur agrícola. Ahora había ciudades costeras de mediano tamaño impulsadas por el comercio y la pequeña industria, en las que clases medias profesionales, industriales y comerciantes en expansión se habían republicanizado en un intento de abrirse paso y lograr una voz política en un sistema que era todavía anticuado y elitista.

Escasa afinidad con ellos tenían las zonas del interior rural del centro y del norte, inaccesibles e introvertidas, con sus centros/mercados provinciales cerrados socialmente, de donde, no por casualidad, surgieron muchos de los creyentes y peregrinos para el renacimiento, después de 1919, de las apariciones religiosas ante los cambios constantes internos y externos.[24] Tras los acontecimientos revolucionarios en Europa, el rey de España había dedicado el país al Sagrado Corazón de Jesús en mayo de 1919, inaugurando la impresionante estatua del Cerro de los Ángeles en Madrid, en el centro geográfico de España.[25] En los años que siguieron a 1919, los ayuntamientos también levantaron sus propios Sagrados Corazones, en los que se inscribía «Reinaré en España». Eran actos y palabras cuya repercusión simbólica resonaba como un grito de batalla entre los trabajadores urbanos y los sectores cosmopolitas y librepensadores.

Lo que «armaría» la situación en los años treinta, sin embargo, no serían las mismas reformas republicanas —que, después de todo, eran tanto un síntoma de estos desarrollos subyacentes como una causa—, sino la confluencia de una base social más amplia a favor del cambio (las mencionadas clases medias de la costa del noreste unida a los obreros urbanos organizados en partidos y sindicatos) con un nuevo régimen que ofrecía un marco legal y político para realizar ese cambio, y un lenguaje de derechos e inclusión políticos para justificarlo. Contra ellos se movilizarían aristócratas conservadores pero también las bases de las sociedades rurales del interior central y del norte de España, como antes en Europa central, aunque esta era aún más rural que España. Este *gentry pact* legitimaría, a su vez, la acción violenta de sectores del ejército español, tanto peninsular como colonial, cuyos mismos descontentos materiales estaban también tamizados e impulsados por la creencia en la necesidad de una defensa social contra un «mundo de enemigos»,[26] que se agudizaba más aún por la memoria dominante, y claramente ideologizada, de la derrota militar e imperial de 1898.

Así, el 17-18 de julio de 1936 un grupo de oficiales del ejército se rebeló contra la República reformista en nombre de una coalición de fuerzas civiles que favorecía una jerarquía social y política tradicional y «antiurbana» que, supuestamente, garantizaría su «ideal» de una sociedad estática. Salvados de un fracaso casi seguro por la intervención militar nazi y fascista y por la inacción británica, que equivalió a complicidad, estos militares rebeldes, dirigidos por una elite militar colonial que incluía a Franco, desencadenaron un conflicto en el que los civiles se convirtieron en los objetivos de las matanzas. Incluso en zonas donde no hubo resistencia armada al golpe, las nuevas autoridades militares autorizaron y condujeron una política de exterminio de los sectores asociados a las transformaciones republicanas, que fue llevada a cabo principalmente por «escuadras de la muerte» formadas por voluntarios civiles. Sus víctimas fueron no solo quienes habían participado activamente en la política o se habían beneficiado directamente de las reformas sociales, laborales o agrarias de la Segunda República, sino también todos aquellos que simbolizaban la transformación cultural de la República, como maestros progresistas, obreros autodidactas o mujeres modernas (la «mujer nueva»).[27] Incluso en las zonas donde el golpe militar fracasó hubo un aspecto crucial en que fue un completo «éxito»: en estos lugares la tentativa de insurrección militar también desencadenó matanzas extrajudiciales y colectivas y estos asesinatos, junto con los sancionados por los militares en la zona rebelde, cambiarían para siempre el panorama político español.

En la zona republicana, las matanzas se llevaron a cabo contra sectores civiles que se suponía que apoyaban la insurrección, y el gobierno republicano fue incapaz de evitarlas durante un tiempo porque el golpe había colapsado sus instrumentos de orden público. Fueron asesinadas casi 50.000 personas.[28] Muchos de los que mataban creían que a través de estos asesinatos «purificadores» romperían de manera definitiva la asfixiante fuerza social de la vieja España monárquica que había pervivido durante la República y podrían construir un mundo nuevo, de ahí que los objetivos principales fueran terratenientes y, sobre todo, curas. A pesar de la

vehemencia del anticlericalismo particular del caso español, sin duda las guerras culturales que sustentaron el golpe militar en España eran parte de las más amplias guerras de cambio social a través de Europa; con una serie reconocible de puntos álgidos: la aparición acelerada del sufragio universal como consecuencia de la Gran Guerra y las demandas de reformas sociales y de redistribución de la tierra y del poder económico en el campo. Sin embargo, el nivel sin precedentes de violencia colectiva contra los curas que desencadenó el golpe militar y que supondría el asesinato de unos 7.000 religiosos, hombres en su mayoría, resultaría devastador para la reputación internacional de la República.

Pero sus causas se remontaban a bastante antes de la proclamación de la República en 1931, al largo periodo de la Restauración (1875-1931), durante la cual decenas de miles de personas corrientes sentían la presencia diaria y dominante de la Iglesia Católica como agobiante y hostil tanto para su «espíritu» como para su bienestar, mientras que sus símbolos les recordaban diariamente su exclusión social y política del orden de la Restauración. En muchos aspectos, estas personas —tanto si buscaban conscientemente o no adoptar valores y prácticas culturales secularizadas— eran los equivalentes inequívocos de aquellos que en aldeas y pequeños pueblos de Europa central y del sur, habían rechazado las rigideces de la jerarquía social y el sometimiento. El hecho de que en España este rechazo se manifestara a través del anticlericalismo es un indicador no tanto —o, desde luego, no siempre— de una conciencia política menos desarrollada, como del gran e ininterrumpido poder de la Iglesia Católica misma que todavía perduraba en los años treinta.[29] Su jerarquía, con un modelo de expresión intolerante culturalmente, actuaba en gran parte como en los tiempos absolutistas y estaba contenta de ver a la Iglesia Católica utilizada, a través de la anterior y duradera monarquía, como un instrumento disciplinario para mantener un régimen autoritario en el que tanto el rey como los partidos políticos continuaban actuando como si no se hubiera producido la Gran Guerra en Europa. Es este contexto social y político de «desarrollo atrofiado» más que cualquier peculiaridad religiosa de los

españoles el que explica por qué la batalla central por la modernidad en la España de los años treinta se llevó a cabo sobre los cuerpos del clero.

Pasarían seis meses de guerra antes de que las autoridades republicanas fueran capaces de reconstruir el orden público y poner fin a estas matanzas. Por entonces, sin embargo, estas ya habían reforzado el apoyo a Franco entre aquellos cuyos familiares y seres queridos se habían convertido en víctimas. No obstante, esta violencia «republicana» siempre fue más efímera y menos efectiva que los asesinatos llevados a cabo al mismo tiempo por los escuadrones de la muerte en la zona rebelde, precisamente porque estas matanzas estaban apoyadas y autorizadas por un poder militar integrado como era el nuevo régimen franquista en formación.

Tras la victoria militar de Franco en la primavera de 1939 —muy ayudada por el compromiso constante del gobierno británico con la política de «No Intervención»— se manifestó plenamente la dimensión genocida que se había incubado en el franquismo forjado durante la guerra. De la cifra base de 150.000 asesinatos —extrajudiciales y judiciales, basados en una justicia militar sumaria— de los que fue responsable en el territorio bajo control militar directo entre 1936 y finales de la década de los cuarenta, al menos 20.000 ocurrieron después de la rendición del ejército republicano a finales de marzo de 1939.[30] La magnitud de esta matanza posterior a la victoria es especialmente digna de atención en vistas del gran éxodo republicano a través de Cataluña en febrero de 1939. Con el objetivo de crear una nación «homogénea» basada en los valores tradicionales y en el mantenimiento de las jerarquías sociales que se consideraban integrales a cierta forma «disciplinaria» de catolicismo, el régimen emprendió una campaña de asesinatos y encarcelamientos masivos de la población republicana, como analizaremos en los capítulos posteriores.

El franquismo constituye el ejemplo «occidental» más significativo y duradero de cómo los gobiernos, sociedades y «naciones» europeas de mediados del siglo XX se reconstruyeron a través de la violencia, a través de las ejecuciones en gran escala y el encarcelamiento masivo de compatriotas.[31] Si nos preguntamos cómo sucedió esto y, lo que es más importante

aún, cómo se legitimó, necesitamos, para responder, situar a España en el contexto de una «política de castigo»[32] de ámbito europeo, que sintetiza cómo se crearon nuevos estados brutales a través de la fabricación de categorías como la «antinación» o la de «no personas» sin derechos civiles; en suma, a través de la creación del otro, ya fuera judío, *Untermenschen*, enemigos del pueblo, o, en el caso del franquismo, el epíteto «rojo», que servía para todo. Todos los oponentes políticos de los rebeldes durante la guerra fueron descritos como tales. Pero el término también se aplicó indiscriminadamente a grupos sociales completos, principalmente a los trabajadores urbanos y rurales, pero también a los sectores intelectuales y miembros de las profesiones liberales identificados con la República y a las mujeres que no se ajustaban a las rígidas normas de género consideradas apropiadas por el franquismo. En resumen, en la España de posguerra, «rojo» empezó a designar a cualquiera que los rebeldes victoriosos eligieran nominar así, como un medio de quitarles sus vidas o sus derechos civiles.

Para lograr esto de una forma que maximizara su propio control, el régimen de Franco instó a los «españoles corrientes» a denunciar ante los tribunales militares los «crímenes» de sus compatriotas y lo hicieron decenas de miles de personas, impulsadas por una combinación de convicción política, angustia, duelo, prejuicio social, oportunismo y miedo, motivos que a menudo se mezclaban en un mismo denunciante. Así es como el régimen franquista, que nació del golpe militar que desencadenó las matanzas, se erigió en portador de justicia. Pero se trataba de una «justicia al revés», dada la clara falta de relación entre los verdaderos actos de violencia producidos durante la guerra y quienes fueron denunciados y enjuiciados —de forma nada sorprendente, las acusaciones no necesitaban ser corroboradas y no se llevaba a cabo ninguna investigación real. Sin embargo, el objetivo de esta política no era identificar a los culpables de los crímenes: decenas de miles de personas fueron sometidas a juicio simplemente por su vinculación política o social con la República. Se trata del momento «fatídico» del régimen franquista: a través de la adopción de esta estrategia legitimadora, movilizó una base social de delatores,

apoyándose en sus miedos y en las pérdidas que sufrieron durante la guerra, a la vez que criminalizó a la población republicana, perpetrando violaciones de los derechos civiles de forma indiscriminada. Y, peor aún, la dictadura mantuvo vigentes estas categorías binarias durante casi cuarenta años mediante sus políticas de *apartheid* y su invocación continua del discurso de «mártires de la Patria» y «rojos». Esto es lo que da al franquismo su carácter particular en Europa, como la progenie singular de una guerra aparentemente interminable, que engloba tanto la guerra civil como la Guerra Fría. Además, la violencia de su estrategia original está todavía «viva» en la política y la sociedad de la España del siglo XXI, tres décadas y media después de la desaparición del dictador y de su régimen.

2

La memoria del asesinato. Masacres y formación del franquismo

> *La violencia se puede originar por un conjunto de causas «racionalmente» identificables, pero una vez desencadenada, sus efectos son impredecibles y omnipresentes. Lo saturan todo.* [1]

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA DE 1936-1939 comenzó con un golpe de estado militar. Había una larga historia de intervención militar en la vida política de España, pero el golpe del 17-18 de julio de 1936 constituyó algo nuevo. Como una piedra filosofal negativa, transformó el significado de la intervención militar tanto como alteró radicalmente, sin duda, la naturaleza de todas las formas de actividad política que se habían desarrollado —en las calles y en el parlamento— desde la proclamación de la Segunda República en abril de 1931. De hecho, los españoles estaban discutiendo sobre el futuro modelo de su propia sociedad y política, en parte zarandeados por corrientes que les llegaban de otros lugares de Europa: la revolución rusa y, más en general, la democracia política de masas puesta en marcha por los efectos de la Gran Guerra. Pero el conflicto era ya interno, provocado por décadas de cambio social, económico y cultural que cristalizó a lo largo de los años veinte en las ciudades de España, pero que también alcanzó a numerosos pueblos de provincias bajo el impacto de un auge económico europeo y mundial. Las clases medias urbanas de los años veinte, oyentes de la radio y que se sumaban a asociaciones republicanas, unidas a una masa de trabajadores que emigraron del campo a la ciudad —incluso los que construyeron el metro de la capital— ya habían introducido un desafío

más importante a las más viejas formas de orden social y político que el que se podía encontrar en cualquier otro lugar del sur de Europa. La República, con su clara vocación de hablar en nombre de la ciudad, fue en sí misma el producto de este desarrollo tanto como su generador. Y es esta diferencia española la que explica la importancia de la resistencia popular al golpe militar de julio de 1936, al igual que la clara geografía política de sus éxitos y fracasos iniciales. Es más, la extensión de este fracaso en la España urbana y populosa podía haber sido determinante para hacer fracasar el golpe si la Italia fascista y la Alemania nazi no hubieran ofrecido un apoyo militar crucial a los rebeldes desde el mismo inicio de la guerra, permitiéndoles intensificar el ataque.

La clave para el duradero apoyo popular a la República descansa no solo en sus reformas más tangibles —en temas agrarios, laborales y de bienestar social—, aunque estas fueran cruciales para la redistribución del poder económico y social. Sin embargo, esta clave se encuentra también en un cambio cualitativo, en el cambio de «atmósfera social» que produjo, en especial a través de algunas de las medidas secularizadoras que introdujo, más en concreto las que supusieron la secularización de las calles y de otros espacios públicos;[2] que incluyeron la prestación de ceremoniales alternativos —matrimonio y entierro civil— y, sobre todo, de la educación y, en particular, la coeducación. Estos cambios fueron desarrollados por las autoridades republicanas pero no impuestos en el vacío, es decir, encontraron una audiencia preparada tanto para estas transformaciones como para aceptar y defender el apoyo por parte de la República a un relativo eclecticismo/cosmopolitismo urbano y sus libertades consiguientes, incluyendo las relacionadas con cuestiones de género y sexualidad. Aunque la Segunda República no era la República de Weimar, su proyecto era mucho menos minoritario en términos de la audiencia de la que podía disponer que otros proyectos progresistas y/o republicanos de otros lugares del sur de Europa. De crucial importancia era que en España el cambio cultural que se estaba produciendo no era solo un fenómeno de las ciudades ya que la República estaba modificando el equilibrio de poderes más allá de

ellas, en la España rural y profunda. Entre el campesinado pequeño propietario conservador del interior del norte de España y muchos habitantes de los pueblos de provincia en especial, aunque no exclusivamente, en la mitad norte de la España interior, había una hostilidad arraigada hacia los valores culturales de la República. Pero en otras partes, de la costa este y sureste firmemente federalista y en la mitad sur de España, donde predominaban las masas de campesinos sin tierra, el mensaje de cambio de la República suscitó una gran acogida, sobre todo, su lenguaje de derechos políticos. La República era el primer régimen en España que asumía que la gente corriente tenía derechos de algún tipo. Y este lenguaje de derechos que la República expresaba —y, más importante, que dejaba que se expresase— permitía pensar de forma diferente a la gente de pequeños pueblos y aldeas de España que se atrevía. Esto, quizá más que cualquier otra cosa, fue lo que provocó una gran ira en la España aristocrática. Fue contra esta amenaza que percibían a las viejas formas de ser y pensar contra la que se «levantaron» en apoyo del golpe del 17-18 de julio de 1936, un conservadurismo aristocrático movido por el miedo pero también otro conservadurismo de cruzada y populista.[3]

Es importante tener todo esto en cuenta porque es la relativa profundidad y complejidad del cambio social y cultural que había penetrado más allá de las ciudades españolas en los pueblos de provincia e incluso en las aldeas, la serie de elementos culturales modernos ya presentes en 1936, lo que explica la violencia de la reacción franquista. Por supuesto, el conflicto armado de 1936-1939 subiría enormemente la apuesta, en términos de *crear nuevos significados* para justificar la violencia extrema dirigida por el Estado, algo que se analizará más adelante en este capítulo. Pero primero es importante dejar clara la relativa complejidad de las solidaridades culturales y sociales alternativas de España, su garantía de «modernidad», ya en 1936, como una de las causas que explica la fuerza de la oleada franquista y que, más tarde, desempeñó en parte un papel en la creación del universo carcelario, porque había muchas cosas que debían ser derribadas y destruidas definitivamente. Incluso aunque en España la

sociedad civil nunca tuvo el mismo nivel ni la misma importancia que adquirió en Alemania, lo que la hace más cercana al ejemplo alemán es la extensión del desarrollo intermedio, aunque desigual, en las ciudades más pequeñas y en los pueblos más grandes, el hecho de que hubiera gran parte de ellas que no eran simplemente «retraso rural» o «cerrazón mental provincial». Así, se puede entender mejor lo que sucedió después de julio de 1936 si consideramos la Alemania de 1933 un elemento de comparación más adecuado que la Italia de 1922, como tienden a hacer todavía muchos no hispanistas, y quizá algunos hispanistas también.

Siempre se pensó que el golpe militar sería violento. Ya en abril de 1936 los militares rebeldes dieron órdenes secretas que indicaban que se debía usar la máxima fuerza, es decir, la violencia, para poner fin a la discusión sobre las reformas constitucionales.[4] Pero el golpe también movió algo más en la sociedad en su conjunto, algo bastante literalmente «espantoso». En el periodo inmediatamente posterior, antes de que ningún factor internacional pudiera llegar a actuar, se produjeron formas extremas de violencia intestina prácticamente por toda España. La fuerza con la que los elementos opuestos se enfrentaron debe más que un poco a la influencia cultural de la versión del catolicismo muy autoritario y maniqueo que predominaba todavía en España y que afectó incluso a muchos de aquellos que habían rechazado conscientemente las creencias religiosas y la autoridad de la Iglesia. Pero el detonador de los sucesos fue un golpe de estado y era dentro del cuerpo de oficiales español donde había surgido una cultura política rígida e intolerante en las primeras décadas del siglo XX.

La pérdida final del imperio en 1898 había privado al considerable cuerpo de oficiales de España, heredado de las continuas guerras del siglo XIX, de su *raison d'être* externa principal. Al hacerlo, la derrota militar había convertido a los militares en un poderoso grupo de presión político interno determinado a encontrar un nuevo papel mientras se protegía contra toda pérdida de ingresos o prestigio en el ínterin. Para restar fuerza a la derrota, se desarrolló entre el cuerpo de oficiales un mito poderoso: la idea de que los políticos civiles tenían la culpa de la pérdida del imperio y, por

tanto, tenían poco derecho moral a gobernar el país. Esta creencia estaba ya profundamente arraigada cuando Francisco Franco entró en la academia militar en 1907, a los 15 años de edad. Una generación de cadetes se empezó a ver a sí misma como la defensora de la unidad y jerarquía de España y de su homogeneidad política y cultural, que veían consustancial a la grandeza histórica del país. Incluso muchos de los miembros de esta elite militar dieron un paso más allá, interpretando su defensa de la idea de «España» como un nuevo deber *imperial.* Lo que fue letal de esta nueva interpretación de la defensa imperial es que llegó a ser dirigida contra aquellos otros españoles que simbolizaban los cambios económicos y sociales que estaban ocurriendo en pueblos y ciudades. Y, de hecho, fue entre los oficiales que habían hecho sus carreras en el ejército colonial de África, incluyendo el mismo Franco, entre los que surgirían las visiones reduccionistas más funestas sobre qué estaba «mal» en la sociedad y en la política de la España metropolitana. Como resultado, muchos de los africanistas empezaron a definir a las clases subalternas españolas como sujetos coloniales que necesitaban la misma clase de subyugación violenta que las campañas africanistas habían ya infligido a los habitantes nativos del Marruecos español.[5]

Es cierto que el cuerpo de oficiales —tanto el colonial como el peninsular— tenía también otros intereses materiales que les hicieron entrar en conflicto con la Republica. Porque las reformas sociales y agrarias costaban dinero y el gobierno estaba buscando subvencionarlas reduciendo los altos cargos militares y, así, la enorme factura de los salarios pero también las previsiones de ascenso en el ejército de toda una generación de jóvenes oficiales. La simple posibilidad había hecho ya que el gobierno se ganara la enemistad de la mayoría conservadora y ultranacionalista del cuerpo del ejército, que la vieron como un ataque intolerable contra la institución que mejor encarnaba los valores y virtudes patrióticos. Para los oficiales con menor antigüedad existía el peligro inminente de que se arruinaran sus carreras personales. En cuanto al cuerpo militar colonial, los africanistas, los recortes presupuestarios propuestos coincidían con el hecho

de que ellos eran el objetivo de una investigación del gobierno sobre las «responsabilidades» por las derrotas militares que se habían producido en Marruecos en los años veinte.[6] Estratégicamente inoportuna, esta investigación equivalió a poner dinamita bajo la República y prender la «mecha» de una narrativa ideológica preexistente y poderosa que determinó en gran medida cómo interpretarían los oficiales la política republicana hacia ellos.



Legionarios españoles muestran cabezas cortadas de prisioneros marroquíes

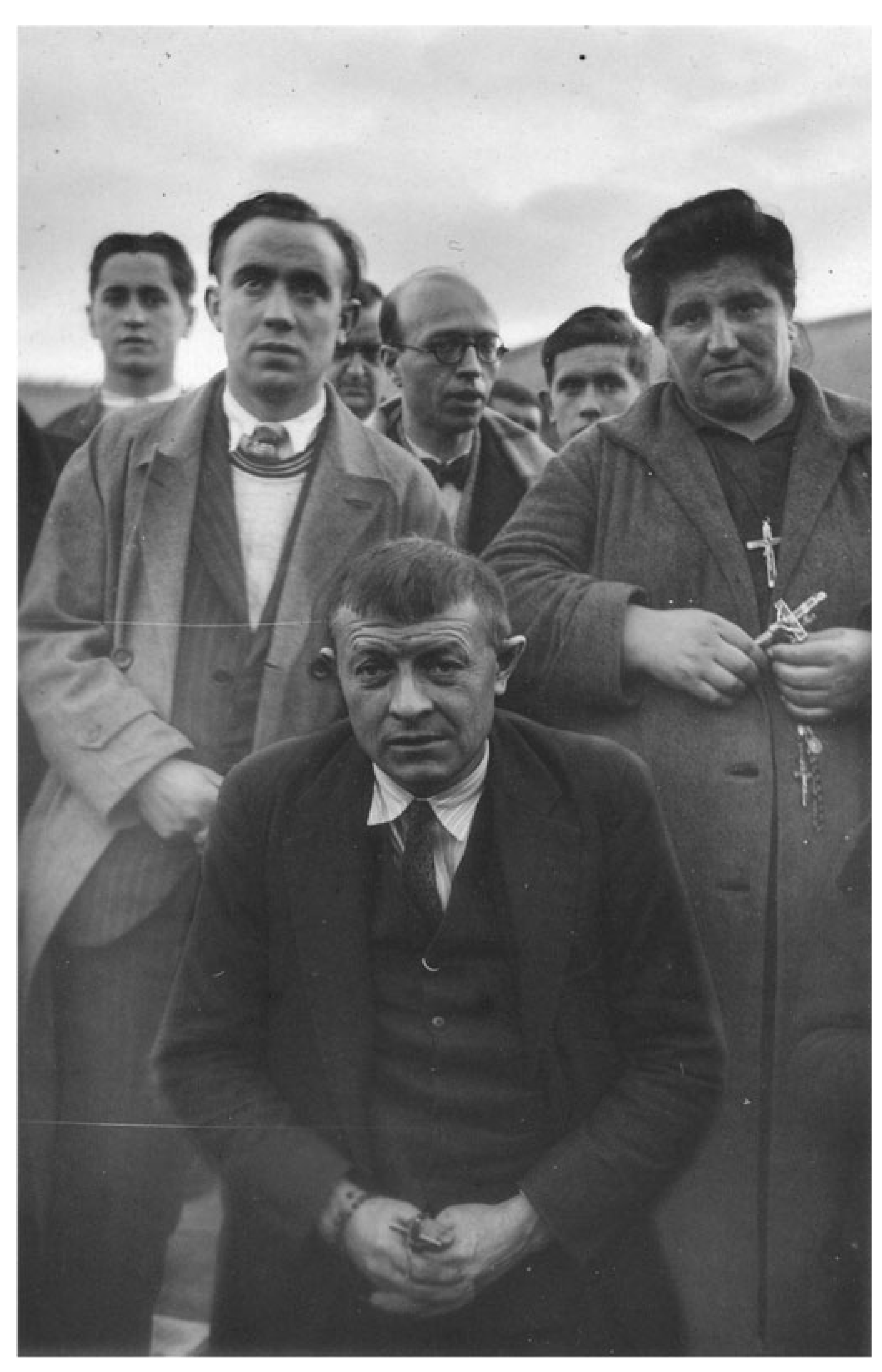
Legionarios españoles exhiben como trofeos cabezas de prisioneros marroquíes en una fotografía anónima tomada en los primeros años veinte y que aparece en J. Roger-Mathieu (ed.), *Mémoires d'Abd-el-Krim* (París), s.e., 1927. La foto fue utilizada posteriormente por las autoridades franquistas para representar las atrocidades de los «rojos». (Foto reproducida por cortesía de la Biblioteca Nacional.)

Aunque un gran número de estos oficiales del ejército eran los hijos de las elites agrarias españolas o, en todo caso, procedían mayoritariamente de los viejos grupos dominantes del centro y sur de España (los vascos y catalanes de las regiones más industrializadas del país habían estado históricamente poco representados en el cuerpo de oficiales), lo que estaba

emergiendo en los años treinta para hacer frente a la república reformista y a su base social era bastante más que una coalición cívico-militar de conservadores de clases altas: de hecho, el cuerpo de oficiales español podía ser en sí mismo un camino efectivo para ciertas formas de movilidad social ascendente y Franco era un ejemplo de ello. Sin embargo y más importante, lo que estaba surgiendo desde 1931 era una nueva forma de conservadurismo popular y de masas movilizado en torno a la controvertida cuestión del catolicismo, es decir, de los sectores opuestos a la reforma secularizadora. La República, como primera democracia de España, había creado ella misma el marco de oportunidades políticas para dicha movilización, aunque fue la infraestructura preexistente de asociaciones católicas seglares de la Iglesia la que hizo posible las conexiones organizativas decisivas que permitieron el surgimiento de esta nueva política. Así, paradójicamente, fue la Iglesia Católica española, cuya jerarquía era tan profundamente hostil a la noción de democracia liberal y pluralismo cultural, la que dio su mayor ventaja a la derecha católica que recién buscaba movilizar a las masas frente a la izquierda progresista en la nueva esfera de la política democrática: le dio los medios infraestructurales necesarios para crear un movimiento nacional de oposición al cambio constitucional y cultural. Este daría lugar con el tiempo a la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), una coalición de organizaciones católicas de centro-derecha que se presentaría y ganaría las elecciones de noviembre de 1933 en un intento de detener la reforma social y cultural tanto como la redistribución de poder económico.

Aunque la Iglesia Católica orquestó esta movilización en los años treinta, no la inventó. Porque, sociológicamente, fue mayoritariamente un movimiento de gente corriente y seglar que, bastante antes de la propia guerra civil, se empezó a ver a sí misma envuelta en una «cruzada» para defender un modo de vida en peligro, y las amenazas a dicho modo de vida se personalizaron en algunos aspectos del cambio social que se aceleró durante la República.[7] La coeducación fue un punto especialmente conflictivo, pero igual de incendiarios se consideraron también la

posibilidad de matrimonio y entierro civil y la extensión de un relativo eclecticismo urbano y de las libertades relacionadas con este. Así, precisamente estos aspectos que para algunos grupos significaban las grandes oportunidades oxigenantes de los nuevos tiempos políticos, fueron interiorizados por los socialmente conservadores como amenazantes y en formas profundamente personales. Lo que ofendió más a los católicos practicantes fue la intromisión de las autoridades municipales progresistas de 1931-1933 en las formas de devoción local que enmarcaban las identidades sociales y la vida cotidiana: por ejemplo, su interferencia en ceremonias organizadas en torno a santos locales o al culto a la Virgen María y las restricciones que se establecieron, más en general, a las procesiones religiosas, que incluyeron, en algunos lugares, restricciones también a los funerales privados, donde las autoridades interpretaban las procesiones funerarias como manifestaciones públicas de catolicismo.[8] Esta interferencia en un mundo de devoción privada y piedad comunitaria hizo aparecer emociones profundas al percibirse como un ataque a las lealtades centrales de la gente a un modo de vida y, a menudo, a un lugar específico (la localidad próxima o «patria chica»), lo que indica que muchos consideraban su fe religiosa y su espiritualidad intrínsecamente unidas a un ambiente social apreciado.



Videntes de Ezkioga, en el País Vasco

Videntes adultos de Ezkioga, un pueblo del País Vasco que se hizo famoso como sitio de apariciones marianas que empezaron en junio de 1931, unos dos meses después de la llegada de la Segunda República con sus claras intenciones de secularizar la esfera pública. (Esta fotografía fue tomada en los primeros meses de 1932 por el fotógrafo profesional Joaquín Sicart. Se reproduce por cortesía de William A. Christian Jr.)

Todo esto avivó la tormenta y alimentó la causa política de la derecha ultramontana.[9] Lo mismo hizo la erosión de las jerarquías tradicionales y de las deferencias sociales que algunas veces fueron interiorizadas como afrentas personales por aquellos socialmente conservadores de pequeños pueblos y del mundo rural que, incluso aunque ellos mismos fueran de extracción social modesta, mantenían una participación psicológica en el orden que garantizaban. El anuncio de que, además, se eliminaría progresivamente el salario financiado públicamente del clero secular de las parroquias también ofendió tanto al clero como a los seglares que, de lo contrario, no hubieran estado tan predispuestos en contra de la República, aunque esta era una cuestión política más difícil ya que muchos curas, al igual que obispos y arzobispos, habían llevado a cabo desde el principio una guerra ideológica contra la República desde el púlpito y, a diferencia de las ordenanzas municipales que molestaban a los piadosos, recuperar los subsidios a la Iglesia era central para que la República pudiera liberar fondos para otras reformas, especialmente para las de la educación primaria pública. Para muchos, estas oportunidades educativas, que no habían estado nunca antes a su alcance, representaban, probablemente más que cualquier otra cosa, el estatus de la República como redentor secular.[10]

No siempre estas lecturas culturales divergentes de los españoles se confinaban a espacios geográficos separados. Mientras que hasta cierto punto el sur estaba relativamente más segregado espacialmente, en el centro y en el norte los conservadores y los progresistas/librepensadores habitaban a menudo el mismo espacio, incluso en algunos casos hasta las mismas casas familiares.[11] En las impactantes, aunque quizá demasiado optimistas, palabras de un historiador que ha escrito sobre la fuerza social de las apariciones religiosas en la España de los años treinta, había «una especie de diálogo entre las divinidades y la izquierda anticlerical», no solo

la de las ciudades y de los latifundios del sur, sino también «anarquistas y socialistas de las ciudades costeras vascas, trabajadores socialistas del campo en Navarra, ferroviarios republicanos y maestros de escuela en zonas rurales».[12] Sin embargo, los trabajadores del ferrocarril y maestros de escuela de ciudades pequeñas y piadosas como Valladolid y Salamanca figurarían en masa entre las primeras víctimas de los asesinatos extrajudiciales desencadenados por el golpe.[13] A la inversa, la idea de una cruzada contra la modernidad social se encuentra no solo en los pequeños centros comerciales de la Castilla central y del norte o en el lejano norte rural (de forma más clara entre los teocráticos y agresivos carlistas de Navarra), sino también en centros urbanos más grandes y en las grandes ciudades, donde los jóvenes católicos se convirtieron en activistas de la nueva organización de masas de la derecha. Después del golpe, muchos de ellos también pasaron a ser, en el vacío creado por el hundimiento del poder estatal, víctimas de asesinatos extrajudiciales a manos de sectores republicanos que les vieron como instigadores y partidarios de la rebelión militar.

Por su parte, el conservadurismo de las clases altas, que incluía a gran parte del cuerpo de oficiales español, estaba en los primeros meses de 1936 cada vez más vinculado a la autodenominada derecha fascista, como estaba por entonces ocurriendo también en otros lugares de Europa. José Antonio Primo de Rivera, el líder del partido fascista de España, la Falange, compartía, citando *The Decline of the West* (*El declive de Occidente*) de Oswald Spengler, la idea de un pelotón de soldados «salvadores de la civilización». Al final, fue el fracaso de esta coalición de fuerzas conservadoras populares y aristocráticas en bloquear la reforma por medios legales, al perder las elecciones de febrero de 1936, el que determinó el golpe militar de julio. Este fue tramado en los enclaves que le quedaban a España en el norte de África por oficiales impregnados de ideas de reconquista imperial y católica. Pero sus ideas estaban también contagiadas por imperativos de darwinismo social para los que la metrópoli se había convertido en un objeto a purificar y redimir de los valores «extraños» de la

cultura urbana y cosmopolita. Cuando el ejército africanista aterrizó a finales de julio en la España peninsular este era el proyecto: la «reconquista» de la metrópoli. E incluso la guerra civil que sobrevino fue llevada a cabo por Franco y muchos de sus compañeros del Ejército de África como si fuera una guerra colonial.[14] El hecho de que un proyecto militar colonial se uniera con el nuevo conservadurismo de masas de la cruzada para crear un «transformador mítico» que estaba a punto de imponerse de forma mortal a toda la población de la España peninsular, es en sí mismo indicativo de algo muy nuevo. El golpe militar de julio de 1936 estuvo lejos de ser «lo mismo de siempre» en un país de la Europa del sur con una población rural desmovilizada, como todavía se presenta a menudo en la narrativa histórica. Significó una nueva forma de proyecto político híbrido que unía las ideas coloniales de la elite africanista con el catolicismo guerrero de masas de importantes partes de la CEDA y, especialmente, de su movimiento juvenil, la JAP, cuyo violento imaginario nacionalista (dirigido a una «reconquista» contra la «Anti-España»), era, en 1936, indistinguible del miedo y odio que impulsaba Falange. Es más, su deseo de una acción violenta y decisiva llevaría a muchos miembros de la JAP a unirse a la Falange a finales de la primavera y en el verano de 1936.[15]

El golpe, al instrumentalizar los miedos sociales que sustentaban la idea de «cruzada», permitió que tomaran una forma política concreta y que se convirtieran en realidad odios y deseos —imaginarios políticos populares aterrorizados y aterrorizantes— que, de lo contrario, hubieran permanecido indefinidos y fragmentados. En los días y semanas posteriores al golpe de julio, las elites civiles locales de la zona rebelde —ya fueran jefes de la Falange o personas asociadas con el partido católico de masas, la CEDA, terratenientes, hombres de negocios o clérigos monárquicos— hicieron declaraciones públicas, independientes unas de otras y de las autoridades militares, pero que eran extraordinariamente similares. Su mensaje era que España necesitaba ser purgada o purificada. Algunas veces, incluso, hablaban de la necesidad de un sacrificio de sangre.[16] Este tipo de

sentimientos desataron una represión salvaje que se produjo desde un comienzo en toda la España rebelde, incluyendo muchas áreas (en el centro-norte y noroeste de España) donde los militares rebeldes tomaron el control desde el principio, donde no hubo resistencia armada, no se puede hablar de resistencia política de nadie, no hubo ningún «frente» ni tropas avanzando o en retirada, en resumen, donde no hubo «guerra» de acuerdo con la definición convencional del término. Sin embargo, lo que había era una guerra cultural que los autores llevaban en sus cabezas. El golpe había sancionado su desencadenamiento y abierto así el camino a las matanzas.



Mujeres jóvenes con la cabeza rapada. Montilla (Córdoba)

Mujeres jóvenes con la cabeza rapada fotografiadas a principios de agosto de 1936 en Montilla (Córdoba). Véase Bedmar González, Arcángel, *Los puños y las pistolas. La represión en Montilla (1936-1944)*, p. 62. A todas se les había dejado un mechón de cabellos o cresta «decorativa» que servía para intensificar la humillación que era la base de esta forma de castigo específico de género, infligido con frecuencia en la zona rebelde desde los días del golpe militar en adelante. Las expresiones faciales y el lenguaje corporal de estas mujeres (incluyendo las formas variadas en que hacen el saludo fascista) indican los diferentes modos en que la humillación les afectaba. (Fotografía: colección del fallecido Ignacio Gallego, reproducida por cortesía de Francisco Moreno Gómez.)

Personas de todas las edades y condiciones cayeron víctimas de esta «limpieza». Solo tenían en común que eran considerados representantes de los cambios llevados a cabo por la República. Los rebeldes militares y sus partidarios civiles estaban, así, redefiniendo «al enemigo», identificándolo con sectores sociales completos que eran considerados «fuera de control» porque iban más allá de las formas tradicionales de disciplina y «orden». Esto no incluía solamente a aquellos que eran activos políticamente —tales como diputados representantes del centro-izquierda, alcaldes y sindicalistas o quienes se habían beneficiado de las reformas económicas de la República (por ejemplo, campesinos sin tierra o arrendatarios que habían logrado nuevos derechos de inquilinato con la República)—, aunque estas personas fueron asesinadas por miles. Significó también la «limpieza» de la gente que simbolizaba el cambio cultural y que, por tanto, suponía una amenaza para las viejas maneras de ser y pensar: maestros progresistas, intelectuales, trabajadores sindicados o autodidactas y «mujeres nuevas».

La violencia rebelde se dirigió hacia los diferentes social, cultural y sexualmente. Supuso el asesinato en Zamora de Amparo Barayón, la esposa del novelista republicano Ramón Sender, cuyo espíritu independiente fue considerado un «pecado» contra las normas de género tradicionales. Su historia, y la de la familia Barayón, la narraremos en el capítulo 3. Esta violencia purificadora o *limpieza* se cobró su más famosa víctima en el poeta Federico García Lorca, asesinado en Granada tanto por sus creencias políticas como por su sexualidad. Pero muchos miles de españoles menos conocidos fueron asesinados por razones similares, como Pilar Espinosa, de Candeleda (Ávila), secuestrada por una escuadra de la muerte falangista porque leía el periódico del Partido Socialista y era conocida por *tener ideas*, considerando que pensar por uno mismo era doblemente censurable en una mujer.[17]

Quienes hicieron gran parte de las matanzas en la España rebelde durante los primeros meses de la guerra eran «justicieros». Lo que sucedió fue una masacre de civiles realizada por otros civiles, que, en su mayor

parte, tomó la forma de escuadras de la muerte que secuestraban a la gente de sus casas o, si no, los sacaban de las cárceles. En la mayoría de los casos los asesinos tenían vínculos estrechos con organizaciones políticas de la derecha que habían apoyado el golpe, en particular, con la Falange, pero también con la CEDA. Pero las autoridades militares no hicieron ningún intento de frenar este terror. De hecho, los asesinos actuaban, por lo general, en connivencia con dichas autoridades. De lo contrario, las escuadras de la muerte que se llevaron a Amparo Barayón y a miles de sus compatriotas no hubieran podido nunca sacar a sus víctimas de las cárceles a su voluntad. En otras palabras, fue una «guerra sucia» que hizo «desaparecer» a unas 30.000 personas durante el conflicto bélico de 1936-1939. Mientras tanto, en el sur profundo de España, el Ejército de África estaba al mismo tiempo implicado directamente en otras formas de asesinato extrajudicial. En su marcha hacia Madrid, en una acción definida explícitamente como una «reconquista», efectuó una *limpieza* masiva, haciendo estragos entre sectores civiles opuestos al golpe —en particular, los campesinos sin tierra — y anulando así, por la fuerza, la reforma agraria republicana. Los jornaleros rurales fueron asesinados donde se encontraban, diciéndose como «broma» que al final habían logrado su «reforma agraria» en forma de lugar de sepultura.[18] En algunos lugares pueblos enteros fueron prácticamente exterminados. Tanto los mercenarios africanos (los *regulares*) como los legionarios españoles se desmandaron, asesinando a cualquiera en las calles y algunas veces, yendo también casa por casa para sacar a la gente.



Civiles asesinados. Talavera del Tajo (Toledo)

Civiles asesinados en la calle en Talavera del Tajo, en la actualidad Talavera de la Reina, provincia de Toledo. Eran habitantes de la localidad, además de algunos trabajadores agrícolas/segadores gallegos itinerantes, asesinados por tropas del Ejército de África y legionarios españoles el 3 de septiembre de 1936, en las horas posteriores a que el pueblo fuera ocupado por las tropas rebeldes bajo la dirección del teniente coronel Yagüe. La foto fue sacada por Juan José Serrano, uno de los fotógrafos y periodistas que acompañaba al Ejército de África en su marcha ascendente por el sur hacia Madrid. Serrano era su fotógrafo preferido. Un relato de un testigo sobre qué sucedió en las calles de Talavera del Tajo, el de Miguel Navazo Taboada, entonces un chico joven, se cita en Espinosa Maestre, Francisco, *La columna de la muerte*, pp. 435-437. Como la fotografía de los legionarios españoles exhibiendo cabezas cortadas de prisioneros marroquíes en los años veinte, también la imagen de la masacre africanista en Talavera fue reproducida por los militares rebeldes como prueba de las atrocidades republicanas. Como después informó uno de sus propios responsables de propaganda, Antonio Bahamonde, no era infrecuente que los rebeldes mutilaran tanto los cuerpos de muertos en los campos de batalla como los cuerpos de hombres y mujeres ejecutados y los fotografiaran para usarlos de forma similar, como propaganda amarilla contra la República. Las memorias de Bahamonde y un ejemplo de su práctica se citan en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, p. 333. (Fotografía: Fondo Serrano, Hemeroteca Municipal de Sevilla.)

En cada pueblo ocupado por el Ejército de África hubo ejecuciones públicas y sumarias de hombres y mujeres que habían resistido: decenas, cientos y, algunas veces, miles de personas, dependiendo del tamaño de los lugares.[19] Pero los civiles también participaron en la represión en el sur; por ejemplo, los terratenientes que cabalgaban junto con las columnas africanas para vengarse de aquellos socialmente rebeldes, o todos aquellos lugareños implicados en llevar a cabo una represión más sistemática una vez que el Ejército de África se trasladaba al siguiente pueblo o aldea.[20]

Tanto las tropas rebeldes como sus partidarios civiles utilizaron también la violación como un arma de guerra.[21] En el sur, a las columnas en marcha de regulares y legionarios sus comandantes les dieron a entender que las mujeres «rojas» eran botín de guerra, parte de sus trofeos por la conquista.[22] Pero hubo muchos otros violadores, tanto militares como civiles de la coalición que apoyaba a los rebeldes, actuando después de los regulares o incluso en zonas del territorio controlado por los rebeldes donde no había ninguna presencia del Ejército de África. En resumen, la violación sistemática de mujeres «enemigas» se llevó a cabo en todos sitios en España después de la toma del poder por los rebeldes, hubiera incluido esta o no acción militar.[23] El odio manifestado en el acto de la violación era el síntoma más extremo de la misoginia de los rebeldes, derivada de su miedo a perder el control.[24] De ahí el deseo de humillar primero, y acabar después, con aquellas mujeres que hubieran demostrado algún tipo de autonomía, pero especialmente las que habían participado activamente en la defensa de la República (las milicianas).[25] Las mujeres «rojas» fueron obsesivamente reducidas a su sexualidad tanto por los narradores rebeldes como por los que cometieron las violaciones u otros actos de violencia, ya fueran militares o civiles, que proyectaron así sus propios miedos hacia aquellos que habían construido como el enemigo republicano.[26] Esto no fue obra solo de los sectores más extremistas, aunque los legionarios, los falangistas y los requetés (la milicia carlista) estuvieron muy involucrados en la violencia sexual. El clima propiciado por el golpe implicó que, por ejemplo, reclutas «corrientes» pudieran sentirse también impunes para

abusar de las mujeres de las casas en las que eran alojados en los territorios recién ocupados, sintiéndose seguros por el «conocimiento», reforzado por el poder, de que las mujeres republicanas eran «impuras» y de «dudosa moralidad» y, por tanto, no merecían ningún respeto. En tales casos, y en muchos otros en que estuvieron implicados en este tipo de actos lugareños civiles, demasiado a menudo los curas defendieron el «honor» de sus feligreses hombres, especialmente si tenían un estatus social destacado en el ámbito local, y, por el contrario, denunciaron a sus víctimas femeninas como «rojas» y, por tanto, que no merecían ser creídas.[27]

La excepción que confirmó la regla se produjo en el juicio celebrado en enero de 1941 en el pequeño pueblo de Calanda (provincia de Teruel, en Aragón), contra varios responsables de la violación y el asesinato de muchos republicanos que habían regresado al pueblo tras la victoria militar franquista. Habían sido el jefe local de Falange y el secretario del ayuntamiento los que habían instigado los asesinatos pero los hechos fueron tan graves que el gobernador civil de Teruel los denunció a la autoridad militar. Como consecuencia, algunos de los autores fueron condenados a ocho años de prisión, aunque ninguno cumplió más de la mitad de su condena.[28] El episodio en su totalidad recuerda mucho las formas en que los regímenes nazi y fascista desplegaron en un primer momento una intensa violencia para, una vez que esta había seguido su curso y cumplido su objetivo, presentarse como domadores de la misma violencia que habían desatado y asegurarse de este modo el apoyo a sus regímenes de la *gente de orden*, las clases altas y medias. Este mecanismo central fue quizá incluso más importante en las guerras de secesión yugoslavas de los años noventa cuando actores civiles y militares llevaron a cabo acciones de una violencia extrema (incluidas violaciones) que fueron posteriormente «controladas». Pero la memoria subterránea de esta violencia continuó actuando, al igual que en España, donde vincula e implica tanto a militares como a sus partidarios civiles.

Es esta complicidad producida en la zona rebelde entre las autoridades militares y aquellos «españoles corrientes» que buscaban una violencia

«purificadora» la que es de particular importancia. Porque dónde se produjo esta relación y cómo la articularon las autoridades militares es la historia de cómo el franquismo se «construyó»: de abajo a arriba como una sociedad represiva y carcelaria, al igual que de arriba a abajo como régimen político. «La memoria del asesinato» tiene varias implicaciones, pero la primera y más destacada remite a esta complicidad fundamental.[29]

Esta complicidad fue fortalecida por la oleada de asesinatos que se produjo en el territorio republicano en el periodo posterior al golpe militar antes de que el gobierno pudiera restaurar su control, que había desaparecido con el mismo golpe. A menudo, los objetivos de estos asesinatos fueron aquellos considerados partidarios activos o pasivos del golpe, lo que incluyó a casi 7.000 curas y otros religiosos de sexo masculino.[30] Una oleada sin precedentes de violencia anticlerical, exacerbada por el vehemente y explícito apoyo de la jerarquía eclesiástica al golpe militar, también reforzó la idea de cruzada en los grupos profranquistas. Pero, con independencia de que los blancos de la violencia en el territorio republicano fueran religiosos o de otro tipo, la explosión fue preparada por la ira y el miedo (que vienen a ser lo mismo), ante lo que se vio como el intento de los rebeldes de echar atrás el reloj y volver al orden del viejo régimen por la fuerza, tras haber fracasado por los métodos parlamentarios. Esto queda claro del hecho de que esta fuerza se dirigió en todos sitios contra las fuentes y los portadores del «viejo poder» —ya fueran materiales (destruyendo los registros de propiedad y de tierras)[31] o humanos (el asesinato y la brutalización de curas, guardias civiles, administradores de fincas y comerciantes relacionados con la especulación sobre los precios y otras prácticas explotadoras).[32] Hubo un vínculo claro entre la violencia popular posterior al golpe y los conflictos muy materiales del periodo de preguerra: por ejemplo, sobre el boicot a la legislación laboral y agraria en ciertas localidades o el despido de trabajadores después de las huelgas generales de 1934 y sobre conflictos tras las elecciones de febrero de 1936 que dieron el triunfo al Frente Popular, de nuevo en torno a la aplicación de las reformas laborales y sociales. En los primeros meses del

conflicto la violencia desde abajo en el territorio republicano fue también desencadenada por las noticias de los fusilamientos masivos y otras atrocidades cometidas en el territorio rebelde que traían los refugiados aterrorizados, al igual que por la experiencia directa de los ataques aéreos enemigos, que dieron lugar a agresiones a conservadores presos en diversos lugares.[33]

Las tensiones a que estaba sometida la población de la República era mucho mayor, en particular porque incluía en su zona ciudades y grandes centros urbanos sometidos a asedios y a bombardeos aéreos. En general, esto también significaba gente con menos recursos económicos y sociales, dado que muchos de los grupos más ricos se organizaron para marchar a Francia rápidamente, mientras que otros permanecieron en el extranjero al estar fuera de España por las vacaciones de verano cuando se produjo el golpe.[34] Sin embargo, dejando a un lado tanto la violencia desatada por los bombardeos aéreos como también algunos componentes criminales y sociópatas que se desatan inevitablemente en momentos de quiebra política,[35] la mayoría de la violencia que se produjo en el territorio republicano, exactamente como en la zona rebelde, siguió un curso inteligible y perceptible. Los responsables de esta violencia en la zona republicana tendían a proceder de grupos que tenían una gran memoria de exclusión social y política.[36] (Resuena aquí también un fenómeno del que los historiadores han sido conscientes desde hace mucho tiempo: que muchos de los que entraron en tropel en milicias de sindicatos y partidos para enfrentarse al levantamiento militar y a las guarniciones rebeldes en las ciudades de España eran hombres jóvenes sin afiliación política previa.) La República había representado una esperanza de cambio, pero el ímpetu reformista había reducido su marcha en 1933, frustrado, según lo veían ellos, por obstrucciones legislativas y de otro tipo como consecuencia de la resistencia de las viejas elites y el viejo poder. El golpe fue el colmo, la evidencia de la obstinada fuerza de lo viejo y de su determinación de excluir de su alcance incluso las necesidades más básicas. Es la centralidad simbólica de la Iglesia Católica como institución que avalaba esta exclusión

social la que explica la tremenda dimensión anticlerical del terror. Porque España tenía una larga historia de conducta anticlerical e iconoclasta, pero la ola de asesinatos de religiosos que se produjo después de que el golpe de estado hubiera colapsado los mecanismos de orden público, no tenía ningún precedente.

Aunque la violencia anticlerical fue el factor singular más importante que socavó la credibilidad y la reputación internacional de la República, sus orígenes se retrotraen bastante antes de la Segunda República. La clave de la violencia se encuentra en el papel de la Iglesia como institución y de ciertas formas de catolicismo autoritario como eje del control social durante la Restauración (1875-1931), lo que implicó que cientos de miles de españoles, principal aunque no exclusivamente, de áreas urbanas, experimentaran el monopolio cultural de la Iglesia y, a través de él, a menudo la misma idea de religión, como algo que les oprimía de forma personal y que escarbaba directamente en su centro emocional, como una forma de violencia diaria, una saturación claustrofóbica del espacio que atravesaban para trabajar y vivir.

Para entenderlo, hay que tener en cuenta en primer lugar el abismo que existía entre el constitucionalismo formal de la monarquía restauracionista —quizá personificado en su libertad de prensa— con la realidad vivida por los pobres, especialmente los de las ciudades, cuyas vidas y libertad de movimiento eran restringidas repetidas veces por toques de queda y estados de excepción declarados frecuentemente en un ámbito u otro por los sucesivos gobiernos de la Restauración.[37] Los derechos de asociación solo existían en teoría y la policía podía perseguir y, de hecho, perseguía a los afiliados a sindicatos en las calles, en sus lugares de trabajo y en sus casas. Los trabajadores urbanos estaban sujetos a un repertorio cada vez mayor de medidas severas y arbitrarias, como la detención sin juicio, la deportación interna, el asesinato extrajudicial (la llamada «ley de fugas», por la que se disparaba a los prisioneros «mientras escapaban») e incluso el arresto por «culpabilidad moral».[38] Aunque eran asuntos fundamentalmente de política y orden público, en la cultura autoritaria de la

Restauración la unión de lo político y lo religioso era completa: los religiosos proveían de personal a cárceles y reformatorios y, a la inversa, la presencia de miembros de las fuerzas de seguridad era común en las procesiones religiosas que atravesaban el espacio de las ciudades españolas; y eran los gobernadores civiles, nombrados por el estado, los que aprobaban bandos contra la «blasfemia» que era una parte integral de la cultura urbana, convirtiéndola en un delito por el que se podía arrestar.[39] En tiempos de agitaciones y conflictos callejeros, los prohombres de las asociaciones seglares católicas estaban entre aquellos a los que se pedía ayuda para actuar como informadores de la policía. Y terrible para los pobres urbanos era el papel público central de la Iglesia como legitimadora de la pena de muerte, que sería abolida para los civiles por la Segunda República. En los años anteriores, la visión de los desesperados y los indigentes llevados a pie a través de las calles de las barriadas pobres de las ciudades provocaba, como recuerda un testigo, «un ambiente malsano, una mezcla de tristeza y de pánico».[40] Lo que describía con estas palabras era una forma de abuso psicológico constante en el cual todo el edificio de la cultura pública de la Restauración hacía a la Iglesia profundamente cómplice.[41]

Fue la dimensión espacial de la hegemonía cultural de la Iglesia lo que empezó a destacar en los años treinta. La reacción ante el simbolismo clerical —y, al final, ante la carne y la sangre clerical— fue, en el fondo, una respuesta a este universo de subyugación social y política, en el que los sometidos no veían una clara diferencia entre el poder ejercido por las autoridades políticas y el de las religiosas. Permanecían otras dimensiones más tradicionales de anticlericalismo popular —eran legión las historias de curas vagos, corruptos e inmorales—, y todas eran reforzadas por las continuas desigualdades económicas y el papel de la Iglesia en la articulación de la oposición política de masas a la reforma republicana: «¿Qué era la Iglesia? Solo una cadena de tiendas que comerciaba con funerales, bautizos, matrimonios, hospitales, educación, préstamo de dinero, bancos y cafés», dijo en julio de 1936 un trabajador de Barcelona.[42] Pero el reto real para un lector del siglo XXI es entender el panorama emocional,

el imaginario popular que subyace detrás de la extraordinaria yuxtaposición de «tristeza y pánico». La memoria de una emoción no muy diferente marcaría al artista catalán Joan Miró que recordaba su repugnancia cuando, siendo un recluta en agosto de 1917, su unidad fue utilizada contra la huelga general en Barcelona y se enfrentó con la posibilidad de tener que disparar a trabajadores. Lo recordaría durante toda su vida y este recuerdo influiría implícita y algunas veces, explícitamente, en su trabajo.[43] Sin embargo, para otras vidas más corrientes, no había salida, solo una continua acumulación de presión y brutalización, de violencia «cotidiana», estructural, lo que también sería un «protagonista» principal en las matanzas anticlericales del verano de 1936. Los responsables eran violentos y repugnantes, pero habían sido hechos así por una cultura política dominante muy anterior a la República y a la que el nuevo régimen, en los pocos años de su existencia, apenas había podido arañar la superficie. Las corrientes de pensamiento anticlerical de elite/intelectuales bien pudieron haber exacerbado estos poderosos sentimientos populares de injusticia y exclusión después de 1931, pero no explican cómo se habían generado en un primer momento.

La mayor «contribución» de la Segunda República a todo esto fue haber dado esperanzas legislativas de cambio del ambiente público de España, de hacer el aire más respirable, solo para que estas esperanzas se vieran hechas añicos otra vez, primero por la doble acción de la movilización católica de masas y la política obstruccionista en el parlamento y, al final, por el mismo golpe. Lo que pasó después, en el vacío de poder gubernamental, fue un intento de cambiar las cosas de tal forma que no pudiera nunca haber un retorno al *statu quo* anterior y asegurar su irrevocabilidad a través del uso de la violencia. Si esto no se entiende, es imposible explicar por qué los religiosos fueron el objetivo principal, más importante que los otros sectores identificados con los rebeldes, en todas las ciudades, pueblos y aldeas de España en que el levantamiento militar fue derrotado (con la excepción de las partes del País Vasco que permanecieron en poder de la República, donde las relaciones sociales eran cualitativamente bastante

diferentes). Esta selección del objetivo indica un propósito específico. Posteriormente, el franquismo lo describiría, de forma reduccionista y temerosa, como una conspiración.[44] Pero la particular resolución mostrada por un gran número de personas de matar a personal religioso indica que el deseo que los impulsaba era erradicar la influencia de la Iglesia. Era el rechazo más brutal y claro que se puede imaginar, al reto «Reinaré en España», lanzado en 1919 por el monarca cuando, en el periodo posterior a las revoluciones políticas y sociales a lo largo de Europa, consagró España al Sagrado Corazón de Jesús.

Este rechazo quedó inscrito en piedra de forma más espectacular y deliberada cuando, tras el golpe militar, milicianos republicanos de Madrid y de los alrededores colaboraron, durante un periodo de 10 días, en la sistemática destrucción de la gran estatua del Sagrado Corazón que había sido erigida en el Cerro de los Ángeles, justo en las afueras de Madrid, para conmemorar la consagración de 1919. Usaron barrenas, taladros y una gran cantidad de dinamita para destruirlo, pero no antes de que hubiera reiteradas exhibiciones teatrales de la «ejecución» del Sagrado Corazón por parte de pelotones de fusilamiento formados por milicianos.[45]

Los sucesos concluyeron con el cambio de nombre del lugar por el de «Cerro Rojo». El fuerte componente ritual evidente en esta iconoclastia o en la exhumación de los restos de frailes y monjas y en la humillación y tortura de curas y otros religiosos de género masculino antes de asesinarlos, muestra claramente el poder que los profanadores y autores de otros actos violentos creían que ejercía todavía la religión y la Iglesia.

Un elemento notable de esta confrontación se relacionaba con el poder de género, ya que la violencia anticlerical y, sin duda alguna, la violencia mortal contra personas fue principalmente una violencia de hombre a hombre en la cual las milicias de clase obrera urbana desafiaban y rechazaban la autoridad institucional de la Iglesia y, al mismo tiempo, reafirmaban su control sobre «sus propias» mujeres (considerando el confesionario tanto un sitio de seducción y/o abuso sexual como una fuente de autoridad política externa).[46] De ahí también la no poco común

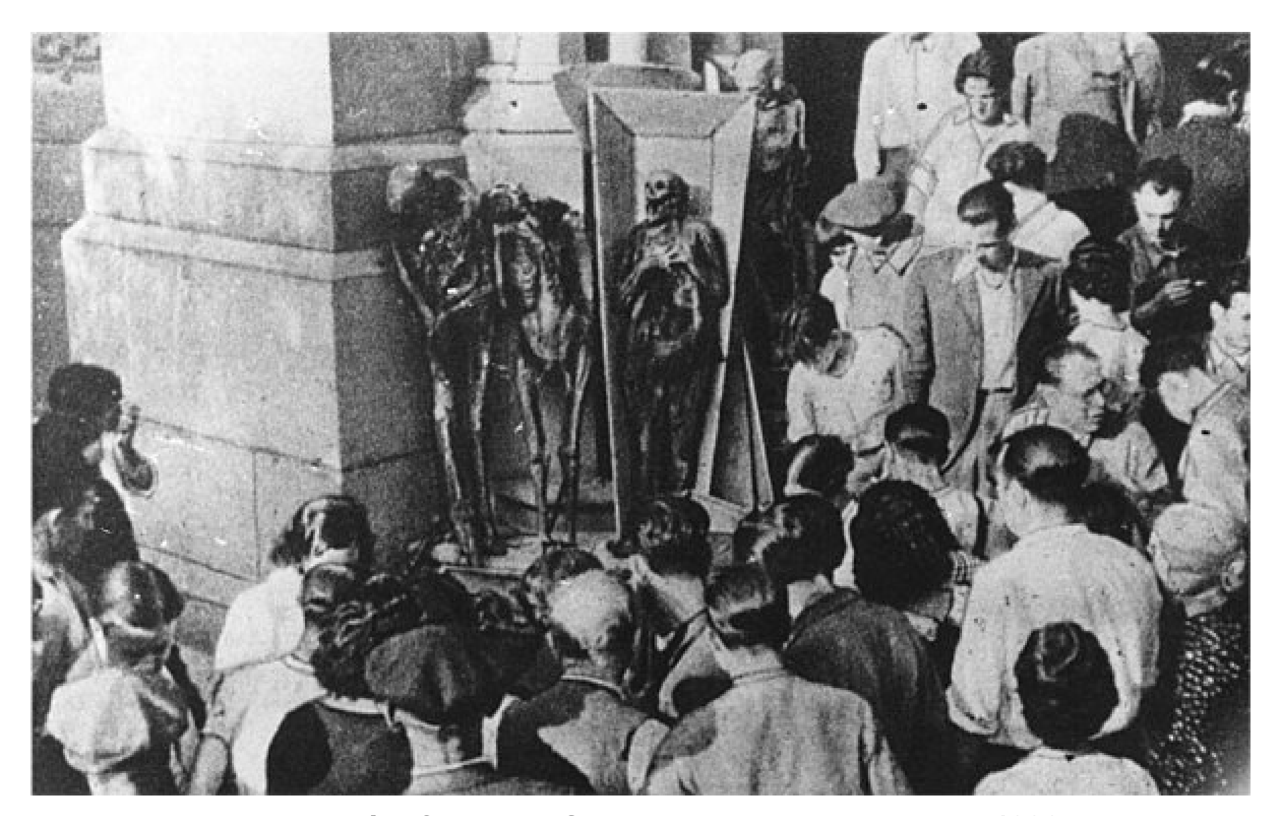
humillación sexual de los curas como preludio de su asesinato, aunque fue mucho más común la humillación general. De forma contradictoria, los curas también fueron insultados por no ser «verdaderos» hombres, por haber sido mutilados por su vocación —dado que ésta exigía una vida de celibato, al menos formalmente—, y hubo también casos de curas que fueron castrados antes de ser asesinados.



Sagrado Corazón, Cerro de los Ángeles, Madrid

Un pelotón de fusilamiento de milicianos republicanos «ejecuta» simbólicamente la estatua del Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles (Madrid) el 7-8 de agosto de 1936. Aunque la destrucción de la estatua, como un acto de iconoclastia, es cierto que ocurrió, siempre ha habido algunas dudas sobre el carácter de esta fotografía en concreto y si en realidad fue un montaje creado por las autoridades rebeldes como propaganda amarilla, es decir, superponiendo las figuras de los milicianos sobre una imagen existente de la estatua dinamitada. Sin duda alguna, la fotografía fue utilizada como propaganda contra la República dentro de la zona rebelde y también fue distribuida en el extranjero con el mismo propósito. Las valoraciones técnicas sugieren que hubiera sido bastante difícil simular tal fotografía de una forma muy creíble. Pero esta valoración se basa en la foto de un periódico como la reproducida aquí porque ningún historiador ha tenido acceso a

ninguna versión de la fotografía en sí misma (aunque se dice que una está localizada en el archivo eclesiástico de Getafe, el pueblo adyacente al Cerro de los Ángeles). Todo análisis de la fotografía según apareció en la prensa es forzosamente provisional. Sea cual sea la verdad, no cambia el significado político y social de la violencia anticlerical que se produjo en el territorio republicano durante la guerra, aunque, si se demuestra que la foto es un montaje franquista, cambiaría sustancialmente nuestra lectura del significado histórico de esta fotografía en particular. (Fotografía: EFE, Madrid.)



Exhumación, Convento Salesiano, Barcelona, julio de 1936

La exhumación de religiosos (aquí en el Convento Salesiano de Barcelona en julio de 1936) constituyó parte de la ola de iconoclastia y violencia anticlerical desencadenada por el golpe militar de 17-18 de julio. (Fotografía: Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, España.)

Por el contrario, los casos documentados de intimidación sexual o asesinato de religiosas son muy pocos, lo que es probable que refleje que ocurrían raramente más que una simple falta de documentación.[47] En lugar de infligir violencia sobre las monjas, era más probable que los milicianos las «liberaran» en el mundo, exhortando algunas veces a las más jóvenes a que fueran madres. Tal acto de «liberación» reforzaba la

sensación que tenían las milicias de su propio poder, al igual que también revela su concepción todavía patriarcal de qué significaba la «libertad» para las mujeres.

Sin embargo, la política patriarcal, evidente también en la zona republicana, se llevaba a cabo de forma diferente que en la zona rebelde. Los obreros de las milicias republicanas todavía buscaban controlar a las mujeres —como se manifestó en las luchas que se produjeron después del 18 de julio de 1936 sobre el papel de estas en los nuevos espacios públicos revolucionarios y, especialmente, dentro de los sindicatos y en el nuevo orden colectivista en los lugares de trabajo, que crecieron vertiginosamente donde los trabajadores derrotaron al golpe. Sin embargo, a pesar de todas estas nuevas batallas de género sobre el poder revolucionario, los hombres de clase obrera estaban implicados a la vez en un asalto frontal a las estructuras de poder político y social establecidas, que habían subyugado previamente a los grupos subalternos, independientemente del género. En la interpretación de los milicianos, por tanto, las religiosas, al igual que las mujeres trabajadoras, eran grupos subalternos que necesitaban ser liberados, no castigados, interpretando casi siempre el confinamiento en un convento como resultado de la opresión y la coerción. Las monjas fueron definidas principalmente como mujeres y, por tanto, víctimas, más que, como sucedía con el personal religioso masculino, como los agentes/perpetuadores de una cultura católica tiránica y subyugadora. Una lógica definidora conservadora (las mujeres son siempre mujeres por encima de cualquier otra identidad) que, sin embargo, salvó muchas vidas. Esta lógica, por lo general, impidió nada parecido a un continuado castigo sexual de las mujeres en el territorio republicano, mientras que, en la zona rebelde, el ataque contra las mujeres «rojas» estuvo íntegramente vinculado a la reimposición de formas tradicionales de orden social sobre los españoles subalternos, con independencia de su género. Dada esta lógica, tampoco es sorprendente que los ejemplos de ataques sexuales sobre mujeres «blancas» (es decir, políticamente conservadoras) fueran raros en la zona republicana, como comentaristas prorrebeldes indicaban en la época.[48] En general, era la

lógica de la acción política que se llevaba a cabo lo que impedía en la zona republicana un fenómeno comparable al abuso físico masivo y constante de las mujeres que estaba produciéndose en el territorio controlado por los militares.

Los actos de violencia y asesinatos extrajudiciales en la zona republicana —ya tuvieran como objetivo a personal religioso o a otras víctimas civiles— pretendían exorcizar los miedos y destruir las estructuras de poder que los habían generado. Por tanto, la violencia era algo proyectado por aquellos que la habían sufrido durante mucho tiempo, en algunos sentidos, como el lenguaje que les había enseñado la cultura dominante. Los que la perpetraban creían que ofrecía un medio de hacer «tabla rasa»: la disolución instantánea de la tiranía política e, igual de importante, una forma de reparación de las heridas sociales acumuladas.[49] En el contexto de este panorama psicológico y esta historia se explican totalmente las palabras del famoso dirigente anarquista Buenaventura Durruti, en julio de 1936: «las ruinas no nos dan miedo [...] porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones».[50]

La violencia popular en el territorio republicano fue, por tanto, una oleada excepcional de emoción e ira —frecuentemente intensa y algunas veces muy repugnante. En numerosas ocasiones se vio alcanzada por otras dinámicas de violencia también desencadenadas por el golpe, ya fueran estas para ajustar cuentas políticas de preguerra —especialmente dentro de los sindicatos—[51] o privadas, impelidas por agentes provocadores, o motivadas criminalmente (saqueo, robo y extorsión), incluyendo las realizadas por algunas personas vinculadas a movimientos políticos, especialmente los anarcosindicalistas. Sin embargo, con independencia de estas otras dimensiones, la violencia popular era claramente política y estaba vinculada a la construcción de algo nuevo. Porque la experiencia de la República de preguerra implicaba que había una conciencia de un nuevo horizonte político aunque fuera débil o distorsionada. A este respecto, por tanto, las matanzas anticlericales, al igual que las de otros grupos que simbolizaban a la vieja España, fueron un instrumento utilizado de forma

consciente al menos por algunos de los autores, porque se percibía como una forma de romper para siempre con el pasado, de asegurar que no habría retorno al orden social y político anterior al golpe. Aunque algunos de los asesinatos de curas o administradores de fincas y otros personajes odiados fuera espontáneo e «instintivo», hubo también formas de violencia que indican un propósito político más consciente. Por ejemplo, los muchos casos en que la violencia aniquiladora surgió como consecuencia de la llegada de fuerzas milicianas anarquistas u otros escuadrones armados a aldeas y pequeños pueblos como los que se desplegaron desde las ciudades de Barcelona y Valencia por Cataluña, Aragón y la región valenciana. En este caso, serían fundamentales los colaboradores locales quienes señalaban a las fuerzas que llegaban quiénes eran los derechistas y partidarios del golpe en la localidad. Como sucede con la participación de jóvenes trabajadores previamente no organizados políticamente, la evidencia indica también que estas acciones en los pequeños pueblos incluían a sectores de clase media, muchos de los cuales estaban participando en política por primera vez.[52] En estos contextos, la guerra estaba actuando directamente como mediador del cambio social. En algunos sentidos es comparable, aunque no en los objetivos, con el proceso de asesinatos extrajudiciales que se estaban produciendo en la España rebelde. Sin embargo, las actitudes mostradas por el estado republicano en reconstitución hacia estas formas de violencia extrajudicial política y local no fueron comparables con las de la zona rebelde.

Las autoridades republicanas no pudieron evitar inicialmente las matanzas extrajudiciales en su territorio porque el mismo golpe militar había provocado el hundimiento de las fuerzas de orden público y del ejército como instrumentos de orden público, a la vez que había generado una enorme oleada de miedo e ira. Pero el régimen posteriormente reconstruyó el orden público, en particular para acabar con los asesinatos. A pesar de todos los numerosos defectos de la República, no hay duda de que su cultura política y sus esfuerzos por reconstruir el estado, incluso su misma *raison d'être* y legitimidad, estaban basados en la extensión de un

estado de derecho. Pero los desafíos a los que hacía frente la República a este respecto eran enormes y permanecerían desde el principio al fin de la guerra.[53] En los primeros seis meses después del golpe, hizo frente a tareas colosales para reconstruir los mecanismos de poder del gobierno y el orden público. Estos no solo habían sido arrasados por la sacudida centrípeta del golpe sino que este también había deslegitimado seriamente el mismo concepto de autoridad política, judicial y militar convencional. Como resultado, su ritmo de reconstrucción fue tremendamente lento. Porque para la República no hubo ninguna tregua militar. En octubre de 1936 Madrid estaba bajo la amenaza directa de los ejércitos de Franco que habían avanzado rápidamente por el sur haciendo estragos entre la población civil. Bajo estas condiciones, cuando no se podía hablar todavía de un ejército reconstituido, y aislada internacionalmente, la República estaba buscando defenderse a sí misma contra la arremetida rebelde, apoyada por el poder industrial y la fuerza militar de la Alemania nazi y la Italia fascista. Fue en estas condiciones de hora cero, de asedio y aislamiento integral en las que se produjeron las mayores atrocidades cometidas en tiempo de guerra en el territorio republicano y en las que estuvieron implicadas fuerzas que, en última instancia, eran responsables ante el gobierno.

En noviembre de 1936, la evacuación de los prisioneros de un Madrid sitiado se convirtió en una masacre. El gobierno se había ya trasladado a Valencia, sin esperanzas de conservar Madrid con las armas. La ciudad, atrapada entre los ejércitos de Franco y Mola, era presa del pánico.[54] La sensación de cerco venía de dentro tanto como de fuera. Había un gran temor a una «quinta columna», a la que había aludido el mismo general Mola. Las embajadas y los consulados extranjeros estaban llenos de civiles partidarios de Franco que habían pedido asilo. El conocimiento de las masacres que se estaban produciendo en el sur también apuntalaba los miedos de la gente, que eran exacerbados por la amenaza clara que lanzaron los rebeldes de que llevarían a cabo duras represalias contra la población civil de la capital. Con el Ejército de África franquista acampado a la vista

de la mayor cárcel de Madrid, los dirigentes civiles y militares encargados de la defensa de la ciudad decidieron evacuar unos ocho mil presos profranquistas, muchos de los cuales eran oficiales del ejército que se habían negado a luchar con la República, a prisiones más alejadas de los frentes republicanos. En el curso de estos traslados entre dos mil y dos mil quinientos prisioneros, los que habían sido clasificados como los más «peligrosos», fueron ejecutados extrajudicialmente por fuerzas milicianas. Estas procedían de varias fuentes diferentes: de la fuerza policial en reconstitución de Madrid, de la anarcosindicalista CNT-FAI, del Quinto Regimiento, la unidad militar controlada por el Partido Comunista de España (PCE), y también de la JSU (Juventud Socialista Unificada), que era la nueva organización juvenil unificada del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y del PCE, pero que a estas alturas estaba ya firmemente en la órbita comunista.[55] El resto de los prisioneros evacuados llegaron a sus destinos en otras cárceles. Pero la enorme presión del asedio y el sentimiento de estar en una lucha final habían provocado una explosión exterminadora que impulsaría más adelante matanzas de represalia.

Esta matanza en concreto, conocida colectivamente como Paracuellos por el pueblo a las afueras de Madrid donde se produjeron los fusilamientos, es el más claro equivalente en la historia de la República en guerra de las *sacas* de las prisiones en las que perdieron la vida miles de civiles detenidos en toda la España rebelde. En este caso, las autoridades militares eran cómplices. Pero no hay ninguna evidencia de que el gobierno republicano establecido en Valencia tuviera conocimiento de las matanzas de Paracuellos hasta después de que estas se produjeran. Sin embargo, está claro que algunos miembros del Consejo de Defensa de Madrid se confabularon para llevarlas a cabo, al igual que lo hicieron miembros de la reconstituida fuerza de policía de Madrid, mientras que la logística de los asesinatos hubiera sido imposible sin la cooperación de la CNT, cuyas fuerzas todavía controlaban en esos momentos las salidas de la capital. El daño hecho a la reputación y credibilidad internacional de la República una vez que se conocieron los sucesos de Paracuellos (a través de una iniciativa

diplomática multilateral que la República no hizo nada por obstruir), intensificó el propósito del gobierno de recentralizar el poder político y priorizar la normalización de la autoridad policial y judicial. El Consejo de Defensa de Madrid fue puesto bajo control directo del gobierno y, de hecho, disuelto tan pronto como fue posible, aunque la continua falta de apoyo tanto por parte de Gran Bretaña como de Francia hizo que los esfuerzos de la República para reconstruir su maquinaria constitucional fueran mucho más difíciles de lo que lo hubieran sido en otras circunstancias.

Sin embargo, la política de la República Española en guerra se movió en una dirección clara y reconocible: la autoridad política estatal fue impuesta de forma gradual pero sistemática para reducir las oportunidades de que se produjeran actos de violencia extrajudicial y anticonstitucional. Al hacer esto, la República buscaba, como cualquier otro régimen constitucional, reforzar su propia legitimidad ejerciendo un monopolio sobre el uso de la violencia.[56] La pena capital, abolida en la ley civil por la República de preguerra, fue restablecida para delitos de espionaje y otros que se considerase que socavaban la seguridad en tiempo de guerra o ayudaban al enemigo militar. Pero fue usada poco contra los civiles e, incluso, la mayoría de estas sentencias de muerte impuestas por los tribunales especiales de guerra de la República fueron conmutadas. La República continuó actuando como una democracia, aunque una en guerra y en las más difíciles de las condiciones. Hubo fallos en su estructura constitucional: las acciones de la policía fueron a veces abusivas como lo fueron las condiciones en algunas prisiones y campos de prisioneros de guerra en la última parte de esta, al intensificarse el cansancio y la desmoralización por la guerra total en proporción a lo que en 1938 era ya un casi total aislamiento diplomático de la República. Pero el restablecido poder judicial republicano sí que investigó los abusos cometidos por la policía, incluyendo el tratamiento cruel en las prisiones y los asesinatos ilegales. La República definió estos hechos como crímenes, incluso aunque fueran cometidos contra el enemigo, mientras que en la zona franquista tales sucesos,

simplemente, no preocupaban y no eran considerados crímenes, sino una profilaxis administrada por el poder.

Al final, la democracia republicana española fue abandonada totalmente por Gran Bretaña y Francia en septiembre de 1938 como parte del mismo juego diplomático fallido de apaciguar a Hitler que destruiría Checoslovaquia, la última democracia que quedaba en Europa central. Pero la aversión británica hacia la Segunda República se retrotraía a su nacimiento en 1931. Porque no solo sus propuestas de reforma establecían un ejemplo para la redistribución de poder social y económico en el ámbito interno dentro de una democracia capitalista, que no eran bien recibidas por las elites políticas conservadoras británicas, sino que la proclamación de la república en España también simbolizó la democratización de la misma vida política, su apertura a una mayor variedad de grupos sociales. La Gran Bretaña de los años treinta, a pesar de que era un estado constitucional, todavía mantenía una clase política que procedía de una base social estrecha y, desde que la Gran Guerra había cambiado la forma de la política, las elites británicas social y políticamente conservadoras habían estado resistiendo lo más posible para mantener sus consecuencias a raya. En esto, los informadores del Foreign Office (Ministerio de Asuntos Exteriores) en España estaban en armonía con sus jefes diplomáticos: no puede haber un resumen más claro de esta mentalidad que un informe enviado en 1938 que se refería al veterano sindicalista Ramón González Peña, que era entonces el ministro de Justicia de la República, como un hojalatero de Asturias.[57] Por otra parte, las elites de Gran Bretaña conocían a los franquistas socialmente. Como resultado, de principio a fin actuó un doble rasero en la valoración oficial de los sucesos que se estaban produciendo en España durante la guerra. La Segunda República en guerra estaba, a ojos de la clase dirigente británica, condenada, cualquiera que fuera el estado de su orden público. En los primeros días este fue «caótico» e imposible de mantener bajo control, por supuesto como consecuencia de un golpe militar.[58] Más tarde, cuando adoptó una línea dura en sus tribunales (constitucionales) de guerra contra aquellos acusados de actos de sedición, las autoridades

británicas lo criticaron por sus tendencias dictatoriales. En cuanto a la violencia contra civiles en tiempo de guerra, en la España republicana eran, lisa y llanamente, asesinatos. En la zona rebelde, sin embargo, era un proceso desagradable pero necesario mediante el que las autoridades militares estaban imponiendo el orden. Por supuesto, que estas elites políticas británicas de los años treinta también vieran la violencia contra algunos grupos sociales como una medida necesaria más que como un crimen no debe sorprender, especialmente si se recuerda que estaba previsto que en 1939 un alto cargo de Scotland Yard hiciera una visita oficial a Dachau para observar «las técnicas modernas de mantenimiento del orden público» y solo lo impidió el estallido de la guerra mundial.[59] Por tanto, fue como resultado de estas asunciones tácitas por lo que Franco pudo actuar, de forma creíble, para la galería de sus miedos políticos y su esnobismo social al presentarse como el salvador del orden en las películas de propaganda que su oficina distribuyó después de la liberación del Alcázar de Toledo en septiembre de 1936, días después de que sus fuerzas hubieran tomado la ciudad en una operación de «limpieza» que incluyó masacrar a sus defensores heridos en sus camas, al igual que a los doctores y enfermeras que les atendían.[60] De hecho, la respuesta británica oficial a la violencia colectiva y política desencadenada por el golpe en la zona republicana puede ser considerada en sí misma un éxito de propaganda notable y singular para los rebeldes de Franco, dado que ni una sola vez se mencionó que el origen del maremoto de violencia en ambas zonas de España era la misma rebelión.

Lo que distingue los usos sociales y políticos de la violencia en la zona rebelde es la relación simbólica entre la violencia de las bases y el orden político franquista emergente. Las autoridades militares, como suprema autoridad política en la España rebelde, podían haber detenido las matanzas extrajudiciales, ya que no hubo ningún colapso del orden público como el que se había producido en el territorio republicano. Sin embargo, en lugar de eso eligieron utilizar la violencia y, con ella, la idea de una cruzada que había surgido originalmente de los medios conservadores populares. Se

puede definir la clase de violencia que se produjo en esas bases como una forma de violencia religiosa, en el sentido de que, por lo general, tuvo unos objetivos sociales y políticos muy específicos. «La palabra “contaminación” está a menudo en los labios de los violentos», ha observado la historiadora Natalie Zemon Davis.[61] Y mucha gente vio los asesinatos en la España rebelde como un medio de librar a la comunidad de fuentes de contaminación o profanación y de los peligros que suponían. Los curas jugaron un papel prominente en la justificación de los asesinatos, incluso ante aquellos que estaban a punto de ser ejecutados. Pero otros curas fueron perpetradores, participando directamente en los pelotones de fusilamiento.[62] Sin embargo, fue más común el modelo del cura de radio que animaba a los asesinos y hablaba en Córdoba de la «limpieza» como el trabajo de Dios.[63] Y aunque los asesinatos anticlericales en la zona republicana intensificaron posteriormente el celo de los clérigos conservadores, que este no era el quid de la cuestión lo demuestra el hecho de que la violencia en las zonas rebelde y republicana se estaba produciendo a la vez. Era más importante el deseo *sui generis* de los clérigos conservadores de tener la oportunidad de imponer un cierto tipo de control social y «moral» sobre los españoles que estaban en ese momento atreviéndose a pensar y actuar de forma diferente. Después de 1939, la Iglesia recuperaría una influencia social enorme ejerciendo nuevas funciones disciplinares en nombre del estado franquista. El personal religioso jugó un papel clave en la gestión de prisiones, reformatorios y otros centros correccionales.

También hubo en la violencia del periodo de guerra un fuerte elemento ritual. Hubo ejecuciones públicas en masa seguidas de la exhibición de los cadáveres en las calles o la quema colectiva de los cuerpos. No de forma infrecuente hubo un componente ritual en el asesinato de alcaldes y otras autoridades republicanas en las plazas mayores de pueblos y aldeas. Es significativo también que en el centro y norte de España las ejecuciones se produjeran en días festivos o en los días de los santos patrones. Hubo una mezcla extraña de terror y fiesta: ejecuciones seguidas de fiestas y bailes en los pueblos a los que la población local estaba obligada a acudir.[64] La

violencia servía, así, a varias funciones diferentes. En primer lugar, reforzaba la complicidad; en segundo lugar, servía para exorcizar los miedos subyacentes de pérdida de control que eran el nexo subconsciente que unía a los militares rebeldes con los diversos grupos de civiles que les apoyaban. Pero estaba también el aspecto ritual de que *permitía la transgresión* por medio de la deshumanización de las víctimas y también al esconder a los que cometían este tipo de actos el significado completo de lo que estaban haciendo. Eso fue verdaderamente cierto en las más pequeñas comunidades del centro y el norte donde los asesinos estaban rompiendo un tabú al actuar dentro de sus propios pueblos y aldeas. Sin embargo, la presencia de elementos rituales sirve para recordarnos que esta violencia no era un fenómeno marginal o «asocial»; no tenía que ver con unos pocos psicópatas saliendo a la superficie en tiempos turbulentos, aunque hubo algunos individuos de este tipo en las escuadras de la muerte. La violencia fue más bien parte de un conjunto de conductas y objetivos respaldados por un considerable número de gente y a través de los cuales la «sociedad» estaba siendo transformada.[65]

La clase de asesinatos perpetrados por los «justicieros civiles» —a menudo llamada «represión caliente»— tendió a ser lo que sucedió en el periodo inmediatamente posterior a que los rebeldes controlaran un pueblo o ciudad. Así pues, y dado que su avance territorial fue más o menos constante a lo largo de la guerra, este escenario de violencia se repitió durante todo el conflicto a través de España. En cada territorio conquistado el «terror caliente» daría lugar después a una represión más sistemática, «el terror frío», en el cual las autoridades militares empezaron a destacar formalmente y donde aquellos que habían defendido la República fueron juzgados por tribunales militares y ejecutados en masa por «rebelión militar», un castigo que continuaría después de 1939. Como forma de matar, era apenas judicial, en el sentido de que era resultado de una justicia sumaria. Hubo juicios masivos, algunas veces de 50 y hasta 100 acusados, sin el proceso debido, sin acusaciones más allá del vacío cargo de «rebelión militar»; no se proporcionaba una defensa legal y en esta los acusados no

podían intervenir (esto se analiza más detenidamente en el capítulo 6). Pero independientemente de que el terror fuera frío o caliente, los militares tenían siempre todo el control. El terror solo pudo producirse porque ellos lo permitieron.

Los militares no estaban preocupados por el hecho de que los asesinatos extrajudiciales fueran contrarios a derecho. Para aquellos que se habían rebelado contra la República, la política liberal, el constitucionalismo y el lenguaje de derechos eran percibidos como el problema, no la solución. Además, quienes eran eliminados por los escuadrones de la muerte eran parte del mismo «problema». Porque los militares también hablaban el lenguaje de la «purificación». Vínculos locales, lazos de amistad —incluso de vez en cuando familiares— también ligaban a los militares con los «justicieros» civiles. Y todos ellos veían las atrocidades que cometían no como atrocidades sino como una solución purificadora alumbrada por la fuerza.

El propósito de esta violencia —caliente y fría— era, en primer lugar y ante todo, «matar el cambio», en particular al anular el lenguaje de derechos políticos que la República había permitido que se expresara. La violencia pretendía enseñar a quienes habían creído en la República como vehículo de cambio que sus aspiraciones siempre les costarían muy caras. Era una forma de reestructurar la sociedad a la vez que se evitaba la redistribución de poder económico y social anunciada por la República. Así pues, aquí tenemos la «memoria del asesinato» otra vez, pero en el sentido diferente de matanzas ejemplarizantes, que ponían a quienes sobrevivían a ellas «en su lugar»: un ejercicio de lo que el historiador Paul Preston ha llamado «terror rentable».[66] En segundo lugar, la complicidad creada entre las autoridades rebeldes y aquellos sectores de la población que participaron en los hechos o hicieron la vista gorda ante la represión de sus amigos, vecinos y, a menudo, incluso miembros de su familia, también empezó a establecer las bases de un nuevo estado y orden social rebelde —que sería seria y explícitamente consolidado a partir de 1939—, sobre todo a través de la política de denuncia a escala nacional que el régimen puso en práctica y que

jugaría un papel crucial en que tuvieran éxito la represión de masas y la construcción del universo carcelario en España.

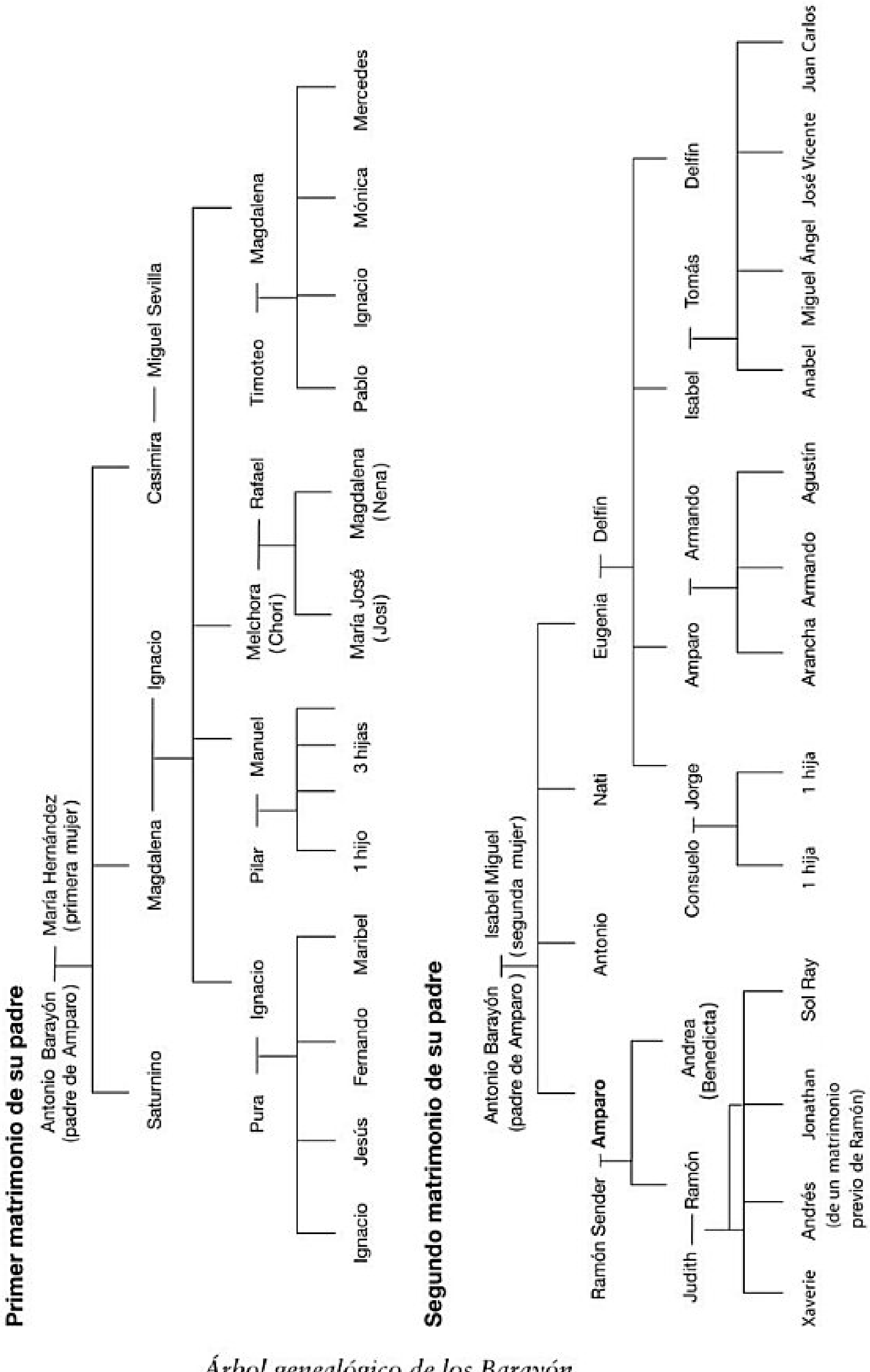
3

Fantasmas del cambio. La historia de Amparo Barayón[*]

¿Para qué añadir más palabras? Para susurrar por lo que se ha perdido. No por nostalgia, sino porque es en el lugar de la pérdida donde nacen las esperanzas.

(John Berger)

LA COALICIÓN FRANQUISTA estaba guiada por un deseo muy particular: el de su elite militar colonial, al igual que el de sus partidarios civiles, de someter el cambio social a la ley marcial y restaurar su ideal de una sociedad estática. Como consecuencia, la violencia desatada en el territorio controlado por los rebeldes se dirigió contra aquellos cuya misma existencia amenazaba ese «ideal». Esto incluía a disidentes de las normas sexuales o de género, y particularmente, a las «mujeres nuevas». Muchas de ellas fueron asesinadas por «justicieros»civiles. Este capítulo relata una historia muy dura, la de Amparo Barayón. Es representativa del coste humano del intento de Franco de «matar» el cambio social, en particular porque muestra cómo el golpe militar hizo estallar toda una serie de odios privados, al igual que miedos sociales y prejuicios, legitimados por la retórica de «purificación» dominante en el golpe, hasta convertirse en parte integral de la «cruzada» con consecuencias mortales. Lo que le sucedió a Amparo Barayón también es una historia familiar que se extiende a través del tiempo y que muestra la extensión de la purificación social motivada por el miedo, que era una de las bases del franquismo, al igual que la larga supervivencia de los efectos de la violencia, su larga sombra.



Árbol genealógico de los Barayón

(cortesía de Ramón Sender Barayón)



Amparo con sombrero de campana, *c.* 1930

(Fotografía cortesía de Ramón Sender Barayón.)

En 1989, el hijo del novelista republicano español Ramón Sender, criado en Estados Unidos, publicó un relato de la búsqueda realizada por él mismo y por su hermana de los restos de su madre, Amparo Barayón, y de la verdad sobre su encarcelamiento y su asesinato extrajudicial. Amparo fue asesinada en los primeros meses de la guerra civil española, cuando tenía 32 años, en la Zamora controlada por los rebeldes, en el centro de Castilla La Vieja, al noroeste de España. El libro, llamado simplemente *Muerte en Zamora* describe una extraordinaria odisea en tiempo, espacio y memoria. A su regreso a España en los primeros años ochenta, el hijo, también llamado Ramón, descubrió que tenía una familia española muy extensa, que surgía como un continente perdido trayendo con ella la historia, los rastros y el fantasma inquieto de su madre Amparo.[1] Él conoció a la sobrina de Amparo, Magdalena Maes, quien, en 1942, con 17 años y en un acto de tremendo valor, había removido físicamente con sus propias manos los restos de su tía de la fosa común donde yacían y los había vuelto a enterrar en la tumba familiar. «Lo peor era que le habían echado cal viva. No había ataúd ni nada, sólo el cuerpo y cal viva.» le dijo Magdalena a Ramón. Por este acto de temeridad, incluso aunque la sobrina de Amparo había buscado y obtenido la autorización oficial requerida, ella y su familia recibieron amenazas de muerte anónimas.[2]

Muerte en Zamora es un libro extraordinario, muy polifacético y que merece conocerse de forma mucho más amplia. Aunque absorbente, no es fácil de seguir por su estructura fragmentada y llena de alusiones. Pero estas cualidades también surgen del mismo pasado que describe y son, por tanto, una parte integral de la historia.[3] Su despliegue transmite en un microcosmos muchas de las cuestiones profundas que las futuras generaciones necesitan entender sobre la guerra de España como una guerra *civil*: sus complejas causas sociales y culturales, sus tremendos costes y la larga secuela de paz incivil, hasta, pero también más allá de, la muerte de Franco en 1975.[4] De hecho, la narrativa del libro es una parte crucial de la corriente de memoria que ha preparado el camino para la recuperación, larga, lenta y penosa, de la historia y memoria de la República, las

memorias de los derrotados que han estado saliendo a la luz en España desde el cambio de milenio, entre las cuales, las más conocidas son la campaña para abrir las fosas comunes e identificar los restos de aquellos que fueron asesinados de forma extrajudicial por las fuerzas franquistas tanto durante como después de la guerra; las solicitudes de reconocimiento y compensación para quienes fueron utilizados como trabajadores forzados por el régimen; y, quizá la más sombría de todas, la historia/las historias de los niños perdidos del franquismo, entre las que son especialmente infames las de aquellos que fueron arrebatados a sus madres —presas republicanas —, y dados en adopción por la fuerza a familias franquistas, y que ahora nos recuerdan inmediatamente las sombras de las violaciones de derechos humanos producidas posteriormente en la Argentina de Videla y en el Chile de Pinochet.[5] Hay también ecos de esto en la historia de Amparo y, aunque sus dos hijos escaparon al destino de miles cuyos nombres se cambiaron ilegalmente para ser adoptados o que fueron recluidos y maltratados en los orfanatos —«reformatorios»— franquistas, también llevan otro tipo de cicatrices.[6]



La familia Barayón, ***c.*** **1913**

Amparo Barayón, cuando tenía nueve años, con su padre y hermanos, en torno a 1913. En la fila de detrás, de izquierda a derecha, Casimira, Saturnino, Magdalena y Amparo; en la fila delantera, de izquierda a derecha, Antonio, Nati, y su padre Antonio con Eugenia en sus rodillas. (Fotografía cortesía de Ramón Sender Barayón.)

En el título de estas memorias en inglés —*A Death in Zamora*— una muerte representa muchas. Al igual que en la gran novela de Michael Ondaatje sobre otra guerra civil, *Anil's Ghost,* en la que la científica forense de Sri Lanka Anil lucha para dar a su «fantasma», una víctima anónima de una muerte violenta y reciente, una identidad y una historia porque es «ese representante de todas las voces perdidas. Ponerle un nombre sería dar nombre a todos los demás».[7] Y en un aspecto importante esto es cierto también sobre Amparo Barayón en el caso de España. Porque las decenas de miles de personas asesinadas por la represión franquista —a finales de los años cuarenta su número ascendía al menos a 150.000— tenían, casi todos, una característica en común: se habían beneficiado de una forma u otra de la redistribución de poder producida durante la República o del cambio cultural que esta representó. Los estudios locales sobre la represión muestran de forma bastante clara, como hemos visto en el capítulo 2, que quienes fueron el objetivo de la represión a lo largo y a lo ancho de la España rebelde fueron aquellos grupos a los que la legislación reformista de la República había concedido derechos sociales y políticos por primera vez en sus vidas. Aunque una mayoría de ellos puede ser descrita como trabajadores urbanos o rurales —especialmente en el «sur profundo» donde el asesinato indiscriminado fue mayor—, en su conjunto, las víctimas del franquismo procedían de un espectro social más amplio e incluyeron muchas personas de las clases medias. De hecho, en las áreas conservadoras del centro y norte y noroeste peninsular, como Zamora, los rebeldes y sus partidarios mostraron un especial odio hacia aquellos con vidas más holgadas que no querían alinearse con ellos o, incluso, que no querían tomar partido. La familia de Amparo incluía personas de este tipo: sus dos hermanos eran pequeños empresarios, relativamente ricos, pero de mentalidad abierta y esperanzados con el cambio. A la inversa, las muchas

personas de extracción social similar a los Barayón pero que apoyaban a los rebeldes militares tenían en común un miedo sobre a dónde llevaría el cambio —ya fueran miedos a pérdidas materiales o psicológicas (riqueza, estatus profesional, jerarquías sociales y políticas establecidas o certezas de género/sexo y religiosas) o una mezcla de todas ellas.

El apaciguamiento de este aplastante sentimiento de miedo fue la energía profunda que conduciría y alimentaría la represión franquista en formas que hicieron que adquiriera vida propia. Su disparador fue la conciencia de los rebeldes de lo precario de su posición en España en su conjunto, de que el golpe de estado podía fracasar, y, por tanto, había una necesidad de golpear de forma dura y rápida,[8] y llevar a cabo una represión ejemplarizante: «hay que sembrar el terror ... hay que dar sensación de dominio, eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros. Nada de cobardías. Si vacilamos un momento y no procedemos con la máxima energía, no ganamos la partida». «Todo aquel que ampare u oculte a un sujeto comunista o del frente popular, será pasado por las armas».[9] Pero detrás de esta justificación en términos políticos subyacía una guerra social total.

Esto queda muy claro del hecho de que se produjo una represión minuciosa incluso en el territorio que constituía el centro conservador natural —del que Zamora era una parte— de los rebeldes, donde estos tuvieron el control desde el principio, donde no hubo una resistencia armada real, ni siquiera política.[10] No se puede argumentar que la violencia surgía de grupos y entidades que estaban fuera del alcance de las autoridades militares porque frente a lo que sucedía en la España republicana, donde, durante un tiempo, la rebelión hundió la capacidad de intervención del gobierno, en el territorio rebelde no hubo ningún colapso del orden público. En cualquier momento, las milicias fascistas de Falange o las clericales de los carlistas y otros voluntarios de la derecha podían haber sido disciplinadas por las autoridades militares que aseguraron el orden público desde un principio. Sin embargo, no solo esto no pasó, sino que los militares reclutaron activamente miles de civiles para llevar a cabo

una guerra sucia.[11] Por tanto, la represión militar y la instigada por los civiles mantuvieron una relación complementaria, como hemos analizado en el capítulo 2. Fue el comienzo de una «hermandad de sangre», de la complicidad de sectores completos de la sociedad española, de «españoles corrientes» que se implicaron en el asesinato de sus compatriotas.

A lo largo del territorio rebelde, la jerarquía de la Iglesia Católica proporcionó públicamente una «justificación moral» poderosa para la violencia visceral que estaba envolviendo rápidamente a la sociedad. El obispo de Zamora, Manuel Arce Ochotorena, no fue una excepción, aprobando públicamente la violencia como una defensa legítima del «orden social, la patria y la religión».[12] El obispo de la vecina provincia de León, por su parte, a principios de septiembre de 1936 pidió a los fieles católicos que se unieran a la guerra contra «el laicismo soviético judeo-masónico».[13] Esta guerra clerical fue claramente más allá de las palabras. Por toda España hubo curas que bendijeron las banderas de las fuerzas rebeldes y algunos, especialmente en la carlista Navarra, marcharon al frente como combatientes. Muchos se implicaron también de forma directa en la violencia contra los civiles, como sucedió en Zamora al igual que en otros lugares de España.

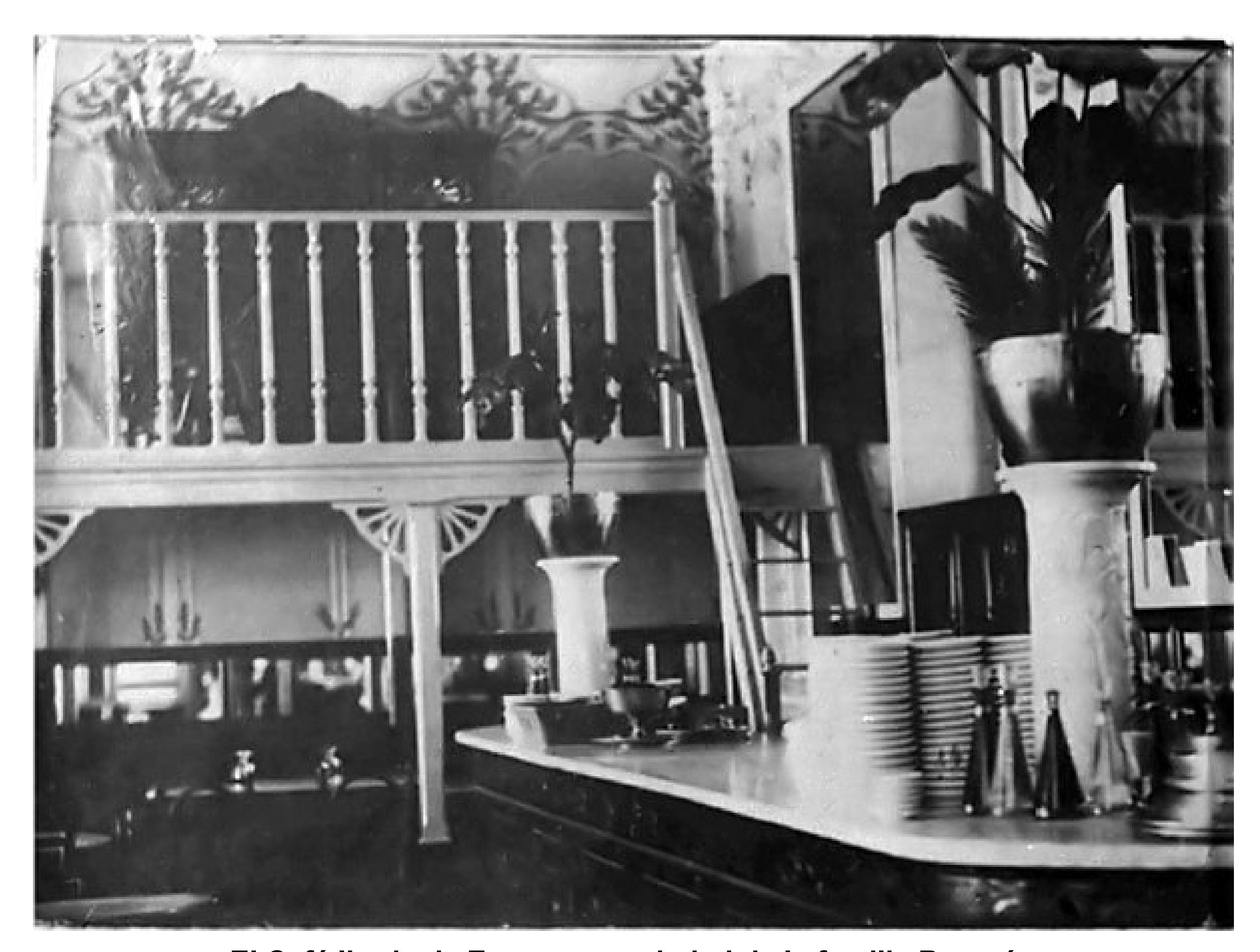
La forma más frecuente de abuso era la presión psicológica extrema infligida por los numerosos curas llamados para confesar a los prisioneros antes de ejecutarlos, convirtiendo así el mismo acto de confesión en un acto de guerra. En Zamora, un cura-guerrero, Miguel Franco Olivares, fue famoso por su salvaje tratamiento físico de los detenidos. Es probable que participara también directamente en los asesinatos, como se sabe que hicieron otros curas en otros lugares (véase capítulo 2). Quienes eran niños entonces en Zamora recuerdan a Franco Olivares andando a zancadas por las calles, llevando una pistola sobre su hábito clerical y contribuyendo así a la propagación de una atmósfera de terror en la ciudad y en los alrededores.[14]

Situados al otro lado en esta «guerra» en Zamora, y a lo largo de toda Castilla la Vieja, estaban aquellos que no «encajaban» en las formas

tradicionales de orden y disciplina, aquellos que «tenían ideas» y cuyos horizontes se extendían más allá, a quienes el lenguaje de derechos de la República les había dado la oportunidad de desafiar su subordinación y cuya presencia fue gradualmente disminuyendo la distancia entre el espacio urbano, cosmopolita y ciudadano y la «España profunda» de la servidumbre rural y los pueblos de provincias aferrados a la tradición. En estos últimos, la «mujer nueva» parecía simbolizar especialmente los cambios en marcha y, en este sentido, era vista como una amenaza directa a las verdades del poder patriarcal. Entre los rebeldes militares y todos sus partidarios más cercanos había un miedo patológico y un odio especial hacia las mujeres emancipadas que sirvió como una poderosa fuerza motivadora de la violencia subsiguiente. Amparo Barayón no fue asesinada simplemente en lugar de su famoso marido, el escritor republicano Ramón Sender, un «sacrílego» para los rebeldes, como muchos han asumido hasta ahora.[15] Aunque quienes la condenaron sabían con quién estaba casada y apenas hubieran sido reacios a vengarse de esta forma, es importante entender que la motivación para asesinar a Amparo era mucho más profunda: ella fue asesinada también *por derecho propi*o.

Porque Amparo era una mujer moderna. En 1930, cuando se desmoronaba la monarquía en España, ella, con 26 años, había abandonado el atraso provincial y conservador de Zamora y se había marchado a Madrid, la «gran ciudad», para ser independiente. Una variedad de factores parece que le abrieron la posibilidad de una vida más allá de su familia y de su pueblo natal. El hecho de que su propia madre muriera pronto, en 1911 cuando Amparo tenía siete años, había dado lugar a una educación menos rígidamente estructurada de la que podía haber tenido en caso contrario.[16] Bajo el cuidado de su hermana mayor, Magdalena,[17] asistió al colegio y a la iglesia, como todas sus contemporáneas de clase media e, incluso, continuó siendo católica practicante durante toda su vida. También recibió otras clases, incluso de piano, llegando a ser lo suficientemente experta como para complementar sus ingresos enseñando a otros más tarde. Pero dejando a un lado su educación formal, tuvo tiempo libre, parte del cual

dedicó a leer, pero también a escuchar y observar en el Café Iberia, en el centro de Zamora, que pertenecía y era dirigido por la familia Barayón y que, siguiendo la tradición española, era tanto un centro de encuentros literarios y culturales informales (tertulias) como un lugar donde tomar un refrigerio. El Café Iberia recibía lo que era una clientela relativamente ecléctica, cultural y socialmente. Este ambiente y la muestra de alternativas que le ofreció son, al menos, parte de lo que proporcionó a Amparo la idea de otras posibilidades, una preparación cultural para una emancipación posterior y, sin duda, la volvió más preparada que muchas de sus contemporáneas para marcharse en busca de lo que la capital pudiera ofrecer.



El Café Iberia de Zamora, propiedad de la familia Barayón

En la foto se ve como era durante la infancia de Amparo. Fue parte de los bienes embargados cuando sus dos hermanos fueron detenidos. (Fotografía cortesía de Ramón

Sender Barayón.)

En Madrid encontró trabajo como telefonista, una nueva oportunidad de empleo que es, en sí misma, un indicador de la modernidad que se empezaba a desarrollar en España. Se ganó la vida por sí misma, vivió de forma independiente, educándose tanto política como culturalmente, y conoció a Ramón Sender y empezó a vivir con él; lo que era mucho en aquellos tiempos, incluso en la España urbana, ya que Madrid no era Berlín o París. Sólo su familia conocía su relación con Ramón (Amparo fue bastante clara con ellos en sus cartas), con el que se casó en una ceremonia civil a principios de 1936, cuando estaba embarazada de su segundo hijo. Sin embargo, el mismo hecho de que ella hubiera extendido sus alas inspiraba horror entre los pilares de la sociedad provincial y también entre algunos de los más conservadores miembros de su propia familia extensa, que la veían en el camino de la perdición. Y serían algunos de los miembros de su familia, determinados a asegurar el cumplimiento de su propia intolerancia enmascarada como una profecía, los que estuvieran implicados en su muerte.

Los sucesos ocurrieron en Zamora a finales del verano de 1936, después de que Amparo hubiera huido a su pueblo natal con sus dos hijos pequeños poco después del levantamiento militar. Ella, Ramón y los niños estaban de vacaciones en la verde sierra al norte de Madrid, en la provincia de Segovia, cuando se produjo el golpe militar. Cogidos en el fuego cruzado de lo que pronto pasaría a ser territorio rebelde, y después de ser testigos de terribles escenas de violencia mortal contra civiles defensores de la legalidad republicana, decidieron que Ramón trataría de regresar a Madrid capital, mientras que Amparo cogería a su hijo de dos años, Ramón, y a su bebé Andrea (Andreína) y se marcharía a la casa de su familia en Zamora. Ella estuvo de acuerdo asumiendo que su casa significaría seguridad: un error que compartió con Federico García Lorca y también con muchas miles de víctimas anónimas de la represión que se marcharon a casa y allí encontraron su muerte.[18]



La joven Amparo con su hermana Casimira (a la izquierda) y Miguel Sevilla

La joven Amparo en torno a 1916-1918 con su hermana mayor Casimira (a la izquierda, con sombrero) de pie junto a su marido, Miguel Sevilla. A su izquierda está otra de las hermanas de Amparo, Nati, cuya salud era muy frágil. (Fotografía cortesía de Ramón Sender Barayón.)

El viaje fue largo, dado que, por supuesto, el golpe había fracturado el sistema de transporte. Fue también tenso porque el tren que, al final, una desesperada Amparo logró tomar con sus hijos para que les llevara en el último trayecto de su viaje, era un transporte militar de tropas rebeldes y sufrió un bombardeo por parte de aviones republicanos cerca de la ciudad de Toro. Pero potencialmente más mortíferas fueron las consecuencias del ambiente lleno de sospechas generado por el mismo golpe. El hecho de que entre las pertenencias que Amparo había empaquetado rápidamente para el viaje estuviera la radio de la familia Barayón, una de las muchas construidas por su hermano más joven Antonio, que era muy bueno con las tecnologías,[19] —y que ella consideró que sería su cordón umbilical para tener noticias de Ramón— hizo que fuera arrestada en el camino como espía.[20] Su puesta en libertad solo se produjo por la intervención de su cuñado, Miguel Sevilla, marido de su hermana mayor, Casimira. Sevilla, un sastre eclesiástico con vínculos muy estrechos con la ultraderecha carlista, le contó a Amparo por teléfono que su hermano mayor, Saturnino, había sido arrestado en Zamora.[21] Desde ese momento, Sevilla tampoco perdió de vista a Amparo, pero ella no podía hacer otra cosa que continuar su viaje a casa, aunque ahora planeando salir lo más rápido posible hacia Francia a través de Portugal, algo que, en teoría, era una opción viable dado que Zamora estaba muy cerca de la frontera portuguesa. Al final, Amparo llegó a casa en los primeros días de agosto de 1936, dos largas semanas después de salir huyendo de la villa de vacaciones alquilada en San Rafael, Segovia, en la Sierra de Guadarrama, al norte de Madrid.

Pero la situación que se encontró en Zamora estaba lejos de ser un refugio o una tregua de la agitación política nacional como se había imaginado. Al igual que en los lugares por los que Amparo había pasado en

su problemático viaje desde San Rafael, en Zamora también se evidenciaba un ambiente enrarecido y literalmente espantoso, con sus habitantes paralizados por el miedo o algo peor. Al llegar, fue enseguida detenida por las nuevas autoridades rebeldes, aunque casi inmediatamente dejada en libertad.[22] Al llegar a la casa familiar, descubrió que no solo Saturnino, sino también su hermano más joven, Antonio, habían sido arrestados. La joya de la corona de la familia Barayón, el elegante Café Iberia, cerca de la Plaza Mayor de Zamora y emblema de una cultura liberal y más abierta, era ahora peligrosamente discordante con el dominio ultramontano que había acompañado la toma del poder por parte de los militares.

La causa inmediata de la expropiación fue, sin embargo, el arresto de sus hermanos. Antonio, un joven reservado de 29 años, bien educado y con una curiosidad vivaz por el mundo, era un ingeniero que había poseído y dirigido con éxito una tienda de electrodomésticos. Alentado y entusiasmado por el cambio que veía desarrollarse en el clima más acogedor de la República y con una fuerte conciencia social, se había unido al Partido Comunista de España (PCE).[23] Normalmente, en tiempos anteriores, la gente de clase media que buscaba una voz política y algún tipo de asidero contra el orden clientelar y exclusivista de la vieja España se había sumado al movimiento socialista español, ya fuera a través de los sindicatos de la UGT o, más frecuentemente, a través del partido, el PSOE. Pero a mediados de los años treinta el PCE era una opción cada vez más atractiva para gente del origen social de Antonio, especialmente si eran jóvenes. El PCE fue también impulsado por la propaganda relacionada con su participación en la coalición electoral de centro-izquierda, el Frente Popular, que había ganado las elecciones generales de febrero de 1936. Pero el atractivo del partido no era realmente ideológico; pocos miembros de la clase media baja española con esperanzas sociales sabían mucho de marxismo, si es que sabían algo. Pero se sintieron atraídos por la fuerza del PCE, su ambición de cambio —que se correspondía con la suya propia— y también con la impresión de novedad cultural que sentían que emanaba del partido.[24] En comparación, el PSOE parecía rancio, especialmente entre

los jóvenes. En resumen, consideraban que el Partido Comunista ofrecía un instrumento más efectivo contra lo provincial y esclerótico.

Si bien Antonio había estado en contacto con Amparo y Ramón mientras vivieron en Madrid, Saturnino, el hermano mayor de Amparo, era socialmente bastante más conservador. Amparo había chocado con él años antes, cuando era una adolescente y, tras la muerte de su padre después de la epidemia de gripe de 1918, Saturnino había asumido sus obligaciones de cabeza de familia con demasiado entusiasmo y rigidez para el gusto de ella. Sin embargo, durante la República, Saturnino, ya en los cuarenta, también había tomado ventaja de las nuevas oportunidades políticas —dado que también sintió que tenía que llegar el tiempo de los cambios— y se había afiliado al pequeño partido republicano progresista fundado por Manuel Azaña, el intelectual y político que en 1936 era el presidente de la República. Y aunque la derecha política tendía a prevalecer en la provincia de Zamora en las elecciones generales, la ciudad de Zamora votó reiteradamente por una mayoría progresista en las elecciones municipales del periodo republicano. De hecho, la justificación para el arresto de Saturnino fue que había ostentado un pequeño puesto de responsabilidad política municipal en la oficina del alcalde de Zamora.[25] Bajo los términos del estado de guerra establecido por los rebeldes, cualquiera que ocupara o hubiera ocupado un cargo político republicano, por muy modesto que fuera, era automáticamente considerado culpable de rebelión militar y, por tanto, detenido por las autoridades.[26] Lo absurdo, y no hace falta decir que injusto, de esta disposición se enmascaró, al menos formalmente, con referencias a las disposiciones de orden público vigentes, que la República no se había ocupado de cambiar y que no solo daba a los militares el control supremo, una vez declarado el estado de guerra, sino que les permitía ser ellos los que lo declararan.

Tanto Antonio como Saturnino fueron asesinados extrajudicialmente. Antonio, el 28 de agosto, y Saturnino, el 18 de septiembre de 1936. El modo de ejecución de ambos fue idéntico al de centenares de otros «liberados» de las prisiones de las localidades —en el caso de los dos

hermanos, de la de Toro— en las semanas y meses posteriores al golpe.[27] A los «liberados» de esta forma normalmente se les ponía en manos de la Falange, como es seguro que pasó con Antonio,[28] aunque algunas veces estos escuadrones incluían también a guardias civiles, y se piensa que el momento exacto de la muerte de Saturnino puede significar que fue una represalia por la muerte en el frente del hijo de un guardia civil. En apariencia, los prisioneros iban a ser transferidos a otras prisiones en los alrededores (en el caso de Toro, la cárcel de destino era Zamora), pero en realidad iban a ser asesinados.[29] Tanto la muerte de Antonio como la de Saturnino fueron registradas después oficialmente como resultado de «disparo por la fuerza pública cuando huía yendo conducido por ésta en estado de guerra».[30] En otras palabras, la forma histórica de España para asesinatos extrajudiciales —la ley de fugas, heredada de la duradera monarquía de la Restauración— se utilizaba ahora a escala *industrial* contra aquellos que habían ambicionado una voz y un voto.

Hasta hoy, tanto Antonio como Saturnino Barayón permanecen entre los desaparecidos. Parece bastante probable que los restos de Antonio yazcan en un campo cuya propiedad todavía la ostenta la familia de uno de los principales terratenientes de la zona en los años treinta, muy partidario de la rebelión militar.[31] Incluso en su momento, la familia Barayón supo algo de esto a través de informaciones proporcionadas por trabajadores agrícolas que habían vislumbrado la llegada de prisioneros a ese lugar. Saturnino fue fusilado y enterrado unas pocas semanas después que Antonio y tirado a una fosa común excavada dentro del cementerio de Toro, el pueblo cercano en donde Amparo y sus hijos habían soportado un bombardeo aéreo en su tortuosa vuelta a Zamora. Sus restos yacen junto a los de otras víctimas de ejecuciones extrajudiciales que se produjeron más adelante. Además, la zona se desarrolló para dar cabida a tumbas «oficiales» en décadas posteriores, por lo que en la actualidad no es posible ninguna excavación.

En el momento en que Amparo volvió a Zamora a principios de agosto, los miembros de su familia estaban encerrados en sí mismos, conmocionados por la detención de ambos hermanos —la familia todavía

no sabía que su destino iba a ser aún peor, aunque ya lo temían. La sobrina de Amparo, Magdalena Maes, que entonces tenía once años, recuerda a su padre y a su madre (la hermana de Amparo, también llamada Magdalena) quemando papeles y libros. También destruyeron el busto de una mujer joven adornado con un gorro frigio (un símbolo muy conocido de la República) que habían encontrado en el despacho de Antonio.[32] Amparo, horrorizada por el giro de los acontecimientos, sintiéndose cada vez más atrapada y ansiosa por tener noticias de Ramón desde Madrid —perdido para ella como resultado de la ruptura de las comunicaciones provocada por el golpe—, intentó infructuosamente conseguir un pasaporte, lo que solo significó concentrar sobre ella la siniestra atención de las nuevas autoridades militares. La gota que colmó el vaso fue que Amparo se enterara de la «desaparición» de su hermano Antonio el 28 de agosto y corriera a reclamar ante el gobernador de Zamora, el teniente coronel Raimundo Hernández Comes.[33] Debió ser un tremendo alivio después de permanecer encerrada en la casa familiar en el ambiente opresivo posterior al golpe. Pero el riesgo que estaba corriendo era grande porque Hernández Comes era el hombre duro del golpe, uno de los dirigentes de la conspiración en Zamora, que después del triunfo de la rebelión había asumido tanto el control militar como civil de la ciudad.[34] Se dice que Amparo le acusó abiertamente de ser responsable del asesinato de su querido hermano y de muchos otros que habían muerto en idénticas circunstancias. No podemos saber exactamente qué dijo Amparo, pero dada su fortaleza mental y el hecho de que estaba muy preocupada por Antonio, probablemente no fue respetuosa y mucho menos servil. Si verdaderamente llamó a lo que estaba sucediendo por su nombre correcto, no hizo más que decir la verdad, porque había sido el golpe militar el que había desatado toda la cadena de asesinatos y Hernández Comes, bajo cuya autoridad los prisioneros eran «liberados» en manos de sus asesinos, no podía eludir una responsabilidad fundamental por los sucesos. Fuera lo que fuera lo que pasase entre Amparo y Hernández Comes, ella fue detenida inmediatamente después, el mismo 28 de agosto, el día de la ejecución y el entierro anónimo

de Antonio en una finca rural en los alrededores de Zamora. En la muerte de ambos hermanos, por tanto, estuvieron implicadas dos de las fuerzas clave de la vieja España —el ejército y la elite agraria— cuyo poder la República había intentado controlar. Solo la autoridad de la Iglesia parece que falta en esta fotografía familiar, pero, en el caso de Amparo, aparecería más tarde, en forma de un cruel e inusual castigo.

No tenemos evidencia documental de ninguna denuncia formal contra Amparo ante las autoridades rebeldes de Zamora. Pero en esos meses de represión «caliente», antes de que se instituyera la maquinaria de juicios militares y justicia sumaria, gran parte del terror no dejó rastro documental. Hay evidencias circunstanciales importantes de la implicación de Miguel Sevilla, el cuñado de Amparo, dado que aconsejó a esta que, cuando fuera a la oficina del gobernador, no llevara consigo por ningún motivo a su hija de siete meses, Andrea, que normalmente acompañaba a Amparo a todos sitios. Parece también que Sevilla supo antes que nadie que ella había sido arrestada. Amparo, sin ninguna duda, tenía clara su responsabilidad.[35] Y ni Sevilla ni la hermana de Amparo, Casimira, hicieron ningún intento por interceder en favor de Amparo más adelante, incluso aunque Casimira enseñaba francés a los hijos de Hernández Comes y estaba, por tanto, bien situada para hacerlo. Casimira pudo haber tenido miedo, ya que este fue una fuerza corrosiva y paralizante nacida del golpe militar. Pero es también muy conocido que Casimira estaba muy influida por Miguel, cuyas creencias fundamentalistas implicaban que sentía aversión por todo aquello que Amparo representaba. Es probable que él también albergara ciertas ambiciones sociales y viera la oportunidad de ganancias económicas removiéndola a ella de la foto o, al menos, no haciendo nada para ayudarla. Si los bienes familiares —o alguna parte de ellos— podían ser recuperables en el futuro, él y Casimira estarían bien situados para beneficiarse de ellos como elementos de probada lealtad hacia el naciente régimen.[36] La familia Barayón estaba desgarrada. Mientras que Amparo estaba detenida y Miguel Sevilla pensaba en su futuro con Casimira, la otra hermana de Amparo, Magdalena, regresó traumatizada de una visita a Saturnino en la

cárcel de Toro, donde, además de que se le prohibió bajo amenaza de ser ella misma arrestada contarle las noticias de la muerte de Antonio, fue obligada compartir un taxi con un grupo de falangistas que le hicieron parar y que, con una ligereza brutal, le contaron que venían de volver a enterrar los cuerpos de algunos «rojos» que los jabalíes salvajes habían desenterrado.[37]

Amparo estuvo presa en la cárcel de Zamora, acompañada por Andrea, que solo tenía siete meses. Lo que le pasó a ella entonces nos lleva al centro de lo que buscaba lograr la represión rebelde. Fue interrogada con la intención expresa de hacerla «retractarse». En su caso, el objetivo era que denunciara formalmente a su marido, Ramón Sender (su marido por una ceremonia de matrimonio *civil* republicana, aunque Amparo fuera ella misma católica practicante). Fue sometida a una gran presión, incluyendo la de un cura que la castigó con un torrente de insultos y que, después de que ella hiciera su confesión final, se negó a absolverla porque no estaba casada por la Iglesia. En otras palabras, Amparo Barayón fue sometida a una forma de tortura psicológica ininterrumpida, con el objetivo de humillarla y, en último término, romperla. Incluso aunque ella no sufrió las formas públicas de humillación violenta infligidas a las mujeres republicanas a lo largo y ancho de la España rebelde —el rapado de sus cabezas, las «depuraciones» con aceite de ricino y el desfile público— y aunque Amparo Barayón no fue torturada y violada físicamente, como lo fueron muchas otras presas en el curso de sus interrogatorios, el objetivo era el mismo: romperla. Finalmente, un día su nombre apareció en la lista de aquellos que los escuadrones de la muerte «sacarían» por la noche de la prisión, exactamente la misma forma de ejecución extrajudicial que había acabado con la vida de sus dos hermanos y de decenas de miles de otros en toda España. El 11 de octubre de 1936 —casi tres meses después del golpe de estado contra la República y solo algo más de dos meses después de que Amparo Barayón volviera a su casa en Zamora— la sacaron de la prisión de la ciudad y la llevaron al cementerio. Allí, a la luz de los faroles, la fusilaron y enterraron donde cayó, en una fosa común cerca de la valla del cementerio.



Los dos hijos de Amparo

Los dos hijos de Amparo —Andrea, con tres años, y Ramón, de cuatro años y medio—, en marzo de 1939 en Washington Square Park, Nueva York. (Fotografía cortesía de Ramón Sender Barayón.)

Conocemos la muerte de Amparo por diversas fuentes específicas, incluyendo el mismo cura en cuestión, que unos días después contó a su hermana Magdalena que había sido asesinada. Pero lo sabemos en particular porque, a principios de los ochenta, el hijo de Amparo, Ramón, localizó a dos de las mujeres que habían estado encarceladas con su madre. Una de ellas, Pilar Fidalgo, escribió pronto un relato de su propio encarcelamiento, publicado en 1939 fuera de España.[38] Fidalgo fue arrestada porque su marido era el secretario de la agrupación local del

PSOE de Benavente (Zamora) y ella misma solo escapó de la ejecución a través de un intercambio de prisioneros. Pero antes de que el intercambio se produjera, su hijo recién nacido, que había sido encarcelado con ella, sucumbió a la enfermedad y murió. Como muchas mujeres republicanas fueron encarceladas con sus bebés o hijos pequeños —tanto durante como después de la guerra— en condiciones insalubres y hacinadas, estas muertes no fueron inusuales, tanto dentro de las cárceles como en los traslados entre estas. De hecho, parece haber sido parte del castigo por su transgresión de género. Un funcionario de la prisión comentó a Fidalgo que las mujeres «rojas» habían perdido su derecho a alimentar a sus hijos, de lo que se hacen eco otros muchos testimonios de prisión que recuerdan cómo los interrogadores de la policía y guardias comentarían sin rodeos que las mujeres «rojas» debían haber sido más responsables y no haber tenido hijos nunca porque los «rojos» no tenían derechos.[39] Hubo también casos de mujeres encarceladas en avanzado estado de gestación cuyas ejecuciones fueron retrasadas hasta después del parto.

Los hijos de la propia Amparo tuvieron un destino más afortunado. Aunque tanto Andrea como Ramón —de dos años— estuvieron tres meses en un orfanato después de que ella fuera asesinada, se les autorizó a abandonar la zona rebelde bajo los auspicios de la Cruz Roja, inicialmente para reunirse con su padre, que había reclamado a sus hijos, instigando así las negociaciones de la Cruz Roja con las autoridades rebeldes.[40] A partir de ese momento los niños comenzarían una odisea que les llevaría de Barcelona a través de los campos de refugiados en Francia y, finalmente, a una nueva vida con una familia adoptiva en Estados Unidos. Pero para los niños mayores supervivientes que permanecieron en la España franquista, el precio de su alimentación (a través de las organizaciones de bienestar social del régimen) a menudo incluyó lo que la misma Fidalgo describía en sus memorias como «sufrimiento moral: obligar a los huérfanos a cantar las canciones de los asesinos de sus padres; usar los uniformes de quienes les habían ejecutado; y maldecir a los muertos y blasfemar de su memoria».[41]

Si podemos pensar más allá del horror absoluto de estos sucesos, como los historiadores, al final, siempre tenemos que hacer, nos debemos preguntar qué estaba pasando, qué significado tienen estos hechos. Para responder a esta pregunta evidentemente necesitamos centrarnos en los propósitos de emplear de forma sistemática la tortura física y psicológica. ¿Por qué hay tal necesidad de humillar o romper al enemigo, públicamente o de otra manera? Todas estas formas de violencia (en las que debemos incluir la humillación y el «sufrimiento moral» infligido a los niños republicanos que pasaron a ser tutelados por el régimen franquista) estaban funcionando como rituales para poder restablecer el control social y político. Al asesinar al «enemigo» estaban matando el cambio o la amenaza de cambio. De la misma forma, la amplia complicidad de los curas en toda España en el proceso masivo de denuncias, el asesinato y la tortura de aquellos considerados oponentes tiene que ser entendida en estos términos: como una reafirmación del control más que como una simple respuesta vengativa al fenómeno de la violencia anticlerical en el territorio republicano. De hecho, era tan fuerte el deseo de reafirmar el control que incluso los curas que se interpusieron y trataron de defender a los «diferentes» o vulnerables o, incluso, que hablaron contra los asesinatos, fueron ellos mismos asesinados, a menudo por falangistas.[42]

El imperativo de represión «purificadora» del régimen de Franco tomaba prestado mucho de un tipo maniqueo y apocalíptico de catolicismo que venía de la Contrarreforma, con su dialéctica del fuego y la espada, donde el sufrimiento de los «heréticos», su «penitencia» era una parte necesaria del proceso. La expectativa de que la población republicana sufriría fue repetidamente planteada por los líderes rebeldes y sus partidarios de todo tipo.[43] No fue por casualidad que la institución franquista responsable de supervisar los batallones de trabajadores formados por prisioneros republicanos en los años cuarenta se llamó Patronato Central para la *Redención* de Penas por el Trabajo.[44] Implicaba que la gente podía reducir sus sentencias de prisión a través del trabajo. Pero hay que destacar que la palabra que se usaba no era «disminución de

pena», sino redención, con lo que quedaba cargada de significado católico. Pero el panorama interior de los rebeldes, y del franquismo más tarde, también contenía discursos más «modernos» de enfermedad e impureza en los que la «barbarie marxista» de los republicanos se explicaba como un virus letal, el germen de la «anti-nación», una forma de «degeneración» que si no se «limpiaba» hasta su último rastro, contaminaría el cuerpo saludable de «España». Enfermedad equivalía a desorden y, más significativamente, el desorden equivalía a enfermedad. Los psiquiatras militares franquistas llevaron a cabo exámenes psicológicos tanto de prisioneros de las Brigadas Internacionales como de mujeres republicanas detenidas. Estaban particularmente interesados, por no decir obsesionados, con las mujeres. [45] Este trabajo de los psiquiatras franquistas, al que solo hace relativamente poco tiempo han empezado a prestar atención los historiadores, se ha presentado hoy de forma espectacular en reportajes de prensa, dejando al descubierto cómo ellos estaban buscando el «gen rojo». [46] Sin duda alguna, su metodología era tan rudimentaria como esto sugiere, pero el «telón de fondo genético» del socialdarwinismo franquista permaneció amortiguado, de forma inevitable, por el conflicto manifiesto con el catolicismo del régimen. Sin embargo, se lograba la cuadratura del círculo con un llamamiento omnipresente a la «purificación», que es una palabra totalmente crucial en la España franquista, como lo es por lo general en todos los episodios bárbaros —ya sean raciales o políticos— que se produjeron en la negra Europa de mediados del siglo XX.

Al final, lo que los militares, falangistas y otros voluntarios de la derecha hicieron a los hombres y mujeres republicanos respondió a otra cosa que no era la necesidad táctica en un conflicto militar. La llamativa uniformidad de la degradación y la cosificación infligida a los prisioneros republicanos tanto durante como después del conflicto militar —y, en particular, la necesidad singular de los captores de romper (como en el caso de Amparo) no solo sus cuerpos sino también sus mentes antes de matarlos e, incluso, cuando no fueron asesinados, dejarlos, como sucedió, psicológicamente «reconfigurados» por su experiencia de prisión y

represión— servía al proyecto subyacente de los rebeldes: construir (o «reconstruir» como ellos decían) una sociedad homogénea, monolítica y jerarquizada. En efecto, la España franquista fue construida como una *Volksgemeinschaft* que sobrevivió bastante más que la alemana. Tampoco fue su violencia fundacional una característica «anormal», aunque hubiera individuos con patologías clínicas en los escuadrones de la muerte. Uno de ellos fue Segundo Viloria, el hombre que la familia de Amparo Barayón considera que la asesinó y que fue también denunciado por Pilar Fidalgo como culpable de muchos crímenes, incluyendo el abuso sexual de mujeres presas. Parece que Viloria había empezado a odiar a Amparo en particular cuando ella rechazó sus insinuaciones unos años antes. Según el relato de Miguel Ángel Mateos, el cronista oficial de Zamora, Viloria fue un criminal y la naturaleza de sus atrocidades fue tan extrema como para convertirle en un caso de estudio psiquiátrico. La familia Barayón afirma que «murió loco en un hospital psiquiátrico».[47] Pero esto no debe distraer nuestra atención de la verdad central, y mucho menos cómoda, de que «casos a tratar» como los de Viloria no explican por sí mismos la violencia que acabó con Amparo y con muchos otros de sus compatriotas. Esta violencia tuvo su origen inmediato en el golpe militar y su desarrollo posterior, debido a lo que el golpe desencadenó, la transformó en algo «normal» y envolvió y saturó a la sociedad convencional y corriente mucho más allá del final de las hostilidades militares en 1939, como un medio aceptado —y, para muchos, aceptable—, de disciplinar y reestructurar el orden social en España.

La exclusión de los derrotados fue inscrita en todas las esferas de la vida, incluyendo la ley,[48] la educación y el empleo. Los niños continuaban sufriendo «el pecado de los padres», en palabras del régimen, con varias formas de muerte civil. A la sobrina de Amparo Barayón, Magdalena Maes, la que la volvió a enterrar, le fue negado el acceso a la educación superior. Las puertas de la Facultad de Periodismo permanecieron cerradas, a pesar de su ambición, abrigada durante mucho tiempo y que la misma Amparo había animado, de convertirse en periodista, de sus buenas notas y de su talento, porque era el vástago de una familia

«enferma». Su ira y frustración al comprobar que todas sus salidas estaban bloqueadas[49] llegaron después de años viendo las lágrimas y el terror de su propia madre, Magdalena (la hermana de Amparo) que, después de todo lo demás que ya había soportado, fue llamada repetidas veces ante el tribunal de responsabilidades políticas del régimen. Además de amenazarla con multar a su marido o algo peor, el tribunal también le preguntaba por el paradero de la misma Amparo, como si todavía estuviera viva. Magdalena, teniendo presentes sus propias responsabilidades familiares y plenamente consciente de que el destino de Amparo había sido provocado por su propio intento de pedir cuentas a las autoridades por la muerte de Antonio, no les explicó nada, más allá de afirmar que Amparo había sido detenida un día por la policía y que no se la había vuelto a ver nunca más. Esta escena de negación ante un tribunal se representaba muchas veces en toda España al tener que omitir los familiares de los republicanos toda referencia a lo que había sucedido a sus seres queridos para protegerse a ellos mismos.



Magdalena Maes con su tía Amparo

Magdalena Maes a los tres años junto a su tía Amparo y dos niños vecinos, en torno a 1928. (Fotografía cortesía de Ramón Sender Barayón.)

Magdalena, la hermana de Amparo, estaba tan abrumada por la ansiedad que llegó al extremo de renunciar voluntariamente y a perpetuidad a su parte de la herencia embargada de los Barayón.[50] En las líneas de su testimonio legal es evidente el temor, dado que no solo renunció a reclamar el legado familiar sino que prácticamente también abjuró de cualquier relación con sus hermanos perdidos, Amparo, Saturnino y Antonio. De hecho, ella habló de Saturnino y de Antonio como si todavía estuvieran vivos. Hay sombras —aunque unas sombras atenuadas, enterradas por la formalidad legal— de la descripción hecha por Pilar Fidalgo de cómo se exigía a los republicanos «blasfemar la memoria» de sus muertos. Otro giro de la historia sugiere que Magdalena fue animada a renunciar por lenguas maliciosas, lo que muestra el componente social multifacético de la represión desencadenada por el golpe militar.[51] A la inversa, el hecho de que su marido, enfrentado a la amenaza de represión física o económica, se sintiera obligado a movilizar a su propio padre —que era muy franquista— para interceder en su favor es un ejemplo de una renaciente función clientelar muy típica del régimen pero que, más que una simple reconstrucción del periodo prerrepublicano, era central en la reconfiguración de una nueva jerarquía política y social de posguerra.[52]

Por el contrario, la respuesta de la joven y enérgica Magdalena Maes, al tener que hacer frente al aumento del terror y la injusticia, fue una creciente ira y frustración que la llevó a participar en la resistencia política,[53] por lo que fue detenida, llevada ante un consejo de guerra, y encarcelada en 1946 cuando tenía veintiún años. A diferencia de Amparo, Magdalena sobrevivió al encarcelamiento, tras pasar tres años —de una condena de seis— en las prisiones de Zamora y Valladolid.[54] Pero Magdalena también quedó marcada por el sello distintivo de la experiencia en la cárcel franquista, la determinación de los vencedores de quebrar la voluntad de quienes pensaban de forma diferente, como intentaron hacer con su tía Amparo, y, tratar de asegurar, independientemente de que lo lograran, la humillación

duradera de quienes subyugaban, a través de la práctica de extravagantes muestras públicas de conformidad. Marcado en la memoria de quienes conocieron a Magdalena Maes está su imagen, recién liberada de la cárcel y con su cabeza todavía rapada, de pie en el balcón familiar durante una fiesta pública oficial y, junto a ella, su futuro marido, con la camisa azul de la Falange, el precio que pagó para iniciar una exitosa carrera como periodista en el universo de medios de comunicación firmemente controlados por el régimen. Esta escena resume tanto la coerción directa del régimen franquista como sus formas más insidiosas pero igualmente perniciosas, por las que exigía el alto precio que todos los totalitarismos demandan de quienes se ven obligados a sobrevivir en ellos. Solo sus víctimas mortales tienen al menos una oportunidad de escapar. El miedo continuo, las numerosas ocasiones en que los derrotados no tuvieron más opción que callar y doblegarse, aumentando sus sentimientos de humillación —casi de suciedad en un sentido muy literal, al tener que traicionarse a sí mismos—, con las que el régimen se aseguraba la sumisión y ante las que rara vez había elección, si los que no tenían prácticamente ningún poder querían salvar algún tipo de vida.[55] Esto no es fácil de entender para aquellos que abandonaron España o para los que no tuvieron que sufrirlo como adultos.

El viaje que hicieron Ramón Sender y su hermana, llamado *Muerte en Zamora*, termina con el conocimiento de la densa red de razones de la muerte de su madre y, a través de ellas, de las complejas dinámicas de la misma guerra civil. Para ellos, este conocimiento no elimina la responsabilidad de los implicados. Peor aún, tampoco puede brindarles consuelo, porque las condiciones de la transición española a la democracia, después de la muerte de Franco en 1975 hicieron necesario que Amparo continuara siendo, en palabras de su hijo Ramón, «un fantasma inconfesable». E inconfesable en ambos sentidos: por negársele la absolución, como a ella, a pesar de ser católica practicante, se la había negado el cura de la cárcel de Zamora. Al regresar a España en los primeros años ochenta Ramón escribió sobre querer arrancar a su madre de «las garras de las tres entidades que le habían provocado la muerte: su familia,

su Iglesia y su ciudad».[56] Pero también es inconfesable metafóricamente en el sentido de que no fue aliviada de la carga del mal: el mal que se le había hecho *a* ella y que la convirtió en un «fantasma», si entendemos por este a alguien a quien se le ha negado una voz y una memoria y, por tanto, se le ha negado un espacio. Amparo había sido vuelta a enterrar en la tumba familiar en 1942 gracias a Magdalena, lo que fue en sí mismo un extraordinario resultado para alguien asesinado extrajudicialmente.[57] Pero su nombre no se inscribió en la tumba hasta los años setenta. Incluso entonces, añadir su nombre causaría desasosiego en algunos miembros de la familia Barayón. Tres décadas de franquismo habían hecho su trabajo: incluso entre aquellos sectores de la población que no eran ideológicamente franquistas, el régimen había logrado transmitir un sentimiento amorfo de culpabilidad de las víctimas, como si ellos mismos fueran la vergüenza y, en cierto modo, responsables de su propia muerte. Por tanto lo mejor era no *incordiar* sacando esos asuntos «inconvenientes».[58]

Nadie fue llevado a rendir cuentas por el asesinato de Amparo porque Franco había ganado no solo la guerra civil sino también, al final, la Segunda Guerra Mundial. A pesar de la estrecha identificación política de Franco con el nuevo orden nazi de Europa, no alineó a España militarmente con el eje germano-italiano y, por tanto, nunca amenazó directamente los intereses imperiales de los aliados. La liberación de Europa por parte de los aliados se detuvo en los Pirineos. Y la dictadura de Franco fue dejada en su lugar por las potencias occidentales cada vez más preocupadas por las divisiones de la Guerra Fría y preparadas para hacer la vista gorda frente a los asesinatos en masa y la represión en España a cambio de la repetida afirmación de Franco de estar haciendo una cruzada anticomunista.

Dado este escenario, y especialmente por los efectos duraderos de la Guerra Fría no hubo fuerza exterior lo suficientemente poderosa para cuestionar o desafiar la visión de la guerra civil muy tendenciosa que mantuvo el régimen franquista, que la definió como una guerra de liberación contra aquellos sin ética o valores, una mitología en la que Franco nunca dejó de apuntalar su legitimidad. En 1964, al empezarse a

llenarse las playas de España de un turismo de masas europeo, el régimen franquista —que todavía estaba ejecutando gente por «crímenes de guerra»— celebró sus «Veinticinco Años de Paz». En las ceremonias públicas y en los millones de carteles pegados en las paredes de pueblos y ciudades a lo largo y ancho del país, la guerra todavía se presentaba como una cruzada religiosa o una guerra de liberación —nunca una guerra civil, estas palabras nunca se usaban— contra las hordas de la anti-España esclavas de la «conspiración judeo-masónica-marxista», una guerra por la unidad nacional contra los separatistas y por la moralidad contra los excesos. Así pues, incluso en los años sesenta lo que se celebraba, de hecho, no era la «paz» sino la «victoria». E incluso diez años más tarde, con la desaparición física de Franco y los inicios del cambio político, en aspectos importantes la «posguerra» —que es como decir la «guerra»— no sería todavía superada.

¿Por qué fue esto así? La razón más obvia es porque el retorno de la democracia —la transición española— fue aceptada por las elites franquistas a cambio de una amnistía, la ley de octubre de 1977, una disposición legal —aunque muchos en la actualidad cuestionen su legalidad — que de forma confusa se incorporó social y culturalmente como un «pacto de silencio». Nadie sería llamado para rendir cuentas judicialmente, no habría nada equivalente a una Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Este fue el acuerdo y, por miedo al ejército y a las armas con que contaba la extrema derecha civil, fue aceptado por los interlocutores democráticos del régimen como el menor de los males posibles. Pero el inconveniente fue que a quienes habían sido obligados a estar callados durante casi cuarenta años se les volvió a decir que no podía haber un reconocimiento público de sus vidas o memorias.

Sin embargo, una de las características más destacables de los años ochenta en adelante en España fue una explosión de detallados trabajos de investigación, a menudo realizados por historiadores locales u otros sin adscripción a ninguna universidad, que han reconstruido minuciosamente la represión provincia por provincia. Este trabajo ha constituido la necesaria

memorialización de la guerra civil y de sus largas secuelas. De forma más importante, significó el reconocimiento público de todas las historias que no pudieron salir a la luz durante la dictadura ni durante las circunstancias muy especiales y precarias de la transición democrática en los años setenta. Esta nueva historia de la represión, relatada con nombres reales, y contando los muertos de los registros municipales y las listas de los cementerios,[59] es, en un sentido muy literal, el equivalente a los monumentos de guerra para quienes nunca los tuvieron, para quienes no fueron liberados en 1945. Esta investigación histórica y documental y las consiguientes publicaciones son, por tanto, un acto de conmemoración de grupos enteros de españoles por los que nunca se pudo llorar cuando murieron; un memorial de aquellas personas cuyas vidas y memorias fueron denigradas por un estado totalitario.[60] En resumen, son un acto de reparación, de ciudadanía democrática y constitucional.[61]

Pero para que se produjera esta conmemoración tuvo que superarse el miedo[62] y esto ha necesitado llegar al siglo XXI. Desde el año 2000 ha habido una explosión de memoria republicana: con el éxito de grupos de presión civiles que han demandado al gobierno español exhumar de las fosas comunes los restos de los ejecutados por las fuerzas franquistas, tanto durante como después del conflicto militar y, así, familiares y amigos han podido identificar a muchas víctimas y volverlas a enterrar.[63] También quienes fueron trabajadores forzados han formado parte de estas peticiones cívicas, demandando que lo que les había sucedido se reconociera públicamente antes de que murieran, independientemente de las batallas más complejas en curso sobre asuntos de compensación financiera.

Ha habido un torrente de libros sobre prisiones, batallones de trabajo, guerrillas y el más emotivo tema de los «niños perdidos» del franquismo, de más reciente desarrollo.[64] Son los bebés e hijos pequeños que murieron dentro de las cárceles; muchos tenían entre cero y tres años y nacieron y murieron allí, como el hijo de Pilar Fidalgo. Son también los hijos de prisioneros cuyos nombres se cambiaron para que pudieran ser adoptados ilegalmente por familias del régimen. Y los miles que fueron enviados a

instituciones estatales porque el régimen consideraba a sus familias «rojas» como «no aptas» para criarles. Son también, aunque los casos son menos frecuentes, niños refugiados que fueron secuestrados en Francia por el servicio de «repatriación» exterior de la Falange y después trasladados a instituciones estatales franquistas y no devueltos a sus familias.[65]

La explosión de memoria republicana que se está produciendo ahora constituye un desahogo antes de que mueran las generaciones que sufrieron lo que se recuerda. Y, por supuesto, la comparación a hacer es con el Holocausto en su sentido más amplio, en el cual uno de los desencadenantes cruciales es el final de la «memoria biológica» y el enorme sentimiento de tristeza, pérdida y peligro que engendra. Pero el retorno de la memoria republicana es necesario no solo para aquellos que deben contar su historia, sino para todos los españoles de cualquier generación. Porque a la larga, en ningún sitio la democracia se puede construir sobre una hecatombe no reconocida. Con la apertura actual, el retorno de la historia y la memoria republicana, Ramón Sender y su familia pueden, al menos, confesar a Amparo y no tanto hacer descansar su fantasma sino llevarlo a casa, darle un espacio, recuperando así tanto la voz como la memoria, en España como en la Sri Lanka de Michael Ondaatje, de un fantasma y de todos.[66]

Este capítulo se presenta como un ejemplo de la escala y la intensidad de la operación de «limpieza social» desatada y justificada por «la guerra». En un último análisis, esta *fue* la guerra. El grado y la naturaleza de la violencia que sufrió la familia Barayón no fue inusual, ni siquiera en su carga gótica; aunque muchos de los que sufrieron este tipo de hechos no tuvieron ni los recursos ni la disposición para preservar explícita y determinadamente la memoria de la forma en que Magdalena Maes lo ha hecho durante toda su vida. En este aspecto, ella es menos típica, porque nunca hubo un silencio, al menos no dentro de su espacio familiar y personal.[67] Al analizar estos hechos he buscado reflexionar sobre el poder redentor de ciertos tipos de recuerdos, temas que se abren paso a lo largo de todo el libro. En la narración, «fantasmas del cambio», aboga por un modo de escribir la historia que se integra en las historias de las vidas humanas

reales, tanto para comunicar la enormidad de la «Historia» como un proceso, como para saldar una deuda ética —y democrática— con aquellos que pagaron su precio. Este es un argumento que, con una perspectiva un poco diferente, también atraviesa el siguiente capítulo.

4

Cruzando fronteras. Pensar acerca de los brigadistas internacionales antes y después de España

Caminante, no hay camino, se hace camino al andar ... Caminante no hay camino, sino estelas en la mar.

(Antonio Machado)[1]

Oscuro como todo lo que es verdad. Las fórmulas pueden ser transparentes, pero la realidad no lo es.

(Victor Serge)

LOS MILES DE VOLUNTARIOS extranjeros que lucharon por la República en las Brigadas Internacionales ofrecen, de muchas formas, un reflejo externo de los individuos y grupos que luchaban dentro de la sociedad española para lograr un cambio progresista. Lo que quiero destacar en este capítulo, a través del análisis de las historias sociales y culturales de dichos voluntarios, es cómo representan la heterogeneidad y la heterodoxia de diversos tipos: las encarnaron, lucharon a menudo por ellas en España y en otros lugares y, con frecuencia, los que sobrevivieron a los campos de batalla españoles, también sufrieron por ellas. Lo que ellos «trataban» —consciente o inconscientemente— era de cruzar las líneas, que es, con toda probabilidad, una de las mejores definiciones de cómo se produce el cambio social que se puede encontrar.[2] Como las pequeñas aves marinas que se

considera que anuncian las tormentas pero que también vuelan a través de ellas, los brigadistas eran los heraldos del cambio social: rechazaron, desestabilizaron y complicaron las categorías identitarias —ya fueran nacionales, raciales, culturales o sexuales—, supuestamente fijas y homogéneas, de modos que les vinculan inseparable e inexorablemente a formas radicales de cambio cultural, aunque estos casi nunca se producen de forma lineal, como los historiadores saben bien, y abundan las contradicciones. En el ámbito de las vidas individuales, no es una historia feliz, dado que es sobre luchas de diferentes tipos. Las vidas de los brigadistas personifican lo que el revolucionario disidente ruso Victor Serge describió en 1940 como la Historia que se desarrolla «a pesar de nosotros, a través de nosotros, con nosotros, e incluso aplastándonos».[3] Esta opinión continúa siendo acertada incluso aunque en el siglo XXI ya no creamos más en el progreso histórico de la forma en que creían muchos de los brigadistas. Desde la perspectiva actual, podemos ver que muchas de las cosas por las que ellos lucharon pasaron después a las normas culturales y sociales occidentales. Pero en el ámbito de las vidas individuales que se vivieron a contrapelo en ese momento, resistiendo formas de desplazamiento y «exilio» cultural y existencial de diferentes tipos, la de ellos fue una experiencia muy abrasadora. Por tanto, al considerar sus vidas, necesitamos resistir la tendencia de finales del siglo XX y del siglo XXI de restar importancia a las dificultades y derrotas individuales, buscando una especie de «resolución» o «conclusión» consoladoramente optimista. Debemos resistir esta tentación en parte para conmemorarles-recordarles de forma honesta, para escribir cómo vivieron, a contrapelo. Pero debemos hacerlo también porque parte de sus experiencias de derrota y supervivencia, su enfrentamiento a las pérdidas con una honestidad desapasionada, su total rechazo a mitificar reflejan de forma convincente las necesidades del momento actual.



Caballería republicana, febrero de 1939

Grupo de soldados de la caballería republicana fotografiado en febrero de 1939 por el artista Manuel Moros en Collioure (Francia), en su camino hacia el exilio. (Fotografía cortesía de Jean Peneff, sobrino de Manuel Moros.)

A lo largo de este capítulo, se exploran tres temas interrelacionados. En primer lugar, la historia de los brigadistas internacionales, a los cuales localizaremos en el lugar al que pertenecen, aunque todavía es bastante infrecuente encontrarlos: en el contexto de la «diáspora», es decir, el proceso de exilio y migración dentro de Europa que siguió a la Gran Guerra. Porque es imposible comprender las Brigadas Internacionales como fenómeno histórico sin tener en cuenta en primer lugar sus orígenes en esta diáspora anterior. En segundo lugar, el capítulo examinará las narrativas oficiales reduccionistas características de todo el periodo final de la Guerra Fría porque modelaron la memoria pública y colectiva de los brigadistas —tanto en el «Este» como en el «Oeste»—, proporcionándonos evidencias de que aquellos con la costumbre de cruzar las líneas como forma de ser nunca

encajarían ni podrían encajar en los requerimientos de ninguna narrativa estatal, como confirmaron los mismos brigadistas. Por último, el capítulo también analizará el impacto social y psicológico de «España» —es decir, la defensa de la República y su derrota final— en los brigadistas individuales, lo que el novelista Henry James una vez describió como el esclarecedor «reverso de la imagen».[4]

Los brigadistas internacionales como un símbolo de la diáspora europea

> La comunidad imaginada por un hombre es la prisión política de otro.[5]

Entre los aproximadamente 35.000 brigadistas internacionales que lucharon en España (entre 12.000 y 16.000 en cualquier momento dado) hubo voluntarios de todo el mundo. Pero la mayoría tenía orígenes europeos. Incluso en los dos contingentes de América del Norte procedentes de Estados Unidos y Canadá —unos 3.000 y 1.600 voluntarios, respectivamente— la gran mayoría eran emigrantes europeos o hijos de emigrantes.[6] Es más, una elevada proporción de estos emigrantes europeos ya eran exiliados políticos: no solo alemanes, italianos y austríacos, sino también todos aquellos de otros muchos países europeos dominados por regímenes autoritarios y nacionalistas , monarquías autocráticas y derecha radical (fascista), incluyendo Hungría, Yugoslavia, Rumanía, Polonia y Finlandia. Los brigadistas formaban parte de una emigración masiva de gente —en su mayor parte de las clases obreras urbanas— que ya había dejado sus países de nacimiento en algún momento después de la Primera Guerra Mundial —y, a veces, antes—, bien fuera por motivos económicos o para huir de la represión política, y con frecuencia por ambas razones. Entre los voluntarios canadienses, por ejemplo, había muchos finlandeses que habían huido de la represión desatada por el dirigente nacionalista Mannerheim tras la guerra civil de 1918. Un

canadiense de origen finlandés llegó a hablar de ir a combatir a España para vengar a su hermana que había sido asesinada por los «blancos» (nacionalistas) durante aquella guerra.[7] O esos chicos refugiados radicales e inquietos procedentes de la Italia rural o de ciudades y pueblos de lo que había sido el Imperio Austro-húngaro que, cuando acabaron luchando contra los nacionalistas franquistas, querían ajustar las cuentas con los «buenos burgueses», de mentalidad estrecha —y protofascistas— de sus propios pueblos de origen, que entrenaban «guardias nacionales» en las plazas públicas y humillaban y marginaban a cualquiera que no se adaptase o que quisiera algo diferente.[8]

Por lo tanto, al luchar contra el fascismo en España, estos exiliados y emigrantes estaban, de forma explícita, retomando asuntos inacabados que se retrotraían, al menos, a la guerra de 1914-1918. Sus estragos habían brutalizado la política, llevando al nacimiento de los nacionalismos antidemocráticos que los habían desplazado físicamente. En estos cambios consiguientes, el activismo obrero o «ser comunista» les brindaron tanto un lugar como una protección en un ambiente hostil.[9] Estas formas de política internacionalista de izquierda encajaban perfectamente con su condición de diáspora, constituyendo un poderoso antídoto contra las otras formas de política existentes en sus propios países y que eran, literalmente, asesinas. En cierto sentido, los brigadistas pueden identificarse con el espíritu revolucionario que había cruzado fronteras en tiempos anteriores: «¿Qué ha quedado del mundo del siglo XIX cuando pagábamos en céntimos y cruzábamos todas las fronteras donde queríamos y como queríamos?». Después del fracaso de las revoluciones de 1848, la idea nacional en Europa fue utilizada cada vez más para políticas de construcción del estado francamente conservadoras. Pero la idea de viajar con esperanzas, de llevar el cambio a través de las fronteras, permaneció, lo que queda reflejado claramente en el mismo potencial de los brigadistas internacionales de «cruzar fronteras o líneas», en términos de cambio social relacionado con la raza, el género y la sexualidad: «Soy el exiliado de un tiempo futuro», como dijo el poeta norteamericano radical Sol Funaroff. Nacido en 1911 en

Beirut, en una familia de exiliados judíos rusos empobrecidos, cuya propia odisea a través de muchos países europeos terminó en Nueva York, Funaroff se lanzó a las acciones de solidaridad con la República Española. A pesar de estar muy enfermo desde su infancia, y de ganarse siempre su sustento por los pelos, brilló en su vida y en su trabajo, muriendo en 1942, con 31 años, de una enfermedad reumática del corazón, una afección que un honesto doctor de los barrios bajos definió como «corazón de la pobreza»: «Soy el exiliado de un tiempo futuro ... de tierras de libertad que puede que nunca conozca».[10] Pero, políticamente, el propio tiempo de los brigadistas (1918-1945) iba contra ellos. Era un mundo que, lejos de abrirse a la diversidad, se estaba cerrando étnica, cultural y nacionalmente, tanto durante este periodo como después de 1945. Esto sería lo que establecería las posiciones de los brigadistas en todos los lugares como políticamente, pero también muy a menudo existencialmente, marginados.

Como había visto Sol Funaroff, la crisis económica aumentó lo que tenían en juego todos los exiliados y emigrantes de la Europa de los años treinta. El desempleo y la pobreza masiva —en especial en las áreas urbanas— aceleró la polarización política al parecer anunciar el colapso de un orden económico insostenible (el capitalismo), cuyos máximos defensores eran, a ojos de los brigadistas, exactamente los mismos que buscaban un retorno de la jerarquía social y política rígida del mundo anterior a 1914 o su reinvención. No había un lugar en que fuera más visible el hecho de que este mundo se había ido para siempre que en las nuevas formas de política que estaban estallando, bastante literalmente, en las calles. También era totalmente nuevo el hecho de que fuera la gente joven la que estuviera llevando la política a la calle.[11] Esto representaba un cambio sociológico —al convertirse de pronto los jóvenes en actores políticos y protagonistas culturales por derecho propio—, algo que también se reflejaba de forma clara dentro de la misma España.

Porque la movilización de la gente joven fue otra característica singular del periodo republicano. En los primeros años treinta muchos estudiantes universitarios de clase media se habían convertido en militantes

republicanos. Entre ellos se encontraban Carmen Parga, que estaba estudiando historia, y Manuel Tagüeña Lacorte, un estudiante de medicina. Existe una fotografía de Parga tomada en 1930, en la que está de pie entre un grupo de sonrientes activistas de 19 años enfrente de la nueva Ciudad Universitaria de Madrid, en el extremo occidental de la capital. Cuando estalló la guerra civil, el campus sería destrozado en la gran batalla por la ciudad producida durante noviembre y diciembre de 1936 contra los ejércitos franquistas que la asediaban. Las Brigadas Internacionales, lanzadas a la lucha por la defensa de Madrid, entablaron en los nuevos edificios universitarios un sangriento combate cuerpo a cuerpo contra el Ejército de África, el núcleo profesional de las tropas de Franco, en una lucha sobre un terreno cuya carga simbólica no pasó desapercibida para la opinión pública internacional.[12] Existe también una fotografía menos conocida de Carmen y Manuel en 1930 en la llamada «playa de Madrid», [13] usando trajes de baño discretos pero reducidos, una imagen que nos habla sutil, pero claramente, de un mundo de otras pérdidas que serían consustanciales con la derrota política. En 1938, Tagüeña, de 25 años, dirigiría un gran destacamento del nuevo ejército republicano en la batalla del Ebro (julio-noviembre de 1938). La «marcha atrás» sufrida al final por el ejército no fue solo militar, sino también política, y se desencadena por lo que estaba sucediendo casi al otro lado del continente, en Munich, donde, a finales de septiembre, Gran Bretaña y Francia aceptaron que Hitler desmembrara Checoslovaquia. La derrota final republicana, en marzo de 1939, llevó a Manuel Tagüeña Lacorte y a Carmen Parga a comenzar una nueva vida en guerra y en exilio en Moscú y México, donde Tagüeña murió en 1971, con 58 años. Sus memorias, *Testimonio de dos guerras*, publicadas por primera vez en México a principios de los años setenta, son de las más serias y honestas realizadas por protagonistas españoles de ese tiempo, y, con mucho, las mejores de las escritas por dirigentes militares republicanos. [14]

Tagüeña, por supuesto, había *llegado a ser* un importante militar por causa de la guerra, al igual que fue la guerra la que creó una generación de

jóvenes dirigentes políticos en la España republicana, que representaron una transformación de la política del país, incluso aunque fuera rápidamente eclipsada por la derrota. Basta recordar a los hombres veinteañeros y de treinta y pocos años que fueron designados para puestos de máxima responsabilidad en la Junta de Defensa de Madrid, el organismo formado en noviembre de 1936 para organizar la defensa de la capital cuando el gobierno se trasladó a Valencia. De hecho, algunos de los miembros más jóvenes de la Junta, los encargados de la seguridad y el gobierno de una ciudad que resistía bajo bombardeos aéreos continuos, tenían menos de 25 años.[15] También una fuente principal de la defensa republicana procedió de aquellos hombres muy jóvenes, a menudo adolescentes y trabajadores no cualificados, normalmente sin ninguna historia de activismo político, que entraron en masa en las milicias que constituyeron la primera resistencia a la rebelión militar en los pueblos y ciudades de España.[16] Esta fue la generación que fue segada por la represión franquista, una represión que en Madrid comenzaría en marzo de 1939 un coronel del ejército republicano, Segismundo Casado, cuya filiación política y sus objetivos precisos al levantarse contra el gobierno republicano siguen siendo en la actualidad un asunto de debate.[17]

Había también brigadistas internacionales jóvenes —en torno a los 25 años—, algunas veces más jóvenes. Algunos de ellos adquirirían importantes responsabilidades con rapidez. Len Crome (Lazar Krom), nacido en Letonia, que había estudiado medicina en Edimburgo, solo tenía 28 años cuando se convirtió en el responsable de los servicios médicos de la 35.ª división de la XI Brigada (formada mayormente por brigadistas que hablaban alemán) y de la XV Brigada (sobre todo, angloparlantes).[18] Bill Aalto, el chico norteamericano-finlandés del Bronx cuya historia encierra muchos de los temas de este capítulo, como veremos más adelante, estaba a punto de cumplir 22 años cuando fue reclutado de las brigadas para unirse a las fuerzas guerrilleras republicanas. Sin embargo, en su mayor parte, los brigadistas eran algo más mayores, al menos cerca de la treintena —aunque aun así todavía demasiado jóvenes para haber luchado en la Gran Guerra,

aunque no para haber sobrevivido a sus secuelas de luchas callejeras en muchos lugares de Europa. Los brigadistas sentían que luchando contra los militares rebeldes y sus partidarios fascistas en España estaban también asestando un golpe a la exclusión económica y política de todo el continente. Así pues, tenían una clara conciencia de sí mismos como soldados políticos en la guerra civil europea en curso.

También eran soldados en un sentido más profundo. Porque esta guerra civil europea era también, como la misma guerra española, un conflicto cultural. Los brigadistas eran los directos equivalentes de aquellos sectores sociales dentro de España que estaban ahora desafiando de frente un orden político más antiguo basado en la deferencia social. Era una forma de política, y de lucha política, que en todos los lugares de Europa en los años veinte y treinta derivaba de un enfrentamiento agudo entre valores y modos de vida: una jerarquía social estricta contra formas de política más igualitarias. En España, aquellos que apoyaron la República, ya fuera con las armas o en la retaguardia, lo hicieron porque eran personas que aspiraban a alguna clase de apertura social y cultural y que consideraban que la República ofrecía un futuro más esperanzador, la posibilidad de una sociedad más abierta.



Bill Aalto de joven

Una fotografía del joven Bill Aalto, que es anterior a su marcha a España a comienzos de 1937, cuando tenía 21 años. Se reprodujo en un folleto sobre los finlandeses y americanos de origen finlandés publicado en 1939: K.E. Heikkinen y William Lahtinen (eds.), *Meidän Poikamme Espanjassa* (Nuestros chicos en España), s.l. (Nueva York). Finnish Workers' Federation, USA Inc., 1939). Tamiment Library y Robert F. Wagner Labor Archives, Universidad de Nueva York. En 2002, el veterano de la Brigada Lincoln ya fallecido Matti Mattson hizo una traducción al inglés del folleto, de la cual también hay una copia en la Tamiment Library.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, estos eran los grupos que los rebeldes militares y sus partidarios estaban buscando «limpiar», disciplinar y subyugar, para eliminar la amenaza que representaban. Por la misma razón, la defensa de la República por parte de los brigadistas era, por

tanto, una defensa de su derecho a desafiar esta furia asesina y retrógrada. En España, los brigadistas estaban luchando contra las mismas formas de sociedad y gobierno que ya dirigían muchos de sus propios países y para evitar que Franco construyera su propia versión de una comunidad nacional brutal y exclusivista.

Como guerra cultural europea, la de España fue también una guerra racial. Sin embargo, y nuevamente, no se trataba solo del nazismo alemán: muchos de los regímenes europeos de los que habían huido los brigadistas exiliados después de 1918 desarrollaron formas de política y desearon un «orden» nacional basado en la segregación étnica y la «purificación», dirigidas tanto contra las minorías raciales como de otro tipo, como hemos analizado en el primer capítulo. En las sociedades tradicionales y predominantemente rurales que eran todavía la norma en gran parte de Europa central, oriental y del sudeste, estas «minorías» incluían a la izquierda urbana, aunque en la misma Alemania el movimiento obrero socialdemócrata que constituyó el primer objetivo de los nazis no puede ser considerado una minoría: era una fuerza social de masas.[19] Pero también es cierto que los primeros campos de concentración alemanes establecidos en 1933 encarcelaron y persiguieron a todos los alemanes que no «cabían» según los normas de la *Volksgemeinchaft*: los independientes, los diferentes, los marginales, los heterodoxos —ya fuera política, social, cultural o sexualmente—, esa Alemania diversa culturalmente que queda tan bien representada en la fotografía de Auguste Sander, por ejemplo.[20] Y los brigadistas internacionales alemanes trajeron a España al menos una canción —*Moorsoldaten*— escrita por presos de los primeros campos de concentración nazis.[21] La canción fue adaptada por Bertold Brecht y el colaborador musical de Kurt Weill, Hans Eisler, junto con Ernst Busch, que también la cantaría más tarde, acompañado por un coro del batallón Thaelmann, en una grabación hecha en Barcelona en 1938 durante los duros bombardeos aéreos de la ciudad.

Y aunque estos primeros campos de concentración nazi no tenían a los judíos como objetivo sobre todo por judíos, muchas personas judías fueron

encarceladas y, una vez confinadas allí, el tratamiento que se les dio fue siempre de los peores. El hecho de que hubiera muchos judíos entre los brigadistas —en torno a un cuarto del total— no es nada sorprendente teniendo en cuenta dos factores. En primer lugar, la larga historia de antisemitismo del continente europeo y la forma en que esta estaba modelando directamente las políticas socialdarwinistas y «purificadoras» de la derecha europea después de 1918. En los años treinta, esto era bastante explícito también en España, a pesar de que no había población judía nativa. Sin embargo, el discurso de la derecha española era totalmente antisemita, e incluso la idea de una «conspiración judeo-masónica marxista» contra la «eterna España cristiana» fue uno de los mitos fundadores del régimen franquista.[22] En segundo lugar, la importante presencia judía en las brigadas también refleja la fuerte y antigua tradición política radical presente entre las comunidades de emigrantes judíos, que habían huido de los pogromos y la discriminación endémica en Rusia y Europa oriental.[23]

Entre los brigadistas polacos en España había una gran proporción de judíos, lo que hizo que se formara una compañía explícitamente judía dentro del batallón polaco, que atrajo a brigadistas de diferentes nacionalidades, incluyendo judíos de los diferentes países europeos y de Palestina, pero también a otros, como un griego, dos árabes palestinos y un alemán que después de desertar del ejército nazi insistió en prestar servicio en dicha unidad judía. Esta recibió el nombre de un joven comunista judío, Naftali Botwin, que había sido ejecutado en Polonia en 1925.[24] La bandera de la compañía Botwin llevaba las palabras «por vuestra libertad y la nuestra», en *yiddish* y en polaco, por un lado, y en castellano, por otro, y sus miembros lucharían más adelante en la resistencia francesa y en otros conflictos partisanos que formaron parte de las guerras civiles europeas que se produjeron entre 1939 y 1947, como hemos visto en el capítulo primero, por ejemplo, en Yugoslavia. Sin embargo, la mayoría de los brigadistas judíos en España lucharían en otras unidades y no en la Botwin y muchos consideraban su antifascismo como una seña de identidad personal más

importante que su carácter judío. Este, en todo caso, es definido mejor por su identidad cultural *yiddish* y por su internacionalismo laico, ya que al estar el sionismo tan cerca de otras formas de nacionalismo, lo rechazaban como parte del malestar político segregacionista europeo original.[25] De hecho, el *yiddish* fue lo más cercano que hubo a un lenguaje común dentro de las Brigadas Internacionales, como la enfermera británica Patience Darton recordó una vez cuando habló con una tremenda tristeza de cómo tres brigadistas finlandeses, gravemente heridos en la batalla del Ebro en 1938 y trasladados para su cuidado en el cercano hospital establecido en una cueva, habían muerto *sin traducir* por falta de una lengua común.[26]

Al combatir el fascismo en España, todos los brigadistas estaban resistiendo, a la vez, muchas formas de exclusión política y social violenta. Esta interpretación del significado de las brigadas tampoco se contradice con el hecho indudable de que algunos brigadistas individuales eran ellos mismos antisemitas o chovinistas en otros aspectos. Dada la naturaleza de la cultura dominante, es inconcebible que algunos no lo hubieran sido. Pero tampoco el cambio social se produce de una forma lineal y sin conflictos. Es la existencia misma de las brigadas y su posición estructural en esta historia lo que proporciona la clave sobre qué significaron.[27] Por tanto, en términos raciales y culturales, al igual que políticos, la heterogeneidad de las brigadas las convirtió en una viva imagen de la oposición a los principios de purificación y categorización brutal adoptados por el fascismo y, sobre todo, por el nazismo. Pero tampoco se trataba solo de presentar batalla a los demonios europeos que se manifestaban en forma de categorización social brutal. La Brigada Abraham Lincoln, en la que combatían alrededor de noventa afroamericanos, fue la primera unidad militar estadounidense sin segregación racial que existió; el mismo ejército de Estados Unidos continuó usando la segregación durante toda la Segunda Guerra Mundial. De hecho, los brigadistas norteamericanos también nombraron entre sus dirigentes a oficiales negros. Analizadas desde esta perspectiva, lo que representaban las Brigadas Internacionales era cierto espíritu de posibilidad futura. Eran soldados de la modernidad cultural

cosmopolita, aunque de forma imperfecta y en ningún caso plenamente consciente.

Esta idea de «cambio social en acción», unida desde la guerra civil española a la Segunda Guerra Mundial y más allá, es sugerida de forma evocadora en la novela que hace época y best-seller de Javier Cercas, *Soldados de Salamina* (2001), en que se analiza el papel de un grupo de soldados política y racialmente variados que lucharon para los aliados en las filas de la Francia Libre de De Gaulle en el norte de África: republicanos españoles exiliados, una variedad de veteranos de las Brigadas Internacionales y otros refugiados y exiliados antifascistas europeos —muchos de los cuales eran huidos de los campos de concentración y de las brigadas de trabajo forzado de la Francia de Vichy— se unieron con exmiembros de la Legión Extranjera francesa para participar en una ofensiva contra el oasis italiano de Murzak, en el sudoeste de Libia en enero de 1941. «Date cuenta» —destaca uno de los personajes de Cercas— y el narrador continúa: «como si él mismo [el personaje que habla] estuviera descubriendo la historia (o el significado de la historia) a medida que la contaba. "Toda Europa dominada por los nazis, y en el culo del mundo, sin que nadie se enterase, los cuatro putos moros, el puto negro y el cabrón de español ... levantando por primera vez en meses la bandera de la libertad."»[28]

En esta narración, la composición multiétnica y cosmopolita de las fuerzas de la Francia Libre se convierte, por tanto, en central en el significado de la guerra. Aquellos que plantaron la bandera de los aliados en Murzak eran los «soldados mestizos» de Hitler y Franco, que, con su antiheroísmo salvaron a Europa de la idealización fascista de la pureza racial y la virtud marcial. Es «antiheroísmo» porque, de forma significativa, en la historia de Cercas, se «presentaron voluntarios» para la misión de Murzak echándolo a suerte y perdiendo. Esta misma historia de diversidad y diferencia se representó también en los movimientos de resistencia dentro de Europa, por ejemplo en Francia. Se está empezando a valorar mucho más que los republicanos españoles y los veteranos de las Brigadas

Internacionales jugaron un papel fundamental tanto en la resistencia urbana como en la rural. De hecho, el MOI (*Main d'oeuvre inmmigrée*) de base urbana, cuyo cosmopolitismo cultural y su heterogeneidad racial tanto como su radicalismo político les convirtieron en la antítesis viva del nuevo orden de Hitler, remonta sus orígenes a veteranos de las Brigadas Internacionales —principalmente huidos del campo de prisioneros de Gurs — y a la tradición de internacionalismo de izquierda en que se había basado su intervención en España. Además de franceses y combatientes republicanos españoles, el MOI incluyó italianos, rumanos, armenios, polacos, austríacos, checos y húngaros. Al igual que en las mismas Brigadas Internacionales, también en el MOI una gran mayoría, quizá más de la mitad, eran judíos. Este perfil provocaba una mayor presión psicológica en el MOI que en cualquier otra organización de la resistencia. No era solo que los riesgos fueran mayores en el ámbito urbano, sino que una mayoría de sus miembros estaban en las listas de personas buscadas por partida triple: como izquierdistas, como extranjeros y como judíos.

En febrero de 1944 en París las fuerzas de ocupación sentenciaron y ejecutaron a 23 luchadores del MOI de un grupo dirigido por el poeta armenio Missak Manouchian, que había perdido a su propia familia en el genocidio armenio. Entre los ejecutados procedentes del grupo de Manouchian en 1944 había varios veteranos de las Brigadas Internacionales y un republicano español (Alonso). Después, los ocupantes nazis empapelaron las paredes de la ciudad con el famoso *Affiche Rouge* (Cartel Rojo), desde el cual nos miran fijamente los retratos de muchos miembros del grupo, incluyendo Alonso, el mismo Manouchian y dos brigadistas, Shloime Grzywacz y Ferenc Wolff (cuyo nombre de guerra era Joseph Boczov).[29] Sin representación en el cartel se quedó la única mujer de los veintitrés ejecutados —Olga Bancic, una comunista rumana que había participado también en acciones de solidaridad con la España republicana durante la guerra civil. No fue ejecutada en París con el resto del grupo, sino que fue llevada a Alemania y decapitada en la prisión de Stuttgart en mayo de 1944.

El Cartel Rojo fue un claro intento de deslegitimar a la resistencia recurriendo al chovinismo francés —algo que sin duda tocaría la fibra sensible de los franceses. Porque la «guerra contra la diversidad» de los nazis no se llevaba a cabo a contracorriente de las tendencias existentes en Europa. La idea de la homogeneidad étnica como supuesta base de la «coherencia» política e «integridad» psicológica era compartida por mucha gente en los países europeos, del este, del sur, del oeste y del norte aunque, sin ninguna duda, Hitler la llevó al límite. De hecho, el mito del estado-nación europeo étnicamente homogéneo había sido en cierto sentido representado y reelaborado de forma muy poderosa por los occidentales que organizaron la paz en 1918-1919, por ejemplo, en el mensaje no tan subliminal que subyacía a la elaborada pero finalmente inviable maquinaria de «protección de las minorías» de la Sociedad de Naciones, que insinuaba que tanto la «normalidad» como asegurar que se evitaran los conflictos requerían la homogeneidad étnica.[30]

Es cierto que en 1944 el Partido Comunista Francés entendió la utilización social y cultural del Cartel Rojo y, en un intento de construir una coalición nacional en torno a la resistencia, destacó su antifascismo pero *minimizó* su composición multiétnica. Simplemente, los héroes de la resistencia francesa no podían ser representados como judíos armenios o guerrilleros españoles. Aunque si nos pusiéramos a hacer hoy una jerarquía de lo inasimilable e impronunciable deberíamos decir que los «extranjeros» eran relativamente más asimilables en la resistencia francesa, mientras que mucho más en el límite de la representación estarían las decenas de miles de refugiados republicanos españoles y brigadistas que fueron encarcelados en los primeros meses de 1939 en Francia, es decir, en la Francia *republicana*, en lo que fue y que solo puede ser descrito retrospectivamente como un universo concentracionario. Su crecimiento vertiginoso fue en sí mismo facilitado por el auge de una fuerte corriente de sentimiento nacionalista étnico a partir de 1938, que se dirigió cada vez más contra los trabajadores emigrantes, los que habían logrado la nacionalidad francesa y, huelga decir, contra cualquiera que fuera judío.[31] En Francia, al igual que en otros

lugares de Europa, todo esto formaba parte integral de un discurso contra las ciudades, evidente, por ejemplo, en las críticas crecientes a las reformas realizadas en 1936 a favor de los trabajadores urbanos por el gobierno del Frente Popular, consideradas, de algún modo, «contaminadas» y, sobre todo, «no francesas».[32]

Por tanto, las cuestiones de raza y etnicidad dentro de Europa, como formas de categorización potencialmente brutal están siempre presentes cuando se analizan las ramificaciones de la intervención de las Brigadas Internacionales en España. Pero también están presentes estas ideas en otros contextos geográficos. La defensa de la República Española atrajo a escritores y luchadores muy variados: pensadores, activistas y revolucionarios que estaban vinculados por un deseo común de luchar por acabar con estas categorías brutales. Por ejemplo, el crítico social y escritor indio Mulk Raj Anand, un íntimo amigo de Nehru, que escribió la clásica novela contra las castas *Untouchable* (1935), reconoció inmediatamente su propia causa en la defensa de la España republicana, a la que apoyó de forma pública y visitó en 1937. Por razones evidentes, la raza también se abría paso en el cruce de fronteras culturales que se produjo entre los brigadistas norteamericanos. El veterano afroamericano de la Brigada Lincoln, Eluard Luchell McDaniels, navegando hacia casa desde el servicio activo en 1941 y de permiso en Durban (Sudáfrica), dirigió a sus compañeros marinos en una sentada para protestar por una barra para almorzar segregada en una tienda de la cadena Woolworth.[33] E Irving Goff, que había luchado con Bill Aalto en la guerrilla republicana, se convirtió en los años cuarenta en un activista pro-derechos civiles *avant la lettre*, como organizador del Partido Comunista en el sur de Estados Unidos, y violó las leyes de Louisiana organizando mítines políticos multirraciales durante la campaña para las elecciones presidenciales de 1948. Como organizador de distrito del partido en Nueva Orleans, Goff puso en peligro su vida en más de una ocasión al ignorar las costumbres raciales del sur mientras trabajaba fomentando que los votantes negros se registraran.[34]

Goff era, por supuesto, un cuadro muy disciplinado del partido, pero esta no es la historia completa de su cruce de fronteras y su asunción de riesgos, porque ambos estaban intrínsecamente ligadas con su experiencia de «España», como muestra otro acontecimiento que se produjo justo después de la guerra civil en el que se vieron implicados Goff y su camarada en la guerrilla republicana Bill Aalto, el chico de clase obrera norteamericano-finlandés procedente del Bronx, el muchacho fuerte, inteligente y despabilado que llegó a ser capitán de guerrilla y salió de España con la distinción más alta que se le concedió a un miembro de la Brigada Lincoln. En la primavera de 1940, Goff y Aalto estaban haciendo una gira de propaganda por campus universitarios, recorriendo el noreste y el alto medio-oeste para hablar en favor de la España republicana, sus presos y refugiados. Un día, mientras esperaban en un coche a su conductor cerca del campus de la Ohio State University, Bill le contó a Irv Goff de forma bastante brusca que era homosexual.[35] Para lectores del siglo XXI quizá no parezca sorprendente que se lo contara a Goff, con quien tenía un vínculo muy estrecho desde la guerra de España; habían compartido una experiencia cercana a la muerte después del famoso asalto, en mayo de 1938, al fuerte de Carchuna, convertido en una prisión; seguían siendo amigos y compartían todavía una vida de activismo político. Pero era 1940 no los años setenta —fue cerca de treinta años antes de Stonewall— y Bill estaba revelando algo que le hacía vulnerable, no porque él se sintiera incómodo con su sexualidad, sino porque esta le hacía ilegal. Así pues, esta confidencia debe de haber sido una especie de reto o desafío.[36] Bill estaba rechazando obedecer las reglas, rechazando aceptar la necesidad de seguir compartimentando su vida.

El momento es importante: este modo de pensar se había desarrollado inmediatamente después y, yo sugeriría, que directamente como resultado de su experiencia de la guerra en España. La lógica que mantenía Bill, pero que también se aplica a muchos otros brigadistas en diferentes circunstancias, incluido Goff, casi en todas las demás cosas diametralmente opuesto a Bill, era que todos ellos habían luchado en España y para que su

lucha tuviera significado la vida tenía que cambiar; tenía que ir más allá de la esterilidad, la banalidad, la «falta de autenticidad», no solo del *statu quo* político, sino también de la convención social. Ohio State fue un momento de paso. Incluso después, Bill Aalto buscó constantemente respuestas a preguntas complejas y modernas sobre la política de lo personal, sobre la construcción social de las categorías particulares de lo público y lo privado. Durante el resto de su vida, que estuvo lejos de ser fácil, el estribillo con el que reprendía a sus amigos sería siempre: «Tú eres de fiar, pero ves la vida pequeña».[37] Tras España, él estaba determinado a no hacerlo. Su amistad con Goff se enfrió pero no se rompió, incluso a pesar de que, tres años más tarde, el mismo Goff realizara un acto muy grave de traición. Se podría mantener que aquel momento de la vida de Bill Aalto en la Ohio State University también se presenta como un claro ejemplo de la cesura a través de la que se forma un ser humano, en la que el momento de la «verdad» se define por una ruptura radical. Esto sucede cuando alguien escoge una intuición basada aparentemente en nada, una apuesta insostenible, un compromiso «injustificable». Como más de un filósofo ha destacado: «El pensamiento cambia más el mundo de lo que lo comprende».[38]

Esta historia sirve también para recordarnos de forma más general que el género y la sexualidad son también una forma de cruzar fronteras ante la que la «vieja» izquierda de los años treinta en general se mostraba reacia: una frontera o cruce de líneas que iba demasiado lejos para ellos.[39] Cuando la norteamericana Evelyn Hutchins pidió que se la enviara a España como conductora de ambulancia, tuvo que vérselas con prejuicios arraigados en el Partido Comunista de Estados Unidos (CPUSA).[40] La izquierda política, aunque dispuesta a promover la igualdad racial, solo podía concebir reclutar mujeres para ir a España como enfermeras o personal de apoyo. Al final, Hutchins ganó, pero la suya fue una victoria aislada. En general, las mujeres solo fueron aceptadas para realizar servicio voluntario en España en funciones consideradas apropiadas para las normas de género convencionales de su tiempo, y por tanto, socialmente conservadoras. De hecho, cuando Hutchins se presentó más adelante, junto

con otros veteranos brigadistas (hombres en este caso) para servir durante la Segunda Guerra Mundial en la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) —una fuerza de agentes irregulares reclutada por las autoridades estadounidenses para servir en la Europa ocupada— fue rechazada de forma terminante. Bill Aalto también tropezó con las rigideces de la cultura de género cuando fue retirado del servicio activo en la OSS por su orientación sexual, aunque en su caso no fue la organización en sí misma la que le vetó —de hecho, el responsable de la OSS, el general Bill Donavan hubiera sido feliz de tenerle entre sus filas—, sino que fueron otros veteranos de las Brigadas Internacionales, también reclutados para la OSS, quienes, alertados por el mismo Irv Goff, consideraron adecuado cerrarle el paso al servicio activo. Su decisión provocaría un suceso que cambiaría la vida de Bill para siempre, completando de este modo el proceso de cambio radical que había empezado en España y que le había hecho manifestarse de esa forma tan singular en el campus de la Universidad de Ohio State.[41]

Aunque el difícil viaje de posguerra de Bill nunca dejó de ser político, este atravesó un terreno muy personal que le permitió, al menos por un tiempo, cierto grado de libertad. Pero para muchos otros brigadistas internacionales de la Europa continental, la derrota en España les dejó sin ningún lugar en el mundo en el que estar. Al no poder volver a sus países de origen bajo pena de encarcelamiento, y, frecuentemente, de muerte, pasaron de Cataluña (después de que esta cayera en poder de las tropas franquistas en febrero de 1939) a campos de internamiento y castigo o batallones de trabajo franceses y, como ya se ha dicho, desde allí, tras la capitulación de Francia en 1940, a los movimientos guerrilleros y de resistencia. Continuaron luchando en la creencia de que era una continuación de «España». Pero en el orden mundial que surgió después de 1945 descubrirían que su espíritu cosmopolita y heterodoxo y su diferencia cultural, una vez más, sobraban en el nuevo orden político y social, en el oeste y en el este. Si en Occidente, los brigadistas fueron perseguidos y sancionados por subversivos, muchos de los brigadistas del este de Europa

que volvieron después de luchar por los aliados desaparecerían en las prisiones o el gulag.

Cruzando fronteras

> *¿Qué ha quedado del mundo del siglo XIX cuando pagábamos en céntimos y cruzábamos todas las fronteras donde queríamos y como queríamos?*

Esta pregunta fue planteada por Louis Aragon, el poeta y activista comunista francés que fue una figura principal del frente cultural que defendió la República Española. La formuló a principios de la segunda mitad del siglo XX, en 1965,[42] y, por tanto, en un momento en que la valoración del escritor estaba llena de una nostalgia intensamente penosa, derivada del conocimiento de los estragos causados por las culturas políticas del estalinismo a los proyectos utópicos de la izquierda. Pero incluso el estalinismo fue una variante, aunque particularmente brutal, de algo más, a saber, el auge de un estado más complejo, con mayor capacidad de vigilar y medir, especialmente a partir de 1918.[43] Este desarrollo fue evidente también en la intensidad cada vez mayor de la vigilancia de los exiliados políticos realizada en el extranjero por la policía y los agentes de inteligencia. Los estados modernos siempre han vigilado a los exiliados políticamente «rebeldes». Pero a finales de los años veinte y en los años treinta los ciudadanos «subversivos» empezaron a ser vistos rápidamente en términos que no eran diferentes a la descripción despectiva realizados por Hitler sobre los judíos europeos: *Luftmenschen* («gente del aire»), es decir, se consideraba que sobraban en el estado homogeneizador que buscaba «sujetos» sumisos y convencionales.

Así pues, cuando los exiliados cruzaban fronteras, también cruzaban con ellos los agentes encargados de proteger el orden de los estados —italianos, alemanes, soviéticos y otros— para vigilarlos, disciplinarlos, obligarlos a regresar, y, en algunos casos, para matarlos. El cruce de

fronteras inspiraba en este caso mayores niveles de miedo, desconfianza y vigilancia, que también estallaron en España como un componente significativo de lo que sucedió durante los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona. Pero esta no es simplemente la historia de la intervención de Stalin a través de la NKVD, como todavía considera la mayoría de la gente gracias a la novela de Orwell *Homage to Catalonia*.[44] Porque la policía secreta de Mussolini era también activa y, probablemente, fue la responsable del asesinato del destacado pensador anarquista italiano Camilo Berneri y de su secretario durante los sucesos de mayo, solo unos pocos meses después de que asesinaran a otros dos importantes antifascistas italianos exiliados, Carlo y Nello Rosselli, en Francia. Tampoco se hace referencia aquí solo a estados autoritarios o totalitarios. La acción de duro control y de censura por parte del estado fue pronto evidente también en los Estados Unidos de posguerra. El mismo Bill Aalto fue obligado a regresar a Nueva York desde Italia en 1952 cuando el Departamento de Estado le retiró el pasaporte y suspendió su pensión de invalidez. Lucharía en los tribunales el resto de sus escasos años de vida para recuperar su pasaporte, lográndolo solo el año que murió, con 42 años, en 1958.

En el Occidente de posguerra, los veteranos de las Brigadas Internacionales eran vistos implícita o explícitamente, como es bien conocido, como subversivos agitadores, poco fiables y desafectos políticamente, antipatriotas, y potencialmente traidores: la antítesis de una población adaptada, desmovilizada y sumisa, población de la que fueron repetidamente excluidos y silenciados de diversas maneras. También en el este de Europa, a pesar de las aparentes diferencias, las cosas fueron para muchos veteranos sorprendentemente similares. En los países del bloque comunista, según se había conformado hacia 1949, la lucha contra el fascismo fue el mito fundacional del nuevo orden socialista, y, por tanto, también lo fue la defensa de la República Española. Pero como suele ocurrir con los discursos políticos y procesos de mitificación empleados por los estados, el resultado fue una narrativa política muy controlada y reduccionista. Muchos brigadistas internacionales «verdaderos» no

encajaban en sus requisitos. Así pues, y de forma irónica, lo que se produjo en Alemania Oriental, como el serio estudio de Josie McLellan muestra, fue la vigilancia obsesiva de los cuadros de las brigadas (*Spanienkämpfer*), el mismo grupo que se suponía que era la aristocracia antifascista de la RDA.[45] Fueron vigilados mientras escribieron, y rescribieron a medida sus «biografías» oficiales, destinadas al consumo y a la enseñanza del público. Esta «muerte por editorialización», el intento de reinventar y reducir a cada *Spanienkämpfer* a un héroe del realismo socialista de dos dimensiones fue, por supuesto, otra forma de silenciarles. Este fue el destino de cualquier relato que buscara representar el sufrimiento de la guerra *per se*: el dolor ante la muerte de camaradas, o la gran tensión bajo la que actuaban todos los oficiales y tropas en el ejército republicano español, dada la clara desigualdad con los ejércitos franquistas en infraestructura y equipamiento militar provocada por la misma No-Intervención. Cualquier representación de disciplina militar brutal —también vinculada de forma integral a dicha tensión— fue también *verboten*.

Un caso especialmente irónico de esta censura supuso la expurgación de las memorias del escritor comunista alemán Ludwig Renn,[46] que fue uno de los relativamente pocos brigadistas con una experiencia militar importante antes de España, por haber sido oficial del ejército alemán durante la Gran Guerra. Renn, que procedía de una familia aristocrática de Sajonia, publicó una crítica feroz de la incompetencia militar alemana en su gran novela *Krieg* (*Guerra*) y se unió al Partido Comunista Alemán (KPD) en 1928. Fue arrestado en 1933, se marchó al exilio a Suiza y desde allí a luchar en España, donde dirigió el batallón Thaelmann, llegando a ser más tarde jefe del estado mayor de la 11.ª Brigada. Incluso a pesar de ser un peso pesado militar, no se le permitió salirse del guión estatal de Alemania del Este: la pena, el miedo o los sentimientos no podían afectar a quien estaba inscrito de forma estricta como héroe de guerra masculino idóneo de la RDA de los años cincuenta. Por tanto, resulta escasamente sorprendente que en 1955 las autoridades eliminaran de las memorias de Renn toda referencia a chicos guapos, como si su diferencia sexual redujera de alguna

forma su credibilidad como combatiente. Sin embargo, es de destacar que las autoridades estaban todavía censurando este tipo de material en una fecha tan tardía como 1981, cuando de la publicación póstuma de las memorias de un camarada de Renn, Bodo Uhse, se cortó una divertida anécdota de la guerra civil española en la que Renn se mostraba entusiasmado por la bonita ropa interior que usaba un hombre joven que se había ligado una vez en un cine valenciano.[47]

De modo bastante más destructivo, el estrecho guión de la RDA llevó a casi media vida de «limbo» y marginalización a otro *Spanienkämpfer* discrepante, el difícil, complejo y sin embargo estupendo Rudolf Michaelis, cuya historia es tan compleja que requeriría un capítulo propio para hacerle justicia. Tomando prestadas las palabras de otro famoso brigadista internacional exiliado y disidente, el checo Arthur London, cuando Michaelis murió en Berlín en 1990, «tenía tantas cárceles detrás de él».[48] Rudolf Michaelis era un anarquista cuya profesión original había sido restaurador arqueológico en el museo estatal de Berlín. Su vida fue perseguida por todos los estados. En primer lugar, fue incluido en la «custodia preventiva» nazi, donde salvó su vida solo gracias a la intervención de un superior del museo que influía en Goering.[49] Estaba exiliado en España cuando se produjo el golpe de estado y se sumó a una columna anarquista para hacer frente al levantamiento militar. Fue encarcelado en una prisión del estado republicano después de la rebelión de anarquistas y comunistas disidentes que se produjo en Barcelona en mayo de 1937.[50] Al ser puesto en libertad y tras adoptar la nacionalidad española, se unió al ejército republicano y luchó en él hasta poco antes de la derrota de la República en los primeros meses de 1939, momento en el que Rudolf cruzó la frontera con Francia y se unió a la resistencia. Poco después, en el otoño de 1939, volvió a España con un grupo de guerrilleros, fue capturado por las fuerzas franquistas y encarcelado en Barcelona, donde estuvo cinco años durante los cuales le torturaron con frecuencia. A partir de 1944 le permitieron vivir en libertad vigilada en Carabanchel, cerca de Madrid.[51] En 1946 fue repatriado a Berlín, donde permaneció con su

familia. Teniendo pocas opciones disponibles en ese momento y lugar, se puede decir que hizo la paz con el nuevo orden estatal de la RDA según se conformó en 1949, aunque al unirse al SED (*Sozialistische Einheitspartei Deutschland* (Partido Socialista Unificado de Alemania), el partido único de la RDA, Michaelis fue considerado muerto por sus camaradas anarquistas del oeste. Fue expulsado del SED en 1951 por ser demasiado heterodoxo políticamente.

Sin embargo, la RDA todavía le permitió una vida soportable, tanto en términos materiales, como, aún más importante, al ofrecerle todavía un medio para participar en una memoria colectiva de lo que España había significado, que aunque era reduccionista, *no era una mentira*. Michaelis tampoco fue procesado o encarcelado en la RDA, como les sucedería a algunos de los otros veteranos disidentes a finales de los años cincuenta.[52] Pero, de forma inevitable, fue confinado a los márgenes: su vida no podía ser expresada, era incalificable y *no representable* ya fuera en la narración *Spanienkämpfer* estatal oriental, como en las narrativas occidentales de la Guerra Fría sobre las «víctimas orientales del estalinismo».[53] La historia de Rudolf Michaelis desbordaba a ambas en todas direcciones. Finalmente, sus memorias fueron publicadas en Alemania Occidental bajo pseudónimo, aunque en 1980. Y también fue a finales de los setenta y en los años ochenta cuando en Alemania Oriental pudo empezar a hablar realmente sobre sus experiencias como parte de la multiplicidad de tradiciones antifascistas, aunque solo en charlas privadas, al empezar a aparecer espacios no oficiales y semipúblicos para el debate.

Pero en otros lugares del este, el «tufillo» de cosmopolitismo adherido a España fue una sentencia de muerte, muy a menudo en el estricto sentido de la palabra. Muchos de los que fueron masacrados por juicios y purgas —sobre todo en Hungría (1949) y Checoslovaquia (1952)—[54] habían estado en España. En realidad, el solo hecho de haber estado allí les expuso a acusaciones de ser «subversivos agitadores, poco fiables políticamente y desafectos, no patriotas y potencialmente traidores», al igual que eran vistos, casi con los mismos términos, bajo la lente del macartismo en los

Estados Unidos. Las purgas políticas, que se iniciaron en Hungría en septiembre de 1949 con el proceso de Rajk, fueron provocadas por el pánico a los espías que surgió tras el arresto de Noel Field en Praga. Este último había sido empleado del Departamento de Estado de Estados Unidos y un antifascista activo que se había convertido en organizador de la ayuda a los refugiados y había trabajado en labores humanitarias en Europa durante la guerra, estando en contacto con muchos comunistas europeos porque la organización para la que trabajaba, el Unitarian Service Comité —una organización religiosa norteamericana que, como los cuáqueros, apoyó a los refugiados de la Europa de entreguerras— les había proporcionado ayuda humanitaria y visados o, en algunos casos, porque había actuado como enlace informal entre los comunistas europeos y la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS). La premisa del proceso de Rajk era que Field en realidad era un miembro del servicio de inteligencia de Estados Unidos y la pregunta que provocaba pánico era: ¿a quién más había convertido?[55] El mismo Rajk confesaría «haber tenido conversaciones con trotskistas en un campo de internamiento de combatientes de la guerra civil española en Francia». Un miedo similar se había apoderado también de Yugoslavia: George Delitch, veterano de la Brigada Lincoln que, tras lanzarse en paracaídas en Yugoslavia con la OSS, había sido una fuerza central de su esfuerzo guerrillero, fue ejecutado por Tito acusado de ser un espía norteamericano.[56]

También en Checoslovaquia el proceso de Slansky se centró en comunistas que habían sido emigrantes en Occidente, y, de nuevo, muchos de ellos eran veteranos de las Brigadas Internacionales, vistos como una facción peligrosa y a los que se acusó de colaboración con las agencias de espionaje occidentales durante su internamiento en Francia. Artur London, el veterano brigadista que había sobrevivido a Mauthausen, era, cuando fue acusado, el subsecretario de Asuntos Exteriores checo. De su relato del proceso emerge claramente la relación entre cruce de fronteras y «contaminación».[57] Las autoridades estatales estaban preocupadas de una forma enfermiza por el hecho de que los comunistas exiliados hubieran sido

«convertidos en espías», al parecer por todo el mundo: la GESTAPO y los servicios de inteligencia francés y norteamericano. ¿Qué podían haber tramado realmente en las ciudades occidentales del exilio o en los campos de concentración de Francia y África? El MOI en general se consideraba comprometido y «contaminado» por sus contactos con la OSS y, por tanto, sus veteranos supervivientes eran sospechosos. Y aunque se trataba en cierto grado de miedos reales nacidos del sentimiento de vulnerabilidad política, había también algo más: un eco de ansiedades socialdarwinistas subyacentes, el miedo a la diferencia, a las cosas que desafiaban el discurso oficial y que, por tanto, se percibía que amenazaban también la estabilidad del estado por el reto que suponían para la homogeneidad y uniformidad social, lo que se expresaba como un miedo a la «contaminación». Y también se debe destacar como un elemento central el intenso antisemitismo que existía en gran parte de los ataques contra los exiliados comunistas y veteranos de las Brigadas Internacionales durante estas purgas y procesos, al ser considerados los judíos entonces, desde la óptica oficial soviética, como paradigma de comunistas poco fiables y heterodoxos, o, más bien, poco fiables *por ser* heterodoxos.[58]

Por tanto, el miedo a las Brigadas Internacionales representaba un miedo a la movilidad social y a la heterodoxia cultural: no todos y cada uno de los brigadistas las representaban,[59] pero, sin duda alguna, la colectividad y la memoria eran señaladas como intrínsecamente extrañas e inestables. Así pues, muchos gobiernos excluyeron y silenciaron a los veteranos brigadistas convirtiendo en una patología la misma dinámica progresista e inquisitiva que resumía su forma de ver el mundo y su comprensión del cambio, las mismas cosas que les habían llevado a España en primer lugar. Como comentó, en 1952, totalmente perplejo Ludwig Renn, parecía que «todo lo que estuviera relacionado con ella [España] se suprime. Supuestamente, esto sucede porque había demasiados traidores en España. No entiendo estos puntos de vista».[60]

Lo que se puede vislumbrar en Europa oriental no dista mucho de lo que era percibido como «peligroso» por las clases dirigentes occidentales de la

posguerra. Quizá esto es especialmente evidente en los Estados Unidos, donde se utilizó a un ejército de científicos sociales para encontrar fórmulas aplicadas para estabilizar la sociedad, atajar los cambios y cerrar definitivamente la movilidad social que había provocado la guerra. Y, como es bien conocido, la Guerra Fría se relacionó en todas partes con estabilizar las políticas internas y los órdenes sociales de la posguerra, tanto en el oeste como en el este. Esto no implica sugerir que la dinámica fuera simplemente de arriba abajo o exclusivamente controlada por el estado. Fue un proceso que implicó a gente corriente y que reflejó de forma importante los deseos de comodidad, calma, incluso compostura, y simplicidad que sentían en la posguerra algunos de ellos. Por ejemplo, esta dinámica se encuentra en los jurados del Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso de los Estados Unidos (HUAC, House Un-American Activities Committee) que ponían a prueba a los acusados que eran llevados siempre ante empleados del gobierno de Estados Unidos. Por supuesto, este fenómeno tuvo una dimensión clientelar, pero tenía que ver también con los imaginarios populares de los miembros del jurado.

Obviamente, el macartismo en sí mismo no fue tan inmediatamente mortal como los procesos de la Europa Oriental, aunque sí que causó algunas muertes, incluso suicidios. Pero la represión del estado siempre toma su forma de la cultura política local y, después de todo, hay muchas formas de «matar» a la gente sin ejecutarla físicamente ni encerrarla en gulags: se puede matar a alguien haciéndole completamente imposible encontrar un empleo (como sucedió en algunos casos), o convirtiendo en imposible que encuentre un empleo en algo que se parezca ni siquiera remotamente a lo que una persona se siente llamada a hacer por su talento. Cosas como reducir a la gente a la pobreza, hacer sus vidas insoportables, echarles de sus casas, lo que a menudo suponía romper sus familias y sus relaciones personales, fueron consecuencias, como conocemos muy bien, de las prácticas represivas legales del macartismo. Fueron muchas las formas de represión estatal y discriminación social y política sufridas por los veteranos de las Brigadas Internacionales en los Estados Unidos de los años

cincuenta, bajo un macartismo que, sin este nombre, se puede retrotraer a los años treinta, si no a los veinte.[61] McCarthy también intentó convertir en una víctima de gran relieve a Gustavo Durán, el compositor español convertido en comandante militar republicano. Contemporáneo de Lorca, Dalí y Buñuel, Durán, como muchos brigadistas internacionales, había «hecho frente a su situación» y había tomado parte de una manera activa en la defensa de la posibilidad de un cambio profundo en España. Tras escapar con vida por los pelos del golpe de Casado, Durán capearía la tormenta macartista. Pero su vida había cambiado de forma irrevocable y, después de España, nunca más volvería a componer.[62]



Gustavo Durán en el frente de Aragón, primavera de 1938

Gustavo Durán en el frente de Aragón, primavera de 1938. Fotografía cortesía de Cheli y Jane Durán. Una copia de esta fotografía, y de la serie en la que está incluida, se conserva en el Archivo Histórico del Partido Comunista de España (Madrid).

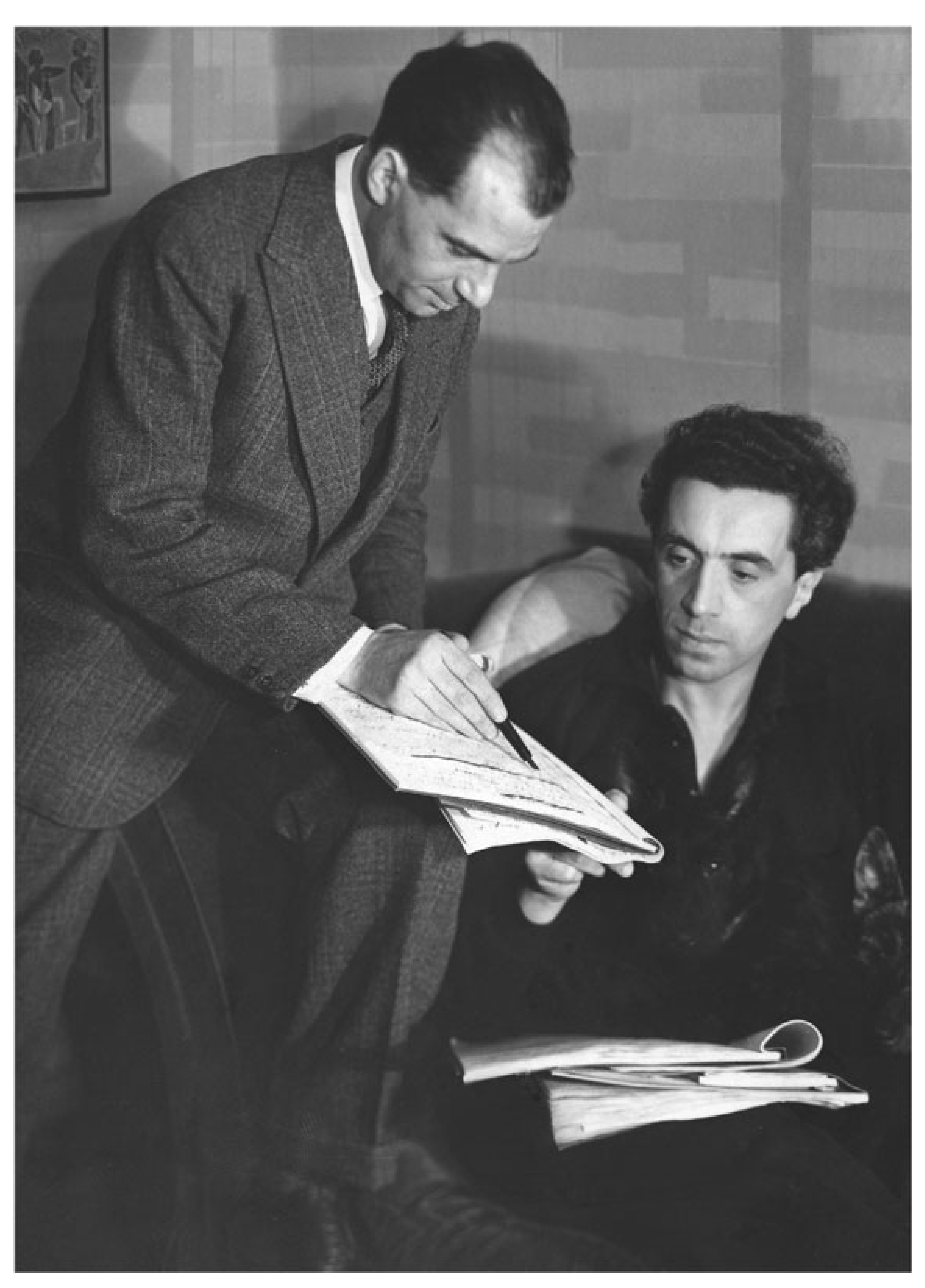
El legado del macartismo está profundamente arraigado por las fracturas psicológicas y culturales que produjo. México, por ejemplo, que de alguna forma proporcionó un refugio aunque no un oasis a los radicales norteamericanos perseguidos —como relató Diana Anhalt en *A Gathering of Fugitives* (2001), algo así como unas memorias y una historia oral a la vez—,[63] también planteó muchos problemas existenciales importantes, especialmente para quienes trabajaban en ámbitos culturales, que eran una parte importante de este exilio tan particular.

El mismo relato de Anhalt es totalmente honesto sobre la pena y el coste personal que suponía rechazar amoldarse a las normas sociales, es decir, *necesitar* rechazar someterse, como el escritor Howard Fast. Hijo de un emigrante ucraniano, el mismo Fast cumplió una pena de prisión en 1947 como miembro del comité de ayuda a los refugiados españoles dependiente de la asociación formado por los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, por rechazar revelar los nombres y direcciones de sus donantes y partidarios al HUAC. También escribió de forma luminosa sobre el significado de la despedida de España de los combatientes de la Lincoln en *Departure*,[64] un relato corto de una belleza exquisita, que capta de forma indirecta pero perfecta ese sentimiento central que compartieron tantos veteranos brigadistas —incluyendo el personal de apoyo y los trabajadores médicos— con muchos de aquellos que actuaron en solidaridad con la República Española a lo largo de Europa y más allá: concretamente, ese sentimiento de haber sido quemado o transformado por España, pero con toda seguridad no haber vuelto a ser el mismo y no ser capaz de encajar de nuevo en ningún lugar, nunca; otro tipo de exilio a añadir al territorial y al político. En la magnífica autobiografía de Fast, *Being Red* (1990), relata su encuentro con su amigo el guionista Albert Maltz, uno de los «Diez de Hollywood», uno de los grupos relacionados con la industria del cine que fueron acusados de desacato durante la caza de brujas de finales de los años cuarenta en Hollywood, que fue facilitada por el entonces presidente de la Unión de Actores, Ronald Reagan.[65] Fast se encontró más tarde a Albert Maltz en México. Este estaba tan aterrorizado por los efectos potenciales de

la draconiana Ley de Control de Comunistas (*Communist Control Act*, 1954) que se sentía incapaz de volver, a pesar de sus profundos sentimientos de alienación cultural: «No tengo raíces aquí —le dijo a Fast — nuestras vidas son nuestro lenguaje». Pero había quedado tan marcado por su experiencia en la prisión que no podía arriesgarse a volver otra vez a otra: «Tengo que vivir, tengo que encontrar el amor, tengo libros que escribir».[66]

Aunque, por un lado, la devastadora experiencia que indican estas palabras dista mucho de las del universo concentracionario europeo, por otro comparten algo vital con el sentimiento expresado por el poeta húngaro Miklós Radnóti, que invocaba a la España republicana y a los amigos que habían muerto allí en combate como símbolos de lo que hacía que la lucha todavía valiera la pena. En julio de 1944, mientras estaba prisionero en un campo de trabajo controlado por los nazis cerca de Bor, en Serbia, y solo unos meses antes de que él mismo fuera asesinado por guardias húngaros durante la marcha forzada de los prisioneros tras la retirada del ejército alemán, escribió:

> Entre falsos rumores y gusanos, vivimos aquí con franceses, polacos,/ Chillones italianos, serbios herejes, judíos nostálgicos, en las montañas./ Este cuerpo enfebrecido, desmembrado pero todavía vivo, espera/ Buenas noticias, dulces palabras de mujeres, una vida tan libre como humana. [67]



Ernst Toller con Walter Hasenclever, 1928

Ernst Toller (sentado), con su compañero poeta y dramaturgo Walter Hasenclever, en 1928. La obra de Hasenclever, como la de Toller, fue prohibida y quemada por los nazis. Detenido como «enemigo extranjero» mientras vivía en el exilio en Francia, Hasenclever se suicidó en el campo de prisioneros francés de Les Milles en junio de 1940 para evitar caer en las manos de las fuerzas de ocupación nazis. (Fotografía: Ullstein Bild, Berlín.)

«España» les obsesionaba a todos porque había sido un lugar de posibilidades de llegar a ser. Es por eso por lo que nos obsesiona todavía. Solo hay que pensar en la imagen hecha por Alvah Bessie de Ernst Toller (obsesionante porque estaba obsesionado) cuando visitó el campo de batalla del Ebro en 1938, manteniéndose firme al aire libre a pesar de una ráfaga de tiros, ignorando todos las frenéticas advertencias de que debía ponerse a cubierto. Toller es indiferente a las posibilidades de morir, se mantiene de pie en el paisaje del Ebro, pero está también rodeado por sus fantasmas bávaros, los camaradas muertos en 1919. Como saliendo de una gran desesperación, Toller haría un esfuerzo personal sobrehumano en 1938 y en los primeros meses de 1939 intentando movilizar ayuda humanitaria gubernamental para la España republicana, recorriendo con este objetivo Gran Bretaña, Estados Unidos y Escandinavia.[68] La derrota de la República fue para él insoportable en un sentido bastante literal y culminó con su suicidio en una habitación de un hotel neoyorquino en mayo de 1939.[69] Para otros —incluyendo de diferentes formas a Bill Aalto, Gustavo Durán y Rudolf Michaelis— el fin de la República fue, en todo caso, una situación a la que hacer frente: «Cuando las luces se apagaron fui en busca de mí mismo».[70] Por toda la desolación de sus consecuencias, «España» permanece como un recordatorio de la posibilidad de llegar a ser, del «viaje sin mapas» hecho por el protagonista de *The English Patient*, de Michael Ondaatje, que no solo *no* era inglés, sino que también había renunciado a la misma categoría de nacionalidad y de identidad nacional por el daño que estas habían causado;[71] y del mismo recuerdo de Machado de que los caminos no existen, los construimos andando, cruzando fronteras, aunque hacerlo haga daño, pero esto también es necesario, es un imperativo humano.

5

Una educación cruel: hacerse mayor de edad en las guerras europeas de cambio social[*]

¿A dónde se fueron, los inamovibles?
Los perdidos, los últimos
...
Después de los campos de Argelès Sur-Mer,
St. Ciprien, en Barcarès, después de las alambradas
¿en qué lugares eligieron vivir
o no vivir, habitaciones
barridas por los caminos y viajes?[1]

Las fotografías ... representan un ajuste de cuentas con la historia que captura la medida de los efectos residuales del pasado en el presente, al igual que en el futuro. Así, las fotografías sirven no solo como fuente o documento histórico, sino también como un medio reflexivo que expone lo que está en juego en nuestro diálogo con la historia.[2]

Una fotografía puede ser la luz sutil que nos ayuda modestamente a cambiar las cosas.

(W. Eugene Smith)









Fotografías de Robert Capa

Dignatarios visitan a soldados en el frente catalán, finales de diciembre de 1938-enero de 1939. (© International Center of Photography/ Magnum Photos.)

ESTE BREVE ENSAYO FOTOGRÁFICO vincula los capítulos 4 y 6 reflexionando sobre el gran coste social de la derrota republicana y también sobre los vínculos entre esta, la subsiguiente diáspora —el exilio—, incluyendo el «exilio interior» y las migraciones de posguerra de los años cincuenta y sesenta, que reformaron España, al igual que proporcionaron una mano de obra imprescindible para los «milagros económicos» de los países más desarrollados del norte y oeste de Europa.

* * *

Sus caras son puntos de luz frente a la oscuridad de los gabanes y la penumbra del espacio del encuentro. Capa registra casi de forma tierna ese momento de tregua, de compromiso íntimo en el frente final de la República Española. Cruzando sus miradas de forma vigilante se sienten absorbidos por las palabras del dignatario que les hace una visita, aunque reservados hasta que se rompe la circunspección al compartir unos cigarrillos. La tarea del visitante es elevar la moral, convencerles de que, contra todas las predicciones, la defensa de Cataluña es tan viable como vital, que todavía hay tiempo para cambiar la marea diplomática y evitar la inundación del continente. Su audiencia está compuesta de tropas del quinto cuerpo del ejército republicano, algunos de ellos veteranos de la feroz batalla del Ebro, llevada a cabo contra el poder combinado de las fuerzas aéreas italiana y alemana entre julio y noviembre de 1938, a lo largo de las escarpas lunares del vecino Aragón; una batalla en la que la derrota republicana no fue militar, sino política, decidida muy lejos, cuando Francia y Gran Bretaña llevaron la política de apaciguamiento a su conclusión «lógica» y aceptaron que Hitler desmembrara Checoslovaquia, la última

democracia existente en Europa central. Este frente final en Cataluña no solo lo fue para la República Española.



Muchachos republicanos refugiados

Chicos republicanos refugiados en Collioure (Francia), 1939, fotografiados por el artista Manuel Moros. Algunas de las fotos de Moros, como otros testimonios fotográficos clave de esos tiempos, pasaron años escondidas o enterradas tanto para maximizar las posibilidades de su propia supervivencia como las de sus autores. (Fotografía: cortesía de Jean Peneff, sobrino de Manuel Moros.)

El muchacho soldado, cuya mirada de ojos claros nos envuelve con su fuerza, fácilmente puede ser alguno de aquellos veteranos del Ebro. Es suficientemente joven como para haberse presentado voluntario a las «divisiones de la juventud» de las Juventudes Socialistas Unificadas,[3] o para haber formado parte de la *quinta del biberón*, los jóvenes de 17 años cuyo llamamiento a filas en la primavera de 1938 provocó las protestas

públicas de las madres, cuando la República dio en hueso para defenderse a ella misma porque la guerra bajo condiciones de asedio había erosionado la posibilidad de reformas sociales igualitarias que antes había prometido. Su mirada es amable, expectante, fijándose en el que habla. Nuestra propia lectura de esta mirada incluye el conocimiento inevitable de que ese era un momento de final de todo: detrás de ellos, las batallas agotadoras libradas contra toda posibilidad; delante, la herida de la historia.

Pero ¿qué puede significar que el mismo Capa se centrara tan resueltamente en el joven soldado? Abrigado contra el frío, bajo la lente del fotógrafo, el plano suave y tranquilo de su cara está a salvo en ese momento de los proyectiles y las bombas. La dulzura de su mirada contradice el pasado y el futuro de una guerra después de la cual, incluso si sobrevive, no habrá «vuelta a casa», porque este conflicto militar es también un instrumento inexorable de cambio social, una batalla para decidir quién podrá participar en política. El chico será formado por la guerra, tanto si es un voluntario o un huérfano de guerra como si es el muchacho centinela solitario también fotografiado por Capa[4] o el hijo reclutado a la fuerza de pequeños propietarios catalanes cansados de la guerra. Será formado por la guerra como también lo fueron seguramente los chicos milicianos de 1936 y los miles de adolescentes que se alistaron para defender la República, muchos de ellos trabajadores no cualificados, sin afiliación política previa, pero que eran subliminalmente conscientes de que algo estaba cambiando. Aunque quizá eran menos conscientes que los chicos refugiados inquietos que cruzaron todo un continente para luchar por la República Española, como hizo el mismo Capa fotografiándola. Pero como aquellos jóvenes brigadistas internacionales de Hungría, Polonia, Yugoslavia, Austria y otras tierras europeas, los niños soldados españoles eran también refugiados, a su manera. La simpatía de Capa por todos ellos era una simpatía por todos aquellos que ya no encajaban en el menguante orden neofeudal rural, esos chicos que se desprendían de las rigideces de la jerarquía social en busca de un lugar y de una voz. También en España el viejo poder parecía estar muriendo, pero lentamente y con saña y, como se vio, no en ese momento.

No se marcharía en la forma prevista por los reformadores republicanos entonces, y no antes de que, para desaparecer, demandara a esta generación un tributo bárbaro, en forma de «limpieza» nacional y universo concentracionario: los adolescentes que murieron frente a los pelotones de ejecución franquistas en las matanzas ejemplarizantes de los años cuarenta, los trabajadores juveniles esclavos que construyeron carreteras, pantanos y el mausoleo del dictador, o los jóvenes de las guerrillas antifranquistas y los chicos españoles que pasaron de los campos de internamiento franceses a los batallones de trabajo forzado o a la «resistencia irregular», o que fueron deportados con la aquiescencia de Franco a campos nazis: republicanos españoles de trece años picando piedra en la cantera de Mauthausen.[5]



Chicos republicanos refugiados

(Fotografía: cortesía de Jean Peneff, sobrino de Manuel Moros.)

Quizá lo más difícil de todo para los espectadores del siglo XXI, no menos que para el lector de este episodio de la historia, es entender qué significaba la política para los jóvenes soldados republicanos que nos miran fijamente desde una frontera histórica mucho más cerca cronológicamente de lo que lo está social y culturalmente. La política en los años treinta no era una «opción personal», no era algo que ellos pudieran tomar o dejar, ser o no ser. Era un torrente de lava que se tragaba el mundo para rehacerlo, tomando posesión de las vidas personales tanto si sus dueños querían o no, el medio implacable a través del cual se desplegaba la historia, en palabras de Victor Serge, «a pesar de nosotros, a través de nosotros, con nosotros, e incluso aplastándonos».[6] Durante un tiempo, no hubo nada fuera de ella. En esta lectura, ser militante era en sí mismo una forma de adquirir la posibilidad de actuar y también una coraza para el cuerpo que se ponían los menos poderosos en el hostil clima del cambio social vertiginoso.

Incluso para aquellos republicanos españoles jóvenes que sobrevivieron a esta guerra en todas las formas en que se extendió, sobreviviendo al reordenamiento del continente europeo que se produjo a través de la experiencia de los campos, su legado seguiría siendo una faceta permanente de sus vidas, «barridas por los caminos y viajes». Sobre todo, era un legado aprendido de precariedad: a ellos el «tributo» se les exigiría al alto precio de un modelo diferente de cambio social y de la «fragilidad de su futura supervivencia en él. Se convirtieron en los trabajadores emigrantes que hicieron posibles los «milagros económicos» en España, Francia, Alemania o Suiza, tras haber aprendido a tener pocas expectativas y a vivir incluso con menos de lo que esperaban. Todo esto ya estaba allí, prefigurado en la vulnerabilidad reflejada súbitamente en una alpargata de lona levantada.[7]

6

Las prisiones de Franco. La construcción de una comunidad nacional brutal

La gente decía en la posguerra: «El que no está preso, lo andan buscando».

España era una inmensa prisión (Marcos Ana)

La de Franco fue la comunidad nacional brutal que sobrevivió. Por supuesto, estuvo lejos de ser la única que sobrevivió mucho tiempo infligiendo violencia sobre su población —en este mismo capítulo analizaremos más adelante algunas similitudes entre el franquismo y el estalinismo—. Pero el sentido de «la única que sobrevivió» pretende destacar el fracaso internacional duradero, y producto de la Guerra Fría, en condenar, o simplemente reconocer, la escala de los abusos cometidos por el régimen de Franco, un fracaso cuyas implicaciones pasadas y presentes se examinan en el último capítulo.[1] A diferencia de la de la Alemania nazi, esta comunidad nacional brutal no fue desmantelada por una derrota militar. El general Franco, en lugar de ser juzgado como criminal de guerra en Núremberg, pudo protegerse debajo del palio occidental, respaldado por Estados Unidos y por el Vaticano como un baluarte anticomunista y un componente geopolítico significativo en la Guerra Fría. Así pues, un orden occidental que mitificaba retrospectivamente su oposición al nazismo como oposición al universo concentracionario y que denunciaba este último como el peor delito del estalinismo, patrocinó un régimen en España que, como el de la Unión Soviética, se basaba en la masacre y en su propio gulag. Porque

el franquismo, como el estalinismo y el nazismo, se puede definir mejor como un régimen que estaba en guerra con su propia población.

Este capítulo ofrece un análisis del franquismo, que sus progenitores pretendían que fuera la antítesis del cambio social, en la larga duración. Comienza explorando cómo y por qué se construyó una comunidad nacional brutal, desde el golpe de estado del 17-18 de julio de 1936 y hasta los años cuarenta, y, después, examina sus consecuencias para la sociedad y la política española en el medio plazo. Se entiende aquí el franquismo como una «solución» particularmente violenta y duradera para manejar el cambio conflictivo, controlando con firmeza a la población al convertirse España en una economía industrial a una velocidad vertiginosa a finales de los años cincuenta y en los años sesenta. El final, cuando este llegó para la dictadura, no se basó en la revolución política que sus partidarios siempre habían temido, sino en una revolución antropológica, simbolizada sobre todo por la migración masiva del campo a la ciudad que produjo no solo una transformación industrial sino también un cambio cultural de grandes proporciones. Pero esta emigración de masas recordaba el pasado tanto como miraba hacia el futuro, siendo en importantes aspectos el último acto de la guerra civil. Para los cientos de miles de pobres rurales que emprendieron este camino, muchos con un pasado republicano, fue también una experiencia violenta, y una cuya historia social está todavía por escribir, al igual que sus consecuencias —y costos— sociales todavía tienen que ser analizados adecuadamente por el mundo académico en la actualidad.[2]

El universo carcelario

Después de que Franco ganase la fase militar de la guerra civil española el 1 de abril de 1939, su régimen victorioso pudo extender su nuevo orden a todo el territorio español. Se reconstruyeron el estado y la sociedad, «homogeneizados» mediante la exclusión violenta de los derrotados. La búsqueda de este objetivo haría que el régimen encarcelase y matase a su

propia población en una escala que superó cualquier cosa que el estado nazi emprendiera dentro de sus fronteras anteriores a 1938. Todos aquellos que habían apoyado la República fueron demonizados como la «Anti-España». Situados fuera de la nación, se consideró que no tenían derechos. Hasta un millón de hombres, mujeres y niños estuvieron en prisión, campos de trabajo, batallones de trabajo forzado, y reformatorios, donde, de forma aparente, eran «re-educados».[3] Fueron comunes las formas extralegales de persecución, incluyendo la detención preventiva. Esta exclusión de los derrotados se inscribió en todas las esferas: en la ley, en el empleo, la educación y la cultura, incluyendo la misma organización de la vida cotidiana y el espacio público. Para comprender de forma adecuada la naturaleza integral de la represión hay también que incluir los efectos de la política económica punitiva (autarquía), y la política de bienestar social, las depuraciones en los cuerpos profesionales o las exclusiones en la educación, al igual que el discurso y la ideología del régimen.[4] Pero este capítulo se centrará específicamente en la maquinaria de represión directa, en cuyo centro estuvo el mantenimiento de un estado de guerra/excepción (*de iure* hasta 1948, *de facto* hasta 1963).[5] El régimen de Franco redujo el proceso judicial a una sección del terror estatal, aunque, al igual que en la Alemania nazi, mantuvo *formas* jurídicas porque se consideraba que estas legitimaban y fortalecían al mismo estado franquista.



Columna de prisioneros formada por soldados republicanos capturados

Columna de prisioneros formada por soldados republicanos capturados, Peñarroya, principios de 1937, enmarcados por una cruz del camino y postes telegráficos que también parecen cruces.
(Fondo Serrano, Hemeroteca Municipal de Sevilla.)

Pero eran solo formas porque los años cuarenta en España vieron la aplicación en una escala industrial de las formas abusivas de justicia sumaria descritas en el capítulo 2. Continuando con la práctica presente en las zonas conquistadas por los rebeldes durante la fase militar de la guerra civil, esto hizo que aquellos que habían defendido la República se enfrentaran a tribunales militares y fueran ejecutados *en masse* por «rebelión militar». Este proceso dio lugar a menudo a juicios en masa, algunas veces de cincuenta e incluso cien procesados, sin el debido proceso, y sin presentar ningún cargo más allá del general de «rebelión militar», y en los que no se proporcionaba a los acusados ninguna defensa legal efectiva y

no podían intervenir de ninguna forma, no permitiéndoseles llamar a testigos o presentar pruebas.[6] De hecho, a menudo los acusados solo podían identificar a su abogado «defensor» en el juicio porque era el que pedía que la pena de muerte fuera conmutada por la de cadena perpetua.

Los objetivos potenciales de estos juicios incluyeron a cualquiera que tuviera conexiones republicanas (de hecho, incluso aquellos que simplemente se habían beneficiado de las reformas sociales republicanas): quienes habían sido voluntarios en el ejército republicano (frente a los reclutas), o habían apoyado a la República de forma visible de cualquier forma, podían entrar dentro del ámbito de los tribunales militares, desde oficiales republicanos a los que ostentaron un puesto político llegando hasta los alcaldes y secretarios de ayuntamientos en los pueblos más pequeños, e incluso mujeres que habían dirigido las colonias infantiles para los niños refugiados. Se impusieron miles de sentencias de muerte, al igual que largas penas de prisión. Por tanto, el régimen estaba redefiniendo la actividad política republicana, o incluso la identidad, como criminal, es decir, redefiniendo la idea de crimen en sí misma

El número de estas «ejecuciones limpiadoras» —los asesinatos judiciales después de juicios sumarísimos— alarmaron incluso a Himmler, que visitó España en octubre de 1940, aunque, obviamente, no estaba preocupado por cuestiones humanitarias, sino por el desperdicio de una muy necesaria mano de obra «aria». Himmler había llegado para establecer una consultoría de la Gestapo para la policía política de Franco, la Brigada Político-Social, que le aconsejara sobre técnicas de vigilancia e interrogación y también les ayudara en convertir los expedientes franquistas sobre sus oponentes políticos en un instrumento práctico de represión.[7] En la actualidad se calcula que la represión franquista, que estalló con el golpe militar del 17-18 de julio de 1936 y que continuó primero como terror «caliente» extrajudicial y después como terror «frío» hasta finales de los años cuarenta, supuso la muerte de al menos 150.000 personas, un número que incluye los cerca de 30.000 «desaparecidos» en la guerra sucia de 1936-1939. Esta cifra es un punto de referencia mínimo: primero, porque en

algunas áreas los datos todavía se están recogiendo, incluyendo Madrid después de 1939.[8] En segundo lugar, es más que difícil rastrear e identificar a aquellos que murieron en las matanzas producidas en el sur y, especialmente, las muertes de aquellos que eran ya refugiados de otros lugares y que no llevaban ninguna documentación;[9] en tercer lugar, lo mismo sucede con los refugiados de toda España que habían buscado amparo en Barcelona solo para morir en la huida hacia la frontera francesa en 1939; o los que se suicidaron después de esperar en vano ser evacuados desde los puertos del Mediterráneo; en cuarto lugar, está el asunto de la represión «caliente» (extrajudicial) después de la victoria militar final de Franco el 1 de abril de 1939 en un tercio de España, desde Madrid hacia las costas del sur y sudeste que habían permanecido bajo control republicano justo hasta entonces; en quinto lugar, hubo también asesinatos extrajudiciales dentro y cerca de los campos de concentración y después, en los campos de trabajo, algunas veces en las prisiones, y es inevitable que todo esto no esté documentado. Incluso en algunos casos en que las ejecuciones de las prisiones dejaron algún rastro administrativo, gran parte de estos se perdieron posteriormente en la destrucción deliberada de registros de prisiones que se produjo en los años finales del régimen de Franco. Una comparación con las ejecuciones políticas del Tercer Reich, el tutor brutal del franquismo, es incluso más difícil porque desde 1938 hubo una gran expansión del territorio y la población bajo control nazi a través de la anexión, la conquista y la ocupación, con la radicalización acumulativa del proyecto nazi a través de la guerra exterior y la implementación de su proyecto racial. Sin embargo, dentro de Alemania, para el periodo comprendido entre 1933 y 1938, las ejecuciones políticas judiciales, en gran parte de comunistas y socialdemócratas, fueron probablemente menos de 500.[10] Los asesinatos extrajudiciales desde enero de 1933 —en las calles, en comisarías de policía, en los primeros campos de concentración y algunas veces en las mismas prisiones— son más difíciles de cuantificar, pero se estima que fueron unos pocos miles para el periodo anterior a 1939.[11]

Además de una justicia sumaria generalizada, en la España franquista hubo también un gran número de detenciones gubernativas en los años posteriores a la guerra, es decir, la gente era detenida sin intervención judicial de ningún tipo. El mismo régimen calculó esos casos en unos 60.000 en 1940.[12] Esta era la realidad detrás de los disfraces constitucionales de Franco, tales como el Fuero de los Españoles, de 1945, diseñado para consumo internacional tras la derrota nazi. Pero dentro de España muchos individuos eran reiteradamente detenidos, sufrían malos tratos y detenciones administrativas después de haber sido excarcelados. Como ejemplo, sirve un caso de Valencia: allí los padres y otros familiares de un detenido recientemente excarcelado fueron detenidos y golpeados por miembros de la Falange local hasta que él se entregó para lo que fue un segundo periodo de detención administrativa; y este ciclo se repitió otra vez tras su segunda excarcelación.[13] Podía haber pocos medios más efectivos de enseñar a la gente su falta de poder que ridiculizar así sus esperanzas de protección legal, como parte del lenguaje de derechos políticos antes hablado por la República.[14] De hecho, la mayoría de las prácticas del régimen, ya fuera a través de la represión directa o la dimensión punitiva que la autarquía introdujo en la vida cotidiana, pueden ser resumidas en enseñar a los vencidos el significado de su derrota.[15]

La utilización franquista del sistema de justicia militar también desarrolló una nueva y funesta vuelta de tuerca después de que Franco lograse el control total de España el 1 de abril de 1939. Esta fue la decisión deliberada del régimen de usar de forma sistemática y masiva la denuncia. Declaró abierta la veda exhortando a los «españoles corrientes» a denunciar a sus compatriotas, denuncias para las que no se requería ninguna prueba y que, al principio, pudieron ser anónimas (al menos por unos dos años, hasta septiembre de 1941).[16] Estas denuncias fueron a partir de entonces las que desencadenaron e impulsaron procesos en masa en el sistema de tribunales militares de alcance estatal.

Lo que esto significaba era que el régimen se estaba legitimando a sí mismo a través de la movilización (de hecho, la creación) de una base

social de acusadores, decenas de miles por todo el país. Así, se construyó sobre la complicidad ya establecida previamente por los miedos sociales y las pérdidas personales sufridas durante la guerra, uniendo de ese modo a esas personas y su futuro al destino del régimen mismo. Esto acabaría siendo tóxico: no solo creó víctimas y movilizó a denunciantes en un momento específico de los años cuarenta, sino que mantuvo a los acusadores movilizados durante tres décadas y media a través de un conjunto de prácticas sociales y políticas públicas que eran sistemáticamente discriminatorias para los derrotados y aquellos que «heredaban» la derrota. Integral a todo esto era el discurso maniqueo e inalterable del régimen, es decir, su discurso cultural e ideológico sobre la guerra civil como una batalla de «moralidad contra maldad» o de «mártires contra bárbaros». Esto es lo que hace del franquismo un caso particular: la duradera toxicidad de su estrategia legitimadora original, un discurso binario que dio lugar a una supervivencia de las consecuencias de la violencia que todavía quema el panorama político y social de la España del siglo XXI.

Cuando el régimen introdujo por primera vez esta política estatal, en 1939-1940, no era difícil encontrar denunciantes. Como es habitual en las denuncias en cualquier marco sociopolítico, los motivos propios de los denunciantes mezclaban cuestiones personales y políticas. De hecho, el caso español es un ejemplo de manual de cómo lo personal se convierte en político. Muchos de quienes se alinearon en las filas del catolicismo de masas basado en la idea de cruzada durante la Segunda República estaban ya movilizados y/o configurados por miedos sociales permanentes —incluso *antes* de que sufrieran las pérdidas reales de familia y amigos o la muerte violenta de aquellos cercanos a ellos durante la guerra; o antes de que hubieran sido sujetos a conductas coercitivas y/o abusivas después del levantamiento militar como resultado de haber sido definidos como pertenecientes a «ellos», a los grupos sociales y políticos que apoyaban el golpe. Una vez que todo esto se unió, la coalición franquista tuvo una base social con la que operar. De hecho, en entornos que habían visto décadas de

una tensión cada vez mayor antes de la guerra, y en los que el sistema de relaciones comunitarias era especialmente tenso, como en la zona de Los Pedroches, en Córdoba, en el sur agrario español, investigado por Peter Anderson, se produjeron varios casos de denunciantes en serie que, a la vez, satisfacían su propia necesidad de venganza y proporcionaban recursos suplementarios útiles para las autoridades policiales y judiciales, agobiadas por el enorme volumen del «trabajo». Porque, incluso aunque el cargo de rebelión militar contra un acusado se formulaba por lo general automáticamente, siempre deseaban encontrar una persona real que señalara con el dedo.[17] Más de unos pocos de estos denunciantes en serie —tras descargar su cólera gracias a la oportunidad proporcionada por el régimen — terminaron sintiendo remordimiento y malestar ante las consecuencias extremas de sus actos. Pero entonces era ya demasiado tarde; de hecho, las autoridades franquistas despacharon sin rodeos posteriormente a algunos que intentaron retractarse de sus afirmaciones o sugerir que las severísimas penas impuestas por los tribunales militares no eran para nada lo que ellos tenían en mente. Este denso clima de complicidad generado de forma irrevocable por la acción del estado es también una importante fuerza motriz que explica el llamamiento al «silencio/olvido» durante los años de la transición democrática en la década de los setenta.

Es importante subrayar también que el papel jugado por estos individuos dentro del sistema de justicia militar de los años cuarenta fue el de denunciantes más que el de testigos, lo que es una distinción importante. Gran parte de los asesinatos extrajudiciales en el territorio republicano —es decir, los que ocurrieron en los meses inmediatamente posteriores al golpe militar, cuando el estado se colapsó— dejaron, por su misma naturaleza, muy escasos rastros viables sobre quienes los habían cometido exactamente. No hay duda de que los juicios militares no incluyeron ningún proceso de investigación y no se requería ninguna prueba que corroborara los delitos. Con bastante frecuencia, las bases de un caso eran las denuncias originales a lo que se sumaban los rumores y nada más. Pero el hecho de que el vínculo entre el crimen real y el acusado real fuera tan

frecuentemente dudoso, era casi irrelevante porque la función de los tribunales militares no era determinar la culpabilidad individual de ninguna persona acusada. Lo que importaba era el contexto general de violencia republicana durante la guerra, lo que se podría calificar como el discurso generalizado franquista de «mártires y enemigos de Dios»: esta era la incriminación fundamental y toda la corroboración o credibilidad que estas acusaciones necesitaban a los ojos de muchos de los jueces militares. El mismo Franco dejó constancia de esto al admitir, de forma muy reveladora, que dada la «tarea de arcángeles» que el régimen estaba llevando a cabo, no podía haber una relación exacta entre quienes eran castigados y quienes eran «culpables».[18] En último término, esto no importaba porque la culpa republicana era intrínseca; era percibida como una forma de contaminación colectiva. Así que aquí hay un claro paralelo entre la práctica judicial franquista y la de los nazis, dado que ambas, a diferencia del caso soviético, anularon las prácticas y la jurisprudencia liberal previa. Ya no era un *acto* el que debía ser castigado, sino una *persona*. De ahí la escasa prioridad dada a corroborar las pruebas y, de ahí también, la misma categoría de detención «preventiva» o «administrativa». La escala de las denuncias animadas por el estado en la España franquista también supera con mucho a las otras dictaduras contemporáneas.[19]

Se pronunciaron larguísimas sentencias de prisión. No era inusual que fueran de veinte a treinta años y las de doce años eran consideradas sentencias suaves. En los años inmediatamente posteriores a la guerra, hubo un gran incremento de la población de las prisiones. Los datos siguen siendo fragmentarios, y los historiadores especialistas en general consideran las estadísticas oficiales demasiado bajas, en particular por el importante fenómeno de la detención administrativa que dejaba solo un rastro muy imperfecto en los datos estadísticos. En 1940 la cifra oficial era de más de 270.000 presos, la mayoría de los cuales eran políticos, una categoría utilizada por las autoridades aunque se negaran a reconocerlo públicamente.[20] (El total de la población de las prisiones en enero de 1936 había sido de alrededor de 34.500.) Esto significa que en su punto álgido, el régimen

de Franco tenía encarceladas a 1.158 personas por cada 100.000 habitantes. En noviembre de 1936, la Alemania nazi tenía una población en las cárceles, incluyendo aquellos en los primeros campos de concentración, de 178 detenidos por cada 100.000 habitantes.[21] Proporcionalmente, el número de encarcelamientos en España seguía siendo mucho menor que el de la Unión Soviética. Los datos actuales indican que algo menos de una sexta parte de la población soviética estuvo en un gulag, mientras que algo más de una decimoséptima parte de los españoles estuvo detenido. Sin embargo, dada la gran diferencia de los contextos legales y sociales, hay también una cuestión cualitativa fundamental que subrayar: en un país donde el imperio de la ley estaba, hablando en términos relativos, implantado de forma considerablemente más firme que en Rusia, el encarcelamiento —incluso aunque solo por unos «pocos» años— de una decimoséptima parte de la población tenía un impacto psicológico, al igual que práctico, fuerte entre los sectores «sospechosos» no detenidos y sobre los que el régimen estaba interesado en ejercer un control social estricto. Como la sabiduría popular decía: «El que no está preso, lo andan buscando». En 1942 la población en las cárceles españolas era, incluso según los datos oficiales, de 124.423 personas. Este tremendo incremento desde 1939 supuso también un gran crecimiento del espacio físico de las cárceles. Se utilizaron todo tipo de edificios —almacenes abandonados, granjas, seminarios, colegios— cuya capacidad variaba mucho. Pero en casi todos había un hacinamiento grave.



Galería dentro de la cárcel, Barcelona, 1941

(Carlos Pérez de Rozas, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona/Arxiu Fotogràfic.)

Más allá de las mismas cárceles, existía también una constelación de batallones y brigadas de trabajo y otros instrumentos de trabajo esclavo, como las colonias penales militares que se extendieron a lo largo y ancho de España. Las fuerzas militares destacadas para organizarlos se referían a sí mismas como fuerzas «de ocupación». Los trabajadores forzados asumieron la construcción y también la reconstrucción de carreteras y vías de trenes dañados por la guerra, embalses, pueblos y otras infraestructuras públicas, al igual que el mismo mausoleo de Franco, en las afueras de Madrid. También fueron prestados a empresas privadas y compañías mineras y dedicadas a la construcción. Aunque el sistema de trabajo esclavo nunca produjo en España las importantes ganancias financieras del universo de las SS, constituyó una fuente fundamental de trabajo gratuito para el estado, al igual que incrementó los beneficios de numerosas empresas españolas.[22]

Pero su función principal seguía siendo disciplinaria y a largo plazo. El proyecto de este tipo más importante fue el Canal del Bajo Guadalquivir, un inmenso proyecto de irrigación que incluyó a más de cinco mil trabajadores esclavos y que tardó 20 años en completarse, en interés de los mismos terratenientes que habían apoyado el golpe militar de 1936.[23] La filosofía subyacente era que el «trabajo» ofrecía un camino de «redención» a través de la penitencia y la expiación. Pero, de hecho, esta idea franquista era muy cercana a ejemplos muy lejanos al catolicismo en el mismo periodo de tiempo, por ejemplo el lema usado en relación con los gulags soviéticos —«El trabajo en la URSS es una cuestión de Honor y Gloria»— sugiere una «racionalización» no muy diferente de cómo el trabajo —la clave que simbolizaba los grandes cambios que se produjeron después de la Gran Guerra— estaba puesto al servicio de una «solución» práctica y hasta metafísica para la reconfiguración de sociedades y políticas. De hecho, la Rusia soviética fue admirada a regañadientes por el régimen de Franco. El problema no era el intenso sufrimiento que se imponía a los trabajadores soviéticos en nombre del desarrollo económico nacional, sino el hecho de que ellos habían «perdido a Dios».[24] En términos contundentes, en España, la retórica católica de expiación a través del sufrimiento («libertad» de la culpa) estaba legitimando la extracción de plusvalía (trabajo gratuito). Así, lo viejo (los valores tradicionales) impulsaba lo nuevo (la modernización industrial a partir de una baja tasa de capital). Compararlo con el cínico «lema» de los campos de concentración nazi, *Arbeit macht frei*» (el trabajo os hará libres), es probablemente un paso demasiado largo, aunque nos recuerda que todavía permanece la cuestión histórica de la naturaleza de la inversión subliminal en el trabajo, incluso en sus formas obscenas y absurdas dentro de los campos de concentración, como parte de lo que se percibía como el «remedio» para los males de la sociedad europea.

A menudo los reclusos iban de las cárceles a destacamentos penales o colonias penitenciarias y, algunas veces, de nuevo a las cárceles. Muchos hombres jóvenes fueron detenidos de forma administrativa y llevados a brigadas de trabajo forzado sin ni siquiera la pretensión de que fuera a llevarse a cabo un proceso judicial: por tanto, eran detenidos no por causa de ningún acto en concreto, sino por quiénes eran: personas con un pasado republicano definido o que habían estado asociados con cualquiera de las iniciativas políticas, sociales o culturales de la República. También a menudo se caía en manos del poder arbitrario del alcalde o del jefe de la Falange local, al que no le gustaban sus «actitudes». Las condiciones de las cárceles y de los campos de prisioneros en España fueron sumamente peligrosas hasta cerca de 1947, en términos de superpoblación, falta de higiene, de atención médica y de comida. Fueron condenados por la CICRC (Commission Internationale contre le régime concentrationnaire) que llevó a cabo una investigación sobre el sistema penal español en 1953. La comisión también declaró que aunque los campos y prisiones franquistas no eran campos de exterminio —en el sentido en el que lo habían sido los campos de la muerte nazis— el régimen disciplinario que predominaba en España durante los años cuarenta ponía las vidas de los detenidos a disposición total y arbitraria de las autoridades de las prisiones y campos y, como en los regímenes de los campos de concentración, los prisioneros sufrían condiciones materiales pésimas, y *formas extremas de violencia arbitraria que frecuentemente les llevaban a la muerte*.[25] La CICRC entrevistó a muchísimos detenidos en toda España y sus testimonios incluyen relatos de disparos arbitrarios y palizas que provocaban la muerte llevados a cabo por guardias; ejecuciones extrajudiciales de prisioneros después de infracciones menores, algunas veces inventadas, de la disciplina de la cárcel; o el ametrallamiento de prisioneros en los campos. Ciano, cuando visitó Barcelona en julio de 1939 como ministro de Asuntos Exteriores italiano, había ya sintetizado la situación: al ser llevado a visitar un campo de trabajo, la condición de los presos le hizo comentar que «Franco no tiene prisioneros de guerra, sino esclavos de guerra».[26]

Pero tampoco se trata simplemente de que el régimen de Franco persiguiera solo los «crímenes» de la guerra civil. Desde 1939 toda una serie de legislación adicional extendió de forma amplia la definición de lo que constituían crímenes de resistencia al estado[27] y esto produjo una nueva oleada de prisioneros. Como resultado, hubo indultos periódicos para delitos relacionados con la guerra civil, aunque nunca para nada definido como «crímenes contra la seguridad del estado», según se definieron después de la guerra. Decenas de miles de personas fueron puestas en libertad a mediados de los años cuarenta. Estos indultos eran necesarios porque, de lo contrario, las prisiones se hubieran hundido bajo la presión de los recién llegados (los recién encarcelados). También permitían un control más estrecho de los que permanecían. Pero un indulto no significaba un simple retorno a la sociedad, significaba entrar en otro régimen penal, la libertad vigilada: una forma extraordinariamente punitiva de libertad condicional mediante la cual el control del régimen se extendía durante más tiempo. Los individuos sometidos a esta libertad vigilada solo podían trabajar en cierto tipo de actividades, lo que en la práctica significaba solo en trabajos manuales. También se designaba su lugar de residencia —normalmente lejos del hogar y la familia—, lo que en el ambiente punitivo de la posguerra significaba estar distanciado de las relaciones personales sin las cuales era imposible encontrar ningún tipo de trabajo aunque fuera humilde. El requisito de presentarse regularmente a la policía incrementaba aún más el empobrecimiento de los exprisioneros al interferir con su capacidad para trabajar incluso en puestos de baja categoría.[28] Todo se conjuraba para hacer a los exprisioneros excepcionalmente vulnerables en el mercado de trabajo. La libertad vigilada era, por tanto, un sistema extremo, aunque la libertad de movimientos en la España de los años cuarenta existía solo como un privilegio social o político excepcional: muy pocas personas corrientes escapaban de la vigilancia en una sociedad en la que viajar a cualquier lugar requería un salvoconducto o permiso de las autoridades.[29]

Y la prisión propiamente dicha, ¿a qué propósitos servía a ojos del régimen? El encarcelamiento significaba la muerte civil, incluyendo dimensiones emocionales, sexuales y sociales. Y la intención de la dictadura era asegurar que los sujetos, los «yo» que iban a prisión dejaran de existir, murieran o no físicamente. Lo que es destacable tanto durante la guerra como después es el deseo mostrado por los que hacían funcionar el sistema franquista de romper y rehacer psicológicamente a los prisioneros republicanos. Esto debía lograrse, bastante explícitamente, mediante formas de humillación coreografiadas y orquestadas dentro de la prisión. (Esto también ocurría en la vida diaria en el exterior pero esa es otra historia.) Imponer sufrimiento en las cárceles era, indudablemente, parte del proceso y estaba vinculado de forma esencial a las ideas de penitencia y expiación. Lo dirigían en primer lugar psiquiatras muy católicos del ejército, quienes, a pesar de su catolicismo, llevaron a cabo exámenes psicológicos casi socialdarwinistas en los prisioneros republicanos, especialmente en las mujeres; y, en segundo lugar, religiosos que eran el componente fundamental del personal de prisiones y reformatorios por toda la España de posguerra y un verdadero pilar en las cárceles de mujeres, y que en todos sitios ejercían nuevas funciones disciplinarias en nombre del estado franquista,[30] aunque sin duda esta buena disposición también respondía a unos deseos *sui generis* del clero conservador de reimponer sus propias formas preferidas de control social y «moral».[31]

A menudo era el personal religioso en particular el que libraba una brutal guerra psicológica contra los detenidos, aplicando formas intensas de presión personal —por ejemplo, filtrando de forma sádica detalles familiares seleccionados de los expedientes de las prisiones (hay que recordar que la guerra, la cárcel y la miríada de otras formas de vigilancia social fracturaban los canales de comunicación normales, intensificando así el poder de las autoridades). Todo era conscientemente reducido a una batalla de voluntades. En las cárceles de mujeres también los asuntos relacionados con las funciones fisiológicas femeninas, como la menstruación y la menopausia, eran manipuladas para angustiar a las

detenidas. Las religiosas se mofaron de muchas políticas mujeres —que no de forma infrecuente cumplían sentencias de 15 años o más— «recordándoles» que cuando salieran de la cárcel iban a ser ya demasiado mayores para tener hijos.[32] Los guardianes también hacían cumplir a los detenidos las prácticas religiosas al igual que algunos tipos de prácticas políticas cuyo impacto era magnificado por el sistema de vigilancia y los espacios muy coreografiados de las cárceles. De forma más obvia, aunque no menos efectiva, podían privar a los detenidos de derechos básicos —como del paseo diario en el patio— o confinarlos en celdas de aislamiento durante semanas, e incluso meses, a base de pan y agua, de forma arbitraria y por los actos más insignificantes, incluso por hacer un comentario insolente o indirectamente «político». Las órdenes religiosas que dirigían las prisiones también tenían el poder de excluir a los detenidos de los mecanismos de mejora de sus condiciones, como el acceso al sistema que reducía la extensión de las penas a cambio de trabajo,[33] si los consideraban insuficientemente «arrepentidos». También la comida era utilizada como un arma para imponer obediencia. Aceptar la confesión y la instrucción religiosa regular conllevaba «privilegios» en la alimentación en un sistema donde el «rancho» estaba bastante por debajo de la subsistencia y no todos podían recibir paquetes de sus familias, en muchos casos en apuros económicos, que eran el único medio de evitar la malnutrición. Cada mecanismo y procedimiento era discrecional para promover la dependencia de los detenidos. Una mujer encarcelada describió, de forma elocuente, que suponían requerirles abjurar de su pasado y blasfemar sobre sus propios muertos.[34] En resumen, era una forma de matar a las personas sin ejecutarlas, aunque las presiones psicológicas también llevaron a suicidios dentro de las cárceles.

En un caso muy conocido, el de Matilde Landa, en la cárcel de Palma de Mallorca en el otoño de 1942, el suicidio fue desencadenado por el acoso psicológico constante al que fue sometida por el personal de la dictadura y, más en concreto, por los representantes de la poderosa asociación católica seglar Acción Católica. Landa era una mujer profesional educada, «de

buena familia», y antigua alumna de la famosa Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876 por pedagogos liberales y catedráticos expulsados de las universidades estatales por rechazar enseñar de acuerdo con el dogma católico. Percibiendo la oportunidad de una victoria propagandística importante, la dictadura de Franco buscó convertir a Landa en un trofeo haciendo que ella se «retractara» y aceptara un bautismo público. Esta intensa presión también la convirtió en un símbolo para la comunidad de presos políticos. Para Matilde significó una situación intolerable en la que el alivio de la presión de las autoridades franquistas solo podía venir a través de renegar de quien era y traicionar a sus camaradas. El 26 de septiembre de 1942 tomó otro camino tirándose desde la esquina de una galería interna de la prisión. No murió inmediatamente y, durante los cuarenta y cinco minutos que tardó en morir, se le impusieron por la fuerza los ritos religiosos que había rechazado continuamente durante su encarcelamiento.[35]

Eran comunes también otras formas de ataque a los prisioneros. Las violaciones y abusos sexuales de las mujeres detenidas fueron perpetrados sistemáticamente con impunidad por los funcionarios de la dictadura, en comisarías de policía y en centros de interrogación antes de su encarcelamiento, al igual que habían sido utilizados como un arma de guerra durante la fase militar de 1936-1939, como se ha analizado en el capítulo 2. El traslado a las cárceles y a los campos de concentración no era garantía de seguridad. Por la noche, los falangistas sacaban a mujeres jóvenes y las violaban. En términos individuales, la violación es un acto de violencia, una forma de guerra psicológica a través de la humillación, pero en términos generales, hace referencia también a qué significa el cuerpo de la mujer dentro de la ideología y cultura nacional de los violadores, todos representantes del orden franquista: el cuerpo de la mujer representa a toda la comunidad de la que procede, por lo que la violación significa la victoria sobre toda la comunidad en este caso, de la nación republicana.[36]

Como hemos vislumbrado en el capítulo 3, no eran tampoco solo hombres y mujeres adultos los que habitaban las prisiones, sino también

niños. Estos llegaban allí de diferentes formas; aquellos que sobrevivían, ya que había altas tasas de mortalidad perinatal tanto dentro de las cárceles de mujeres como entre las prisiones durante el transporte en vagones y camiones de ganado. Se mantenía a los niños con sus madres en prisión hasta los tres años y entonces se exigía legalmente que fueran cedidos, algunas veces a miembros de la familia, pero en muchos casos a instituciones estatales, incluso aunque pudieran tener una familia extensa dispuesta a hacerse cargo de ellos. Muchos miles de niños de clase obrera fueron trasladados a orfanatos porque el régimen consideraba que sus familias republicanas no eran aptas para criarles. (Hubo también casos de adopciones ilegales de hijos de prisioneras por familias del régimen, como se ha tratado en el capítulo 3.) Algunas continuidades de estos actos criminales en la España actual, que se podría mantener que guardan relación con lo sucedido en los años cuarenta, se analizan en el capítulo siguiente. Los niños internados en instituciones, de los que había muchos miles, sufrían, a su vez, abusos.[37] El régimen de Franco hablaba de «protección de los menores» pero su idea de protección estaba íntegramente vinculada con sus discursos de castigo y purificación. En teoría, el castigo era para los padres, la «redención» y la «rehabilitación» para los niños. Pero la realidad, como la sufrieron los niños republicanos, era la de una creencia arraigada en el personal del estado (en especial en el religioso, pero también en otros) de que los niños tenían que *expiar* de forma activa «el pecado de sus padres». Sin embargo, al mismo tiempo, a los niños se les decía también repetidas veces que eran irrecuperables. Como tales, eran con frecuencia segregados de otras clases de internos en las instituciones estatales y eran maltratados tanto física como mentalmente de otras formas. La fijación franquista en el «castigo merecido» significaba como en otros ámbitos, que proyectaban sus propias obsesiones en los derrotados y solo podían pensar en ellos como el «enemigo», considerando que este —en este caso los niños republicanos— podría vengarse en un futuro. Por tanto, la victoria estaba brutalizando también a los vencedores.[38]

Un niño que sobrevivió tanto a un campo de concentración nazi como a un reformatorio franquista en la Barcelona de los años cuarenta ha escrito sobre sus similitudes institucionales fundamentales como fábricas de deshumanización,[39] mientras que otro «niño perdido» de las instituciones franquistas, entrevistado para un documental de televisión cuando ya tenía más de setenta años, habló de su real «yo» como muerto durante su internamiento en los años cuarenta.[40] No es sorprendente que muchos niños prefirieran la vida en las calles, porque los niños callejeros obligados a realizar pequeños robos y a prostituirse fueron también un fenómeno singular de la España de los años cuarenta, como se evocaba muy bien en la novela seminal de Juan Marsé, *Si te dicen que caí*, publicada por primera vez en México en 1973.

Las conclusiones que se pueden extraer son claras: la dictadura de Franco estaba matando (y encarcelando) para controlar, es decir, para establecer su control. Se suponía que era por el bien de los viejos modos de ser y pensar, de los que eran emblemas la España de los Reyes Católicos, la España Imperial, martillo de herejes, y el «España, una, grande y libre» que proyectaban la ideología y el discurso del régimen. Pero lo que estaba surgiendo en realidad era, inevitablemente, algo nuevo. Se afirma a menudo que aunque el franquismo puede haber sido brutal, fue, sin embargo, solo un autoritarismo desmovilizador y anticuado y que la «prueba» de ello es el papel subordinado jugado por la explícitamente fascista Falange y, a la inversa, por el protagonismo de la Iglesia Católica.[41] En otras palabras, el régimen de Franco abolió la democracia pero lo hizo sin recurrir a medios nuevos o modernos. Sin embargo, y en vista de lo que se ha explicado en este capítulo (y también en los capítulos 2 y 3), esta parece una definición totalmente insuficiente del franquismo; insuficiente precisamente en relación con el papel de la Iglesia.

Todas las fuerzas políticas que formaron el franquismo rechazaban explícitamente la democracia parlamentaria y el imperio de la ley constitucional como características abominables del periodo liberal-democrático. Sin embargo, a diferencia de los conservadores tradicionales,

los franquistas realmente *no* vieron estos elementos como formas políticas externas que pudieran simplemente ser prohibidas. Más bien las vieron como ya incorporadas a gran parte de la población española, a la que habían, en resumen, «infectado». El asunto no era, por tanto, el cuerpo político sino el cuerpo biológico de la «nación» y el control total de este. Ese fue el quid de la estrategia franquista tanto durante como después del conflicto militar de 1936-1939: la colonización interna de la metrópoli para destruir la nación y la cultura republicana «extraña» que había dentro. El régimen de Franco construyó sus prácticas y objetivos políticos a la luz de esta creencia fundamental en la necesidad de «purificación», algo que, por definición, significa ir mucho más allá de un autoritarismo clásico para remediar el «problema». Y el régimen fue más allá, como hemos visto, en su tratamiento de los derrotados, que fueron excluidos social y políticamente.

El estado franquista se alimentó a sí mismo con un mito retrógrado perpetuado sin cesar de castigo violento, y durante décadas llevó a cabo una guerra diaria contra grandes grupos de su propia población. *Llevó a cabo una masacre con el objetivo de lograr una comunidad política racional y restringida*. La formulación de Hannah Arendt encaja perfectamente. La masacre y la creación de una comunidad política homogénea son las dos caras de la misma moneda.[42] El régimen también usó la muerte civil del encarcelamiento con el mismo fin y ambas, en último término, como un medio —aunque monstruoso— de (re) hacer la memoria, que era, por supuesto, otra forma crucial de ejercer el control.[43]

El desarrollismo franquista y los fantasmas del pasado

El resultado real de la brutal construcción del estado y del universo carcelario no fue, por supuesto, una sociedad estática, sino una «solución» particularmente violenta y duradera para manejar los cambios conflictivos, al convertirse España en una economía industrial a un ritmo vertiginoso en

los años sesenta. La idea de una sociedad estática había sido un fuerza movilizadora poderosa en la realización de lo que se consideraba una «violencia necesaria» durante los años treinta y cuarenta. Pero la coalición franquista entendió que su misma supervivencia en el futuro dependía de su habilidad para lograr un cambio económico, tanto para resolver, en el corto plazo, la crisis provocada por su propia política económica, la autarquía, que había llevado casi a la bancarrota del estado, como para asegurar y consolidar, a medio plazo y a través de un mínimo de prosperidad, una base social suficiente de apoyo al régimen. De hecho, este último objetivo se convertiría en más importante con el paso del tiempo y al hacerse cada vez más difícil controlar a la sociedad solo a través de la represión, como consecuencia de la complejidad económica cada vez mayor surgida a partir de finales de los cincuenta por la industrialización y urbanización acelerada, resultado colateral de la expansión económica europea de la segunda posguerra, que jugó un papel importante, junto con la Guerra Fría, en la salvación del franquismo.[44] Así pues, la posibilidad de crear un modelo ultraconservador de modernización en la España franquista llegó a depender menos de la represión abierta, aunque esta siguiera existiendo hasta los años sesenta y setenta y siempre mantuvo su capacidad de ser cualitativamente extrema, como simboliza por excelencia el uso por parte del régimen hasta su final del garrote vil como forma de aplicar la pena capital. Entonces empezó a depender más de las formas en que la *memoria* de la represión previa se filtró e influyó en *la recepción* del desarrollo —sus posibilidades y limitaciones—, tanto entre los grupos de trabajadores urbanos como rurales y, desde los años sesenta, también entre las nuevas clases medias urbanas en aumento, las hijas del mismo desarrollo franquista.

La gran transformación demográfica interna que acompañó al cambio de la economía de España a una con base industrial, desarticuló en el proceso las que habían sido históricamente las reservas de apoyo social tanto para la revolución como para la reacción tradicional: respectivamente, los jornaleros sin tierra del sur profundo de España y los pequeños propietarios campesinos del centro y el norte. Ambos fueron atomizados

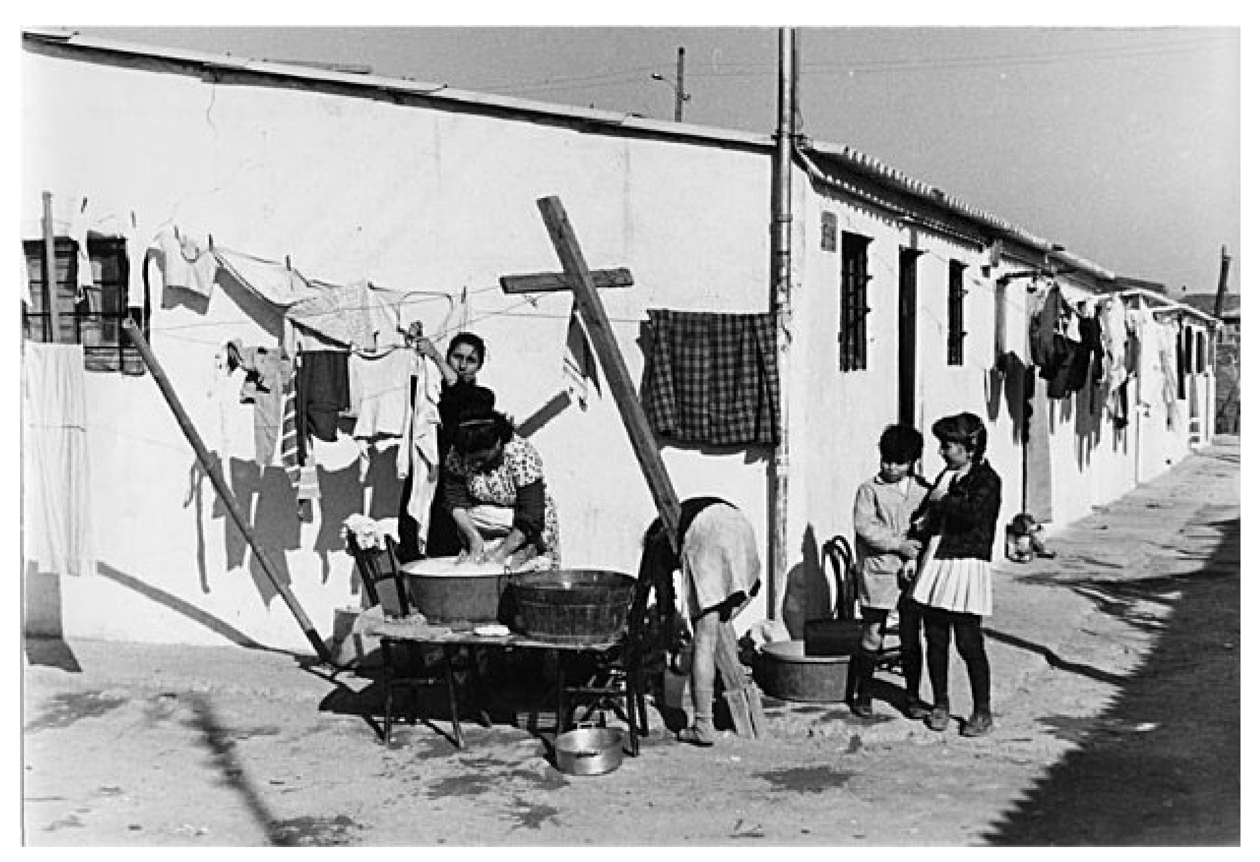
para convertirse en la nueva fuerza de trabajo urbana que alimentó esta segunda revolución industrial en España y, por tanto, la minuciosa transformación económica y social. La escala y la rapidez de este proceso implicó que, de hecho, el panorama de los años treinta fuera «suprimido», «acabando» así con las mismas condiciones y bases de los problemas económicos y socioculturales más espinosos a los que había hecho frente la reformista Segunda República: concretamente, por una parte, las masas de jornaleros sin tierras, y, por otra, los pequeños propietarios campesinos cada vez más temerosos y fundamentalistas del interior rural que estaban dispuestos a una movilización ultranacionalista. La intensidad y la velocidad de este cambio fueron tremendamente desorientadoras para todos aquellos que tuvieron que vivirlo en su dura realidad.



Chabolas del Campo de la Bota, Barcelona

El Campo de la Bota, barrio de chabolas en la línea costera de Barcelona, frente al puerto, fotografiado en 1966, cerca del momento de su demolición. El Campo de la Bota es un terreno urbano que une el terror abierto de los primeros años del régimen franquista con la violencia estructural del franquismo tardío. En los años de la inmediata posguerra fue el emplazamiento de un campo de concentración, a la vez que lugar de ejecución de prisioneros republicanos y, más tarde, fue el lugar de este barrio de chabolas donde, bajo el modelo de industrialización ultra-liberal promnovido por el régimen de Franco, fueron almacenados (¿encarcelados?) los emigrantes pobres urbanos y rurales que alimentaron este mismo proceso.
(Arxiu Històric de Poblenou.)

La migración de algunos sectores de los pobres rurales a ciudades y pueblos grandes, de hecho, había empezado antes, en los años cuarenta, cuando los supervivientes con un pasado republicano huyeron de las aldeas donde se les hacía la vida insoportable. Esta primera migración se hizo de forma clandestina, evitando a las fuerzas del orden y bajándose de los trenes fuera de los límites de las ciudades para evitar los controles de seguridad, ya que no había libertad de movimientos para los grupos derrotados en los años cuarenta. En la siguiente década, sin embargo, esta diáspora política fue absorbida en una migración económica a las ciudades cada vez mayor, ahora aceptada de forma tácita por el régimen como necesaria para alimentar el desarrollo de la industria. Sin embargo, las fronteras entre el exilio político y la migración económica a menudo eran borrosas en el contexto del franquismo de los años cincuenta y, desde luego, esta migración rural de cientos de miles de españoles constituyó a la vez el último acto de la guerra civil y el comienzo de una nueva época, aunque todavía empapada con la «memoria» del asesinato, subliminal pero controladora.



Haciendo la colada en el Campo de la Bota, 1967

(Arxiu Històric de Poblenou.)

En los años sesenta, el «tiempo de los pobres» fue una «huida hacia adelante», a «tiempos mejores» y lejos del presente estancado de trabajo y sacrificio, a pesar de que, gran parte de este «presente» se celebraba en la retórica del régimen. Para aquellos trabajadores urbanos y rurales que todavía mantenían cierta herencia republicana —aunque muchos ya no la tenían porque romper estos vínculos y reconfigurar la memoria de los años treinta a través de los regímenes penales de los años cuarenta había sido uno de los principales objetivos de Franco—, la huida hacia adelante suponía también escapar de un pasado ideológico que el régimen daba a entender y enseñaba que era peligroso para ellos. De hecho, este sentimiento de peligro en el pasado subraya una de las funciones principales del último franquismo: imprimir en toda memoria que quedara de la República, como

un proyecto anterior igualitario de cambio social, un sentido de peligro insalvable y de riesgo para quienes siquiera lo «recordaran».

Pero para todos estos grupos pobres y marginados socialmente, que incluían a los hijos y a las hijas de los pequeños propietarios empobrecidos del centro de Castilla que habían sido antes los soldados de infantería de la «Cruzada» franquista, el compromiso inquebrantable del régimen con la modernización económica liberal constituía la pérdida de un presente al igual que la de un pasado. En su lugar había modernidad económica, las «oportunidades» del mercado, como una huida hacia adelante y para «llenar» el vacío de la cultura perdida, ya fuera esta la republicana o el matiz tradicionalista y localista que antes, en los años treinta, había alimentado a los videntes religiosos del norte de España. Para todos los desarraigados, los cambios de los años sesenta fueron hasta cierto punto alienantes, a pesar de las condiciones peligrosas o difíciles que dejaran atrás.[45] El autismo inducido por el miedo que surgió fue, quizá, el resultado cultural más generalizado del régimen de Franco.[46] El «choque cultural» de esta segunda oleada de industrialización influyó también considerablemente entre el campesinado del interior rural del País Vasco, donde, a través de otras formas de creencias nacionalistas binarias, jugaría un papel importante en la conformación de lo que posteriormente sería ETA, como hija singular de la dictadura de Franco.

Sombrío y sofocante también para muchos profesionales urbanos, y a veces, seriamente alienante, eran los efectos de la total mediocridad intelectual y cultural del régimen y, de forma especial, su obsesión por asegurar una rígida conformidad hacia sus valores neotradicionalistas en la vida pública. Para gente como Magdalena Maes Barayón, que había vivido el terror de las décadas anteriores en su propia familia y en su historia personal y que también recuerda el desierto cultural, había algo peor: las librerías devastadas y tener que leer novelas clásicas europeas de forma clandestina, por lo que, hasta hoy, ella no es capaz de tirar ningún libro, ni siquiera aquellos que considera de poca calidad.



Fotografía de la familia Maes-Barayón, Zamora, *c.* 1963

La sobrina de Amparo, Magdalena Maes, es la tercera desde la izquierda (detrás de ka fila delantera de niños) y su madre, que también se llamaba Magdalena (la hermana de Amparo), es la segunda desde la derecha en la misma fila.
(Cortesía de Ramón Sender Barayón.)

La familia Maes dejó Zamora a principios de los años sesenta, estableciéndose en Málaga en 1964. En esto ejemplifican el modelo nacional, dado que en 1975 uno de cada cuatro españoles estaba viviendo en un municipio distinto de aquel en que había nacido.[47] Sin embargo, como recuerda Mercedes, la hija de Magdalena, no había escapatoria frente al pasado bajo un régimen vengativo que basaba su legitimidad política en mantener una cierta idea de *Volksgemeinschaft*. Cualquier interacción de Mercedes con el estado —sobre el carnet de conducir, el pasaporte, o la entrada en la universidad— suscitaba una respuesta que subrayaba que procedía de una familia con un pasado dudoso (dos tíos-abuelos y una tía-

abuela asesinados extrajudicialmente y una madre que había sido presa política) y que nunca debía olvidarlo. De hecho, aunque fue admitida en la universidad, a diferencia de su propia madre, Mercedes también recuerda que fue la única alumna de su clase en un instituto para chicas ricas de Málaga obligada a completar adecuadamente los seis meses de «Servicio Social» al régimen como precio por su entrada en la universidad, mientras el resto de sus compañeras simplemente siguieron lo que ya era una práctica común: enviar a la organización local de la Sección Femenina falangista una canastilla de productos para niños para repartir entre las familias necesitadas.[48] Por el contrario, Mercedes completó sus seis meses de servicio llevando una escuela para chicos pobres en la costa de la ciudad de Málaga. Esta historia resume el tardofranquismo en muchos sentidos: la burocracia excesiva fácilmente evitada por los de «dentro», los que tenían conexiones con el régimen, el clientelismo y la conformidad que encerraba la larga y vengativa memoria del régimen, todo subyacente bajo la fina superficie del nuevo bienestar material, un modelo de desarrollo económico liberal con escaso gasto público y pocas prestaciones del estado que perpetuaba los extremos de riqueza y pobreza, frente a un telón de fondo de sol, mar y arena: la cortina a través de la cual todavía se sigue viendo el franquismo en gran parte de Europa. La experiencia vital de Mercedes era un mundo aparte del de los demás niños que asistían a su clase desvencijada y pobremente equipada y que la llamaban «la señorita hippy». Pero su pasado la convertía de forma indeleble en una intrusa. Fue una identidad forjada tanto por sus interacciones con las autoridades franquistas como también por la contemplación de la vida de su propia madre gastada entre los fantasmas, siempre imaginando qué podía haber sido.[49] Mercedes encontró un camino abandonando España inmediatamente después de terminar sus estudios universitarios en 1975. Eligió el Reino Unido como destino porque era un país en el que la policía no llevaba armas. Pero la suya fue una solución individual más que colectiva, al igual que lo fue, a mayor escala, para todos aquellos españoles que siguieron el mismo camino.

Retrospectivamente, se ve que la migración interna del campo a la ciudad combinada con la emigración exterior hacia Europa y el surgimiento de una baja clase media urbana empresarial mayoritariamente fiel a Franco sirvió —al menos temporalmente— para estabilizar el régimen. Es cierto que también surgió desde principios de los años sesenta un nuevo sindicalismo industrial y su movilización en la galopante crisis económica de principios de los años setenta también jugaría un papel en el desmoronamiento del régimen de Franco. Sin embargo, de mayor trascendencia inmediata fue el efecto desradicalizador en términos políticos tanto de la estabilización económica como de la migración interna en masa y la emigración —los giros de los emigrantes fueron también un componente clave del desarrollo económico durante el franquismo— que, a su vez, atomizaron toda conciencia colectiva radical sobre qué podría venir después en lugar de la dictadura.

De hecho, cuando se produjo, la crisis del régimen de Franco fue de un tipo totalmente diferente de la prevista por la oposición clandestina. Catalizada por una crisis económica internacional que se concretó en la crisis del petróleo de 1973, en esencia fue una crisis de legitimidad política interna de la dictadura. Los efectos del deterioro económico fueron muy fuertes porque los afectados no eran solo los pobres, trabajadores y grupos de disidentes que habían soportado siempre la mayor parte de la acción represiva del estado, sino también clases medias profesionales y urbanas socialmente conservadoras, anteriormente los sujetos del privilegio y la promoción del régimen, e incluso elites políticas internas que estaban experimentando los efectos de la recesión comercial internacional. Por primera vez en 1973 la dictadura franquista no podía garantizar ni el orden social interno ni la prosperidad económica a sus propias bases. La situación política estalló abierta y casi literalmente, con el asesinato de la persona más cercana a Franco y de su mayor confianza, el presidente interino del gobierno, el almirante Luis Carrero Blanco, cuyo coche hizo explotar una bomba de ETA en Madrid. Dado que Franco estaba seriamente enfermo, esto sumió inmediatamente en una gran incertidumbre la continuidad del

régimen. La situación era especialmente espinosa porque el régimen todavía tenía el apoyo de la mayoría del ejército. Además, 100.000 miembros de la Falange estaban autorizados todavía a llevar armas.[50] El poder del franquismo se había reforzado también por los efectos del desarrollo desigual que había caracterizado siempre a España, y aún más por casi cuatro décadas de propaganda corrosiva que habían mantenido una visión apocalíptica de las divisiones de la guerra civil. Esto era peligroso para el presente porque alimentaba los miedos de los conservadores de las provincias, incluyendo los sectores de pequeños empresarios, que ahora hacían frente a la recesión y eran, así, aún más dependientes del patrocinio del régimen para sobrevivir.

Finalmente, una coyuntura internacional favorable —aunque también difícil— más la presencia dentro de España de algunos sectores comerciales poderosos que consideraban el cambio de régimen como un prerrequisito necesario para la integración económica y política en Europa, inclinó la balanza en favor de un proceso de transición exitoso. Después de que la muerte del mismo Franco en noviembre de 1975 removiera el obstáculo simbólico principal, el proceso fue impulsado por franquistas reformistas que entendieron que desmantelar las estructuras dictatoriales surgidas de la guerra civil y en los años cuarenta era el precio a pagar por una prosperidad continuada en los nuevos tiempos económicos. Fueron apoyados por la izquierda democrática: el partido socialista y el partido comunista, que ahora aplicaba una línea política reformista y muy prudente, de acuerdo con su nueva política eurocomunista.[51]

Sus dirigentes no veían Europa como un mercado, sino como un símbolo de apertura cultural y libertad política, haciéndose eco de la posición que «Europa» había ocupado durante mucho tiempo en el imaginario de la izquierda en la España del siglo XX. Sin embargo, en su pensamiento estaba aún más presente que el cambio político tendría que ser forzosamente el arte de lo posible en un país donde el grueso del ejército era todavía franquista de forma incondicional, sin mencionar las filas de temerosos civiles profranquistas en la España de provincias. Esta era la

cruda realidad que sustentaba los mitos poderosamente condicionantes de la «memoria del asesinato» perpetuada durante casi cuarenta años por el régimen de Franco. Porque el miedo fue el gran protagonista silencioso del proceso de transición en España. Sobre todo, miedo de otra guerra civil: la desaparición del gobierno reformista de Salvador Allende en Chile, echado abajo por el ejército a través de un golpe militar apoyado por Estados Unidos en septiembre de 1973 y que había desencadenado una similar violencia «purificadora» contra los ciudadanos chilenos, fue también un recordatorio duro y penoso de los límites de lo posible en la España de los años setenta.

Por tanto, la transición fue, por una parte, un proceso muy controlado, coreografiado por los reformistas del régimen franquista, aunque totalmente impredecible. Triunfó en lograr una transición institucional en circunstancias peligrosas en las que la posibilidad no era tanto otra guerra civil —dado que las estructuras de la España de los años treinta que habían generado el conflicto habían desaparecido— sino, con toda certeza, un baño de sangre. La transición que se produjo en España entre 1975 y 1982 abarcó una extraordinaria variedad de cambios superestructurales que dieron lugar a una política constitucional basada en el principio del sufragio universal, contra el que los rebeldes militares se habían levantado en un principio en julio de 1936. No fue por tanto, algo pequeño lo que se consiguió, y frente a importantes elementos en contra que, a menudo, olvidan quienes critican el proceso retrospectivamente. Pero fue también, y precisamente por causa de los riesgos, un proceso que se centró en los cambios superestructurales, acordados entre elites políticas y dirigentes, y que se pareció en algunos sentidos a la «política de notables» del siglo XIX que dominó en España hasta entrado el siglo XX. Este proceso fue así, por definición, silencioso sobre el tema de los valores civiles y el *contenido* de la democracia, lo que no es sorprendente dado que los arquitectos del cambio eran ellos mismos franquistas y, por tanto, educados dentro de un sistema que sospechaba de la misma noción de sociedad civil, y el mismo proyecto franquista había nacido en oposición a la expansión de la sociedad civil, evidente en los años

treinta, como consecuencia del cambio socioeconómico acelerado. La transición española de los años setenta fue, así, una fiesta de cambio pero también una hambruna cívica, en el sentido de que dejó sin resolver la pesada carga de cuarenta años de dictadura violenta, sin abordar ninguna de las enormes heridas sociales acumuladas, el daño hecho.

Por tanto, este asunto inacabado —la elaboración de una cultura cívica cohesiva y de una práctica democrática— siguió estando pendiente, esperando la consolidación del sistema constitucional formal en España. O, al menos, es una forma de analizarlo: que un sistema constitucional no es suficiente garantía de democracia, que, al final, depende de algo más que del sistema de estado y, especialmente, requiere una práctica participativa tanto por parte de los que administran el estado como de los ciudadanos. Por tanto, la clave es cultivar una sociedad civil activa. Se puede también argumentar que un prerrequisito importante para dicha sociedad es una actitud abierta y sin temor hacia el propio pasado. Con respecto a esto, el desarrollo de un movimiento de memoria cívica en la España del siglo XXI puede aparecer como una indicación de madurez cívica. Pero este movimiento sigue siendo muy contestado. Como analizaremos en el capítulo siguiente, ha producido una reacción en contra —las llamadas «guerras de memoria»— que, a su vez, se alimentan del crecimiento del ultranacionalismo en otras partes de Europa. Lo que indican estas guerras de memoria, sobre todo, es hasta qué punto las categorías de significado producidas por la dictadura franquista todavía dominan el panorama cultural y epistemológico de la España del siglo XXI. Este campo de memoria está todavía minado.

7

La larga sombra de la violencia. Las guerras de la memoria españolas en el contexto nacional e internacional

Para el estado, la revelación política de su culpabilidad es una tarea difícil; la memorialización de sus víctimas es aún más complicada. Casi todos los proyectos de memorialización de las víctimas soviéticas han sido iniciados por particulares. Sin la iniciativa privada, ningún libro ni monumento hubiera descrito el terror en Rusia.[1]

El pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado.[2]

ESTE CAPÍTULO REÚNE LOS TEMAS DE ESTE LIBRO para analizar el legado duradero de la brutal construcción del estado —y la nación— en España. Más de treinta años después de la muerte de Franco y el final de la dictadura, muchos de sus más dañinos efectos todavía perduran dentro de la política constitucional, al igual que continúan cobrando un precio a la sociedad española del siglo XXI. Hay también algunas «peculiaridades» destacables en la perspectiva si tenemos en cuenta cómo se percibe el franquismo fuera de España. ¿Por qué, a pesar de nuestro actual y abrumador conocimiento histórico documentado del nivel y la intensidad de la represión de Franco y de la sociedad de *apartheid* que construyó, ha resistido siempre por alguna razón su clasificación con los regímenes contemporáneos con los que se le debe, por lógica, comparar, los de Hitler y Stalin? Por supuesto, Franco nunca gobernó sobre un imperio territorial real, a pesar del hecho de que el imperio siguió siendo la obsesión unificadora de toda la derecha española, ni España fue lo suficientemente

poderosa, militar o tecnológicamente, para desencadenar una guerra europea de ocupación en busca de este imperio y, por esta razón, Franco y el franquismo siempre estuvieron constreñidos a un «lienzo» único y nacional. Sin embargo, dentro de este espacio, la afirmación extremadamente violenta por parte de Franco de una idea estrecha de «comunidad nacional» —que incluyó el asesinato abierto y el encarcelamiento en masa de aquellos que se consideraban «fuera» de ella, una parte proporcionalmente muy importante de la población española—, al igual que su inequívoco y consecuente apoyo a los principios organizativos brutales del Nuevo Orden nazi, colocan directamente al franquismo con Hitler en el cuadro. En España, la fuente del odio no fue étnica en su origen —ni siquiera cuando se dirigió contra los nacionalismos periféricos— pero era, de todas formas, «xenófoba»: después de todo, la «guerra de Franco» —tanto dentro como fuera del campo de batalla— fue llevada a cabo como una «reconquista» contra lo que se consideraba extraño y ajeno. Y, como Stalin, Franco aplicó una idea política intransigente de orden interno y estatal «purificador», con grados extremos de brutalidad y coerción. En la España de Franco, como en la Rusia de Stalin, los excluidos que sobrevivieron no tenían otro recurso que trabajar y estar callados. Al final, es el ataque ideológico y psicológico feroz y duradero del régimen de Franco contra los excluidos, aquellos a quienes él asesinó y aquellos a quienes redujo a «nuda vida» (el tema de este capítulo), lo que le sitúa en la misma categoría que las principales dictaduras totalitarias del siglo XX.

Sin embargo, siguen existiendo reticencias hasta hoy para clasificar a Franco y el franquismo de este modo, reticencias que se pueden encontrar a veces en los intercambios profesionales entre historiadores contemporaneístas especialistas en Europa, pero incluso más en los medios populares y en la opinión pública occidental en general. Todavía se suspende en la comprensión de la escala de la brutalidad existente detrás del epíteto casi burlesco de «dictadura del sur de Europa». Este fenómeno se debe a dos razones: en primer lugar, las consecuencias asimétricas de la Guerra Fría, y, en segundo lugar, el modo en el cual, como consecuencia de

esta asimetría, todavía vivimos —como los mismos españoles— en un marco de significados compuesto y proyectado por la dictadura de Franco, cuya longevidad le dio una oportunidad incomparable de modelar su propia «historia». Es por esto que todavía permanece de alguna forma «invisible» (aunque totalmente a la vista del público) el mecanismo que originó la guerra dentro de España: un ataque militar y paramilitar lanzado contra la población civil.

El trabajo de dejar al descubierto las consecuencias violentas de este mecanismo original, investigando los detalles de los asesinatos y la represión franquista en los ámbitos locales, empezó de forma pequeña y simbólica en los primeros años ochenta, entre aquellos afectados directa o indirectamente, pero también entre aquellos con mentalidad cívica que no habían experimentado directamente ellos mismos la pérdida de personas cercanas. Este movimiento adquirió fuerza en los años noventa, estimulado en algunos sentidos por el «retorno de la historia» que se produjo después de 1989 en toda Europa. Al caer en pedazos en otros sitios la narrativa mítica de la posguerra de «las naciones unidas en la resistencia antifascista», empezó a vislumbrarse el significado del régimen franquista en la convulsa historia del siglo XX del continente europeo, en relación con lo que hizo contra ciudadanos y compatriotas en todas partes.

Pero la deconstrucción del marco de significados franquista dentro de la España constitucional ha tenido que vérselas siempre con formidables obstáculos, incluso con una resistencia destacada del aparato del estado, independientemente de la tendencia política de quienes ocuparan los cargos. En este aspecto, y a pesar de otras diferencias de cultura y experiencia políticas, hay algunas similitudes notables con la experiencia postsoviética, en la que un movimiento de memoria cívica configurado de forma heterogénea y relativamente marginal también lucha contra un estado que no reconoce adecuadamente, y mucho menos conmemora, a los que fueron asesinados ilegalmente.[3] E incluso a pesar del «retorno de la historia», han surgido también desde 1989 otras fuerzas poderosas que actúan en contra. Como consecuencia, las formas del franquismo sociológico[4]

continúan modelando hasta hoy la memoria colectiva de la España del siglo XXI, como queda en evidencia de forma singular en la duradera oposición social e institucional a las campañas cívicas para encontrar e identificar a los asesinados extrajudicialmente en las fosas no señalizadas en las que todavía yacen. Más recientemente, dentro de España, este «efecto de Franco» se ha hecho patente en el intento sin precedentes y muy exitoso de amordazar al juez que trató de desafiar la impunidad de la dictadura. Los déficits democráticos del estado y de la sociedad que han permitido esta situación tienen su origen, en parte, en la naturaleza y las circunstancias de la transición de España hacia un sistema parlamentario y constitucional a finales de los años setenta. Pero los fantasmas del franquismo que están en el centro de las guerras de memoria actuales en España — y que se podría decir que tienen una particularidad y una intensidad sin par en Europa—[5] se han convertido también en un componente de la política del mismo presente. Porque el franquismo sociológico y «nostálgico» —que realmente nunca había desaparecido— está ahora sacando provecho de un conservadurismo populista de matiz ultracatólico en auge últimamente y que se sustenta en el ascenso después de 1989 en otros lugares de Europa de formas intolerantes de nacionalismo populista que, por lo general, llevan adjuntas su propio fundamentalismo moral. De esta forma, las guerras de memoria en España están cada vez más interconectadas con otros conflictos similares, e igualmente viscerales, en otros lugares —especialmente en Europa central y oriental— que, a su vez, están haciendo revivir muchos mitos franquistas. En este sentido, España está otra vez en una encrucijada internacional, un crisol de conflictos «primitivos» sobre el significado de su propio pasado y el del resto de Europa.

LOS SALARIOS DEL MIEDO: LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA A UN ESTADO DE DERECHO

En el momento de la transición española no pudo haber ningún ajuste de cuentas social o político explícito con los crímenes contra los ciudadanos cometidos por el estado franquista y su personal. El miedo fue el sentimiento dominante durante todo el periodo, producido por «la memoria del asesinato» en todas sus dimensiones y por el poder continuado del franquismo en sectores del ejército y sectores civiles armados, pero también por una recesión internacional amenazante. Aunque la crisis económica que cristalizó con la crisis del petróleo de 1973 había sido en sí misma un factor importante para desencadenar el cambio político en España, su profundización continuada durante todo el periodo de transición de finales de los años setenta y principios de los años ochenta implicó que, con el crecimiento del desempleo, la atención popular se empezó a concentrar no en la política, y aún menos en la política de memoria, sino en las privaciones económicas por venir. Los trabajadores industriales y del sector de servicios temían perder sus trabajos. La movilización política de masas en las calles todavía continúo en momentos clave, asegurando con éxito que la presión por la reforma constitucional se mantuviera. Pero, en el medio plazo, el efecto final de la crisis económica fue socavar la política de activismo local y participación civil que había definido previamente el antifranquismo de base en la España urbana. El sindicalismo había sido una parte integral de este, pero su militancia se vio diezmada por el ataque de la reconversión industrial, el núcleo del llamado «ajuste duro» neoliberal de los años ochenta. A los trabajadores antifranquistas se les ofreció un cambio político en la forma de un sistema parlamentario y constitucional y aceptaron. Pero aquel no podía salvar, y de hecho no salvó, sus trabajos en el sector de la industria pesada. Y con esos trabajos desapareció también un tejido social que había contenido la memoria de un posible futuro diferente al que tenemos hoy, con su atomizada base social en una economía de libre mercado dominada por el sector servicios. El antifranquismo como estrategia política, más que como una posición instintiva, puede también haber sido más frágil entre los trabajadores urbanos como resultado de la misma naturaleza del proyecto de posguerra de la dictadura de borrar,

incluso, la memoria de un pasado social y políticamente plural. Esta desarticulación del conocimiento, otro de los legados duraderos de la dictadura, en cierta forma aisló a los militantes de los años sesenta de medio siglo de cultura política y práctica obrera de preguerra. El impacto de esta ruptura está abierto al debate, pero los efectos atomizadores de la reconversión industrial fueron claros.

Tampoco había ningún «depósito» compensatorio de conciencia cívica entre las clases medias profesionales y comerciales. Muchos miembros de estos sectores, por ambición y aspiraciones materiales, habían aceptado previamente el franquismo, al menos de forma pasiva, por el ascenso social y la prosperidad que el régimen había garantizado. A mediados de los años setenta estaban centrados con inquietud en estimular la reforma económica en España para asegurar su propio futuro frente a la crisis mundial. Así pues, la recesión y el «ajuste» económico, superpuestos a la misma forma de sociedad creada por el franquismo, han significado en España una continua falta de una inversión mayoritaria en la idea de «sociedad» como conjunto de valores cívicos comunes, algo que ha limitado de forma sistemática, y que ahora está activamente socavando, todo ajuste de cuentas político serio con el pasado violento.

Estas posibilidades se han visto aún más reducidas por el acuerdo de larga duración, hecho y rehecho desde la transición en adelante, entre los sectores políticos principales de España —ya fueran socialdemócratas,[6] centristas o de derechas— de tapar ese pasado difícil, separándolo de los límites del discurso público. Han buscado también imponer esta misma norma entre los ciudadanos corrientes, aunque esto ha tenido cada vez menos éxito, a pesar de la recesión cíclica desde los años setenta. Pero incluso en el intento de amordazar a una sociedad civil emergente podemos apreciar otro efecto del franquismo: la fuerte creencia entre la clase política profesional en que las cuestiones políticas son un asunto exclusivo de ella, acompañada de una desconfianza intensa, aunque latente, hacia la sociedad civil, y la creencia duradera de que la conducta de los ciudadanos es potencialmente desestabilizadora. Así pues, los intereses de los ciudadanos

deben mantenerse, *legítimamente*, subordinados a los del estado. Esto también se manifiesta en el asunto Garzón, en el que un juez que ha sido también parte de ese sistema estatal fue derribado por buscar explícitamente inclinar la balanza en favor de la sociedad civil. Sin embargo, la reacción en su contra no es solo derechista en la tradición clásica, ya que deriva de una asunción tácita, mantenida prácticamente por toda la clase política posfranquista, de que tiene un interés común, casi independiente de la «ideología», de no exponerse ella misma, o exponer al aparato del estado, a las inciertas consecuencias políticas de exorcizar la violencia de su pasado reciente. En parte, este supuesto es el resultado de lo que parece un acuerdo tácito de que la legitimidad actual del estado y, por extensión, de su personal político, es inseparable de la continuidad a través de la transición. Aunque esto no significa una aprobación del franquismo *per se*, al menos no en el centro izquierda, algunas de las actitudes estatales y formas de conducta política que se derivan de esta asunción han contribuido, sin embargo, a hacer las guerras de memoria aún más graves, una vez que surgieron en la sociedad civil casi de forma inevitable e, incluso, probablemente también las han intensificado.

Pero antes de explicar qué significa esto y adónde ha llevado en la España del siglo XXI, es importante reconocer primero la abrumadora extensión de las continuidades en la vida social y política a lo largo de la transición. Por empezar con los aspectos más tangibles y obvios, la misma lógica de la transición, como pacto entre los sectores reformistas del franquismo y la oposición democrática, implicó que no hubo una salida del personal del estado franquista ni del poder ejecutivo ni del judicial, ni una renovación completa de la clase política.[7] Esto ha permitido que permanezcan ciertas actitudes, incluyendo la consideración del estado como un sistema de clientelismo y de acceso a beneficios económicos.[8] La presencia del pasado es también evidente en formas visibles y directas: en la España actual hay llamativas continuidades en la clase política nacional, con la presencia de «familias» franquistas tanto en el sentido literal de la palabra como en el sentido de la influencia continuada de corrientes y

tendencias que se corresponden con los grupos de interés políticos de la dictadura. Un ejemplo muy importante con respecto a las guerras de memoria es la presencia de poderosas asociaciones católicas seglares conservadoras que, desde el cambio de siglo, han empezado a desarrollar una gran ofensiva para rehabilitar los mitos fundacionales del franquismo, financiando iniciativas culturales —cuyos productos llegan a los quioscos de prensa y papelerías de barrio de prácticamente todo el estado— y han puesto a su servicio los considerables recursos mediáticos de la Iglesia Católica, incluyendo su cadena de radio, la COPE. Otra arma ha sido la distribución y promoción de libros comerciales. Ahora que cada aspecto de la industria editorial está muy comercializado, las exposiciones internas en las librerías sirven también «para vender» de manera eficaz, con los más premiados y más caros en las islas centrales. Es digno de atención que los libros de los más rimbombantes de los propagandistas franquistas siempre son expuestos muy a la vista en estos lugares, precisamente porque las redes y entidades propagandísticas en las que estos autores están incluidos pagan altas cantidades por un privilegio que pocos, o ninguno, de los historiadores individuales corrientes, ya sean profesionales universitarios o de otro tipo, se pueden permitir.

A la inversa, ha habido durante muchos años, y existen todavía, extrañas omisiones y reticencias —llegando a la censura por otros caminos— cada vez que la televisión y la radio españolas, ya sean públicas o privadas, se enfrentan con temas relacionados con la violencia franquista y el abuso de los derechos civiles. Por ejemplo, el documental catalán, *El nens perduts del franquismo* (2002), que dio a conocer el escándalo de los niños de las presas políticas republicanas secuestrados por el régimen franquista, fue hecho en los primeros años del siglo XXI por un equipo de periodistas de investigación que entonces tuvieron considerables dificultades para que fuera emitido en la televisión pública española; de hecho, pasaron unos cinco años antes de que fuera exhibido en todo el estado e incluso entonces fue emitido por el canal menos «popular», La 2.[9] El asunto de la censura indirecta y subrepticia tampoco ha desaparecido desde entonces. El

documental, ganador de un premio en el 2008, *Mari-Carmen España: the End of Silence* (Martin Jönsson y Pontus Hjorthén, Suecia, 2008), es una *road movie* que sigue los intentos de una mujer de exhumar los restos de su abuelo, ejecutado extrajudicialmente en el sur de España. Con unos valores de producción magníficos que transmiten a la vez la complejidad política actual y la histórica de esta «tarea» es, con mucho, el mejor documental sobre el tema. Ha sido ensalzado internacionalmente y se distribuye comercialmente en la actualidad en colegios de Alemania y Estados Unidos como recurso para profesores. Sin embargo, sigue sin tener un comprador en España, no habiendo dado ningún resultado hasta ahora los numerosos intentos hechos por sus directores de encontrar un distribuidor o llegar a un acuerdo para emitirlo por televisión en el ámbito estatal. Lo mismo sucede con el documental innovador y emocionalmente intenso *Death in El Valle*, realizado en 1996 por Cristina M. Hardt, una fotógrafa española-norteamericana establecida en Nueva York, que trata de la ejecución extrajudicial de su abuelo en manos de las fuerzas de seguridad franquistas en 1948.[10] En el caso de los medios de comunicación privados españoles y su reticencia a emitir material sobre el pasado difícil se debe tener en cuenta que muchos se crearon en la oleada de privatizaciones iniciadas después de 1996 por el entonces entrante gobierno del conservador Partido Popular, en muchos aspectos heredero ideológico del franquismo. Es tristemente célebre que la liquidación-venta se convirtió en un proceso por el cual se permitió a la clientela de negocios del partido hacer su agosto a cambio de permitir al partido colocar a sus candidatos en las sillas de los consejos de dirección, manteniendo así una fuerte medida de control.

Pero hay también otras continuidades franquistas, que son igual de insidiosas, probablemente ninguna más que la existencia hasta la actualidad en algunos lugares de España de una esfera pública en la cual los valores franquistas todavía pueden predominar, más particularmente en la forma de un conjunto de asunciones sociales y culturales sobre la jerarquía, la deferencia debida y las convenciones sociales, y que hace pensar rápidamente en la cultura y el ambiente del *gentry pact* analizado en el

capítulo 1. Las estructuras que este sostuvo antes fueron barridas en casi todos los lugares de Europa como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, pero sus mentalidades y prejuicios continúan vivos en España en lo que podemos denominar franquismo sociológico de muchos mundos provinciales pequeños con actitudes sociales del siglo XIX, donde la idea de pluralismo y *aggiornamento* cultural es todavía bastante extraña. Esto es más fuerte, como es de imaginar, en partes del centro y norte donde estuvo siempre el feudo franquista y donde el cambo social ha sido menor, dejando aparte el éxodo de su población que, por definición, ha dejado las viejas estructuras y las actitudes y prejuicios imperantes intactos e incontestados o, más exactamente, como veremos más adelante en este capítulo, aparentemente inalterables. Pero de momento, vamos a considerar por qué existe todavía esta situación. Por supuesto, la explicación es la trayectoria singular del mismo franquismo, que ha producido una continuidad política extraordinaria desde su origen en el golpe militar de julio de 1936 hasta la supervivencia de sus efectos dentro de la España democrática del siglo XXI.

Franco ganó la guerra civil con la ayuda del Eje. Permaneció durante toda la Segunda Guerra Mundial totalmente comprometido políticamente con el triunfo del Nuevo Orden nazi en Europa, y contribuyó a este durante toda la guerra prestando una ayuda material muy importante sin la «coartada» de la ocupación. Sin embargo, a través de una serie de circunstancias históricas favorables, también sobrevivió al colapso del Eje. Esta serie de circunstancias contribuyó a una «carrera» política única en Europa. Franco nunca fue derrotado en ninguna guerra. Bajo las diferentes prioridades occidentales de la Guerra Fría, la España de Franco ocupó su lugar (en los días anteriores a los misiles intercontinentales) como «centinela de Occidente» y un velo internacional cubrió el «pasado» asesino del régimen (que era, como hemos visto, más bien su «presente» también). Dentro de España se produciría una profunda transformación económica pero nunca un proceso de renovación política, *ni siquiera en el sentido explícito de un reconocimiento público de lo que el nazismo había hecho*. Esto no se produjo en ningún momento en las décadas de posguerra,

obviamente no mientras gobernó Franco, pero ni siquiera durante la transición, por las razones ya explicadas. Tampoco hubo ninguna presión real de los gobiernos europeos sobre los españoles para que se implicaran en este asunto públicamente, porque haber puesto al franquismo bajo un severo escrutinio —tanto antes como después de 1989— hubiera hecho rápidamente evidente que el régimen español había reproducido exactamente la violencia estructural y la coerción y represión del enemigo de la Guerra Fría, socavando así las nociones de la superioridad ética y política de Occidente y planteando preguntas sobre qué era exactamente lo que se había «ganado» en esa guerra. Por supuesto, los historiadores europeos occidentales no estaban forzosamente atados por estas normas o narrativas. Pero algo parece haberse pegado, porque de otra forma es difícil explicar la gran y amplia ceguera —incluso hasta hoy— tanto en los medios de comunicación como en la historiografía académica internacional cuando se trata de entender y explicar la naturaleza del franquismo.

Los fantasmas de la transición

Durante el tiempo que se mantuvo la división europea de la Guerra Fría no hubo «problema» en España. El acuerdo al que habían llegado las elites políticas como base para la transición a un orden constitucional se mantuvo vigente. La misma Guerra Fría, incluso en sus etapas finales, dificultó cualquier discusión seria de este oculto pasado por parte de las principales corrientes políticas y los medios de comunicación en España, como sucedió en general a lo largo del sur de Europa. Esto no impidió que aquellos grupos que habían sufrido el embate de este pasado violento por haberlo soportado en sus propias vidas realizaran conmemoraciones, como se habían hecho durante muchos años, tanto en ceremonias y espacios privados como, incluso, en otros países y hemisferios, porque la guerra civil española produjo un exilio que cruzó los continentes europeo y americano. Pero el «congelador» ideológico producido por la Guerra Fría sí que

bloqueó cualquier difusión o comprensión de las experiencias de estas comunidades de memoria dentro de la misma España, porque esto requería un núcleo de interlocutores dispuestos a escuchar, algo que solo empezó a ser posible después de 1989. Fue la caída del comunismo la que, al destruir la carga simbólica del discurso de la Guerra Fría, creó al menos el potencial para tales interlocutores.

Después de 1989 y durante un tiempo los focos políticos y mediáticos estuvieron dirigidos al derrocamiento de los regímenes comunistas en Europa central y oriental y a la denuncia de sus tiranías minuciosas y cotidianas. Pero tan pronto como su lente se empezó a extender al sur de Europa y España, donde habían predominado muchas de las mismas dinámicas sociales y políticas —incluyendo la utilización de ciudadanos como informadores, a lo largo de los años de la dictadura franquista (los expedientes relacionados con ellos permanecen cerrados)—, empezó a aparecer un revisionismo conservador que, en España como en otros lugares, emprendió comparaciones directas entre las dictaduras «fascistas» y comunistas, representándolas como tipos de regímenes análogos y, por tanto, con esta «prestidigitación», se «esterilizó» a los regímenes «autoritarios» y las atrocidades que estos cometieron, sin ni siquiera confrontar o analizar adecuadamente qué había significado el pasado fascista real de muchos países europeos y sus costes.

Este discurso revisionista combina de forma imperceptible otro discurso familiar que urge a la gente a «mirar hacia delante» y «superar el pasado», animándola con firmeza a no mirar atrás. Tales discursos hacen mella en ideas previas existentes en España, especialmente entre aquellos grupos «derrotados» social y políticamente, sobre el necesario «vuelo hacia delante», hacia el desarrollo económico y lejos del «terror». Con este fin, el viejo miedo presionaba todavía algunas veces en la misma dirección: por ejemplo, en 1986, cuando el entonces presidente del gobierno, Felipe González, dirigente del PSOE, que sucedió en el poder en 1982 a una coalición de franquistas reformistas, buscó dar la vuelta al voto estatal y lograr un resultado a favor de la participación plena de España en la OTAN

en el referéndum que convocó. Para lograrlo, González prácticamente constituyó una nueva audiencia nacional *a través del miedo*, al evocar las memorias intranquilas advirtiendo de que el coste de no integrarse sería el conflicto civil, el fracaso nacional y el Apocalipsis.[11]

A pesar de este continuo discurso de miedo expresado por toda la clase política y dirigente del estado, había todavía, en los márgenes sociales, algunos avances cívicos en la recuperación de la memoria de un pasado difícil. (Por supuesto, el concepto de «memoria» sigue siendo controvertido entre los historiadores. Pero en este capítulo pretende describir algo relativamente no controvertido, en la definición, que no en el contenido: en concreto, la memoria es una clave simbólica o una figura del discurso para reflexionar sobre por qué, en qué contexto y con qué objetivos se habla sobre ciertos momentos del pasado en el presente.) En una fecha tan temprana como 1977 apareció la serie de cómics, ahora icónica, *Paracuellos*. Con un título provocativo, porque Paracuellos, el pueblo en las afueras de Madrid donde los republicanos fusilaron a en torno a dos mil prisioneros durante el asedio de la capital,[12] estaba en el centro del martirologio del régimen. Pero en el cómic Paracuellos es un orfanato estatal en la misma localidad, donde un grupo de niños empobrecidos, algunas veces de familias republicanas, pero siempre de sectores pobres tanto urbanos como rurales, sufrían las tiranías mezquinas y el salvajismo cotidiano del nuevo orden de Franco, al enseñarles su posición en la vida.[13]

También en los primeros años ochenta, unos pocos historiadores locales, normalmente actuando como ciudadanos y, en todo caso, fuera del mundo académico, comenzaron el trabajo de recuperación primordial de los datos de la represión, incluso aunque había todavía importantes trabas políticas y burocráticas al igual que también muchos obstáculos prácticos.[14] A partir de documentación olvidada y a menudo en mal estado, crearon una crónica de la represión franquista, nombrando a los muertos a partir de los registros municipales y las listas de los cementerios y recreando, de este modo, una historia para la que a nivel estatal ya no había fuentes o archivos. También

se produjeron las primeras tentativas cautelosas de conmemorar a las víctimas extrajudiciales del franquismo.[15] En pequeñas ediciones realizadas por editoriales poco conocidas y/o comprometidas o, en algunos casos, por los mismos autores, aparecieron también memorias de prisioneros políticos y los primeros relatos de los españoles deportados en campos de concentración nazis —libros que hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, publicar en España antes de 1980—.[16] Muchos miles de personas estaban ya participando en estas acciones de recuperación y conmemoración, pero todavía no se reflejaban en la mayoría de la sociedad, no se recogían en los medios de comunicación estatales y, sobre ellas, los altos cargos estatales y la clase política corrían un velo de silencio.[17]

Durante los años noventa, la excavación de este pasado se aceleró y se hizo también más visible en los medios de comunicación y editoriales convencionales. Una de sus más destacables características fue un torrente de trabajos de investigación detallados realizados por historiadores, una importante minoría de los cuales eran historiadores universitarios pero muchos más estaban todavía trabajando por su propia cuenta. Con el nuevo milenio, esta obra histórica en expansión condujo, y a la vez fue conducida por, la labor de un movimiento por la memoria cada vez más dinámico, que tenía sus raíces en grupos civiles de presión de alcance nacional que reclamaban la exhumación de los republicanos «desaparecidos» de las fosas comunes que se extienden a lo largo de España, para que los restos pudieran ser identificados y enterrados por familiares y amigos.[18] Llegó a ser en los años noventa, y continúa siendo en la actualidad, un movimiento formado por mucha gente, en el que participan muchos jóvenes, españoles de España como de otros lugares, al igual que un grupo de jóvenes voluntarios internacionales procedentes de organizaciones no gubernamentales y movilizado por una emergente política de derechos humanos.[19] Pero precisamente como, o de hecho porque, la convulsión internacional de 1989, de forma lenta pero segura, fue introduciendo todos estos elementos en el centro del debate público en la España de los años noventa, expandiendo la audiencia en el ámbito nacional, provocó, a su vez,

una fuerte reacción franquista y, a través de esta, una serie de guerras de memorias cada vez más virulentas que continúan propagándose cuando entramos en la segunda década del siglo XXI.

Aunque se puede describir esta reacción como la de los «nostálgicos» del franquismo, está lejos de ser anticuada. Más bien empezó a movilizarse en serio como respuesta a una serie de reformas sociales progresistas presentadas por la nueva administración socialista a partir de 2004. Parte de esta oposición se relacionó también con la reforma educativa del año 2006 que redujo los privilegios especiales del catolicismo y convirtió en optativa para los alumnos la asignatura de religión. Pero la visible histeria de los que se movilizaban se proyectó con fuerza contra aquellas reformas del PSOE relacionadas con el género y la sexualidad, especialmente la legalización del matrimonio homosexual y la adopción de niños por estas parejas.[20] Su base sociológica es un conservadurismo populista temeroso, provincial en su mayor parte y arraigado principalmente en el centro y norte de España, pero que tiene también un componente urbano y de ámbito nacional. Como en los años treinta, las formas organizativas, las estrategias y el discurso de este movimiento deben mucho a la Iglesia Católica española, cuya jerarquía actual es más intransigente y fundamentalista de lo que quizá lo ha sido nunca en la segunda mitad del siglo XX —sin duda alguna, son irreconocibles en ella las corrientes liberales de *aperturismo* que aparecieron en los años que llevaron a la transición y durante ella—. Más allá de las específicas reformas sociales del PSOE, esta reacción tiene como objetivo toda la política progresista de compromiso cívico y, de hecho, el mismo principio de inclusión social de la *diferencia*.[21] Lo que quieren quienes protestan es la vuelta a un mundo acorde con su propio conservadurismo moral y sus valores tradicionalistas; en el contundente y revelador resumen de uno de sus portavoces, ellos quieren la «paz social», una expresión que recuerda la búsqueda de una imposible «sociedad estática» por parte de los socialmente conservadores en la España de los años treinta, pero que en el siglo XXI también incluye un rechazo a reflexionar sinceramente sobre el pasado reciente. Las crecientes ansiedades

económicas que en la actualidad también se mezclan con esta política de «cruzada moral» es probable que apenas reduzcan la estridencia de este conservadurismo populista emergente.

El ataque al movimiento de memoria es emblemático porque el objetivo es el peligro que este plantea hoy en día a los sectores socialmente conservadores de tener que hacer frente a un conocimiento del franquismo que es incompatible con su propia creencia en su certidumbre moral. Tendrían que enfrentarse a una historia del franquismo que no está «escrita» para permitirles vivir con ellos mismos.[22] De hecho, cualquier asimilación de lo que el franquismo realmente hizo disminuiría realmente su eficacia como mito movilizador, excepto, quizá, a través del *resentimiento* y la ira hacia aquellos que exponen estas verdades incómodas, minándole así como un modelo político útil para el nuevo nacionalismo populista conservador. Hay otros numerosos casos en Europa central y oriental donde los dirigentes nacionalistas homicidas han sido reciclados con éxito. Sin embargo, lo que lo ha hecho posible a menudo es la interposición de un marco o filtro a través del cual la «culpa» podía echarse a la ocupación nazi o, alternativamente, al enemigo estalinista, y algunas veces a ambos.[23] En España nunca hubo una «pantalla» o «coartada» de ocupación o control extranjero para mitigar o diluir lo que sucedió («entre compatriotas») en los años treinta y cuarenta. Se sabe que el agresor fue español, a pesar del apoyo clave proporcionado por la Alemania nazi y la Italia fascista al esfuerzo bélico de Franco. Por tanto, si lo que se infligió a los compatriotas no puede ser justificado en la actualidad, echa una larga sombra no solo sobre el franquismo como fenómeno histórico sino, dadas las continuidades subyacentes, también sobre la credibilidad del estado y de las nuevas e intransigentes formas de nacionalismo que están emergiendo en nuestros días en España.

En último término, lo que está en juego en las guerras de memoria entre las diferentes corrientes de la sociedad española es la necesidad de reprimir la memoria de la violencia del estado franquista como el precio necesario a pagar para renovar y legitimar el nacionalismo conservador, frente a la

necesidad de un reconocimiento completo, público y estatal, de la profundidad del daño y las heridas sociales infligidas por la dictadura durante cuatro décadas. El apoyo civil internacional a aquellos dentro de España que buscan acabar con la «impunidad» de la dictadura franquista es considerable, desde el fuerte apoyo a Garzón ofrecido por asociaciones internacionales de juristas, a los jóvenes voluntarios que han participado en toda España en las excavaciones para exhumar los cadáveres de las fosas comunes. Sin embargo, en el ámbito político, su resultado es más ambiguo. Ha habido algunas medidas simbólicas significativas de las clases dirigentes europeas, de las cuales la más importante es la condena de los abusos de los derechos humanos perpetrados por el régimen franquista realizada por el Consejo de Europa, que fue la primera declaración internacional de este tipo desde el establecimiento de las sanciones diplomáticas por parte de la ONU en 1946. Sin embargo, entonces y ahora, existe una tensión política subyacente en las actitudes políticas occidentales hacia Franco, dado el crucial y constante apoyo que la dictadura recibió hasta entrados los años setenta, especialmente de los sucesivos gobiernos de Estados Unidos. Esta tensión civil y política más allá de España es importante porque su efecto colateral dentro del país es hacer avanzar sigilosamente las ventajas políticas de un conservadurismo moral movilizado, permitiendo así el mantenimiento de la «impunidad» de la dictadura. Aunque estos sectores conservadores no representan una mayoría dentro de España, a menudo parece como si lo fueran por los efectos de otra faceta del franquismo de difusión lenta. La larga duración de la dictadura, las oportunidades incomparables que tuvo para modelar la memoria y las percepciones públicas durante cuarenta años, al igual que el fuerte sentimiento retrospectivo de suavidad de la transición «pactada» a la democracia, han creado una atmósfera amorfa de legitimidad política del franquismo entre los españoles que, aunque no sean ideológicamente franquistas, no experimentaron dentro de sus propias familias, o de alguna otra forma directa, las políticas violentas y de exclusión social impuestas por la dictadura, o entre aquellos españoles que, en algunos casos, aunque estos

son menos frecuentes, han suprimido la memoria de todo ello bajo el impacto de la larga reconstitución de la memoria pública realizada por el franquismo.

Pero hay también otros elementos clave. Aquellos que hablan en nombre del nuevo conservadurismo populista reiteran el (viejo) bulo franquista de que «aquí no pasó nada» y, contradiciendo a la vez esta afirmación, dicen también que las víctimas de la violencia franquista recibieron lo que merecían porque eran, *per se*, moralmente perversos. (Durante la visita del papa a España, en agosto de 2011, las autoridades eclesiásticas de Madrid consideraron adecuado distribuir a los jóvenes fieles reunidos para el evento una guía en la que el conflicto político y religioso producido en la España de los años treinta era descrito en términos tan rudimentarios y maniqueos —el «martirio» de la Iglesia y de los fieles católicos— que los hacían indistinguibles de la propaganda franquista.)[24] Al comportarse así, no es solo que los conservadores ultramontanos continúen negando la legitimidad del movimiento cívico por la memoria y su demanda de hablar en nombre de los muertos calumniados por un estado dictatorial, sino que también, implícitamente, ponen en duda la idea de que una función primordial del estado en la España actual es garantizar los derechos civiles de todos sus ciudadanos, independientemente de sus diferencias. Lo que está tomando forma es un fundamentalismo político creciente que actúa dentro de un orden constitucional-democrático y se contrapone a un movimiento que entiende la democracia de forma diferente, considerando que debe incluir necesariamente un pacto simbólico entre los vivos y los muertos inquietos, un pacto que, por definición, invoca una noción de solidaridad a lo largo del tiempo, pero que tiene también el potencial de crear beneficios tangibles de empatía y cohesión social en la sociedad española actual.

La gran intensidad de las guerras de memoria presentes en España es solo explicable en su justo término, por tanto, en relación con las importantes apuestas para la política actual y futura, no solo en lo que hace referencia a una agenda social específica sino también a una visión de los

valores que debe tener el estado. La *sustancia* de estas guerras, sin embargo, solo es inteligible a la luz de la singular trayectoria histórica del régimen franquista como el «no derrotado». Los desfases que esto ha producido continuamente desde los años ochenta hasta el comienzo de la segunda década del siglo XXI son notables aunque, de hecho, ya podían ser percibidos antes del final de la dictadura, como, por ejemplo, en el caso de los españoles reclutados por el régimen de Franco en los primeros años cuarenta y enviados a Alemania a trabajar en el esfuerzo bélico del Reich, que recibieron posteriormente compensaciones económicas del gobierno de Alemania Occidental; una compensación que les llegaba a sus pueblos, donde estaban todavía sometidos a un régimen que nunca había admitido públicamente el error del nazismo, y mucho menos había entablado ningún proceso de desnazificación social y cultural o impulsado un discurso público contrario al nazismo.[25]

Tiempos extraños: desfases temporales en la España «posfranquista».

En un verano de hace mucho tiempo, mucho más lejos de lo que la distancia cronológica sugiere, y en el punto álgido del proceso de transición a la democracia en España en 1977, el entonces recién nombrado obispo de Zamora se reunió con la sobrina y la hija de Amparo Barayón, que había sido asesinada por una escuadra de la muerte franquista en octubre de 1936 (véase el capítulo 3).[26] La ocasión para el encuentro fue una visita a España realizada por la hija de Amparo, Andrea Sender Barayón, quien, de bebé, había sido encarcelada con su madre y que, desde 1940, había vivido en Estados Unidos. En su vida adulta, Andrea se había incorporado a una orden religiosa, y regresó a Zamora en 1977, con algo más de cuarenta años, como la hermana Benedicta de la Orden de Santa Elena. En dicho encuentro, el obispo se disculpó ante ella y ante la sobrina de Amparo, Magdalena Maes, en nombre de la Iglesia Católica española, especialmente por el sufrimiento adicional causado a Amparo en sus últimas horas de vida

al negársele la absolución porque, aunque era una católica practicante, su boda con Ramón Sender se había celebrado en una ceremonia civil. Este encuentro refleja el espíritu de *aggiornamiento* que existió en la Iglesia Católica española en los años de la transición y evoca también lo que quedaba en el mismo Vaticano de un proceso que se retrotraía a la breve influencia liberalizadora del Concilio Vaticano II.[27] Encuentros como este muestran la atmósfera existente, permitiéndonos vislumbrar la apertura y las posibilidades de la situación, que también facilitó las primeras y pocas tentativas de exhumación de otras víctimas de los asesinatos extrajudiciales franquistas a finales de los años setenta y principios de los ochenta. Pero esta atmósfera pronto se interrumpió por la explosión de la fuerza bruta del pasado en la forma del intento de golpe militar de febrero de 1981, el 23- F. Aunque fracasó en su intento de anular el régimen democrático, como el distante y a la vez cercano golpe de julio de 1936, un fracaso relativo también podía significar un éxito por otros medios. Durante mucho tiempo después del 23-F muchas cosas quedaron paralizadas, entre ellas la posibilidad de una posición pública más abierta sobre el pasado reciente, que quedó atrapada bajo un miedo poderoso y que se recrudeció.

Representativo de este miedo aplastante, al igual que de lo que se convirtió en la pesada carga política de la transición, es la historia del director de cine Fernando Ruiz Vergara (1942-2011) y de su malhadado documental *Rocío*. Realizado en 1980 y seleccionado originalmente por el Ministerio de Cultura de la nueva España constitucional para el Festival de Venecia de 1981, ofrece una disección minuciosa e implacable, aunque indirecta, de las estructuras de poder, tanto religiosas como laicas, que se esconden en una de las fiestas católicas más populares y famosas de España, la Romería del Rocío, en Huelva, en el sur rural de Andalucía, que era —y es— representativa de la «España folklórica» tan cacareada y explotada por la dictadura. La película de Ruiz Vergara, por tanto, se enfrentaba a las «vacas sagradas» de la derecha española. Por si esto no fuera un desafío suficiente, *Rocío* fue, además, el primer documental realizado sobre la represión franquista: nombraba y mostraba tanto a las

víctimas como a los perpetradores de la violencia «purificadora» que se produjo después del golpe de estado de 18 de julio de 1936 en el pequeño pueblo de Almonte, que es el más cercano a la ermita del Rocío y al que esta pertenece. A pesar del apoyo ministerial y de la aclamación de la crítica, tanto la película como su director se convirtieron en víctimas destacadas del franquismo en resurgimiento en formas que perduran hasta hoy. El 23 de febrero de 1981, la misma mañana del intento de golpe de Estado, los hijos de un exalcalde y terrateniente identificado en *Rocío* como el mayor responsable de la matanza denunciaron a Ruiz Vergara por difamación y, con el tiempo, ganarían este juicio gracias a jueces que habían sido formados y nombrados por la dictadura, que hizo que el director fuera multado, encarcelado y destruido profesionalmente.[28]

Pero incluso más devastador para la democracia en España fue el hecho de que junto con el director fuera juzgado el habitante de Almonte —quien contaba ya nada menos que con 73 años— que, como alguien que había vivido durante todo el periodo de terror extrajudicial en el pueblo, había nombrado en su testimonio oral al exalcalde como uno de los responsables. Se enjuició también, por tanto, el mismo uso de testimonios orales, necesariamente indirectos, como prueba en caso de asesinatos extrajudiciales. Los testimonios de oídas son, por supuesto, problemáticos, y hemos visto cómo se abusó sistemáticamente de ellos en los tribunales militares franquistas cuando juzgaron a miles de republicanos. Pero *Rocío* no era un proceso judicial, una opción que estaba, de hecho cerrada para las víctimas republicanas según los términos de la Ley de Amnistía de octubre de 1977, fruto de la transición, que protegía a todos los empleados públicos y altos cargos del estado franquista, o a aquellos que actuaron en su nombre, de ser procesados por cualquier acto cometido en su servicio. *Rocío* fue, por tanto, un foro para que un superviviente de un grupo de víctimas pudiera hablar públicamente de lo que había sucedido, y nadie en el juicio, ni siquiera el fiscal, negó los hechos del caso: que un centenar de civiles, habitantes de Almonte, habían sido asesinados allí por escuadras de la muerte franquistas en julio de 1936. Esto simplemente no se trató nunca,

fue un asunto sin «relevancia» para el proceso judicial. Los jueces consideraron inadmisibles diecisiete testimonios de otros tantos vecinos de Almonte que corroboraban los hechos, planteando, en cambio, que era tremendamente «inoportuno» que la película hubiera sacado a la luz estos asuntos.[29] Una y otra vez —ya que el caso fue a través de más de un tribunal y su sentencia fue apelada— los jueces sentenciaron a favor de los demandantes, cuyo objetivo claro era cerrar la discusión de estos sucesos. Que esto era más que una cuestión personal queda claro también de la redacción codificada del caso abierto aquel día de febrero de 1981 y que consideraba que el documental había insultado a la religión católica y había atentado contra el sentimiento público.

Como resultado del veredicto, pronunciado en 1985, *Rocío* fue censurado para quitar las referencias al presunto responsable de los hechos. Fue incluso requisado por las autoridades —la primera película con la que se produjo esto en la España democrática— después de que un canal de televisión del sur lo emitiese *en su forma censurada.* Durante muchos años después, fue también sujeto a una prohibición *de facto*, que todavía tiene consecuencias en la esfera pública en la actualidad, como veremos más adelante en este capítulo. El resultado del caso *Rocío*, en la democracia vigilada por el ejército que siguió al «fracaso» del 23-F, fue, a todos los efectos, como si las víctimas mortales del estado franquista fueran asesinadas de nuevo, al restablecerse el manto de silencio. Después de casi medio siglo de la justicia de los vencedores, ¿de qué otra forma podría haber llegado al dominio público lo que había pasado en Almonte en julio de 1936 excepto a través de un testimonio oral valiente? Porque si el que dio el testimonio hubiera sido de hecho un observador directo de los eventos que relató, él también hubiera estado entre los asesinados. Y fue condenado judicialmente por denunciarlo. La supervivencia de la violencia franquista que durante décadas había mantenido su efecto permaneciendo «innombrable», reapareció para reimponer su disciplina despiadada, pero esta vez en un tribunal democrático.

Llevaría la mayor parte de otra década y una oleada de investigación histórica local persistente y a paso de tortuga crear el potencial *documental* para una reemergencia de las voces de las víctimas. Aunque sea injusto desde el punto de vista del contexto más amplio, el franquismo sociológico podría haber puesto en duda el testimonio oral si fuera la única prueba de sus crímenes. Pero no podía discutir los documentos escritos contemporáneos sobre los asesinatos que todavía se conservan —en las líneas de los registros civiles al igual que en más de unos pocos archivos locales y provinciales, a menudo enterrados y largamente olvidados en sus nichos más remotos—.[30] Fue este trabajo ininterrumpido de distintos historiadores el que proporcionó una base sólida desde la que lanzar el movimiento de memoria en los años noventa. Bajo el impacto de los cambios producidos en Europa desde 1989, el movimiento por la memoria cívica de España también dio un paso adelante en la opinión pública mayoritaria, cuando una nueva generación —los nietos y en algunos casos los bisnietos— fue más allá, perdió el miedo y emprendió la tarea de recuperar el pasado reciente y difícil. De hecho la más grande e importante de las asociaciones civiles españolas por la memoria, la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH), surgió ella misma de la búsqueda por parte de una persona de los restos de su propio abuelo, fusilado, como Amparo Barayón, en octubre de 1936, en este caso en el feudo de los rebeldes militares de León.[31] En los primeros años del siglo XXI era ya una iniciativa de ámbito nacional y reconocida internacionalmente, aunque dentro de España todavía dependiente de la financiación y el trabajo práctico de una miríada de voluntarios ante la frecuente sospecha, cuando no la oposición manifiesta, de las autoridades públicas y estatales de cualquier matiz político.

Dentro del amplio movimiento cívico por la memoria han surgido diferencias de énfasis sobre qué constituye una política adecuada de reconocimiento de las víctimas. No todos están convencidos de la necesidad de las exhumaciones, defendiendo, por el contrario, un proceso limitado a nombrar a las víctimas a través de la investigación histórica y a través de

ceremonias en las que se erijan monumentos —como esculturas, placas o piedras— y, de hecho, los factores económicos, entre otros impedimentos logísticos, significarán inevitablemente que solo una pequeña minoría de las víctimas pueda o llegue a ser en algún momento exhumada. Sin embargo, es de destacar el hecho mismo del gran deseo de muchos familiares de recuperar los restos de aquellos que perdieron. Como Mercedes Kemp, la sobrina nieta de Amparo Barayón, lo expresó recientemente, con relación a sus dos tíos abuelos, Antonio y Saturnino (que, como hemos visto en el capítulo 3, continúan entre los desaparecidos): «dar nombre a los perdidos es importante, seguro, pero yo quiero esos huesos... yo quiero esos huesos».[32] El poder del movimiento por la memoria cívica en la España actual deriva en gran parte de su singular habilidad para *nombrar* las cosas, llamando a los asesinatos extrajudiciales por su verdadero nombre, y exorcizando los siniestros eufemismos escritos en certificados de defunción falsificados o en los informes de la policía franquista. También se puede interpretar este deseo de recuperar los restos físicos como un efecto histórico en sí mismo, porque este deseo conductor está, en cierta medida, conectado a la idea de dar marcha atrás a lo que hizo el franquismo —que fue hacer desaparecer a estas personas y sepultar sus restos en tumbas no señalizadas (aunque a menudo bien «marcadas» en la memoria de la población local)—, que pretendía ser una muestra simbólica de su exclusión de la nación, de su «inutilidad», de su reducción a vidas nudas, las de aquellos que podían ser matados pero no sacrificados como lo podían ser los soldados en un campo de batalla.[33] El singular poder de dar nombre, por supuesto, es confirmado porque esto fue exactamente lo que el régimen de Franco realizó con aquellos muertos que hizo «suyos» en 1939-1940, de hecho, precisamente a través de la acción de darles nombre («los caídos por Dios y por España»), continuando «poseyéndolos» de forma inalterable durante los casi cuarenta años de su existencia, y cuyos efectos no fueron nunca reconciliadores ni redentores. Los muertos importantes simbólicamente en este caso eran aquellos que habían sido asesinados extrajudicialmente en el territorio republicano. Mucho más que aquellos

que habían muerto en los campos de batalla, fueron estos otros —mayormente, aunque no exclusivamente, muertos civiles— los que fueron «nombrados» y, por tanto, apropiados por el estado franquista a través de un complejo proceso de denuncias en masa y juicios militares en los años cuarenta, como hemos visto en el capítulo 6. Estos muertos eran, en cierta medida, la antítesis de los republicanos desaparecidos, en el sentido de que sus muertes fueron, desde el principio, sobrecargadas de simbolismo por parte del estado, y los cuerpos desenterrados de muchos de ellos (como los de Paracuellos, aunque hay otros muchos ejemplos) se hicieron muy visibles en los años cuarenta, como parte de un proceso ceremonial de «santificación» estatal.[34] Por consiguiente, estos muertos fueron redefinidos como «mártires de la causa», un proceso reforzado a través de un sistema de tribunales de ámbito nacional y promovido por el Estado, llamado Causa General, que daba una gran relevancia a los testigos y cuyo objetivo era demostrar la barbaridad e injusticia de todas las cosas y personas conectadas con la República derrotada.

Al hacer esto, el régimen estaba tomando a estos muertos y reduciendo el significado tanto de sus vidas como de sus muertes a una narrativa binaria y homogeneizadora, instrumentalizada sin fin como la legitimación política central de la dictadura. El hecho de que los «franquistas corrientes» encontraran un tremendo consuelo emocional en la Causa General y en la reinterpretación de su pena y de sus muertos que hacía el régimen, por supuesto, no niega el argumento. Tomando prestada la idea del antropólogo Michael Taussig, podemos decir que los muertos franquistas yacían bajo el conjuro de un estado malévolo.[35] Ese estado ha desaparecido, pero su narrativa tiene cautivados a estos muertos todavía hoy. Es por esta razón por lo que los muertos franquistas y los muertos republicanos no son todavía, ni lo eran siquiera en los años ochenta y en los noventa, similares para ser «recordados y nombrados». No pueden serlo todavía precisamente por los significados todavía vivos creados por la misma dictadura de Franco. El nombramiento y liberación de los muertos republicanos que estaba tomando impulso hacia finales de la década de los noventa podía haber funcionado

como una plataforma para liberar a todos los muertos y desactivar los mitos tóxicos del franquismo, para que la población española en su conjunto pueda reconocer las complejidades de la guerra civil tal y como sucedieron, desarmando de ese modo las todavía fuertes mitologías de la guerra. Lo que ha ocurrido en España desde los primeros años del siglo XXI no ha sido esto sino, por el contrario, una gradual rehabilitación y reforzamiento de los mitos franquistas de la guerra civil por un nuevo conservadurismo populista que, aunque se viste a sí mismo con un atuendo neofranquista, toma cada vez más su fuerza real de lo que ocurre en otros lugares del continente que han visto el auge de formas de ultranacionalismo populista muy intolerantes. Estas corrientes todavía están, en cierta medida, constreñidas por el más amplio discurso europeo de derechos humanos preexistente, pero no de forma excesiva, como se puede ver en el éxito de la obstrucción a la investigación de Garzón.

No es objetivo del análisis que sigue explorar las ramificaciones más amplias de estos cambios políticos que, en España como en otros lugares, tienen relación con un cambio económico y social rápido, incluyendo, en especial, el impacto de la globalización y, principalmente, de la crisis económica cíclica, junto con percepciones de una Unión Europea distante de los ciudadanos y muy burocratizada y, en particular en el caso de España, una inmigración económica que los españoles prácticamente no habían experimentado hasta los años ochenta y noventa: por el contrario, España había sido durante el siglo XIX y durante toda la dictadura franquista un país de emigración. Tampoco reflejará este análisis los vínculos organizativos en aumento, tanto formales como informales, entre los diferentes ultranacionalismos europeos; más bien se concentrará en explorar cómo esta nueva atmósfera continental ha hecho que la derecha española todavía sociológicamente franquista haya «perdido su vergüenza». Mientras que en el periodo de la transición, a finales de los setenta y principios de los ochenta, un clima político muy diferente hizo que aquellos política y sociológicamente franquistas tuvieran que usar un lenguaje relativamente más moderado, especialmente para las audiencias internacionales, los

cambios en dicho clima político han significado un giro radical en lo que se sienten capaces de decir de forma pública. Debemos tener en cuenta también que aunque España tiene también organizaciones de extrema derecha —de muchas de las cuales se pueden rastrear sus orígenes hasta la Fuerza Nueva de Blas Piñar, el ya extinto partido que se puede definir como heredero de la Falange durante la transición—, en realidad nos estamos refiriendo aquí a una serie de fundamentalismos políticos y sociales *que existen en la derecha mayoritaria* del Partido Popular que, sistemáticamente y hasta la actualidad, ha intentado bloquear, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, todas las medidas encaminadas a deslegitimar al régimen de Franco.[36]

Omisiones anteriores sobre el pasado nazi dentro del pensamiento y el discurso conservador en España también salieron a la superficie en 1999 cuando, bajo un gobierno del Partido Popular, el ministro de Asuntos Exteriores siguió todavía denegando a los investigadores el acceso a los expedientes personales de los nazis que habían encontrado refugio en la España de Franco, con el argumento de que dicho acceso sería una violación de su derecho a la intimidad y a su seguridad.[37] Hasta bien entrados los años noventa, cuando el Partido Socialista estaba en el poder, era todavía totalmente legal —al igual que bastante lejos de socialmente inaceptable— que se emitieran y publicaran de forma bastante abierta retratos públicos positivos del nazismo en los medios de comunicación españoles.[38] A finales de los años noventa, España se acercó a la línea política occidental sobre la cuestión legal de la negación del Holocausto, es decir, se convirtió en ilegal justificarlo también en España. Pero son evidentes algunos desfases temporales y de otro tipo. No puede haber más clara indicación de esto que la pequeña esquela conmemorativa pagada con fondos privados que fue aceptada para su publicación por *La Razón,* un periódico católico de ámbito estatal, el 13 de diciembre de 2009 y *sin que se produjera ninguna polémica en la política convencional*: era un recordatorio halagador que conmemoraba la muerte de la SS-*Aufseherin* —guardianas de las SS en los campos de concentración— Irma Grese,

sentenciada a muerte en el juicio de Belsen y ejecutada en ese día de 1945, que decía: «Tu muerte fue injusta e innecesaria y te debemos el recuerdo. Espero verte algún día ahí arriba, con tu dulce sonrisa. ¡Hasta siempre!». [39] Por supuesto, España no es el único país europeo sobre el que se puede aducir que la aprobación de la legislación en contra de la negación del Holocausto se debió a otros motivos políticos —prácticos, cuando no cínicos— o que, al menos, indica que la existencia de esta legislación puede ser fácilmente reducida a un discurso *bienpensant*, que en la práctica anima a no a tener presente la historia sino a olvidarla, mientras que tiene también un escaso efecto en la intolerancia y en las prácticas racistas realmente existentes.[40]

En el nuevo siglo XXI europeo, con un ultranacionalismo revitalizado que está rehabilitando a fascistas y a otros colaboradores nacionalistas de los nazis no es, por tanto, sorprendente encontrar que Franco es tratado como un célebre líder fuerte y patriótico por el Partido de la Ley y la Justicia polaco, cuyos dirigentes causaron una tormenta política en 2001 al oponerse a la disculpa nacional por el pogromo de Jedwabne, cuando implícitamente negaron la responsabilidad de «polacos corrientes» en la masacre de sus vecinos judíos en julio de 1941. (Mientras estábamos escribiendo este texto —a finales de agosto de 2011— el memorial local de Jedwabne fue destrozado.)[41] De hecho, en marzo de 2007, el Partido de la Ley y la Justicia, en el gobierno, anunció su intención de quitar las pensiones estatales a los veinticinco ciudadanos polacos todavía vivos que habían luchado por la República española en las Brigadas Internacionales, declarando, en un simple reciclaje de los mitos franquistas y de la Guerra Fría, que estos individuos habían luchado por una causa antipatriótica y también para establecer un régimen estalinista en España. En este caso, el gobierno español del PSOE obtuvo de su homólogo polaco la promesa de que, de hecho, pagaría estas pensiones. Pero el ataque simbólico permanece. Los brigadistas polacos han sido barridos de la historia oficial y en la tumba del soldado desconocido de Varsovia, que contiene una lista de las principales batallas en que han participado ciudadanos polacos, los

nombres de las libradas en favor de la República Española —Jarama, Brunete y el Ebro— han sido eliminados.[42] Aunque estas corrientes nacionalistas tienen mayor fuerza en Europa central y oriental, están también presentes en formas claramente identificables en el occidente europeo: por ejemplo, en Bélgica, donde, como parte de una larga crisis que tiene también una importante carga étnica, una propuesta para aceptar un borrador de proyecto de ley que buscaba anular todas las sentencias contra los colaboradores de los nazis, amnistiándoles de forma efectiva, fue aprobada en mayo de 2011 por una mayoría del senado que incluyó a los socialdemócratas.

> «Articular históricamente lo pasado... significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro.»[43]

Dentro de España, fue la pérdida de las elecciones generales de marzo de 2004 por parte del Partido Popular —en sí misma provocada por su infame ataque de conducta franquista (¿atávica?) después de los atentados del 11 de marzo en Madrid— lo que inauguraría la rápida ofensiva moral de la nueva derecha. Entró en acción contra las reformas educativas y sociales del gobierno del PSOE. Siguiendo la estela de los años treinta, el catolicismo de masas movilizado vituperó el «cambio que llega de Madrid» y sus muchas organizaciones seglares, incluyendo las asociaciones católicas de padres y profesores, llevaron a miles de habitantes de provincias a la capital en autobuses para protestar en sus calles.[44]

Mientras tanto, en los feudos conservadores de donde procedían, el «tiempo» de un franquismo sociológico no exorcizado e invicto todavía seguía presente. Un ejemplo perfecto de este fenómeno se produjo en julio de 2004 en Zamora, cuando el principal periódico de la ciudad publicó lo que solo puede ser descrito como una andanada contra la memoria de Amparo Barayón en la cual era descrita como una mujer perturbada emocionalmente y «tremendamente enferma de sífilis».[45] La calumnia fue lanzada por la nieta del médico que había servido como doctor en la prisión de Zamora durante el tiempo en que Amparo había estado

encarcelada en 1936. El motivo del arrebato de ira de la nieta —cuya referencia a la sífilis era en sí misma muy simbólica— fue una entrevista para celebrar la presentación de algunas obras de arte de su padre a las autoridades locales de Zamora.[46] Sin embargo, la base de este ataque era más amplia y profunda y, en concreto, se relacionaba con el enfado de la familia del médico por el reto planteado a su «verdad» del pasado desde que la biografía de Amparo escrita por su hijo se publicó en 1990.[47] De forma bastante parecida a la de los hijos del exalcalde de Almonte, la nieta del doctor de la prisión buscaba «poner las cosas en su sitio», aunque en este último caso principalmente dentro de los límites de un periódico provincial.

La polémica tardaría varios meses en estallar porque la familia de Amparo Barayón, a diferencia de la del doctor, había sido dispersada a través de diferentes regiones, países e, incluso, continentes por los efectos de la dictadura franquista. Pero una vez que coordinaron sus esfuerzos para demandar a la nieta del doctor que se retractase, el giro de los acontecimientos demostró a la perfección que muy poco había cambiado en España desde el caso judicial de *Rocío*; de hecho, en algunos aspectos, poco había cambiado en términos de las asunciones tácitas que existían en parte de la cultura pública de Zamora desde que las autoridades existentes acabaron, en octubre de 1936, con la vida de Amparo. La polémica subsiguiente en las columnas de la prensa no implicó a la nieta del doctor que nunca volvió a «hablar», no dignándose siquiera a contestar a la familia Barayón, ni en público ni en privado. En su lugar, las elites sociales (*gentry*) de Zamora se movilizaron en defensa de su dignatario local, el doctor de la prisión, y de la buena familia a la que pertenecía, y contra los advenedizos y «ajenos» Barayón. Dirigiendo el asalto estuvo el cronista local del pueblo, indicando así también que no todos los que investigan la historia tienen como objetivo destapar el pasado difícil e, incluso, que algunos buscan mantenerlo tapado firmemente. Sin embargo, el cronista fue lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que las referencias a la sífilis debilitaban el caso de la familia y, por tanto, intentó quitarle importancia. Sin embargo, al igual que los jueces que habían juzgado *Rocío*

casi un cuarto de siglo antes, también omitió el hecho del asesinato extrajudicial que era el centro de la historia, optando, por el contrario, por concentrarse en detalles menores de los sucesos y personajes del verano y otoño de 1936 en Zamora, en la línea de los artículos que había publicado y en un claro intento de ahogar los argumentos principales de los Barayón. [48]

En estos artículos de periódico, el cronista también exhibe un conocimiento desde dentro de los sucesos —aunque a menudo periférico— que nos muestra otro «tic» heredado del franquismo —concretamente la apropiación de documentos públicos como si fueran de su propiedad personal por historiadores «aceptados» y que no permiten su uso por parte de otros investigadores. Significativa también en su relato es una inclinación a atribuir la violencia mortífera del verano de 1936 no a las autoridades militares rebeldes de Zamora y a sus servidores falangistas, sino a esta o aquella «manzana podrida» o psicópata suelto que acababa de «sumarse». Al tejer esta mitología, estaba también extendiendo una versión de las matanzas posteriores al golpe de julio de 1936 que absolvía a las clases dirigentes de Zamora de toda responsabilidad.

En cuanto a Amparo Barayón, su destino fue nuevamente enterrado debajo de la prosa recargada, encerrada en el tiempo, del cronista. Porque el objetivo en juego no era otro que asegurar, a través de esta acción de seguridad en la prensa, el restablecimiento de la autoridad de los miembros de las elites sociales de Zamora que habían continuado durante el franquismo y a lo largo de la transición sin ni siquiera haber visto su poder desafiado dentro de *sus feudos*. En todo esto, además, el cronista tuvo éxito —aunque en un grupo muy pequeño—, porque, a pesar de varios intentos, ni la hija del doctor, ni su familia ni el periódico local han sido llamados a rendir cuentas con éxito por lo que habían dicho. Ni siquiera ha pedido ninguno disculpas o ha rectificado sobre la situación de Amparo Barayón, quien, cuando mostró signos de angustia durante esos días de encarcelamiento, no lo hizo por causa de ninguna enfermedad física, sino porque estaba detenida sin proceso, estaba enferma de preocupación por sus

dos hijos pequeños, había sido sometida a un constante abuso psicológico por un cura de la prisión, y sabía que estaba a punto de ser asesinada, lo que, de hecho, fue la conclusión de sus seis semanas de encarcelamiento, el 11 de octubre de 1936.

Justo cuando un fantasma inquieto saltaba a los titulares de la prensa en una ciudad provinciana del noroeste de España en abril de 2005, exactamente al mismo tiempo, en el sur, el fantasma de *Rocío* haría su reaparición. Esto sucedió cuando una asociación civil por la memoria de Huelva anunció su intención de emitir el documental en un acto que sería también un homenaje a su director, Ruiz Vergara, que, desde el proceso judicial, había residido siempre en Portugal. Pero inmediatamente después de que se anunciara el evento, se inició una intensa presión local, tanto desde la familia de los demandantes del caso judicial de 1981 como desde otros sectores de las clases dirigentes conservadoras locales, para detener la emisión del documental y, cuando los organizadores se mantuvieron firmes en su decisión, para asegurar que, incluso en 2005, slo la versión censurada de los primeros años ochenta pudiera ser emitida.[49]

Estos sucesos en el norte y sur de España se produjeron en el contexto de un creciente número de casos judiciales en los que familiares de responsables de actos violentos ya fallecidos interpusieron demandas por difamación, ideológicamente muy cargadas, contra historiadores y periodistas que habían analizado casos de crímenes franquistas para silenciarles y asegurarse de que la historia de este particular episodio de crímenes de estado no se pudiera escribir nunca con nombres reales.[50] El peligro ahora no era que los demandantes siempre ganaran en estos casos judiciales posteriores —y realmente, no ganaron en los términos en que algunos de ellos, con claridad, aspiraban—, sino que el mismo número cada vez mayor de tales casos propagara de forma efectiva un clima continuado de miedo que desalentara investigaciones similares posteriores. Que estos demandantes eran siempre capaces de ir más allá de la primera instancia estaba, por supuesto, escrito en las disposiciones tácitas del proceso de transición, que había llevado, así, a una situación en que la justicia había

mirado hacia otro lado y en la que aquellos que habían sido cómplices del sistema homicida tenían posibilidades de demandar reiteradamente a las víctimas de dicho sistema o a aquellos que hablaban en su nombre.

No está muy claro que la ley llamada popularmente «de memoria histórica», aprobada en 2007, haya inclinado mucho la balanza en favor de las víctimas. Sin duda, la ley es un logro simbólico, aunque, incluso como medida simbólica, solo llegó a ser posible a través del cambio de gobierno producido en marzo de 2004, cuando el PSOE sustituyó al Partido Popular. También establece disposiciones para un censo estatal de muertos y desaparecidos, aunque es menos clara en cuanto a los recursos disponibles para lograr hacerlo. Sin embargo, dada la preferencia tradicional de toda la clase política española por cerrar cualquier análisis de un pasado difícil no es tampoco sorprendente que el tono de la ley busque *un final simbólico*, pero no ofrece ningún medio para permitir a los ciudadanos abordar qué se le hizo realmente a quién, por quién y por qué. Como tal, la ley ha sido criticada tanto por juristas internacionales como por diferentes instituciones de derechos humanos y otras organizaciones no gubernamentales, que incluyen a Amnistía Internacional y al Equipo Nizkor.[51]

El centro de su preocupación es que esta es una ley de punto final, muy parecida a la desgraciadamente famosa ley argentina de 1986, que puso fin a los juicios contra el personal del estado por asesinatos extrajudiciales y torturas cometidos durante la dictadura de 1976-1983, pero que fue declarada inconstitucional en 2005 en relación con aquellos delitos que eran crímenes contra la humanidad. Aunque estas críticas serían más adecuadas para la ley española de amnistía de 1977, es cierto que la ley de 2007, aunque aborda de forma ostensible lo que se debe a las víctimas del franquismo, también protege en un alto grado el derecho de los responsables a la «intimidad», que es, de hecho, el anonimato. Por tanto, es una ley que identifica a las víctimas y a los crímenes pero no a los responsables y que, en términos de prácticas cotidianas, no ofrece ninguna solución a un obstruccionismo de estado duradero: hay víctimas de edad avanzada que chocan contra esta pared si tratan de encontrar a quienes

fueron sus denunciantes.[52] No ha habido tampoco ninguna respuesta ni del poder ejecutivo ni del judicial español al llamamiento oficial que la ONU realizó en 2008 para que se investigaran los crímenes contra los derechos humanos cometidos por el régimen de Franco y también, de crucial importancia, para que revocara la previa ley de amnistía, dado que esta incluía crímenes contra la humanidad que nunca se pueden considerar prescritos, y en relación con los cuales ningún estado soberano individual tiene derecho a ofrecer amnistía. Este era también el supuesto que apuntalaba el intento de Garzón en 2008 de obligar a las autoridades españoles a apoyar una investigación judicial que pudiera hacer que la apertura de las fosas comunes y qué el significado de estas pasaran a estar en el centro político en el ámbito estatal. Sin embargo, el resultado no fue este, sino un poder judicial de una democracia constitucional europea occidental que acusó, suspendió, y acabó separando de sus funciones a un juez que buscó investigar el paradero de sus ciudadanos asesinados extrajudicialmente. Aunque las causas formales de su inhabilitación fueron otras, esto no reduce la trascendencia, tanto simbólica como práctica, de lo que ocurrió en el Tribunal Supremo español.



Fotografía de una fosa común del monte de La Andaya (Burgos)

La fotografía recoge un acto organizado en Madrid en septiembre de 2010 por asociaciones por la memoria y la Plataforma contra la Impunidad del Franquismo en el que cada jueves se extendió en la Puerta del Sol, el llamado «kilómetro cero» de España, una enorme fotografía (de 14 por 3 metros) de una fosa común, una de las varias excavadas en el año 2007 en el monte de La Andaya (Burgos), para llamar la atención sobre la situación de miles de familias que siguen buscando los restos de sus parientes desaparecidos, asesinados extrajudicialmente por fuerzas paramilitares franquistas.

(Cortesía de Óscar Rodríguez, Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica [ARMH]. La fotografía de Andaya es de Claudio Albisu.)

El intento de Garzón de hacer actuar al estado en España también se extendió a otras áreas del abuso de los derechos humanos franquista, especialmente el caso de los niños robados a los republicanos, a menudo mientras sus madres estaban encarceladas, e ilegalmente adoptados por familias partidarias del régimen (analizado en los capítulos 3 y 6). No solo esto también cayó con el resto de la puja de Garzón, sino que durante 2011 se hizo evidente que el tráfico de niños que empezó de esta manera en los años cuarenta continuó en España hasta los años noventa.[53] Ha habido, de forma inevitable, algunos cambios en la naturaleza de esta actividad: de la represión política abierta de los años cuarenta a las políticas morales de los años cincuenta y sesenta (quitándoles los bebés a los sectores más pobres —a menudo trabajadores emigrados a la ciudad—, incluyendo, aunque no de forma exclusiva, los hijos de madres solteras), al más abierto «negocio» motivado abiertamente por la búsqueda de beneficios económicos de los años ochenta en adelante, aunque el dinero había pasado a ser un factor impulsor fundamental mucho antes, una vez que toda la «empresa» pasó a manos privadas en los años cincuenta. Pero a pesar de todos los cambios en la superficie, las continuidades subyacentes son sorprendentes: las víctimas proceden de las mismas clases sociales que eran el objetivo político del franquismo, y si se consideran los criterios «morales» del tráfico posterior, no hay que perder de vista tampoco la definición distintiva que el régimen hacía de sus enemigos políticos como «moralmente degenerados». Pero también los perpetradores de este delito proceden de los mismos sectores de profesionales políticamente conservadores —por razones obvias, abogados

y médicos— con familia u otras conexiones con las redes de poder de la dictadura o con sus clientelas políticas fundamentales que, como hemos visto, no fueron desarticuladas de forma seria por el proceso de transición. Es crucial también que este tráfico de niños que ha durado décadas ha dependido de la participación de personal de la Iglesia Católica —que trabajaban en hospitales u orfanatos—, un hecho que ha acrecentado la controversia que ha estallado en España, al formarse nuevos grupos de presión civiles de víctimas y revelarse en toda su extensión el escándalo gracias al trabajo de periodistas de investigación.

Analizado desde una perspectiva histórica a largo plazo, una cosa es clara: que las actitudes de las elites socialmente conservadoras hacia los pobres y marginados han seguido siendo moldeadas en la forma tan memorablemente mordaz en que se reflejaba en el cómic de culto de Carlos Giménez, *Paracuellos*, publicado por primera vez en los años setenta, al comienzo de la transición, pero que evoca el mundo de falta de poder de los pobres e «impunidad» de los dirigentes existente en los orfanatos franquistas de los años cuarenta. A pesar del claro interés económico que dirigía esta forma posterior de abuso de los derechos humanos en España, hay, sin embargo, todavía un paradigma franquista que lo informa y que es también otra reaparición de la supervivencia de los efectos de la violencia de la dictadura, al igual que un recordatorio indirecto de qué fue lo que la Segunda República buscó desafiar en 1931.[54] Al hacer frente al escándalo actual de los niños robados, el estado español está dispuesto a ayudar sin hacer ninguna mención al legado de los valores sociales y políticos franquistas que todavía envuelven los sucesos. Quizá esta ayuda pretende ser una compensación a la luz del fracaso de Garzón. Y los que no tienen poder pueden hacer también el cálculo demandado por el realismo político: es mejor aceptar cualquier apoyo institucional posible en las condiciones impuestas por el estado porque el ejemplo del juez que desafió al sistema, con todo su poder y su capital político y cultural, está allí para que todos lo vean.

Tampoco puede evitar un historiador destacar los vínculos entre las asunciones sociales tácitas que apuntalan el tráfico de niños y una ley de memoria del estado que trata a los perpetradores de violencia social y estatal como merecedores de la misma consideración que sus víctimas. Es una ecuación que solo puede ayudar a aquellos sectores de la sociedad española donde todo el movimiento cívico por la memoria y de apertura del difícil pasado puede todavía provocar el comentario: Pero ¿qué quieren? Después de todo, nosotros les *perdonamos*.[55] Se puede argumentar también que el continuo fracaso para conseguir emitir en España el documental *Mari-Carmen España: the End of Silence* (aunque está disponible gratis en YouTube para todos aquellos lo suficientemente motivados como para verlo) se relaciona con su más tristemente célebre parte, en la que el abad de la basílica del Valle de los Caídos, donde está el mausoleo de Franco, es grabado en el documental negando la represión del régimen a la vez que justificándola, y todo en un lenguaje que, aunque puede ser todavía común en algunos salones españoles, es también simplemente demasiado descarado y recalcitrante para ser asimilado al nacionalismo conservador español del siglo XXI.

La fosilización social y política que habla a través de comentarios como estos se vio también muy reforzada por otra omisión singular de la transición política, en concreto la decisión de mantener cerrados los expedientes de aquellos que habían sido informadores de la dictadura. En todo caso, el poder del franquismo, tanto en el ejército como por la presencia de franquistas portadores de armas, lo evitó. Pero haber abierto los expedientes hubiera obligado a un reconocimiento, tanto por parte del estado como de la sociedad, de la «barbarie cotidiana» franquista en su forma más erosiva socialmente: la complicidad de los ciudadanos corrientes en la represión de sus compatriotas. El precio de no hacer frente a esta cuestión, de «ocultar» el franquismo, de no trazar una línea entre este tipo de prácticas y las normas de una democracia constitucional, ha perpetuado o, de hecho, incrementado, la desvinculación pública de la política, a través de una tendencia a aceptar el «orden» existente y ver la evidencia de la

corrupción económica y el clientelismo político como aspectos inevitables y, por tanto, todas las cuestiones políticas, incluso la misma política, de forma cínica, como parte de un *Systemzeit*.[56] El actual movimiento de protesta extraparlamentario de los *indignados* puede potencialmente hacer algunas incursiones saludables en este terreno. Pero la debilidad del movimiento está precisamente en el ámbito de la política, no de la protesta, y tiene toda una maquinaria política contra él, no solo «la derecha», por lo que sigue siendo incierto cual será su impacto a largo plazo. Lo que es cierto es que hasta ahora las actitudes de desvinculación de la política de la mayoría han fomentado un rápido ascenso de formas de ultranacionalismo en el nuevo siglo que —en el sur de Europa al igual que en Europa central y oriental— dependen de forma significativa para su éxito de un vacío histórico, es decir, de la ausencia de conocimiento sobre el pasado reciente; o, como ha ocurrido frecuentemente, de rellenar este vacío con versiones del pasado muy selectivas.[57]

Conclusión

El ascenso de los mitos ultranacionalistas en España, incluso aunque sus creyentes ideológicamente convencidos son una minoría, está siendo facilitado por el creciente bloqueo a la oleada de memoria, a pesar de la llamada ley de memoria histórica aprobada en 2007 o, quizá, incluso por las formas de esta, y, sin duda alguna, más aún después de la estelar derrota de Garzón. Con el triunfo del Partido Popular el 20 de noviembre de 2011, en unas elecciones generales dominadas por la crisis de la deuda y casi cinco millones de desempleados, es probable que la *desmemoria* esté ganando terreno, a pesar del luminoso trabajo de ciudadanía y de solidaridad simbolizado por Mari-Carmen España y su mirada —el centro del documental de Martin Jönsson—, la nieta que, buscando descubrir los restos de su abuelo asesinado extrajudicialmente, lo hizo con plena conciencia de que no era solo una deuda pagada al pasado, sino también un

acto reconstituyente que fortalece la democracia que, por definición, nunca se posee pasivamente ni de forma segura excepto que nosotros participemos en «hacerla», como una práctica cotidiana e inclusiva. Mientras tanto, y políticamente conveniente para algunos, a la *desmemoria* se le permite ir a la cabeza por la desilusión de la mayoría con el *Systemzeit*. Hubo una vez en España, durante la transición, que a la población se le pidió abandonar el pasado y «mirar hacia delante», a una promesa de crecimiento económico y abundante consumismo a través de la entrada en lo que entonces se llamaba Comunidad Económica Europea. En otras palabras, el consumismo estaba siendo presentado como una alternativa a la memoria democrática en sí misma, haciendo referencia con esto a una comprensión del pasado que circule públicamente y que abarque con todo detalle las historias humanas del coste del cambio social, una comprensión a la que este libro pretende contribuir. Pero esta «alternativa» ya no la puede mantener ningún gobierno ni siquiera para aquellos españoles que no están afectados en el ámbito personal o familiar por este pasado difícil. Más aún, en la actual crisis económica que lo envuelve todo y cuando la idea nacional está todavía viva y legitimada, surge un escenario alternativo en el cual los miedos a un futuro económico incierto a la vista de la crisis bancaria internacional y los altos niveles de desempleo juvenil, pueden armar, en España y en otros lugares, una política ultranacionalista intransigente y socialmente intolerante —mucho más allá de aquellos ideológicamente convencidos para abarcar, de nuevo, a gente movilizada por el miedo—, cuyas consecuencias, aunque el discurso político sea moderno y aceptable, serían muy impredecibles y potencialmente mortíferas.

Los componentes heterogéneos que se han unido en el movimiento cívico por la memoria en España ejemplifican de muchas formas cómo la existencia de un pasado difícil en todo el continente europeo puede crear, y ha creado, «comunidades de memoria y conciencia cívica» que no son congruentes ni están delimitadas por los estados nacionales en los que surgen, porque estas comunidades existen con carácter transnacional al igual que intergeneracional, cruzando también muchas otras fronteras

culturales y materiales, pero siempre comprometidas con descubrir el pasado y, en el proceso, pueden desarmar los mitos letales del nacionalismo. Su poder es que constituyen un acto permanente de testimonio de aquellos asesinados extrajudiciales como nuestros *irreparables*, como la ruptura de la modernidad, el defecto fatal de la idea «nacional». El desafío de nuestro tiempo, que no es en ningún caso fácil, es encontrar el modo de movilizar este poder de forma políticamente efectiva. Por el momento, estos actos visibles de testimonio representan la mejor acción de resistencia contra un fascismo que parece renacer. También funcionan para recordarnos que uno de los desafíos más urgentes del siglo XXI es encontrar caminos efectivos para evitar la mitificación de nuestros miedos. Este es un objetivo utópico antiutópico. Es también muy probable que sea el precio de nuestra supervivencia como algo que merezca el nombre de «humanidad».

Fuentes y bibliografía

Fuentes Primarias

Archivos

Abraham Lincoln Brigade Archives (ALBA), Tamiment Library, New York University.
Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Madrid (AGA).
Archivo General de la Guerra Civil Española, Salamanca (actual Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH).
Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN).
Archivo Histórico Provincial de Zamora (AHPZ).
Archivo del Partido Comunista de España (Madrid, APCE).
Archivo privado de la familia Barayón.
Berg Collection, New York Public Library.
British National Archives, Londres (NA).
Bronx County Historical Society (Nueva York).
Department of the Army, Estados Unidos (documentación accesible gracias a la Ley de Libertad de Información, FOIA en sus siglas en inglés).
Federal Bureau of Investigation (FBI), Estados Unidos (documentación accesible gracias a la FOIA).
Finnish National Archive, Helsinki.
Imperial War Museum Archive, Londres.
Library of Congress, Washington.
New York Historical Society.
Port of New York Passenger Records.
Quaker Archive, Friends House, Londres.
Quaker Archive (American Friends Service Committee), Filadelfia.
Registro Civil de Toro, Juzgado de Toro (Zamora).
Spanish Refugee Relief (SRR) Archive, Columbia University Library.

Fuentes hemerográficas y publicaciones oficiales

El Socialista, 1937.

Anuario Estadístico de España, 1940-1951.
Boletín del Movimiento de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S., Año VII, n.º 193, 10 de septiembre de 1943.
Causa general. La dominación roja en España, Madrid, Ministerio de Justicia, 1945.
Dirección General de Prisiones, *Memorias 1956-1978.*
La Opinión-El Correo de Zamora, 2004; 2005.
El País (Madrid) 2000-.
Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo, *Memorias 1939-1955.*
Redención (1939-1940).
Revista de Estudios Penitenciarios (1945-1948).

Entrevistas

Alan Ansen
Magdalena Maes Barayón
Thekla Clark
Bernard Perlin
Elliot Stein
Sylvia Thompson
Piero Tosi
Donald Windham

Diarios, memorias, discursos, informes, colecciones de documentos y otros testimonios contemporáneos o de testigos

Anhalt, Diana, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates in Mexico 1948-1965*, Santa Maria, CA: Archer Books, 2001.
Altarriba, Antonio/Kim, *El arte de volar*, Alicante: Edicions de Ponent, 2009.
Antelme, Robert, *The Human Race*, Northwestern Evanston, Illinois: The Marlboro Press, 1998. (Hay trad. cast.: *La especie humana*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2009.)
Arnáiz, Aurora, *Retrato hablado de Luisa Julián*, Madrid: Compañía Literaria, 1996.
Ayerra Redín, Marino, *No me avergoncé del evangelio (desde mi parroquia),* Buenos Aires: Editorial Periplo, 1959, 2.ª ed.
Bahamonde, Antonio, *Un año con Queipo. Memorias de un nacionalista,* Barcelona: Ediciones Españolas, 1938.
Barral, Carlos, *Años de Penitencia*, Barcelona: Tusquets, 1990, 1.ª ed., 1975.
Belaustegui Mas, Calixto, *Fundamentos del trabajo penitenciario*, Madrid: Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares, 1952.
Bermejo, Benito (ed.), *Francisco Boix, el fotógrafo de Mauthausen*, Barcelona: RBA, 2002.

Bertrán Güell, Felipe, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional*, Valladolid: Librería Santarén, 1939.
Bessie, Alvah, *Men in Battle*, Nueva York: Scribner's, 1939. (Hay trad. cast.: *Hombres en guerra: Historia de norteamericanos en España*, [México], Era, [1969].)
Brenan, Gerald, *Personal Record 1920-1972*, Londres: Jonathan Cape, 1974. (Ed. castellana ampliada: *Memoria Personal: 1920-1975*, Madrid: Alianza, 1976.)
Catalá, Neus, *De la resistencia a la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*, Barcelona: Adgena, s.f, *c*. 1984.
Commission Internationale contre le régime concentrationnaire (CICRC), *Livre Blanc sur le système pénitentiaire espagnol*, París: Le Pavois, 1953.
Copado, P. Bernabé (S.J.), *Con la columna Redondo. Combates y conquistas. Crónica de guerra*, Sevilla: Imprenta de la Gavidia, 1937.
Cox, Geoffrey, *The Defence of Madrid*, Londres: Victor Gollancz, 1937. (Hay trad. cast.: *La defensa de Madrid*, Madrid: Oberón, 2005.)
Crome, Len, *Unbroken. Resistance and Survival in the Concentration Camps*, Londres: Lawrence & Wishart, 1988.
Delaprée, Louis, *Morir en Madrid* (edición de Martin Minchom), Madrid: Raíces, 2009 (primera edición en francés,1937).
Djilas, Milovan, *Wartime*, Londres: Secker and Warburg, 1980.
Doña, Juana, *Querido Eugenio*, Barcelona: Lumen, 2003.
Doña, Juana, *Desde la noche y la niebla. Mujeres en las cárceles franquistas*, Madrid: Ediciones de la Torre, 1978.
Downes, Donald, *The Scarlet Thread. Adventures in Wartime Espionage*, Nueva York: The British Book Centre, 1953.
Durán, Gustavo, *Una enseñanza de la guerra española. Glorias y miserias de la improvisación de un ejército* (ed. de Martín-Artajo, José), Madrid: Ediciones Júcar, 1980.
Durán, Jane, *Silences from the Spanish Civil War*, Londres: Enitharmon Press, 2002.
Estella, Gumersindo de, *Fusilados en Zaragoza 1936-1939. Tres años de asistencia espiritual a los reos*, Zaragoza: Mira Editores, 2003.
Fast, Howard, *Being Red*, Boston: Houghton Mifflin, 1990.
Felsen, Milt, *The Anti-Warrior. A Memoir*, Iowa: University of Iowa Press, 1989.
Fidalgo, Pilar, *A Young Mother in Franco's Prisons*, Londres: United Editorial Ltd, 1939.
Fisher, Harry, *Comrades. Tales of a Brigadista in the Spanish Civil War*, Lincoln y Londres: University of Nebraska Press, 1998. (Hay trad. cast.: *Camaradas: relatos de un brigadista en la guerra civil española*, Madrid, Laberinto, 2001.)
Fontserè, Carles, *Un exiliado de tercera. En París durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Acantilado, 2004.
García, Consuelo, *Las cárceles de Soledad Real. Una vida*, Madrid: Alfaguara, 1982.
García Madrid, Ángeles, *Réquiem por la libertad*, Madrid: Alianza Hispánica, 2003.
Guzmán, Eduardo de, *La muerte de la esperanza*, Madrid: G. del Toro, 1973.
Guzmán, Eduardo de, *Año de la Victoria*, Madrid: G. del Toro, 1974.
Healey, Dorothy, y Maurice Isserman, *Dorothy Healey Remembers. A Life in the American Communist Party*, Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1990.
Heikkinen, K.E., y William Lahtinen, (eds.), *Meidän Poikamme Espanjassa*, s.l. (Nueva York), Finnish Workers' Federation, USA Inc., 1939.)
Hughes, Langston, *The Collected Works*. Vol. 9. *Essays on Art, Race, Politics, and World Affairs* (editado por Christopher C. De Santis), Columbia y Londres: University of Missouri Press, 2002.

Jiménez, Mona, «My dear mama: don't worry», una exposición fotográfica reproducida en *Contact Sheet* no. 73 (Siracusa, Nueva York: Light Work Gallery, s.f. 1991). La exhibición se basa en cartas y fotografías enviadas desde el campo de concentración de Gurs (sur de Francia) aproximadamente entre 1939 y 1940**,** por su padre, Mike Jiménez, que había nacido en España pero era ciudadano estadounidense y que había sido voluntario de las Brigadas Internacionales y había luchado en la guerrilla republicana española.

Jiménez Margalejo, Carlos, *Memorias de un refugiado español en el Norte de África, 1939-1956*, Madrid: Fundación Largo Caballero/Ediciones Cinca, 2008.

Kluger, Ruth, *Landscape of Memory. A Holocaust Girlhood Remembered*, London: Bloomsbury, 2004. (Hay trad. cast.: *Seguir Viviendo*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1997.)

Knickerbocker, Hubert Renfro, *The Siege of the Alcazar: A war-log of the Spanish revolution*, Londres: Hutchinson, 1937.

Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, Londres: Eland, 2006. (Hay trad. cast.: *Escoria de la Tierra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951 2.ª ed.)

Koltsov, Mijail, *Diario de la guerra de España*, Madrid: Akal, 1978.

Langdon-Davies, John, *Behind the Spanish Barricades. Reports from the Spanish Civil War*, London Reportage Press, 2007, 1.ª ed., Londres 1936. (Hay trad. cast.: *Detrás de las barricadas españolas: crónicas de la guerra civil española*, Barcelona: Crítica, 2009.)

Lasala Navarro, Gregorio, *La mujer delincuente en España y su tratamiento correccional*, Buenos Aires: DG (Dirección General) de Institutos Penales de la Nación Argentina, 1948.

Loyd, Anthony, *My war gone by, I miss it so*, Londres: Penguin, 1999. (Hay trad. cast.: *Mi vieja guerra, cuánto te echo de menos*, Barcelona: Lumen, 1999.)

London, Artur, *On Trial*, Londres: Macdonald and Co.: 1970. (Hay trad. cast.: *La confesión: en el engranaje del proceso de Praga*, Madrid, Ayuso, 1970.)

Lord, James, *My Queer War*, Nueva York: Farrar, Straus y Giroux, 2010.

Malonda, Ángeles, *Aquello sucedió así*, Madrid: Dept. de Publicaciones de la Asociación de Cooperativas Farmacéuticas, 1983.

Martín Blázquez, J., *I Helped to Build an Army*, Londres: Secker and Warburg, 1939.

Marzani, Carl, *The Education of a Reluctant Radical*, Nueva York: Topical Books, 1992-1995, 4 vols.: 1. *Roman Childhood* (1992); 2. *Growing Up American* (1993); 3. *Spain, Munich and Dying Empires*; 4. *From Pentagon to Penitentiary* (1995).

Mera, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París: Ruedo Ibérico, 1976.

Ministerio de Justicia, *Crónica del Patronato Nacional de San Pablo (1943-1951)*, Madrid: Gráficas Reunidas, 1951.

Miró, Joan, *Epistolari català*, Barcelona: Fundació Joan Miró, 2009.

Mola Vidal, Emilio, *Obras completas*, Valladolid: Librería Santarén, 1940.

Moros, Manuel, *Febrer 1939. L'exili dins la mirada de Manuel Moros*, Perpiñán: Mare Nostrum, 2009.

Núñez, Mercedes, *Cárcel de Ventas*, París: Éditions de la Librarie du Globe, 1967.

O' Donnell, Peadar, *Salud!: An Irishman in Spain*, Londres: Methuen and Co., 1937.

Pérez del Pulgar, José Agustín, *La solución que da España al problema de sus presos políticos*, Valladolid: Publicaciones Redención, 1939.

Parga, Carmen, *Antes que sea tarde*, Madrid: Compañía Literaria, 1996.

Parshina, Elizaveta, *La brigadista*, Barcelona: RBA, 2005.

Payne, Robert, *Chunking Diary*, Londres: William Heinemann, 1945.

Pemán, José María, *Arengas y crónicas de guerra,* Cádiz: Establecimientos Cerón, 1937.

Rolfe, Edwin, *The Lincoln Battalion*, Nueva York: Haskell, 1974.

Roth, Joseph, *The White Cities. Reports from France 1925-39*, Londres: Granta, 2004. (Hay trad. cast.: *Las ciudades blancas*, Barcelona: Minúscula, 2000.)

Rousset, David, *L'univers concentrationnaire*, París: Les Éditions de Minuit, 1965, 1.ª ed., 1946. (Hay trad. cast.: *El universo concentracionario*, Rubí: Anthropos, 2004.)

Rousset, David, *Les jours de notre mort,* París: Hachette, 1993.

Ruiz Vilaplana, Antonio, *Doy fe… Un año de actuación en la España nacionalista*, París: Éditions Imprimerie Coopérative Etoile S.A., 1938.

Salut, Emil, *Vivers de revolucionaris: apunts històrics del districte cinquè*, Barcelona: Libreria Catalònia, 1938.

Sánchez del Arco, Manuel, *El sur de España en la reconquista de Madrid*, Sevilla: Editorial Sevillana, 1937.

Schlayer, Felix, *Diplomat in roten Madrid*, Berlín: F.H. Herbig Buchhandlung, 1938. (Hay trad. cast.: *Diplomático en el Madrid rojo*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008.)

Semprún, Jorge, *Le Grand Voyage*, París: Gallimard, 1963 (novela autobiográfica). (Hay trad. cast: *El largo viaje*, Barcelona, Seix Barral, 1976.)

Semprún, Jorge, *Quel Beau Dimanche!,* París: Bernard Grasset, 1980. (Hay trad. cast.: *Aquel domingo*, Barcelona, Planeta, 1981.)

Semprún, Jorge, *Literature or Life*, Nueva York: Viking, 1997. (Hay trad. cast.: *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995.)

Semprún, Jorge, *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona: Tusquets, 2003.

Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989; 2.ª ed., Calm Unity Press, 2003. (Hay trad. cast: *Muerte en Zamora*, Barcelona: Plaza & Janés, 1990.)

Sperber, Manès, *Like a Tear in the Ocean* (trilogía formada por *The Burned Bramble*, *The Abyss* y *Journey without End*), New Jersey: Holmes & Meier, 1988.

Starinov, I.G., *Over the Abyss. My Life in Soviet Special Operations*, Nueva York: Ivy Books, 1995.

Tagüeña Lacorte, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, México DF: Ediciones Oasis, 1974.

Tisa, John, *Recalling the Good Fight. An Autobiography of the Spanish Civil War*, South Hadley, MA: Bergin and Garvey, 1985.

Toller, Ernst, *I was a German*, Nueva York: Paragon, 1991. (Hay trad. cast.; *Una juventud en Alemania,* Barcelona: Muchnick, 1987.)

Torrent, Martín, *¿Qué me dice usted de los presos?*, Alcalá de Henares: Imprenta Talleres Penitenciarios, 1942.

Whitaker, John T., «Prelude to World War: A Witness from Spain», *Foreign Affairs,* 21, 1 (octubre de 1942).

Whitaker, John T., *We Cannot Escape History* Nueva York: Macmillan, 1943.

Wolff, Milton, *Another Hill*, Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1994 (novela autobiográfica). (Hay trad. cast.: *Otra colina*, Barcelona: Barataria, 2005.)

Wolff, Milton, *Member of the Working Class*, Lincoln, NE: iUniverse, 2005.

Woolsey, Gamel, *Death's Other Kingdom*, Londres: Longmans, Green, 1939. (Hay trad. cast.: *Málaga en llamas,* Madrid, Temas de Hoy, 1997.)

Yates, James, *Mississippi to Madrid. Memoir of a Black American in the Abraham Lincoln Brigade*, Greensboro, NC.: Open Hand Publishing, 1989. (Hay trad. cast.: *De Misisipi a Madrid: memoria de un afroamericano en la Brigada Lincoln*, Madrid: La Oficina D.L., 2011.)

Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, París: Librería Española, 1968.

Fuentes secundarias

Estudios no publicados

Bannan, Tom, «The Long Memory of Evil: Genocide, Memory, and Identity in Bosnia-Herzegovina», tesina de máster inédita, Royal Holloway University of London, 2009.

Foss, James, *A Hero of the Left* (esbozo biográfico de Bill Aalto).

Vieux, Vanessa, «A Short History of Women in the American Medical Bureau 1936-1939», tesina de máster inédita, Barnard College, Columbia University, 2002.

Estudios históricos y de otras disciplinas académicas

Abad, Francisco, *et al*., «Dossier. Camp de la Bota. La memòria dels vençuts», *L'Avenç*, n.º 291, mayo de 2004.

Acosta Bono, Gonzalo, *et al.*, *El canal de los presos (1940-1962). Trabajos forzosos: de la represión política a la explotación económica*, Barcelona: Crítica, 2004.

Agamben, Giorgio, *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life,* California: Stanford University Press, 1998. (Hay trad. cast.: *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia: Pre-textos, 1998.)

Águila, Juan José del, *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977)*, Barcelona: Planeta, 2001.

Aguilar Fernández, Paloma, *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid: Alianza, 1996.

Alfaya, José Luis, *Como un río de fuego. Madrid 1936*, Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias, 1998.

Allcock, John B., «Rural-urban differences and the break-up of Yugoslavia», *Balkanologie. Revue d'études pluridisciplinaires,* IV, 1-2 (diciembre de 2002).

Altaffaylla Kultur Taldea, *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Tafalla: edición del autor, 1992, 2 vols.

Alpert, Michael, *El ejército republicano en la guerra civil*, Madrid: Siglo XXI, 1989.

Álvarez Fernández, José Ignacio, *Memoria y trauma en los testimonios de la represión franquista*, Barcelona: Anthropos, 2007.

Álvarez Bolado, Alfonso, *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y guerra civil 1936-1939,* Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1995.

Álvarez Chillida, Gonzalo, *El antisemitismo en España: la imagen del judío (1812-2002)*, Madrid: Marcial Pons, 2002.

Álvaro Dueñas, Manuel, *«Por ministerio de la ley y voluntad del Caudillo». La Jurisdicción Especial de Responsabilidades Políticas (1939-1945)*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006.

Anderson, Peter, «Singling Out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression in Spain, 1939-1945», *European History Quarterly,* vol. 39(1), 2009, pp. 7-26.

Anderson, Peter, «In the Interests of Justice? Grassroots Prosecution and Collaboration in the Francoist Military Trials, 1939-1945», *Contemporary European History*, 18, 1, 2009.

Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials. Terror and Complicity, 1939-1945*, Londres y Nueva York: Routledge, 2010.

Anderson, Peter, «In the name of the Martyrs. Memory and Retribution in Francoist Southern Spain 1936-45», *Cultural and Social History,* 8, 3 (2011).

Appadurai, Arjun, «Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy», en During, Simon (ed.), *The Cultural Studies Reader*, 3.ª ed., Londres: Routledge, 2007, pp. 216-226.

Applebaum, Anne, *Gulag. A History*, Londres: Penguin, 2003. (Hay trad. cast.: *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate, 2004.)

Arco Blanco, Miguel Ángel, *Hambre de Siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental (1936-51)*, Granada: Comares, 2007.

Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, San Diego/Nueva York/Londres: Harcourt Brace & Company, 1973. (Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid: Taurus, 1974.)

Aróstegui, Julio, y Marco, Jorge (eds.), *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid: Catarata, 2008.

Badiou, Alain, *Ethics. An essay on the understanding of evil*, Londres: Verso, 2001. (Hay trad. cast.: *La ética*. *Ensayo sobre la conciencia del mal*, México D.F.: Herder, 2004.)

Badiou, Alain, *Polemics*, Londres: Verso, 2006 **.**

Badiou, Alain, *The Century*, Cambridge: Polity Press, 2007. (Hay trad. cast.: *El siglo*, Buenos Aires: Manantial, 2005.)

Balfour, Sebastian, *Dictatorship, Workers and the City: Labour in Greater Barcelona since 1939*, Oxford: Clarendon Press, 1989. (Hay trad. cast.: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad: el movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia: Alfons el Magnànim, 1994).

Balfour, Sebastian, *Deadly Embrace. Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, Oxford: Oxford University Press, 2002. (Hay trad. cast.: *Abrazo mortal: de la Guerra colonial a la Guerra civil en España y Marruecos*, Barcelona: Península, 2002.)

Ballbé, Manuel, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid: Alianza Editorial, 1983.

Bartov, Omer, *Mirrors of Destruction. War, Genocide and Modern Identity*, Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 2000.

Bartov, Omer, «Eastern Europe as the Site of Genocide», *Journal of Modern History,* 80 (septiembre de 2008).

Baxell, Richard, *British Volunteers in the Spanish Civil War. The British Battalion in the International Brigades 1936-1939,* Londres: Routledge/Cañada Blanch Studies on Contemporary Spain, 2004.

Bechelloni, Antonio, «Antifascist resistance in France from the 'Phony War' to the Liberation: identity and destiny in question», en Gabaccia, Donna R., y Fraser M. Ottanelli (eds.), *Italian Workers of the World. Labor Migration and the Formation of Multiethnic States*, Urbana y Chicago: Illinois University Press, 2001.

Bedmar González, Arcángel, *Lucena: de la segunda república a la guerra civil*, Córdoba: s.e., 1998.

Bedmar González, Arcángel, *República, guerra y represión. Lucena 1931-1939*, Lucena: Ayuntamiento de Lucena, 2000.

Bedmar González, Arcángel, *Los puños y las pistolas. La represión en Montilla (1936-1944)*, Montilla: Ayuntamiento de Montilla, 2009 (2.ª ed.).

Benjamin, Walter, «Theses on the Philosophy of History», en *Illuminations. Essays and Reflections* (edición e introducción de Hannah Arendt), 1.ª ed. en inglés, 1968; edición utilizada Nueva York: Schocken Books, 2007. (Hay trad. cast.: «Tesis de filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos: filosofía del arte y de la historia*, Madrid: Taurus, 1971).

Bideleux, Robert, e Ian Jeffries, *A History of Eastern Europe. Crisis and Change*, Abingdon: Routledge, 2007, 2.ª ed.

Blinkhorn, Martin, *Carlism and Crisis in Spain 1931-1939*, Cambridge: Cambridge University Press, 1975. (Hay trad. cast.: C*arlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona: Crítica, 1979.)

Bloxham, Donald, y A. Dirk Moses, (eds.), *The Oxford Handbook of Genocide Studies*, Oxford: Oxford University Press, 2010.

Bonet Baqué, Núria, Amanda Cardona Alcaide y Gerard Corbella López, *Tàrrega 1936-61. Aproximació a la repressió, l'exili i la vida quotidiana*, Tàrrega: Ajuntament de Tàrrega, 2008.

Boose, Lynda E., «Crossing the River Drina: Bosnian Rape Camps, Turkish Impalement and Serb Cultural Memory», *Signs*, 28, 1 (2002).

Bosch, Aurora, *Ugetistas y libertarios: guerra civil y revolución en el País Valenciano, 1936-1939*, Valencia: Institución Alfons el Magnànim, 1983.

Botti, Alfonso, *Cielo y dinero: el nacionalcatolicismo en España 1881-1975,* (Madrid: Alianza, 1992.)

Bougarel, Xavier, «Yugoslav Wars: The "revenge of the countryside" between sociological reality and nationalist myth», *East European Quarterly,* XXXIII, 2 (junio de 1999).

Boyd, Carolyn P*., «"*Responsibilities" and the Second Spanish Republic 1931-1936», *European History Quarterly,* 14 (1984).

Boyd**,** Carolyn P., *Historia Patria. Politics, History and National Identity in Spain 1875-1975,* Princeton: Princeton University Press, 1997. (Hay trad. cast.: *Historia Patria: política, historia e identidad nacional en España, 1895-1975,* Barcelona: Pomares-Corredor, 2000.)

Bracewell, Wendy, «Rape in Kosovo: masculinity and Serbian nationalism», *Nation and Nationalism*, 6, 4 (2000).

Bruttmann, Tal, y Joly Laurent*, La France Antijuive. L'agression de Léon Blum à la Chambre des Députés*, París: Éditions des Equateurs, 2006.

Buchanan, Tom, «Edge of Darkness: British "Front-line" Diplomacy in the Spanish Civil War, 1936-1937», *Contemporary European History,* 12, 3 (2003).

Buchanan, Tom, y Martin Conway, (eds.), *Political Catholicism in Europe, 1918-1965*, Oxford: Clarendon Press, 1996.

Butler, Judith, *The Psychic Life of Power. Theories in Subjection*, Stanford, Ca.: Stanford University Press, 1997. (Hay trad. cast.: *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*, Madrid: Cátedra, 2001.)

Butler, Judith, *Antigone's Claim***:** *Kinship Between Life and Death*, Nueva York: Columbia University Press, 2000. (Hay trad. cast.: *El grito de Antígona*, Esplugues de Llobregat [Barcelona]: El Roure, 2001.)

Butler, Judith, *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*, Londres/Nueva York: Verso, 2006.

Butler, Judith, *Frames of War. When is life grievable?*, Londres: Verso, 2009. (Hay trad. cast.:.*Marcos de guerra: las vidas lloradas*, Barcelona, Paidós, 2010.)

Carmichael, Cathie, «Violence and Ethnic Boundary Maintenance in Bosnia in the 1990s»*, Journal of Genocide Research,* 8, 3 (2006).

Carmichael, Cathie, «Brothers, Strangers and Enemies: Ethno-Nationalism and the Demise of Communist Yugoslavia», en Stone, Dan (ed.), *The Oxford Handbook of Postwar European History*, Oxford: Oxford University Press, 2012.

Caron, Vicki, *Uneasy Asylum: France and the Jewish Refugee Crisis 1933-1942*, California: Stanford University Press, 1999.

Carr, Raymond, *Spain, 1808-1980,* Oxford: Oxford University Press, 2001. (Hay trad. cast: *España, 1808-1939*, Barcelona: Ariel, varias ediciones.)

Carr, Raymond, *Spain: A History*, Oxford: Oxford University Press, 2000.

Carroll, Peter, N. *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade. Americans in the Spanish Civil War*, California: Stanford University Press, 1994. (Hay trad. cast.: *La odisea de la «brigada Abraham Lincoln»: los norteamericanos en la Guerra Civil Española*, Sevilla: Espuela de Plata, 2005.)
Carroll, Peter N., Melvin Small, y Michael H., Nash, *The Good Fight Continues: World War II Letters from the Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York: New York University Press, 2006.
Carroll, Peter, N., y James D. Fernández, (eds.), *Facing Fascism. New York and the Spanish Civil War,* Nueva York: Museum of the City of New York/New York Press, 2007. (Hay trad. cast.: C*ontra el fascismo: Nueva York y la Guerra Civil Española*, Madrid: Instituto Cervantes, 2007.)
Casanova, Julián, *et al.* (eds.)*, El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, 1.ª ed., Madrid: Siglo XXI, 1992.
Casanova, Julián, *Anarchism, the Republic and the Civil War in Spain 1931-1936*, Londres y Nueva York: Routledge, 2005. (Ed. cast.: *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1936-1939),* Barcelona: Crítica, 1997.**)**
Casanova, Julián, *La iglesia de Franco*, Barcelona: Crítica, 2009.
Casanova, Julián, *The Spanish Republic and the Civil* War, Cambridge: Cambridge University Press, 2010, (Ed. cast.: *República y Guerra Civil*, Barcelona-Madrid: Crítica-Marcial Pons, 2007.)
Casanova, Julián, Francisco Espinosa, Conxita Mir, y Francisco Moreno Gómez, *Morir, matar, sobrevivir: la violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona: Crítica, 2001.
Casas de la Vega, Rafael, *El terror: Madrid* 1936, Madrid: Fénix, 1994.
Casquete, Jesús y Rafael Cruz (eds.), *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Madrid: Catarata, 2009.
Castillo, Juan José, *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España*: *(la Confederación Nacional Católico-Agraria, 1917-1942),* Madrid: Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979.
Cate-Arries, Francie, *Spanish Culture behind Barbed Wire. Memory and Representation of the French Concentration Camps 1939-1945***,** Lewisburg, PA.: Bucknell University Press, 2004. (Hay trad. cast.: *Culturas del exilio español entre las alambradas: literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945*, Barcelona: Anthropos, 2012.)
Cazorla Sánchez, Antonio, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953),* Madrid: Marcial Pons, 2000.
Cazorla, Antonio, *Fear and Progress. Ordinary Lives in Franco's Spain 1939-1975*, Oxford: Wiley-Blackwell, 2009.
Cenarro, Ángela, *El fin de la esperanza: fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel (1936-1939*), Teruel: Diputación Provincial de Teruel, 1996.
Cenarro, Ángela, «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, 44 (2002).
Cenarro, Ángela, «La lógica de la guerra, la lógica de la venganza: violencia y fractura social en una comunidad bajoaragonesa, 1939-1940», en Mir, Conxita, Jordi Catalán y David Ginard, (coords.), *Enfrontaments civils: Postguerres i reconstruccions. II Guerra civil de 1936 i franquisme***,** Lleida: Associació Recerques i Pagès Editors, 2002.
Cenarro, Ángela**,** «La institucionalización del universo penitenciario», en Molinero, Carme, *et. al.* (eds.), *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona: Crítica, 2003.
Cenarro, Ángela, *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra***,** Barcelona: Crítica, 2005.
Cenarro, Ángela, «Memories of Repression and Resistance. Narratives of Children Institutionalized by Auxilio Social in Postwar Spain», *History & Memory,* 20, 2 (otoño-invierno de 2008).
Cenarro, Ángela, *Los niños de Auxilio Social*, Madrid: Espasa Calpe, 2009.

Cervera, Javier, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939*, Madrid: Alianza, 1998.

Christian Jr., William A., *Moving Crucifixes in Modern Spain*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1992.

Christian Jr., William A., *Visionaries. The Spanish Republic and the Reign of Christ*, Berkeley/Los Ángeles, Calif.: University of California Press, 1996. (Hay trad. cast.: *El reino de Cristo en la Segunda República: una historia silenciada*, Barcelona: Ariel, 2011.)

Cifuentes Checa, Julia, y Pilar Maluenda Pons*, El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1995.

Claret Miranda, Jaume, *El atroz desmoche. La destrucción de la universidad española por el franquismo 1936-1945*, Barcelona: Crítica, 2006.

Claudín, Fernando, *The Communist Movement. From Comintern to Cominform,* Harmondsworth: Penguin, 1975. (Ed. cast.: *La crisis del movimiento comunista*, Colombes: Ruedo Ibérico, 1970.)

Cobo Romero, Francisco, *La guerra civil y la represión franquista en la provincia de Jaén (1936-1950)*, Jaén: Diputación de Jaén, 1993.

Cobo Romero, Francisco, *Conflicto rural y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén 1917-1950*, Jaén: Universidad de Jaén/Universidad de Granada, 1998.

Cobo Romero, Francisco, «El voto campesino contra la II República. La derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas jiennenses 1931-1936», *Historia Social*, n.º 37, 2000.

Cobo Romero, Francisco, *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía: conflictividad social, violencia política y represión franquista en el mundo rural andaluz, 1931-1950*, Granada: Universidad de Granada, 2004.

Cohen, Stanley, *States of Denial. Knowing about Atrocities and Suffering*, Cambridge: Polity Press, 2001.

Collier, George Allen, *Socialists of Rural Andalusia*, Stanford: Stanford University Press, 1987.

Collum, D.D., y Victor A. Berch, (eds.), *African-Americans in the Spanish Civil War. This Ain't Ethiopia But It'll Do*, Boston, MA.: G.K. Hall, 1991.

Connolly, John, «The Uses of *Volksgemeinschaft*: Letters to the NSDAP Kreisleitung Eisenach, 1939-1940», *Journal of Modern History,* 68, 4 (1996).

Conway, Martin, y Peter Romijn, (eds.), *The War for Legitimacy in Politics and Culture 1936-1946*, Oxford: Berg, 2008.

Crome, Ilana, «Obituary: Leonard Crome», *The Psychiatrist,* 26 (2002).

Cruanyes, Josep, *El papers de Salamanca. L'espoliació del patrimoni documental de Catalunya*, Barcelona: Edicions 62, 2003.

Cruz, Rafael, «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia Soviética y la acción colectiva en España», en Cruz, Rafael, y Manuel Pérez Ledesma, (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid: Alianza, 1997.

Cruz, Rafael, *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid: Siglo XXI, 2006.

Cruz, Rafael, «El Sabor Fúnebre de la Política Española entre 1876 y 1940», en Casquete, Jesús, y Rafael Cruz (eds.), *Políticas de la muerte: Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Madrid: Catarata, 2009.

Cueva, Julio de la, «The Stick and the Candle: Clericals and Anticlericals in Northern Spain, 1898-1913», *European History Quarterly*, 26, 2 (abril de 1996).

Cueva, Julio de la, «Clericalismo y movilización católica durante la restauración», en De la Cueva, Julio, y Ángel Luis López Villaverde, (eds.), *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la restauración a la transición,* Cuenca: Universidad Castilla-La Mancha, 2005.

Cuevas, Tomasa, *Cárcel de mujeres (1939-1945),* Barcelona: Sirocco, 1986.

Deák, István, Jan T. Gross y Tony Judt (eds.), *The Politics of Retribution in Europe. World War II and Its Aftermath,* Princeton: Princeton University Press, 2000.
Delgado, Manuel, *Luces iconoclastas. Anticlericalismo, espacio y ritual en la España contemporánea,* Barcelona: Ariel, 2001.
Diéz Echarri, E., «El sistema de la Redención de Penas por el Trabajo. Sus fundamentos, su aplicación y sus consecuencias», *Revista de la Escuela de Estudios Penitenciarios*, 36 (marzo de 1948).
Dios Vicente, Laura de, «Control y represión en Zamora (1936-1939). La violencia vengadora ejecutada sobre el terreno», *Historia y Comunicación Social,* 7 (2002).
Douglas, Mary, *Purity and Danger*, Abingdon, Oxon: Routledge Classics, 2002. (Hay trad. cast.: *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid: Siglo XXI, 1991.)
Dulić, Tomislav, *Utopias of Nation: Local Mass Killings in Bosnia and Herzegovina, 1941-42*, Uppsala: Acta Universitatis Upsaliensis, 2005.
Durán Pastor, Miguel, *Sicut Oculi. Vigilantes y vigilados en la Mallorca de la posguerra 1941-1945*, Palma de Mallorca: Miquel Font, 1992.
Ealham, Chris, *Class, Culture and Conflict in Barcelona, 1898-1937*, Londres: Routledge/Cañada Blanch Centre, 2005 (Hay trad. cast.: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Barcelona: Alianza, 2005.)
Ealham, Chris, «Anarchism and Illegality in Barcelona, 1931-37», *Contemporary European History*, 4, 2, 1995.
Ealham, Chris, «La lluita pel carrer, els venedors ambulants durant la II República, *L'Avenç* 230, noviembre de 1998.
Ennis, Helen, *Margaret Michaelis*, *Love, Loss and Photography*, Port Melbourne, Victoria: National Gallery of Australia, 2005.
Ennis, Helen, Jordana Mendelson, *et al*., *Margaret Michaelis. Fotografía, vanguardia y política en la Barcelona de la República*, Valencia: IVAM, 1998.
Escudero Andújar, Fuensanta, *Lo cuentan como lo han vivido (república, guerra y represión en Murcia),* Murcia: Universidad de Murcia, 2000.
Espías Bermúdez, Ángel, «Memorias, Año 1936. Hechos acaecidos en Zamora y provincia», *Ebre 38. Revista Internacional de la guerra civil,* 2 (2003).
Espinosa Maestre, Francisco**,** *La justicia de Queipo (violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936): Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz*, Córdoba: Bibliofilia Montillana, Cofradía de la Viña y el Vino, 2000.
Espinosa Maestre, Francisco, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz,* Barcelona: Crítica, 2003.
Espinosa Maestre, Francisco, *La justicia de Queipo*, Barcelona: Crítica, 2005.
Espinosa Maestre, Francisco, *La guerra civil en Huelva,* 1.ª ed., Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1996; y 4.ª ed., Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2005.
Espinosa Maestre, Francisco, *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Barcelona: Crítica, 2006.
Espinosa, Francisco, «La memoria de la represión y la lucha por su reconocimiento: en torno a la creación de la comisión interministerial», en VV.AA., «Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 6 (2006).
Espinosa Maestre, Francisco, *Callar al mensajero. La represión franquista. Entre la libertad de información y el derecho al honor*, Barcelona: Península, 2009.

Espinosa Maestre, Francisco (ed.), *Violencia roja y azul. España 1936-1950,* Barcelona: Crítica, 2010.

Espinosa Maestre, Francisco, *Contra la República. Los «sucesos de Almonte» de 1932. Laicismo, integrismo y reforma agraria,* Sevilla: Aconcagua Libros, 2012.

Etkind, Alexander, «Post-Soviet Hauntology. Cultural Memory of the Soviet Terror», *Constellations,* 16, 1 (2009).

Evans, Richard J., *The Third Reich in Power 1933-1939*, Londres: Allen Lane, 2005. (Hay trad. cast.: *El Tercer Reich en el poder, 1933-1939*, Barcelona: Península, 2007.)

Evans, Richard J., «Coercion and Consent in Nazi Germany» (Raleigh Lecture on History, 2006), *Proceedings of the British Academy*, 151 (2007).

Evans, Richard J., *Rituals of Retribution. Capital Punishment in Germany 1600-1987*, Oxford: Oxford University Press, 1996.

Fitzpatrick, Sheila, y Robert Gellately, (eds.), *Accusatory practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, Chicago: University of Chicago Press, 1997.

Funder, Anna, *Stasiland. Stories from Behind the Berlin Wall,* Londres: Granta, 2003. (Hay trad. cast.: *Stasiland: Historias del otro lado del muro de Berlín*, Barcelona: Tempos, 2009.)

Ganier Raymond, Philippe, *El cartel rojo*, Tafalla: Txalaparta, 2008.

García de Consuegra Muñoz, Gabriel, Ángel López López, y Fernando López López, *La represión en Pozoblanco*, Córdoba: Francisco Baena, 1989.

García Delgado, J.L. (ed.), *El primer franquismo: España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid: Siglo XXI, 1989.

García Pérez, Rafael, «El envío de trabajadores españoles a Alemania durante la segunda guerra mundial», *Hispania*, 170 (1998).

Gellately, Robert, y Ben Kiernan, (eds.), *The Specter of Genocide. Mass Murder in Historical Perspective*, Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

Gerassi, John, *The Premature Antifascists: North American Volunteers in the Spanish Civil War, 1936-39: an Oral History*, Nueva York: Praeger, 1986.

Gerlach, Christian, *Extremely Violent Societies. Mass Violence in the Twentieth-Century World*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

Gerwarth, Robert, «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», *Past and Present*, 200 (2008).

Gemie, Sharif, «The Ballad of Bourg-Madame: Memory, Exile and the Spanish Republican Refugees of the *Retirada* of 1939», *International Review of Social History,* 51 (2006).

Gibson, Ian, *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca*, París: Ruedo Ibérico, 1971.

Gibson, Ian, *Paracuellos: cómo fue,* Barcelona: Argos Vergara, 1983.

Gibson, Ian, *Federico García Lorca. A Life*, Londres: Faber & Faber, 1989. (Hay trad. cast.: *Federico García Lorca,* Barcelona: Grijalbo, 1985-1987, 2 vols.)

Ginard i Ferón, David, *L'esquerra mallorquina i el franquisme*, Palma: Edicions Documenta Balear, 1994.

Ginard i Ferón, David, *Matilde Landa, De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*, Barcelona: Flor del Viento, 2005.

Gómez Bravo, Gutmaro, *La redención de penas. La formación del sistema penitenciario franquista, 1936-1950*, Madrid: Catarata, 2007.

Gómez Bravo, Gutmaro, *El exilio interior. Cárcel y represión en la España franquista*, *1939-1950*, Madrid: Taurus, 2009.

Gómez Bravo, Gutmaro, y Jorge Marco, *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*, Madrid: Península, 2011.

González Calleja, Eduardo, «La defensa armada del "orden social" durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)», en García Delgado, J.L. (ed.) *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio,* Madrid: Siglo XXI, 1991.

González Calleja, Eduardo, y Fernando del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las «guardias cívicas» en la España del siglo XX*, Madrid: CSIC, 1995.

González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid: CSIC, 1998.

González Calleja, Eduardo, *El Máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931),* Madrid: CSIC, 1999.

Graham, Helen, *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis 1936-1939*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991. (Hay trad. cast.: *El PSOE en la guerra civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939),* Barcelona: Debate (Random House-Mondadori), 2005.)

Graham, Helen, «"Against the State": a genealogy of the Barcelona May Days (1937)», *European History Quarterly,* 29, 4 (1999).

Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, Cambridge: Cambridge University Press, 2002. (Hay trad. cast.: *La República Española en Guerra*, Madrid: Debate [Random House-Mondadori], 2006.)

Graham, Helen, «New Myths for Old», *Times Literary Supplement*, 11 de julio de 2003.

Graham, Helen, *The Spanish Civil War. A Very Short Introduction*, Oxford: Oxford University Press, 2005. (Hay trad. cast.: *Breve historia de la guerra civil*, Madrid: Espasa Calpe, 2006.)

Graham, Helen, «Casado's Ghosts: Demythologizing the End of the Spanish Republic», *Bulletin of Spanish Studies*, 89, 7-8 (2012).

Graham, Helen, y Jo Labanyi (eds.), *Spanish cultural studies: an introduction: the struggle for modernity*, Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1995.

Graham, Helen y Alejandro Quiroga, «After the fear was over? What came after dictatorships in Spain, Greece and Portugal», en Stone, Dan (ed.), *The Oxford Handbook of Postwar European History*, Oxford: Oxford University Press, 2012.

Granja Fernández, Pilar de la, *Represión durante la guerra civil y la posguerra en la provincia de Zamora*, Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 2002.

Gross, Jan Tomasz, *Neighbours: the Destruction of the Jewish Community of Jedwabne*, Princeton: Princeton University Press, 2000. (Hay trad. cast.: *Vecinos: el exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona: Crítica, 2002.)

Gross, Jan Tomasz, *Fear. Anti-Semitism in Poland After Auschwitz: An Essay in Historical Interpretation*, Nueva York: Random House, 2007.

Hallward, Peter, *Badiou. A subject to truth*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003.

Harouni, Rahma, «Le débat autour du statut des étrangers dans les années 1930», *Le Mouvement Social*, 188 (1999).

Hayden, Robert M., «Recounting the Dead: The Rediscovery and Redefinition of Wartime Massacres in Late- and Post-Communist Yugoslavia», en Watson, Rubie S. (ed.), *Memory, History and Opposition under State Socialism*, Santa Fe, N.M.: School of American Research Press, 1994.

Hayden, Robert M., «Mass Killing and Images of Genocide in Bosnia, 1941-5 and 1992-5», en Stone, Dan (ed.), *The Historiography of Genocide*, Basingstoke: Palgrave Macmillan [2008], 2010, pp. 487-516.

Haynes, Michael, y Rumy Husan, *A Century of State Murder? Death and Policy in Twentieth-Century Russia*, Londres/Sterling, VA: Pluto Press, 2003.

Hernández Holgado, Fernando, *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941*, Madrid: Marcial Pons, 2003.

Holquist, Peter, «"Information is the Alpha and Omega of Our Work": Bolshevik Surveillance in its Pan-European Perspective», *Journal of Modern History,* 69, 3 (1997).

Holquist, Peter, «To count, to extract, to exterminate: population statistics and population politics in late Imperial and Soviet Russia», en Martin, Terry, y Ronald Grigor Suny (eds.), *A State of Nations. Empire and Nation-Making in the Age of Lenin and Stalin*, Nueva York: Oxford University Press, 2001.

Horkheimer, Max, y Theodor Adorno, *Dialectics of Enlightenment,* Londres: Verso Editions, 1979. (Hay trad. cast.: *Dialéctica de la ilustración*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1999.)

Iturralde, Juan de, *La guerra de Franco, los vascos y la Iglesia,* 2 vols., San Sebastián: Publicaciones del Clero Vasco, 1978.

Izquierdo Martín, Jesús, y Pablo Sánchez León, *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros,* Madrid: Alianza, 2006.

Jackson, Angela, *Beyond the Battlefield. Testimony, Memory and Remembrance of a Cave Hospital in the Spanish Civil War,* Pontypool: Warren and Pell, 2005.

Jackson, Angela, «*For us it was Heaven». The passion, grief and fortitude of Patience Darton, from the Spanish Civil War to Mao's China,* Eastbourne: Sussex Academic Press, 2012. (Hay trad. cast.: *Para nosotros era el cielo: pasión, dolor y fortaleza de Patience Darton: de la Guerra Civil española a la China de Mao,* Esplugues de Llobregat, Barcelona: San Juan de Dios, Campus Docent, 2012).

Jackson, Gabriel, *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1965.

Jackson, Julian, *France. The Dark Years, 1940-1944*, Oxford: Oxford University Press, 2001.

Jensen, Geoffrey, *Irrational Triumph: Cultural despair, Military Nationalism, and the Ideological Origins of Franco's Spain*, Reno y Las Vegas: University of Nevada Press, 2002.

Jones, Adam, «Gender and Genocide», en Stone, Dan (ed.), *The Historiography of Genocide*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010.

Juárez, Javier, *Comandante Durán. Leyenda y tragedia de un intelectual en armas*, Barcelona: Debate, 2009.

Judt, Tony, *Postwar. A History of Europe since 1945,* Londres: Heinemann, 2005. (Hay trad. cast.: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid: Taurus, 2006.)

Juliá, Santos (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid: Temas de Hoy, 1999.

Kershaw, Ian, «War and Political Violence in Twentieth-Century Europe», *Contemporary European History*, 14, 1 (2005).

Kovel, Joel, *Red Hunting in the Promised Land. Anticommunism and the Making of America,* Nueva York: Basic Books, 1994.

Kühne, Thomas, *Belonging and Genocide. Hitler's Community 1918-1945,* New Haven, CT: Yale University Press, 2010.

Kalyvas, Stathis, N., *The Logic of Violence in Civil War,* Cambridge: Cambridge University Press, 2006. (Hay trad. cast.: *La lógica de la violencia en la guerra civil,* Tres Cantos [Madrid]: Akal, 2010.)

Labanyi, Jo, «Women, Asian Hordes and the Threat to the Self in Giménez Caballero's *Genio de España*», *Bulletin of Hispanic Studies,* LXXIII (1996).

Lafuente, Isaías, *Esclavos por la patria. La explotación de los presos bajo el franquismo,* Madrid: Temas de Hoy, 2002.

Lama, José María, *Una biografía frente al olvido: José González Barrero, Alcalde de Zafra en la Segunda República*, Badajoz: Diputación de Badajoz, 2000.

Lanero Táboas, Mónica, *Una milicia de la justicia. La política judicial del franquismo (1936-1945),* Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1996.

Langenbancher, Nora, y Britta Schellenberg, (eds.), *Is Europe on the «right» path? Right-wing extremism y right-wing populism in Europe*, Berlín: Fundación Friedrich Ebert, 2011.

Lannon, Frances, *Privilege, Persecution and Prophecy. The Catholic Church in Spain 1875-1975*, Oxford: Clarendon Press, 1987. (Hay trad. cast.: *Privilegio, persecución y profecía: la Iglesia Católica en España***,** Madrid: Alianza, 1990.)

Ledesma, José Luis, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil,* Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2003.

Leitz, Christian, «Nazi Germany and Francoist Spain, 1936-1945», en Balfour, Sebastian, y Paul Preston, (eds.), *Spain and the Great Powers in the Twentieth Century*, Nueva York: Routledge, 1999. (Hay trad. cast.: *España y las grandes potencies en el siglo XX,* Barcelona: Crítica, 2002.)

Lincoln, Bruce, «Revolutionary Exhumations in Spain, July 1936», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 27, n.º 2 (abril de 1985).

Lindquist, Sven, *Exterminate All the Brutes*, Londres: Granta, 2002.

Lindquist, Sven, *Desert Divers*, Londres: Granta, 2002.

Lindsey, Rose, «From atrocity to data: historiographies of rape in Former Yugoslavia and the gendering of genocide»*, Patterns of Prejudice,* 36, 4 (2002).

López Villaverde, Ángel Luis, e Isidro Sánchez Sánchez, *Honra, agua y pan. Un sueño comunista de Cipriano López Crespo (1934-1938)*, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2004.

Lowe, Sid, *Catholicism, War and the Foundation of Francoism. The Juventud de Acción Popular in Spain*, Brighton: Sussex Academic Press, 2010.

Lowenthal Felstiner, Mary, *To Paint Her Life. Charlotte Salomon in the Nazi Era*, Berkeley y Los Ángeles/Londres: University of California Press,1997.

Lustiger, Arno, *«Shalom Libertad». Les Juifs dans la guerre d'Espagne*, París: Editions du Cerf, 1991. (Hay trad. cast.: ¡*Shalom Libertad!: judíos en la guerra civil española*, Barcelona: Flor del Viento, 2001.)

Macías, Santiago, y Emilio Silva, *Las fosas de Franco: los republicanos que el dictador dejó en la cuneta*, Madrid: Temas de Hoy, 2006.

Marco, Jorge, *Hijos de una guerra. Los hermanos Quero y la resistencia antifranquista*, Granada: Comares, 2010.

Mariani, Laura, *Quelle dell'Idea. Storie di detenute politiche, 1927-1948*, Bari: De Donato, 1982.

Marín Arce, José María, «Diez años de Gobierno del PSOE (1982-1992)», *Espacio, tiempo y forma*. *Serie V, Historia contemporánea,* 13 (2000).

Martín Barrio, Adoración, María de los Ángeles Sampedro Talabán y María Jesús Velasco Marcos, «Dos formas de violencia durante la guerra civil. La represión en Salamanca y la resistencia armada en Zamora», en Aróstegui, Julio (coord.), *Historia y memoria de la guerra civil,* 3 vols., II, Valladolid: Junta de Castilla y León, 1988.

Mateos, Miguel Ángel, *La República en Zamora (1931-1936). Comportamiento político electoral en una sociedad tradicional,* Zamora: IEZ Florián de Ocampo, 1995.

Mazower, Mark, *Dark Continent. Europe's Twentieth Century,* Londres: Penguin, 1998. (Hay trad. cast.: *La Europa Negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona: Ediciones B, 2001.)

Mazower, Mark (ed.), *After the war was over. Reconstructing the family, nation, and state in Greece, 1943-1960*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 2000.

Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece. The Experience of Occupation 1941-1944*, New Haven y Londres: Yale University Press, 2001.

McLellan, Josie, *Antifascism and Memory in East Germany. Remembering the International Brigades 1945-1989*, Oxford: Clarendon, 2004.

Merridale, Catherine, *Death and Memory in Russia*, Londres: Granta, 2000.
Mir, Conxita, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida: Milenio, 2000.
Moa, Pío, «La sociedad homosexual. El feminismo como ideología», en *La sociedad homosexual y otros ensayos*, Madrid: Criterio Libros, 2001.
Molinero, Carme, y Pere Ysàs, *El règim franquista. Feixisme, modernització i consens*, Vic: Eumo, 1992.
Molinero, Carme, *et al.* (eds.), *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona: Crítica, 2003.
Molins i Fábrega, N., y Josep Bartolí, *Campos de concentración, 1939-194…,* México DF: Iberia, 1944.
Montellà, Assumpta, *La Maternitat d'Elne. Bressols dels exiliats,* Barcelona: Ara Llibres, 2005.
Montero Moreno, Antonio, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, Madrid: Biblioteca de los Autores Cristianos, 1961.
Moreno Garrido, Ana, *Historia del turismo español en el siglo XX*, Madrid: Síntesis, 2007.
Moreno Gómez, Francisco, *La guerra civil en Córdoba*, Madrid: Alpuerto, 1985.
Moreno Gómez, Francisco, *Córdoba en la posguerra (La represión y la guerrilla, 1939-1950),* Córdoba: Francisco Baena, 1987.
Moreno Gómez, Francisco, «La represión en la España campesina», en García Delgado, J.L. (ed.), *El primer franquismo: España durante la segunda guerra mundial*, Madrid: Siglo XXI, 1989.
Morente Valero, Francisco, *La escuela y el Estado nuevo. La depuración del magisterio nacional*, Barcelona: Ámbito, 1997.
Mulaj, Klejda, *Politics of Ethnic Cleansing. Nation-State Building and Provision of In/Security in Twentieth-Century Balkans*, Nueva York: Lexington Books, 2008.
Negrín Fajardo, Olegario, «Los expedientes de depuración de los profesores de instituto de segunda enseñanza resueltos por el Ministerio de Educación Nacional (1937-1943)», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea,* 7 (2007).
Nelles, Dieter, Harald Piotrowski, Ulrich Linse, y Carlos García, *Antifascistas alemanes en Barcelona (1933-1939). El grupo DAS, sus actividades contra la red nazi y en el frente de Aragón*, Barcelona: Sintra, 2010.
Nelson, Cary, *The Aura of the Cause*, Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1997.
Nelson, Cary, y Jefferson Hendricks, (eds.), *Madrid 1937. Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War,* Nueva York y Londres: Routledge, 1996.
Nerín, Gustau, *La guerra que vino de África*, Barcelona: Crítica, 2005.
Nuñez Diaz-Balart, Mirta, y Antonio Rojas Friend, *Consejo de guerra. Los fusilamientos en el Madrid de la posguerra (1939-1945)*, Madrid: Compañía Literaria, 1997.
Olmedo Alonso, Ángel, *Llerena 1936. Fuentes orales para la recuperación de la memoria histórica,* Badajoz: Diputación de Badajoz, 2010.
Ortiz Heras, Manuel, *Violencia política en la II República y el primer franquismo*, Madrid: Siglo XXI, 1996.
Passerini, Luisa, *Memory and Totalitarianism*, Oxford: Oxford University Press, 1992.
Passerini, Luisa, *Europe in Love. Love in Europe. Imagination and Politics in Britain between the Wars*, Londres: I.B. Tauris, 1999.
Paxton, Robert, *Vichy France. Old Guard and New Order, 1940-1944*, Nueva York: Knopf, 1972. (Hay trad. cast.: *La Francia de Vichy. Vieja guardia y Nuevo Orden*, 1940-1944, Barcelona: Noguer, 1974.)
Paz, Abel, *Durruti en la revolución española*, Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo, 1996.

Pérez Díaz, Victor, *The Return of Civil Society,* Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1993. (Ed. en castellano: *La primacía de la sociedad civil: el proceso de formación de la España democrática*, Madrid: Alianza, 1993.)

Petrou, Michael, *Renegades. Canadians in the Spanish Civil War,* Vancouver: UBC Press, 2008.

Pick, Daniel, *Faces of Degeneration*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

Pike, David Wingeate, *¡Vae Victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia 1939-1944,* París: Ruedo Ibérico, 1969.

Pike, David Wingeate, *In the Service of Stalin. The Spanish Communists in Exile 1939-1945*, Oxford: Clarendon Press, 1993.

Pike, David Wingeate, *Spaniards in the Holocaust. Mauthausen, the horror on the Danube*, Routledge/Cañada Blanch Studies on Contemporary Spain, 2000. (Edición actualizada en castellano: *Españoles en el holocausto. Vida y muerte de los republicanos en Mauthausen*, Barcelona: Mondadori, 2003.)

Pike, David Wingeate, *France Divided. The French and the Civil War in Spain*, Brighton: Sussex Academic Press, 2011.

Pons Prades, Eduardo, *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial,* Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.

Popov, Nebojša (ed.), The Road to War in Serbia. Trauma and Catharsis, Budapest: Central European University Press, 2000.

Prada Rodríguez, Julio, *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*, Madrid: Alianza, 2010.

Preston, Paul, *The Triumph of Democracy in Spain*, Londres: Routledge, 1990. (Hay trad. cast.: *El triunfo de la democracia en España,* 1.ª ed, Esplugues de Llobregat, Barcelona: Plaza y Janés, 1986.)

Preston, Paul, *Franco. A Biography*, Londres: Harper Collins, 1993. (Hay trad. cast.: *Franco: Caudillo de España*, 1.ª ed., Barcelona: Grijalbo, 1994.)

Preston, Paul, *The Politics of Revenge. Fascism and the Military in 20th Century Spain,* Londres: Routledge, 1995 (1.ª ed.1990). (Hay trad. cast.: *La política de la venganza: el fascismo y el militarismo en la España del siglo XX,* 1.ª ed., Barcelona: Península, 1997.)

Preston, Paul, *Comrades*, Londres: Harper Collins, 1999 (Hay trad. cast.; *Las tres Españas del 36*, 1.ª ed., Barcelona: Plaza y Janés, 1998.)

Preston, Paul, *Doves of War. Four Women of Spain*, Londres: Harper Collins, 2002 (Hay trad. cast.: *Palomas de Guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico,* 1.ª ed., Barcelona: Plaza y Janés, 2001),

Preston, Paul, *We Saw Spain Die. Foreign Correspondents in the Spanish Civil War*, Londres: Constable, 2008. (Hay trad. cast.: *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Barcelona: Debate [Random HouseMondadori], 2008.)

Preston, Paul, *The Spanish Holocaust. Inquisition and Extermination in Twentieth-Century Spain*, Londres: Harper Collins, 2012. (Hay trad. cast.: *El Holocausto español: Odio y exterminio en la guerra civil y después*, Barcelona, Debate [Random House Mondadori], 2011.)

Preston, Paul, «Two doctors and one cause: Len Crome and Reginald Saxton in the International Brigades», *International Journal of Iberian studies,* 19, 1 (agosto de 2006).

Quiroga, Alejandro, *Making Spaniards. Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30,* Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2007. (Hay trad. cast.: *Haciendo españoles: la nacionalización de las masas en la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.)

Quiroga, Alejandro, y Miguel Ángel del Arco Blanco, (eds.), *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras,* Granada: Comares, 2010.

Raguer, Hilari, *Gunpowder and Incense. The Catholic Church and the Spanish Civil War,* Routledge/Cañada Blanch Studies on Contemporary Spain, 2007. (Hay trad. cast.: *La pólvora y el incienso: la Iglesia y la Guerra Civil Española*, Barcelona: Península, 2001.)
Reig Tapia, Alberto, *Ideología e Historia (sobre la represión franquista y la guerra civil)*, Torrejón de Ardoz, Madrid: Akal, 1986.
Reig Tapia, Alberto, *Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu*, Madrid: Alianza, 1999.
Richards, Michael, *A Time of Silence. Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998. (Hay trad. cast.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona: Crítica, 1999.)
Richards, Michael, *After the Civil War: Memory and the Shaping of Spanish Society since 1936*, Cambridge: Cambridge University Press, de próxima publicación (2013).
Richards, Michael, «Biology and Morality in the Spanish Civil War: Psychiatrists, Revolution and Women Prisoners in Málaga», *Contemporary European History*, (noviembre de 2001).
Richards, Michael, «Between memory and history: Social relationships and ways of remembering the Spanish civil war», *International Journal of Iberian Studies,* 19, 1 (2006).
Richards, Michael, «Grand narratives, collective memory, and social history: public uses of the past in post-war Spain», en Jerez-Farrán, Carlos, y Samuel Amago, (eds.), *Unearthing Franco's Legacy. Mass graves and the recovery of historical memory in Spain,* University of Notre Dame Press, 2010.
Ripa, Yannick, «La tonte purificatrice des republicaines pendant la guerre civile espagnole», *Identités fémenines et violences politiques (1936-1946). Les cahiers de l'Institut d'Histoire du temps présent*, n.º 31 (octubre de 1995).
Risques, Manuel Corbella, «Dictadura y rebelión militar 1936-1968», *Les presons de Franco*, Barcelona: Generalitat de Catalunya/Museu d'Història de Catalunya, 2004.
Rodrigo, Javier, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista 1936-1947*, Barcelona: Crítica, 2005.
Rodrigo, Javier, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid: Alianza, 2008.
Rodríguez, Clemente, «Ventajas de los penados trabajadores en los Destacamentos», *Revista de la Escuela de Estudios Penitenciarios*, 37 (abril de 1948).
Rodríguez Jiménez, José Luis, *Los esclavos españoles de Hitler,* Barcelona: Planeta, 2002.
Rodríguez Sánchez, Gregorio, *El hábito y la cruz: religiosas asesinadas en la guerra civil española*, Madrid: Edibesa, 2006.
Rohr, Isabelle, «The use of antisemitism in the Spanish Civil War», *Patterns of Prejudice,* 37, 2 (2003).
Rohr, Isabelle, *The Spanish Right and the Jews 1898-1945. Antisemitism and Opportunism*, Brighton: Sussex Academic Press, 2007. (Hay trad. cast.: *La derecha española y los judíos, 1898-1945, Antisemitismo y oportunismo*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2010.)
Roig, Montserrat, *Noche y niebla. Los catalanes en los campos nazis,* Barcelona: Península, 1978.
Romero Salvadó, Francisco, *Spain 1914-1918. Between War and Revolution,* Londres: Routledge, 1999. (Hay trad. cast.: *España, 1914-1919: entre la guerra y la revolución*, Barcelona: Crítica, 2002.)
Romero Salvadó, Francisco, y Angel Smith, (eds.), *The Agony of Spanish Liberalism: From Revolution to Dictatorship, 1913-1923*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010.
Rosenstone, Robert A., *Crusade of the Left. The Lincoln Battalion in the Spanish Civil War,* Nueva York: Pegasus, 1969.
Rousso, Henri, *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours,* París: Éditions de Seuil, 1990.

Ruiz, David, Isidro Sánchez y Manuel Ortiz (eds.), *España franquista: causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1993.

Ruiz, Julius, *Franco's Justice. Repression in Madrid after the Spanish Civil War*, Oxford: Clarendon Press (Oxford Historical Monographs), 2005. (Hay trad. cast.: *La justicia de Franco: la represión en Madrid tras la guerra civil*, Barcelona: RBA, 2012.)

Ruiz González, Cándido, y Juan Andrés Blanco Rodríguez, «La represión en la provincia de Zamora durante la guerra civil y el franquismo», en Berzal de la Rosa, Enrique (coord.), *Testimonio de voces olvidadas*, II, Valderas, León: Fundación 27 de Marzo, 2007.

Ruiz González, Cándido, Pilar de la Granja Fernández y Eduardo Martín González, «Un largo período de represión», en Blanco Rodríguez, Juan Andrés (ed.), *A los 70 años de la Guerra Civil española: actas del Encuentro celebrado en Zamora, 21 y 22 de diciembre de 2006*, Zamora: Centro de la UNED de Zamora, 2010.

Sabín, José Manuel, *Prisión y muerte en la España de la postguerra*, Madrid: Muchnik, 1996.

Sabín, José Manuel, «Control y represión», en Requena Gallego, Manuel (coord.), *Castilla-La Mancha en el franquismo*, Ciudad Real: Biblioteca Añil, 2003.

Sackman, Sarah, «La política de identidad de los judeoamericanos en la guerra civil española», *La Guerra Civil Española 1936-1939. Congreso Internacional*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008.

Salomón Chéliz, María Pilar, *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002.

Salzman, Todd A., «Rape camps as a means of ethnic cleansing», *Human Rights Quarterly*, 20, 2 (1998).

Sánchez Recio, Glicerio, *La República contra los rebeldes y los desafectos. La represión económica durante la guerra civil,* Alicante: Universidad de Alicante, 1991.

Sánchez Ruano, Francisco, *Islam y guerra civil española. Moros con Franco y con la República*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2004.

Sánchez Sánchez, Isidro, «El pan de los Fuertes. La «buena prensa» en España», en Cueva, Julio de la, y Ángel Luis López Villaverde, (eds.), *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la restauración a la transición,* Cuenca: Universidad Castilla-La Mancha, 2005.

Sánchez Tostado, Luis Miguel, *Víctimas. Jaén en guerra (1936-1950)*, Jaén: Ayuntamiento de Jaén, 2005.

Sanchidrián Blanco, Carmen, Isabel Grana Gil, y Francisco Martín Zúñiga, «Análisis y valoración de los expedientes de depuración del profesorado de Instituto de Segunda Enseñanza en el franquismo (1936-1942). Resultados generales», *Revista de Educación*, 356 (septiembre-diciembre de 2011).

Schinkel, Willem, *Aspects of Violence*. *A Critical Theory,* Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010.

Scott, James C., *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, New Haven, CT.: Yale University Press, 1990. (Hay trad. cast.: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Navarra y México D.F.: Txalaparta y Era, 2003.)

Shindler, Colin, «No pasarán. The Jews who fought in Spain», *Jewish Quarterly*, 33, 3 (1986).

Shore, Marci, *Caviar and Ashes. A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism 1918-1968*, New Haven y Londres: Yale University Press, 2006.

Simeón Riera, José Daniel, *Entre la rebel·lia i la tradició (Llíria durant la República y la Guerra Civil, 1931-1939),*Valencia: Diputació de València, 1993.

Skoutelsky, Rémi, *Novedad en el frente*. *Las brigadas internacionales en la guerra civil*, Madrid: Temas de Hoy, 2006.

Skoutelsky, Rémi, *L'espoir guidait leurs pas. Les volontaires français dans les Brigades internationales 1936-1939*, París: Grasset, 1998.

Skoutelsky, Rémi, y Michel Lefebvre, *Les Brigades Internationales. Images Rétrouvées*, París: Éditions du Seuil, 2003. (Hay trad. cast.: *Las brigadas internacionales: imágenes recuperadas*, Barcelona: Lunwerg, 2004.)

Snyder, Timothy, *Bloodlands. Europe Between Hitler and Stalin*, Londres: The Bodley Head, 2010.

Sofsky, Wolfgang, *The Order of Terror. The Concentration Camp*, Princeton: Princeton University Press, 1997.

Solé i Sabaté, Josep, *La repressió franquista a Catalunya 1938-1953,* Barcelona: Edicions 62, 1985.

Solé i Sabaté, Josep, y Joan Villarroya i Font, *L'ocupació militar de Catalunya, març 1938-febrer 1939*, Barcelona: L'Avenç, 1987.

Solé i Sabaté, Josep, y Joan Villarroya i Font, *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939),* Barcelona: PAM, 1989.

Soo, Scott, «Putting memory to work: A comparative study of three associations dedicated to the memory of the Spanish republican exile in France», en Altink, Henrice y Sharif Gemie (eds.), *At the Border: Margins and Peripheries in Modern France,* Cardiff: University of Wales Press, 2007.

Soo, Scott, *The Routes to Exile. Spanish Civil War Refugees and their Hosts in South-Western France*, University of Wales Press, en prensa.

Southworth, Herbert R., *El mito de la cruzada de Franco*, París: Ruedo Ibérico, 1963.

Southworth, Herbert R, *Conspiracy and the Spanish Civil War. The Brainwashing of Francisco Franco*, Londres y Nueva York: Routledge, 2002. (Hay trad. cast.: *El lavado de cerebro de Francisco Franco: Conspiración y guerra civil*, Barcelona: Crítica, 2000.)

Souto, Sandra, «Taking the street: workers' youth organisations and political conflict in the Spanish Second Republic», *European History Quarterly*, 34/2 (2004).

Stein, Louis, *Beyond Death and Exile. The Spanish Republicans in France 1939-1955*, Cambdridge MA: Harvard University Press, 1979. (Hay trad. cast.: *Más allá de la muerte y del exilio: los republicanos españoles en Francia (1939-1945)*, Esplugues de Llobregat (Barcelona): Plaza y Janés, 1983.)

Stoler, Ann Laura (ed.), *Haunted by Empire. Geographies of Intimacy in North American History*, Durham y Londres: Duke University Press, 2006.

Stone, Dan, «The «Final Solution»: a German or European Project?», en Stone, Dan, *Histories of the Holocaust*, Oxford: Oxford University Press, 2010.

Suárez, A., y Colectivo '36, *El libro blanco sobre las cárceles franquistas 1939-1976,* París: Ruedo Ibérico, 1976.

Susmel, Duilio, *Vita sbagliata di Galeazzo Ciano,* Milán: Aldo Palazzi Editore, 1962.

Sweets, John, F., *Choices in Vichy France. The French under Nazi Occupation*, Oxford: Oxford University Press, 1994.

Taussig, Michael, *The Magic of the State*, Londres/Nueva York: Routledge, 1997.

Taussig, Michael, *Law in a Lawless Land. Diary of a Limpieza in Columbia*, University of Chicago Press, 2003.

Theweleit, Klaus, *Male Fantasies* (vol. 1, *Women, Floods, Bodies, History*), Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.

Thomas, Hugh, *The Spanish Civil War,* Londres: Hamish Hamilton, 1977, 3.ª ed. (1.ª ed. en castellano, *La Guerra civil española*, París: Ruedo Ibérico, 1961)

Thomas, Maria, «The front line of Albion's perfidy. Inputs into the making of British policy towards Spain. The racism and snobbery of Norman King», *International Journal of Iberian Studies,* 20, 2 (julio de 2007).

Thomas, Maria, «Disputing the Public Sphere: Anticlerical Violence, Conflict and the Sacred Heart of Jesus. April 1931-July 1936», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* 33 (2011).

Thomas, Maria, «"We have come to place you at liberty and to burn the convent": Masculinity, Sexuality and Anticlerical Violence during the Spanish Civil War», *Abraham Lincoln Brigade Archive*, George Watt Memorial Essay Prize 2011 (http://albavolunteer.org/2011/12/masculi nity-sexuality-and-anticlerical-violence-during-the-scw/).

Thomas, Maria, *The Faith and the Fury. Popular Anticlerical Violence and Iconoclasm in Spain, 1931-1936*, Brighton: Sussex Academic Press, 2012.

Thomas, Maria, «The Faith and the Fury: The Construction of Anticlerical Collective Identities in Early Twentieth-Century Spain», *European History Quarterly*, 43 (2013).

Timmons, Stuart, *The Trouble with Harry Hay. A Biography*, Boston: Alyson Publications, 1990.

Torres, Francesc, *Dark is the room where we sleep/Oscura es la habitación donde dormimos*, Nueva York y Barcelona: Actar, 2007 (edición en inglés y en castellano).

Tortella, Gabriel, *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid: Alianza, 1994.

Tortella, Gabriel, *Spain. An Economic History*, Cambridge, MA.: Harvard University Press, 2000.

Tucker, Jennifer y Campt, Tina, «Entwined Practices: Engagements with Photography in Historical Inquiry», *History and Theory,* Theme Issue, 48 (diciembre de 2009).

Ugarte Tellería, Javier, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.

Vázquez Montalbán, Manuel, *Crónica sentimental de España,* Barcelona: DeBolsillo, 2003 (artículos publicados originalmente en *Triunfo*, primera edición como libro en 1969).

Vázquez Montalbán, Manuel, *Barcelonas*, Londres: Verso, 1992 (ed. en castellano, *Barcelonas*, Barcelona: Empúries, 1990).

Vilanova i Vila-Abadal, Francesc, *Repressió política i coacció econòmica. Les responsabilitats polítiques de republicans i conservadors catalans a la postguerra (1939-1942),* Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999.

Villegas, Jean-Claude, *Plages d'Exil. Les camps de refugiés espagnols en France - 1939*, s.l.: BDIC, 1989-

Vincent, Mary, *Catholicism in the Second Spanish Republic. Religion and Politics in Salamanca 1930-1936,* Oxford: Clarendon Press, 1996.

Vincent, Mary, «The Martyrs and the Saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade», *History Workshop Journal*, 47 (1999).

Vincent, Mary, «The Keys to the Kingdom: Religious Violence in the Spanish Civil War», en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *The Splintering of Spain: Cultural History and the Spanish Civil War*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005. (Hay trad. cast.: *España fragmentada: historia cultural y guerra civil española, 1936-1939*, Granada: Comares, 2010.)

Vincent, Mary, *Spain 1833-2002. People and State*, Oxford: Oxford University Press, 2007.

Vinyes, Ricard, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Madrid: Temas de Hoy, 2002.

Vinyes, Ricard, «El universo penitenciario durante el franquismo», en Molinero, Carme, *et al.* (eds.), *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona: Crítica, 2003.

Vinyes, Ricard, *El daño y la memoria. Las prisiones de María Salvo*, Barcelona: Plaza & Janés, 2004.

Vinyes, Ricard, Montse Armengou y Ricard Belis, *Los niños perdidos del franquismo*, Barcelona: Plaza & Janés, 2002.

Viñas, Ángel, *La soledad de la República: el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona: Crítica, 2006.
Viñas, Ángel, *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo,* Barcelona: Crítica, 2007.
Viñas, Ángel, *El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin,* Barcelona: Crítica, 2009.
Viñas, Ángel y Hernández Sánchez, Fernando, *El desplome de la República*, Barcelona: Crítica, 2009.
Virgili, Fabrice, *Shorn Women. Gender and Punishment in Liberation France*, Oxford/Nueva York: Berg, 2002.
Wachsmann, Nikolaus, *Hitler's Prisons. Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven/Londres: Yale University Press, 2004.
Wagner, Sarah E., *To Know Where He Lies: DNA Technology and the Search for Srebrenica's Missing,* Berkeley: University of California Press, 2008.
Wald, Alan, *Exiles from a Future Time. The Forging of the Mid-Twentieth- Century Left*, Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, 2002.
Wald, Alan M., *The Literary Left and the Antifascist Crusade*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2007.
Webster, Justin, «El valle de Dios», en *Granta en español*. Issue 1 (número monográfico: *El silencio en boca de todos*), pp. 134-159.
Weiner, Amir, *Landscaping the Human Garden*, California: Stanford University Press, 2003.
Weiner, Amir (ed.), *Modernity and Population Management*, California: Stanford University Press, 2003.
Weiss, Gordon, *The Cage. The Fight for Sri Lanka and the Last Days of the Tamil Tigers*, Londres: The Bodley Head, 2011.
Werth, Nicolas, «The Crimes of the Stalin Regime: Outline for an Inventory and Classification», en Stone, Dan (ed.) *The Historiography of Genocide*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010.
Whelan, Richard, *Robert Capa: a biography*, Londres: Faber, 1985. (Hay trad. cast.: *Robert Capa: la biografía*, Madrid: Aldeasa, 2003.)
Young, Cynthia (ed.), *The Mexican Suitcase. The Rediscovered Spanish Civil War Negatives of Capa, Chim and Taro*, Nueva York: ICP/Gotinga: Steidl, 2010, vol. 2. (Hay trad. cast.: *La maleta mexicana: las fotografías redescubiertas de la guerra civil española de Capa, Chim y Taro*, Madrid: La Fábrica, 2011.)
Zaagsma, Gerben, «"Red Devils": the Botwin Company in the Spanish Civil War», *East European Jewish Affairs,* 33, 1 (2003).
Zemon Davis, Natalie, «The Rites of Violence: Religious Riot in Sixteenth-Century France», *Past and Present,* 59, 1 (mayo de 1973).

NOVELAS, CUENTOS CORTOS, POESÍA

Afrika, Tatamkhulu, *Bitter Eden*, Londres: Arcadia, 2002.
Aragon, Louis, *Le roman inachevé*, París: Gallimard, 1956.
Aragon, Louis, *La Mise à mort,* París: Gallimard, 1965.

Aub, Max, *El laberinto mágico*, 6 vols. (*Campo cerrado*; *Campo abierto*; *Campo de sangre*; *Campo francés*; *Campo del moro*; *Campo de los almendros*), Madrid: Punto de Lectura, 2003-2004 (1.ª ed. México, 1943-1968).

Auden, Wystan H., *The Age of Anxiety. A Baroque Eclogue*, Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2011.

Barea, Arturo, *The Forging of a Rebel,* 3 vols. *(The Forge; The Track; The Clash,* Londres: Granta, 2001, 1.ª ed. 1941-1946). **(**Hay trad. cast.: *La forja de un rebelde*, México D.F.: Ediciones Montjuich, 1959.)

Cercas, Javier, *Soldados de Salamina*, Barcelona: Tusquets Editores, 2001.

Delibes, Miguel, *Los santos inocentes*, Barcelona: Planeta, 1981.

Castillo, Michel del, *Tanguy, Histoire d'un enfant d'aujourd'hui*, París: Gallimard, 1957. (Hay trad. cast.: *Tanguy. Historia de un niño de hoy,* Vitoria: Ikusager, 1999.)

Fast, Howard, *Departure and Other Stories*, Boston: Little Brown and Co., 1949.

Jergović, Miljenko, *Sarajevo Marlboro*, Londres: Penguin, 1997.

Malraux, André, *L'Espoir,* París: Gallimard, 1971. (Hay trad. cast.: *La esperanza*, Barcelona: Edhasa, 1978.)

Mariani, Diego, *New Finnish Grammar*, Sawtry, Cambs: Dedalus, 2011.

Marsé, Juan, *Si te dicen que caí*, México: Novaro, 1973; España: Seix Barral, 1976.

Marsé, Juan, *Un día volveré*, Barcelona: Plaza y Janés, 1982.

Mehmedinović, Semezdin, *Sarajevo Blues*, San Francisco: City Lights Books, 1998.

Modiano, Patrick, *La place de l'étoile*, París: Gallimard, 1968. (Hay trad. cast.: *El lugar de la estrella*, Barcelona: Alcor, 1989.)

Modiano, Patrick, *Dora Bruder,* Berkeley y Los Angeles, Ca./Londres: University of California Press, 1999 1971. (Hay trad. cast.: *Dora Bruder,* Barcelona, Seix Barral, 1999.)

Müller, Herta, *The Land of Green Plums*, Londres: Granta, 1996. Edición original en alemán: *Herztier*, Hamburg: Rowohlt Verlag, 1993.

Ondaatje, Michael, *Anil's Ghost,* Londres: Bloomsbury, 2000. (Hay trad. cast.: *El fantasma de Anil*, Barcelona: Destino, 2001.)

Radnóti, Miklós*, Forced March*, Londres: Enitharmon, 2003.

Rolfe, Edwin, *Collected Poems* (edición a cargo de Nelson, Cary y Hendricks, Jefferson), Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1993.

Rosa, Isaac, *El vano ayer*, Barcelona: Seix Barral, 2004.

Roth, Joseph, *Hotel Savoy*, Londres: Granta, 2000 (escrito en 1923). (Hay trad. cast.: *Hotel Savoy*, Barcelona: Laertes, 1985.)

Saura, Carlos, *¡Esa luz!*, Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1995.

Scott Fox, Lorna, «Double duty», *London Review of Books,* 25, 10 (2003)

Sebald, Winfried Georg, *The Emigrants*, Londres: The Harvill Press, 1996.

Sebald, Winfried Georg, *Austerlitz*, Londres: Penguin, 2002. (Hay trad. cast.: *Austerlitz*, Barcelona: Edicions 62, 2003.)

Semprún, Jorge, *Veinte años y un día*, Barcelona: Tusquets, 2003.

Serge, Victor, *The Long Dusk,* Nueva York: The Dial Press, 1946.

Toller, Ernst, *The Swallow-Book-Das Schwalbenbuch*, Londres: Humphrey Milford, 1924.

Torres, Maruja, *Un calor tan cercano*, Madrid: Alfaguara, 1998.

Vázquez-Rial, Horacio, *El soldado de porcelana*, Barcelona: Ediciones B, 1997

Yourcenar, Margaret, *Coup de Grace*, Henley-on-Thames: Aidan Ellis, 1983. (Hay trad. cast.: *El tiro de gracia*, Madrid: Alfaguara, 1985.)

Películas, documentales y programas de radio

Armengou, Montse, y Ricard Belis, *Els nens perduts del franquisme* (España, 2002).
Armengou, Montse, *¡Devolvedme a mi hijo*! (España, 2011).
Camino, Jaime, *Las largas vacaciones del 36* (España, 1976).
Channel 4, *Sri Lanka's Killing Fields* (2011).
García-Lorca de los Ríos, Laura, en BBC Radio 4, «Taking a Stand: Federico García Lorca and the Bones of the Past» (presentado por Fergal Keane), 3 de febrero de 2009.
Guédiguian, Robert, *The Army of Crime* (Francia, 2009).
Haneke, Michael, *The White Ribbon* (Austria/Alemania/Francia/Italia, 2009).
Hardt, Cristina M., *Death in El Valle* (Estados Unidos, 1996).
Makepeace, Anne, *Robert Capa: In Love and War* (Estados Unidos, 2003).
Michie, Helena, *Le dernier jour au camp du Rivesaltes* (Francia, 2008).
Morais Alberto, *Las olas* (España, 2011).
Renais, Alain, *Nuit et Brouillard* (Francia, 1955).
Saura, Carlos, *Deprisa, deprisa* (España, 1981).
Schlöndorff, Volker, *Der Fangschuss* (Francia/República Federal Alemana, 1976).
Taberna, Helena, *La buena nueva* (España, 2008).
Woodhead, Leslie, *A Cry from the Grave* (Reino Unido/Estados Unidos/Holanda, 1999).

Páginas web

Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) www.memoriahistorica.org
International Center of Photography, NuevaYork, Mexican Suitcase Exhibition
http://museum.icp.org/mexican_suitcase/
International Criminal Tribunal for the former Yugoslavia (ICTY) http://www.icty.org/x/file/Outreach/ view_from_hague/jit_srebrenica_en.pdf
International State Crime Initiative website (Kings College London, Universidades de Harvard, Hull y Ulster)
http://statecrime.org/state-studies/gg-sri-lanka/237
Margaret Michaelis Archive, National Gallery of Australia
http://www.123people.de/s/rudolf+michaelis
La Moncloa: Gobierno de España
http://www.lamoncloa.gob.es/IDIOMAS/9/Gobierno/News/2011/18072011PolishInternationalBrigadeVolunteers.htm
El Mundo, Niños Robados Microsite
http://www.elmundo.es/especiales/2010/09/espana/ninos_robados/juanluis_antonio.html
Observatorio de Antisemitismo en España
http://observatorioantisemitismo.fcje.org/?m=200912
«Paracuellos» de Carlos Giménez (primeras series 1977-1982)
http://www.carlosgimenez.com/obra/paracuellos.htm
Web del museo de Srebrenica, Potočari

http://www.potocarimc.ba
Todos los Nombres
http://www.todoslosnombres.org/
Todos los Rostros
http://todoslosrostros.blogspot.com/

Glosario[1]

ARMH: Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica.

Carlistas/carlismo: rama del tradicionalismo católico con base en Navarra que apoyó la rebelión militar en julio de 1936 y cuyas fuerzas paramilitares eran conocidas como *requetés.*

Causa General: proceso de ámbito nacional que daba una gran relevancia a los testigos, y que estableció el régimen de Franco para investigar los crímenes y supuestos crímenes cometidos en la zona republicana durante la guerra civil.

CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas, partido de masas católico creado en 1933.

CICRC: *Commission internationale contre le régime concentrationnaire* establecida bajo los auspicios de la ONU por exdeportados en campos de concentración nazis.

CNT: Confederación Nacional del Trabajo, organización anarcosindicalista fundada en 1910.

COPE: Cadena de Ondas Populares Españolas, propiedad de la Conferencia Episcopal Española.

CPUSA: Partido Comunista de los Estados Unidos de América.

Desmemoria: utilizado especialmente para hacer referencia a la «amnesia histórica» que formó parte integral del proceso de transición a la democracia en España y que ha hecho que quedase como una asignatura pendiente la necesidad de conjurarla, de abrir un espacio para el análisis y la reflexión sobre su violento y difícil pasado reciente en la esfera pública.

ETA: Euskadi ta Askatasuna (País Vasco y Libertad), creada en 1959.

FAI: Federación Anarquista Ibérica, fundada en 1927 con el objetivo de preservar los principios anarquistas dentro de la CNT*.

Falange: el partido fascista español, fundado en 1933 y más tarde incorporado por Franco, junto con los carlistas*, como la base del partido único del régimen.

Fuerza Nueva: partido neofascista considerado heredero de la Falange durante los años de la transición a la democracia en España y dedicado a defender los valores fundamentales del estado franquista y del golpe militar de 17-18 de julio de 1936.

HUAC: House Un-American Activities Committee (Comité de Actividades Antiamericanas) establecido por el Congreso de los Estados Unidos a finales de los años treinta para investigar asuntos de seguridad interior y que se centró principalmente en supuestas subversiones comunistas durante los años cuarenta y cincuenta.

Indignados: Uno de los nombres dado al movimiento de protesta civil desde la base que cristalizó el 15 de mayo de 2011 (15M), y que exigía formas de política más activas y participativas en España para desarrollar una democracia real, acabando así con el predominio de las burocracias de los partidos.

JAP: Juventudes de Acción Popular, la organización juvenil de la CEDA*, que se fascistizó rápidamente y muchos de sus militantes se pasaron a la Falange* en el verano de 1936.

JSU: Juventudes Socialistas Unificadas, formadas por la unificación de las juventudes socialistas y comunistas iniciada en abril de 1936 y que, en noviembre del mismo año, con el asedio de Madrid, pasaron totalmente a la órbita del PCE*.

KPD: Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista Alemán), fundado en diciembre de 1918.

MOI: *Main d'oeuvre immigrée*, organización sindical francesa formada por trabajadores emigrados que se convirtió en un elemento importante de la resistencia armada urbana durante la ocupación nazi.

NKVD: Servicio de inteligencia soviético.

OSS: Office of Strategic Services (Oficina de Servicios Estratégicos), una fuerza de agentes irregulares —entre los que figuraron muchos veteranos norteamericanos de las Brigadas Internacionales—, reclutada por el gobierno de Estados Unidos para servir en la Europa ocupada.

PCE: Partido Comunista de España.

PP: Partido Popular. Se formó a partir de Alianza Popular, que era la heredera ideológica del franquismo.

PSOE: Partido Socialista Obrero Español.

RDA: República Democrática Alemana (1949-1990).

SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (Partido Socialista Unificado de Alemania), el partido único de la RDA*.

Systemzeit: «tiempo del sistema». Originalmente, una crítica al gobierno de la República de Weimar acuñada por los nacionalsocialistas, que lo consideraban «inorgánico», impersonal y alejado de las necesidades de la gente corriente. Más en general, el término hace referencia a la alienación popular de la política, percibida como distante de los ciudadanos, interesada y clientelar, y algunas veces también corrompida (véase *indignados**).

UGT: Unión General de Trabajadores, sindicato dirigido por socialistas y fundado en 1888. Históricamente, el ala sindical del PSOE*, del cual se escindió en la práctica durante las reformas económicas liberales de los años ochenta.

UNPROFOR: United Nations Protection Force (Fuerza de Protección de las Naciones Unidas), que actuaron durante las guerras en Yugoslavia de los años noventa del siglo XX.

VALB: Veterans of the Abraham Lincoln Brigada (Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln).

Volksgemeinschaft: «Comunidad del pueblo». Un concepto ahora sinónimo de la comunidad nacional «orgánica» de Hitler, cuya construcción era el eje central del proyecto nazi. Estaba basada en la exclusión brutal y absoluta de todos los «enemigos» políticos y raciales al igual que la de aquellos considerados «inadaptables» socialmente. En sus orígenes el término había sido utilizado por todo el espectro político alemán para indicar la idea de una sociedad no basada en clases sociales.

Lista de ilustraciones

La autora y la editorial reconocen agradecidas a las siguientes instituciones y personas por proporcionar y/o autorizar la reproducción de las fotografías.

Fotografía de portada

Parte de una serie de fotos tomadas por Robert Capa de miembros de las Brigadas Internacionales y soldados republicanos españoles *en route* entre dos zonas del campo de internamiento de Le Barcarès, uno de los varios campos creados en las playas del sudeste de Francia, cerca de la frontera con España.

(La maleta mexicana, Magnum/International Center of Photography, Nueva York).

Introducción

Fosa común en Burgos, 2004, Francesc Torres.

Srebrenica, 2010, Robert Jinks.

Sarajevo (1993-2003), Miquel Ruiz Avilés

Capítulo 2

Legionarios españoles muestran cabezas cortadas de prisioneros marroquíes, fotografía anónima publicada en J. Roger-Mathieu (ed.), *Mémoires d'Abd-el-Krim*, (París), s.e., 1927, y reproducida por cortesía de la Biblioteca Nacional, Madrid.

Videntes de Ezkioga, en el País Vasco, fotografía de Joaquín Sicart, reproducida por cortesía de William A. Christian Jr.

Mujeres jóvenes con la cabeza rapada. Montilla (Córdoba), colección del fallecido Ignacio Gallego, reproducida por cortesía de Francisco Moreno Gómez.

Civiles asesinados. Talavera del Tajo (Toledo), Fondo Serrano, Hemeroteca Municipal de Sevilla.

Sagrado Corazón, Cerro de los Ángeles, Madrid, Agencia EFE, Madrid.

Exhumación, Convento Salesiano, Barcelona, Julio de 1936, Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, España.

CAPÍTULO 3

Todas las fotografías de Amparo Barayón y su familia se reproducen por cortesía de Ramón Sender Barayón.

CAPÍTULO 4

Caballería republicana, febrero de 1939, Fotografía de Manuel Moros, cortesía de Jean Peneff, sobrino de Manuel Moros.

Bill Aalto de joven, foto procedente de K.E. Heikkinen y William Lahtinen (eds.), *Meidän Poikamme Espanjassa*, s.l. (Nueva York) Finnish Workers' Federation, USA Inc., 1939). Tamiment Library y Robert F. Wagner Labor Archives, Universidad de Nueva York.

Gustavo Durán en el frente de Aragón, primavera de 1938, cortesía de Cheli y Jane Durán.

Ernst Toller con Walter Hasenclever, 1928, Ullstein Bild, Berlín.

CAPÍTULO 5

Dignatarios visitan a soldados en el frente catalán, finales de diciembre de 1938-enero de 1939, Robert Capa, La maleta mexicana, Magnum/International Center of Photography, Nueva York.

Muchachos republicanos refugiados, Manuel Moros, cortesía de Jean Peneff, sobrino de Manuel Moros.

CAPÍTULO 6

Columna de prisioneros formada por soldados republicanos capturados, Fondo Serrano, Hemeroteca Municipal de Sevilla.

Galería dentro de la cárcel, Barcelona, 1941, Carlos Pérez de Rozas, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona/Arxiu Fotogràfic.

Chabolas del Campo de la Bota, Barcelona, Arxiu Històric de Poblenou.
Haciendo la colada en el Campo de la Bota, 1967, Arxiu Històric de Poblenou.
Fotografía de la Familia Maes-Barayón, Zamora, c. 1963, cortesía de Ramón Sender Barayón**.**

CAPÍTULO 7

Puerta del Sol, Madrid: Fotografía de una fosa común del monte de La Andaya (Burgos), Cortesía de Óscar Rodríguez, Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH). La fotografía de Andaya es de Claudio Albisu.

Notas

[1] Tucker, Jennifer, y Tina Campt, «Entwined Practices: Engagements with Photography in Historical Inquiry», *History and Theory*, Theme Issue 48 (diciembre de 2009), p. 3.

[2] Digna de atención en la mayor parte de los casos, sin embargo, es la presencia de una experiencia colonial, ya sea dentro del territorio europeo o fuera de él.

[3] Sebald, Winfried Georg, *Austerlitz*, Londres: Penguin, 2002, pp. 22-23 (primera edición en alemán y en inglés en 2001). Hay una doble sugerencia en su relato, dado que el fuerte en cuestión (Breendonk, en Bélgica), fue después, durante la ocupación nazi, utilizado como cárcel y es ahora un lugar de recuerdo de sus víctimas.

[4] En los años ochenta, las repúblicas que componían Yugoslavia estaban enfrentadas en batallas sobre la distribución de los presupuestos públicos y los recursos que se convertirían al final en cuestiones constitucionales. El cambio en la situación internacional al acercarse la Guerra Fría a su fin, había significado también el final de la buena disposición de Occidente a permitir a Yugoslavia condiciones económicas fáciles, o, en todo caso, más fáciles. En 1980, el Fondo Monetario Internacional (FMI) impuso como condición para prolongar los préstamos a Yugoslavia un conjunto de duras medidas de «reactivación económica»: devaluar el dinar, aceptar los tipos de interés establecidos por los mercados financieros internacionales, y poner fin al control de los precios, estableciendo la libertad de mercado. A finales de los ochenta, la inflación había crecido, había una tasa de desempleo de casi el 20 por ciento y la brecha entre las repúblicas más ricas y las más pobres había aumentado de forma considerable. Los enfrentamientos subsiguientes sobre las formas políticas (descentralización frente a más centralización) se relacionaron íntegramente con estas cuestiones económicas y Serbia (más pobre que Eslovenia y Croacia aunque más rica que Bosnia, Macedonia y Kosovo) buscó evitar un cambio político descentralizador que, si triunfaba, podía suponer el fin de su acceso a recursos federales. En último término, la guerra fue la herramienta elegida por los nacionalistas serbios en un intento de relegitimar la idea de un poder centralizado: Mulaj, Klejda, *Politics of Ethnic Cleansing. Nation-State Building and Provision of In/Security in Twentieth-Century Balkans*, Nueva York: Lexington Books, 2008, pp. 80-82. Véase también Popov, Nebojša (ed.), *The Road to War in Serbia. Trauma and Catharsis,* Budapest: Central European University Press, 2000, y Carmichael, Cathie, «Brothers, Strangers and Enemies: Ethno-Nationalism and the Demise of Communist Yugoslavia», en Stone, Dan (ed.), *The Oxford Handbook of Postwar European History,* Oxford: Oxford University Press, 2012, pp. 546-559.

[5] Entre otras razones, porque, para Europa, la exterminación extrajudicial en masa de civiles durante las guerras anteriores de mediados de siglo fue en sí misma parte de un proceso que exorcizó o, al menos, redujo considerablemente, los miedos sociales vinculados a la idea de que los habitantes de las ciudades y espacios urbanos eran peligrosamente heterogéneos e incontrolables. Sin embargo, parece claro que había algunas tensiones entre el mundo urbano y el rural que contribuyeron a la crisis política en la Yugoslavia de los ochenta: Allcock, John B., «Rural-urban differences and the break-up of Yugoslavia», *Balkanologie. Revue d'études pluridisciplinaires* IV, 1-2 (diciembre de 2002), pp. 101-122. Sobre las consecuencias discursivas de la guerra, véase, desde una perspectiva diferente pero relacionada, Bougarel, Xavier, «Yugoslav Wars: The "revenge of the countryside" between sociological reality and nationalist myth», *East European Quarterly*, XXXIII, 2 (junio de 1999), pp. 157-175.

[6] Se estima que en torno al 74 por ciento del total de muertos de guerra en Bosnia durante la Segunda Guerra Mundial fueron serbios: Dulić, Tomislav, *Utopias of Nation: Local Mass Killings in Bosnia and Herzegovina, 1941-42*, Uppsala: Acta Universitatis Upsaliensis, 2005. Parte de la movilización mítica de los años ochenta incluyó inflar más las cifras de pérdidas serbias, por ejemplo, con respecto al número de serbios asesinados en el campo de concentración ustacha de Jasenovac, en Croacia. Sobre las exhumaciones de muertos durante la Segunda Guerra Mundial en los años ochenta y cómo influyeron en la memoria serbia, véase Hayden, Robert M., «Mass Killing and Images of Genocida in Bosnia, 1941-5 and 1992-5», en Stone, Dan (ed.), *The Historiography of Genocide*, Basingstoke: Palgrave Macmillan [2008], 2010, pp. 487-516, y «Recounting the Dead: The Rediscovery and Redefinition of Wartime Massacres in Late-and Post-Communist Yugoslavia», en Watson, Rubie S. (ed.), *Memory, History and Opposition under State Socialism*, Santa Fe, N.M.: School of American Research Press, 1994, pp. 167-184.

[7] Peter Anderson hace ver esto de forma contundente, al igual que su inevitable consecuencia teniendo en cuenta la ya profundamente dividida naturaleza de la sociedad en los pueblos y aldeas del sur rural. Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials. Terror and Complicity, 1939-1945*, Londres y Nueva York: Routledge, 2010, pp. 6, 68 y 100.

[8] Werth, Nicolas, «The Crimes of the Stalin Regime: Outline for an Inventory and Classification», en Stone, Dan (ed.), *The Historiography of Genocide*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010, pp. 400-419, Bloxham, Donald, y Kirk Moses, A. (eds.), *The Oxford Handbook of Genocide Studies*, Oxford: Oxford University Press, 2010. El sistema estalinista llevó a cabo acciones violentas muy fuertes y, en la práctica, mortales, contra grupos étnicos específicos, que eran considerados una amenaza para la seguridad del estado y a los que trasladó a lugares no fronterizos. Si esto constituye o no una «limpieza étnica» dirigida por el estado es un tema de debate académico, aunque sin ninguna duda algunas veces en los ámbitos locales los odios interétnicos azuzaron el fuego que permitió la participación popular en la coerción. Como otras formas de violencia dirigidas por el estado en la Unión Soviética, la que se llevó a cabo contra los grupos étnicos se inició con la justificación de que era para proteger la «pureza», legitimidad e infalibilidad de la revolución, pero se convirtió con rapidez en una serie de matanzas aparentemente sin ninguna razón identificable, al influir la obra del miedo. Este proceso lo describe Etkind, Alexander, «Post-Soviet Hauntology. Cultural Memory of the Soviet Terror», *Constellations*, 16, 1 (2009), pp. 182-200, especialmente pp. 184 y 185, que observa perspicaz y directamente que, «si el Holocausto fue la construcción y exterminio del Otro, el Gran Terror fue similar al suicidio» (p. 184).

[9] Un debate sobre la necesidad de historizar el estudio comparativo de los genocidios para hacer mayores avances en su investigación se puede ver en Bloxham, Donald, y A. Dirk Moses, «Editor's Introduction: Changing Themes in the Study of Genocide», en Bloxham, Donald, y A. Dirk Moses (eds.), *The Oxford Handbook of Genocide Studies*, pp. 1-15.

[10] Véase, en la misma línea, una argumentación consistente y que se extiende rechazando el uso del término «genocidio»en Gerlach, Christian, *Extremely Violent Societies. Mass Violence in the Twentieth-Century World*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010, *passim*.

[11] Por supuesto, se hace necesario todavía explicar por qué se producen situaciones violentas en unos momentos y no en otros. Sobre esto, véase Schinkel, Willem, *Aspects of Violence*. *A Critical Theory,* Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010.

[12] Se enviaron con frecuencia a Londres informes consulares británicos sobre la represión en Madrid en los primeros años cuarenta. Richards, Michael, *A Time of Silence. Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998, p. 43, n. 140. Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials*, pp. 1-2, 110. Cf. Mazower, Mark, *Dark Continent. Europe's Twentieth Century,* Londres: Penguin, 1998, p. 100, que muestra cómo solo el comienzo de la Segunda Guerra Mundial evitó la planeada visita del director de Scotland Yard, Sir Norman Kendal, al campo de concentración de Dachau para estudiar «los métodos de mantenimiento del orden público contemporáneos».

[13] Aparte de la gran expulsión/huida de alemanes de muchos países —entre 12 y 13 millones de personas—, hubo también otras formas de limpieza étnica, incluyendo 90.000 húngaros expulsados de Checoslovaquia y 73.000 eslovacos de Hungría, dos millones de polacos de la Polonia ocupada por los soviéticos y, en represalia, 700.000 ucranianos del sureste de Polonia. Una visión de conjunto en Mazower, Mark, *Dark Continent*, pp. 219-222, y Judt, Tony, *Postwar. A History of Europe since 1945,* Londres: Heinemann, 2005, pp. 22-28.

[14] Aunque el proceso de identificación produce sus propios dilemas éticos. Véase el estudio antropológico de Wagner, Sarah E., *To Know Where He Lies: DNA Technology and the Search for Srebrenica's Missing,* Berkeley: University of California Press, 2008.

[15] Como ha indicado Mark Mazower, lo que la limpieza étnica a través de los «traslados de población» posterior a 1945 muestra en última instancia, a pesar de una importante aportación soviética, es una visión política «occidental» que permitía la realización de los ideales wilsonianos de la Conferencia de Paz de París de 1918, convirtiendo «en realidad los sueños de Versalles de homogeneidad nacional». Mazower, Mark, *Dark Continent*, p. 222. Las expulsiones de alemanes de los regímenes posteriores a la liberación en Checoslovaquia, Polonia, Rumanía, Yugoslavia y Hungría fueron emprendidas tanto por una política nacionalista deliberada como en represalia por la devastación infligida por el Tercer Reich.

[1] Extracto de un programa hecho en Radio Jerez el 24 de julio de 1936 por el intelectual monárquico José María Pemán y publicado en *Arengas y crónicas de Guerra*, Cádiz: Establecimientos Cerón, 1937, pp. 12-13. La referencia al «turno político» es al sistema de «turno pacífico» de partidos de la Restauración, por el cual los dos partidos políticos monárquicos gestionaban los intereses de los grupos de elite y excluían al resto de la población de la representación política. Fue básicamente a este sistema (o, en sentido estricto, a un retorno a este sistema) al que la Segunda República reemplazó en abril de 1931.

[2] Citado en Theweleit, Klaus, *Male Fantasies* (vol. 1, *Women, Floods, Bodies, History*), Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987, p. x.

[3] Un contundente análisis reciente de esta dimensión de la polémica sobre Garzón en http://iberosphere.com/2011/04/spain-news-2550/2550 (consultado el 30 de junio de 2011). Aunque el caso Garzón tiene múltiples niveles y una fuerte mezcla de enemistades personales y crispación política que lo hacen menos fácilmente reducible a un argumento humanitario/progresista frente a otro autoritario, es cierto, sin embargo, que el mismo hecho de que las autoridades del estado se hayan sentido capaces de suspender a un juez e iniciar un proceso contra él por intentar descubrir y documentar crímenes contra la humanidad es indicativo del repetido fracaso de llevar a cabo en España un proceso, legal o cultural, parecido a lo que la desnazificación formal, a pesar de todos sus errores y defectos, tanto cualitativos como cuantitativos, significó en otras partes de Europa occidental. El reciente resurgimiento del ultranacionalismo en otros lugares de Europa —especialmente en Europa central, donde una desnazificación simplista, con otro tipo de fallos, se unió con un intenso anticomunismo, y permitió la preservación de cierto número de mitos nacionalistas difíciles de aceptar— ha jugado un papel importante en esta «pérdida de vergüenza» por parte de los sectores conservadores y, algunas veces, todavía abiertamente franquistas, del aparato del estado español, como se analiza más detenidamente en el capítulo 7.

[4] Entre los recientes trabajos sobre esto ver especialmente la magistral trilogía de Ángel Viñas (*La Soledad de la República*, *El escudo de la República, El honor de la República* (Barcelona: Crítica, 2006-2009), basada en un uso exhaustivo de fuentes españolas, británicas, alemanas, italianas y especialmente nuevos documentos rusos.

[5] Datos comparativos sobre los muertos en la Segunda Guerra Mundial se pueden ver en Judt, Tony, *Postwar*, p. 18. En Europa, 19 millones de civiles no combatientes fueron asesinados durante la Segunda Guerra Mundial, lo que supone más de la mitad del total de europeos muertos en la guerra (los datos excluyen a los muertos por causas naturales entre 1939 y 1945). El número de civiles muertos por la guerra supera las pérdidas militares en la URSS, Hungría, Polonia, Yugoslavia, Grecia, Francia, Holanda, Bélgica y Noruega. Solo en el Reino Unido y en Alemania los militares muertos superan de forma significativa a los civiles. UNICEF calculó en 1995 que las muertes civiles en la Primera Guerra Mundial fueron el 14 por ciento, en la segunda, el 67 por ciento, y en las guerras de los años noventa en todo el mundo el 90 por ciento. Aunque el último dato ha sido rebatido, los debates sobre la metodología estadística no pueden negar la cruda realidad de que las guerras modernas se hacen en todos sitios cada vez más contra civiles.

[6] Para un agudo análisis que también recuerda a la experiencia española véase Bartov, Omer, «Eastern Europe as the Site of Genocide», *Journal of Modern History*, 80 (septiembre de 2008), pp. 557-593, esp. 570-573. Véase también Gross, Jan Tomasz, *Neighbours: the Destruction of the Jewish Community of Jedwabne*, Princeton: Princeton University Press, 2000, que muestra como, sin ninguna participación real de las fuerzas de ocupación alemanas, los ciudadanos corrientes de este pequeño pueblo polaco mataron a sus vecinos judíos, cara a cara y de forma particularmente cruel, a menudo espoleados también por la perspectiva de ganancias personales. En todas las guerras civiles europeas, incluida la española (véase capítulo 3) se encuentran una mezcla de motivos, o más exactamente, categorías ideológicas emergentes se fundieron con prejuicios anticuados y deseos privados de distinto tipo en un proceso de legitimación recíproca. Gran parte de lo que se asimiló en muchos lugares a «nuevos órdenes» brutales continuó siendo diferenciable de sus esencias ideológicas, aunque, a pesar de esto, nunca dejó de ser una parte integral del «nuevo orden realmente existente»: cf. Connolly, John, «The Uses of *Volksgemeinschaft*: Letters to the NSDAP Kreisleitung Eisenach, 1939-1940», *Journal of Modern History*, 68, 4 (1996), pp. 899-930.

[7] Cf. también Conway, Martin, y Romijn, Peter (eds.), *The War for Legitimacy in Politics and Culture 1936-1946*, Oxford: Berg, 2008, aunque realmente se centra en los años de la Segunda Guerra Mundial y en los inmediatamente anteriores.

[8] Ansiedades como estas subyacen en una carta preocupada enviada en 1925 al poeta de vanguardia polaco Wladyslaw Broniewski por su abuela católica desde su pueblo natal de Plock. Nunca feliz con su nieto desde que este había abandonado el ejército y no impresionada por sus llamadas poéticas a construir un nuevo mundo, después de leer sus últimos poemas, le escribió: «Lloré amargamente ... Sé que tú tienes poca fe, pero que blasfemes contra lo sagrado ... eso no lo esperaba. Es verdad que la gente de Plock me decía que eras "muy progresista", pero yo lo entendía de otra forma». Shore, Marci, *Caviar and Ashes. A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism 1918-1968*, New Haven y Londres: Yale University Press, 2006, p. 46. De una forma más siniestra, estas ansiedades forman también el mortífero subtexto de la película de Michael Haneke sobre el «orden», la represión, el miedo y el odio en una aldea protestante del norte de Alemania en vísperas de la Gran Guerra (*The White Ribbon*, Austria-Alemania, 2009).

[9] Gerwarth, Robert, «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», *Past and Present*, 200 (2008), pp. 175-209.

[10] El extracto, que recuerda un enfrentamiento en Linz en 1918, está tomado de las memorias del oficial aristocrático y futuro dirigente de la Heimwehr austríaca Ernst Rüdiger Starhemberg, publicado en 1937 y citado por la traducción de Gerwarth, Robert, «The Central European Counter-Revolution», pp. 188-189.

[11] Esta dimensión es evidente en la novela de 1939 de Margaret Yourcenar, *Coup de Grâce* y alcanzó la perfección en la versión cinematográfica de 1976 de Volker Schlöndorff y Margarethe von Trotta, *Der Fangschuss*. Ambientada en «las fronteras perdidas de Europa», en concreto, en Letonia durante las últimas etapas de las guerras civiles de 1919-1920 provocadas por la revolución rusa, explora qué significa psicológica y eróticamente el fin del viejo orden político para aquellos con una gran implicación en él. El centro de atención de Yourcenar es el personaje de un oficial prusiano, Erich von Lhomond, que ha regresado desde Berlín a la región de Kratovice, donde había pasado su infancia, para defender en escaramuzas fronterizas lo que él implícitamente reconoce que es ya una causa perdida, es decir, el viejo orden político-imperial y social anterior a 1914. En la película, es la representación de un hombre que ha perdido todas sus certezas y cuyo orden psicológico y de género está también desmoronándose. Es interesante, y nada sorprendente, que la película de 1970 sea mucho menos comprensiva con este personaje que la novela original y, precisamente, porque parece congénitamente incapaz de cambiar. En última instancia, es una película sobre el cruce de fronteras, y hay muchas fronteras en cuestión en ella: territoriales, históricas, culturales, de estilos de vida y clases sociales, de amistad y amor, género o los límites psicológicos seguros de la identidad. Tanto la novela como la película coinciden en considerar vital este cruce de fronteras y, además, en que el coste humano del cambio social es también muy grande.

[12] Sobre el Somatén Nacional véase Quiroga, Alejandro, *Making Spaniards. Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30,* Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2007, pp. 146-164; González Calleja, Eduardo, y Rey Reguillo, Fernando del, *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las «guardias cívicas» en la España del siglo XX*, Madrid: CSIC, 1995; González Calleja, Eduardo, «La defensa armada del "orden social" durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)», en García Delgado, J.L. (ed.), *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio,* Madrid: Siglo XXI, 1991, pp. 64-108. Véase también González Calleja, Eduardo, *El Máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931),* Madrid: CSIC, 1999, *passim*.

[13] Jane Durán, «Where did they go?» («¿A dónde se fueron?»), en Durán, Jane, *Silences from the Spanish Civil War*, Londres: Enitharmon Press, 2002, p. 49. (Existe una traducción al castellano inédita, hecha por la autora y Gloria García Lorca.) El poema se cita más extensamente en el epígrafe al capítulo 5. Sobre Robert Capa, véase Whelan, Richard, *Robert Capa: a biography*, Londres: Faber, 1985, y el documental de Anne Makepeace (2003), *Robert Capa: In Love and War*.

[14] Caron, Vicki, *Uneasy Asylum: France and the Jewish Refugee Crisis 1933-1942*, California: Stanford University Press, 1999. Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, Londres: Eland, 2006, pp. 45-52 (1.ª ed., 1941); Harouni, Rahma, «Le débat autour du statut des étrangers dans les années 1930», *Le Mouvement Social*, 188 (1999), pp. 61-71. Una situación similar —de xenofobia y antisemitismo contraria a las necesidades macroeconómicas— se ve en el caso de Rumanía.

[15] Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, p. 93. (Hay trad. cast.: *Escoria de la Tierra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951 (2ª. ed.), p. 103).

[16] «*El Munich de Checoslovaquia había sido también el de los campos de concentración*». Antelme, Robert, *The Human Race*, Northwestern Evanston, Illinois: The Marlboro Press, 1998, pp. 14-15 (1.ª ed., *L'espèce humaine*, París: Gallimard, 1957). (Hay trad. cast.: *La especie humana*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2009, p. 22).

[17] «¡Qué tesoro para los hombres de negro ropaje de Himmler! Ciento cincuenta mil kilos de carne democrática, toda ella con sus rótulos, viva y solo ligeramente dañada!» Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, p. 140. Le Vernet también se convirtió más tarde en un campo de retención para la deportación de judíos. En total habían estado encarceladas allí unas cuarenta mil personas (mayormente hombres, pero también algunas mujeres y niños) cuando el campo cerró en 1944. Los últimos prisioneros del campo habían sido deportados a Dachau y Mauthausen en junio de 1944. Hay trad. cast.: *Escoria de la Tierra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951 (2ª. ed.), p. 162.

[18] Jiménez Margalejo, Carlos, *Memorias de un refugiado español en el Norte de África, 1939-1956*, Madrid: Fundación Largo Caballero/Ediciones Cinca, 2008; Mera, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París: Ruedo Ibérico, 1976.

[19] Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, p. 94. (Hay trad. cast.: *Escoria de la Tierra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951 (2ª. ed.), p. 104).

[20] El término «nuda vida» está tomado de Agamben, Giorgio, *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life,* California: Stanford University Press, 1998. Véase el capítulo 6 («Las prisiones de Franco») más adelante en este libro. La historia de estos campos de concentración franceses, y también la de los campos de internamiento en playas, tales como Argelès, St. Cyprien y Barcarès, sigue siendo casi invisible especialmente en la historiografía disponible en inglés, aunque se puede ver Cate-Arries, Francie, *Spanish Culture behind Barbed Wire. Memory and Representation of the French Concentration Camps 1939-1945*, Lewisburg, PA: Bucknell University Press, 2004, y Soo, Scott, *The Routes to Exile. Spanish Civil War Refugees and their Hosts in South-Western France*, en prensa, y «Putting memory to work: A comparative study of three associations dedicated to the memory of the Spanish republican exile in France», en Altink, Henrice y Sharif Gemie (eds.), *At the Border: Margins and Peripheries in Modern France*, Cardiff: University of Wales Press, 2007. Hay trabajos en francés sobre los campos de internamiento de las playas, entre los que destacan los de Geneviève Dreyfus-Armand, y también una tesis doctoral que se está realizando actualmente en la Universidad de Perpiñán sobre el uso de los campos franceses como un ejercicio de «limpieza social». Véase también Gemie, Sharif, «The Ballad of Bourg-Madame: Memory, Exile and the Spanish Republican Refugees of the *Retirada* of 1939», *International Review of Social History* 51 (2006), pp. 1-40; Montellà, Assumpta, *La Maternitat d'Elne. Bressols dels exiliats,* Barcelona: Ara Llibres, 2005, y el corto documental sobre Rivesaltes realizado por Helena Michie con Sylvia Ruth Gutman, que fue recluida allí de niña, *Le dernier jour au camp du Rivesaltes* (Francia, 2008). En vista del hecho de que esta es una historia difícil de absorber para la memoria republicana francesa, no sorprende que solo en el siglo XXI y parcialmente como resultado de iniciativas del otro lado de la frontera, en concreto catalanas, haya habido algunos esfuerzos coordinados u oficiales para conmemorar los lugares de la *retirada*. En algunos casos, también se nota la presencia de una memoria difícil en las omisiones existentes en los textos conmemorativos de los campos que tienden a obviar el hecho de que existían antes de la ocupación alemana de finales de mayo de 1940. En el cementerio de Le Vernet —todo lo que queda del campo y cuya restauración empezó más pronto, en los años 90, se conmemoran las más de 50 nacionalidades de refugiados y exiliados políticos que fueron internados (y muchos enterrados) en él. Hay dos placas conmemorativas en el cementerio, una de las cuales recuerda la utilización original de Le Vernet y da como fecha fundacional 1939. Quien era alcalde de Le Vernet en 2009 había sido, de niño, llevado por mujeres de su familia desde Barcelona a Francia, tras la caída de Cataluña en febrero de 1939. Los hombres de su familia habían muerto en la guerra en España y su abuela murió en el campo de Le Vernet (entrevista con la autora, 2 de septiembre de 2009).

[21] Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, pp. 96, 100-102 y 124-125. Las memorias de los campos franceses escritas por republicanos españoles muestran también claramente que la brutalidad de guardias y administradores xenófobos, la dureza de la rutina física del campo y, (especialmente en el caso de los campos de las playas), los elementos naturales, se combinaban para quitar la identidad a los encarcelados, mientras existía una vida normal para otros en las proximidades cercanas, justo al otro lado del alambre de espinos y de los guardias. Véase Molins i Fábrega, N., y Bartolí, Josep, *Campos de concentración, 1939-194...,* México DF: Iberia, 1944, p. 144, e ilustraciones relevantes de Bartolí en Cate-Arries, Francie, *Spanish Culture behind Barbed Wire*, pp. 58, 59, 76 y 110.

[22] Stone, Dan, «The "Final Solution": a German or European Project?» en Stone, Dan, *Histories of the Holocaust*, Oxford: Oxford University Press, 2010, pp. 13-63; Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece. The Experience of Occupation 1941-1944*, New Haven y Londres: Yale University Press, 2001, y Mazower, Mark (ed.), *After the war was over. Reconstructing the family, nation, and state in Greece, 1943-1960*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 2000; y Dulić, Tomislav, *Utopias of Nation: Local Mass Killings in Bosnia and Herzegovina, 1941-42*.

[23] Esta construcción de un nuevo orden social y político a través del ejercicio de una violencia extrema es el tema central del estudio fundamental de Mark Mazower, *Dark Continent. Europe's Twentieth Century*, cuyo título es casi una metáfora de la conexión que establece entre las formas de violencia «colonial» infligidas antes por los europeos a los pueblos dominados de sus imperios y la «violencia vuelta a casa» que después, en los años treinta y cuarenta, se infligieron unos a otros. Véase también Weiner, Amir, *Landscaping the Human Garden*, California: Stanford University Press, 2003.

[24] Christian Jr., William A., *Moving Crucifixes in Modern Spain*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1992, es un estudio sociohistórico y antropológico de algunos de estos sucesos desde 1919. Sobre los movimientos católicos populares en el norte de España en tiempos de cambio social y político, se puede ver también Cueva, Julio de la, «The Stick and the Candle: Clericals and Anticlericals in Northern Spain, 1898-1913», *European History Quarterly*, 26, 2 (abril de 1996), pp. 241-265.

[25] Véase en el capítulo 2 la foto y el comentario sobre la destrucción de la estatua por parte de milicianos republicanos en agosto de 1936.

[26] Gibson, Ian, *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca*, París: Ruedo Ibérico, 1971, p. 103; Bahamonde, Antonio, *Un año con Queipo. Memorias de un nacionalista,* Barcelona: Ediciones Españolas, 1938, p. 113.

[27] La perspectiva histórica más amplia se aclara en el capítulo 2, mientras que el 3 ofrece la historia de una «mujer nueva» y los costes humanos de este intento de frenar el cambio.

[28] Preston, Paul, *The Spanish Holocaust. Inquisition and Extermination in Twentieth-Century Spain*, Londres: Harper Collins, 2012, p. 281.

[29] Casanova, Julián, *The Spanish Republic and the Civil War*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010. Véase el capítulo 2 para la cuestión de la Iglesia, el catolicismo y la violencia anticlerical.

[30] Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. xi, xviii.

[31] Sobre Grecia, que fue comparable en algunos aspectos importantes, véase Mazower, Mark (ed.), *After the War was Over.*

[32] Deák, István, Jan T. Gross y Tony Judt (eds.), *The Politics of Retribution in Europe. World War II and Its Aftermath,* Princeton: Princeton University Press, 2000.

[1] Glosa del análisis de Taussig, Michael, *Law in a Lawless Land. Diary of a Limpieza in Columbia*, University of Chicago Press, 2003.

[2] Thomas, Maria, «Disputing the Public Sphere: Anticlerical Violence, Conflict and the Sacred Heart of Jesus. April 1931-July 1936», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 33 (2011), pp. 50-69 (http://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/issue/view/2119/showToc).

[3] Sobre esto, véase Vincent, Mary, «The Martyrs and the Saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade», *History Workshop Journal*, 47 (1999), pp. 68-98, esp. pp. 70 y 72.

[4] Las instrucciones secretas, dadas por el general Mola, el director del golpe, a sus compañeros de conspiración en abril de 1936 en Bertrán Güell, Felipe, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional*, Valladolid: Librería Santarén, 1939, p. 123.

[5] Sobre esta percepción de los trabajadores españoles por parte del cuerpo de oficiales colonial, véase, Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 21-23 y 164-165.

[6] Boyd, Carolyn P., *«*"Responsibilities" and the Second Spanish Republic 1931-1936», *European History Quarterly*, 14 (1984), pp. 151-182, e *Historia Patria. Politics, History and National Identity in Spain 1875-1975,* Princeton: Princeton University Press, 1997; Jensen, Geoffrey, *Irrational Triumph: Cultural despair, Military Nationalism, and the Ideological Origins of Franco's Spain*, Reno y Las Vegas: University of Nevada Press, 2002; Romero Salvadó, Francisco, y Smith, Angel (eds.), *The Agony of Spanish Liberalism: From Revolution to Dictatorship, 1913-1923,* Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010, esp. capítulos 1, 9 y 10.

[7] Vincent, Mary, «The Martyrs and the Saints»; Christian Jr., William A., *Visionaries. The Spanish Republic and the Reign of Christ*, Berkeley/Los Ángeles, Calif.: University of California Press, 1996, *passim*; Ugarte Tellería, Javier, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, pp. 9-101; Cruz, Rafael, *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid: Siglo XXI, 2006, pp. 50-67; Cueva, Julio de la, «Clericalismo y movilización católica durante la Restauración», y Sánchez Sánchez, Isidro, «El pan de los Fuertes. La "buena prensa" en España», ambos en De la Cueva, Julio, y López Villaverde, Ángel Luis (eds.), *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la restauración a la transición,* Cuenca: Universidad Castilla-La Mancha, 2005, pp. 27-52.

[8] «En muchos lugares, los ayuntamientos intentaron reducir la presencia pública de la Iglesia durante los funerales a lo indispensable. En Pechina (Almería), las autoridades locales prohibieron oficialmente los entierros oficiados por curas desde 1932 en adelante. Los cortejos funerarios, sin embargo, pasaban rápidamente por delante de la Iglesia, de donde el párroco salía para bendecir los restos mortales "durante el tiempo estrictamente necesario".» Thomas, Maria, «Disputing the Public Sphere», p. 63. Más información sobre enfrentamientos y tensiones por el espacio público en Cruz, Rafael, *En el nombre del pueblo*, y Casquete, Jesús, y Rafael Cruz (eds.), *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Madrid: Catarata, 2009.

[9] Una representación cinematográfica matizada de los enfrentamientos políticos y culturales *dentro* del catolicismo español y la Iglesia Católica en la España de los años treinta y también del enfrentamiento entre visiones religiosas y seculares de redención en *La Buena Nueva* (España, 2008).

[10] Jackson, Angela, «*For us it was Heaven*». *The passion, grief and fortitude of Patience Darton, from the Spanish Civil War to Mao's China*, Eastbourne: Sussex Academic Press, 2012, p. 112. La entrevista con Patience Darton, algunas partes de la cual se transcriben en la obra de Jackson, se conserva en la colección de entrevistas a miembros de las Brigadas Internacionales conservada en el Imperial War Museum (Londres), entrevista n.° 8398. Conserva el relato de Patience sobre un vecino de un pueblo de Aragón que llegó a un hospital establecido en una cueva cerca del frente del Ebro en el verano de 1938, en vísperas de la gigantesca ofensiva del gobierno republicano para cruzar el río, aligerar la presión sobre Valencia y enviar a las potencias internacionales el mensaje de que la República no se rendiría. Patience, al límite de sus fuerzas porque trataba de atender heridas de bombas incendiarias, vio a un grupo de reclutas adolescentes pasar cantando en su camino hacia el frente, y preguntó a aquel hombre sobre la guerra: «Y el tipo era muy serio, un hombre muy amable, un hombre maravilloso, y me dijo que era solo un español de la localidad que venía a traernos fruta, él llevaba la fruta al frente, pero oyó hablar del hospital y nos la trajo ... y le dije: «¿Bueno, merece la pena, todo esto? ¿No oyes a esos niños cantando?». Y me dijo que solo era un campesino analfabético [*sic*] de la localidad y que ni siquiera tenían una carretera, solo un sendero hasta su pueblo. Eran tremendamente pobres y no entendían muy bien lo que estaba pasando, se votaba por ellos como por tantas almas pertenecientes al dueño de la tierra, éste ponía literalmente sus votos, porque muchos votos contaban. Pero ellos habían oído, un par de años antes, que iba a haber una elección en la que podrían votar. Y fueron y votaron, fue la primera vez que supieron qué habían votado ... Él aprendió a leer y escribir ... Fue elegido alcalde ... Cada pueblo tuvo un alcalde. Lo organizaron todo y entonces, oh, él, cinco o seis semanas antes de esta batalla, la del Ebro, fue enviado a Barcelona, llevaba una carta, era la primera vez en su vida que él tenía una carta, y, por supuesto, podía leerla ... Y fue a Barcelona, donde se le dijo que se iba a producir esta batalla y que se iban a construir carreteras y que las autoridades locales tenían que ser capaces de abastecer tanto a los refugiados que siguieran su camino ... como al ejército ... Y ellos hicieron todas estas cosas, y lo hicieron muy bien: consiguieron un montón de comida, estuvieron preparados para los refugiados que podrían llegar pero no recibieron ninguno. Pero dijo: "Me convertí en un hombre, y eso es por lo que estamos luchando"».

[11] En octubre de 1932 en Tembleque (Toledo), el ayuntamiento decidió prohibir en las ceremonias públicas la presencia de curas vestidos con sus hábitos y portando ornamentos religiosos. El alcalde explicó que esta decisión había sido tomada para evitar disturbios sociales porque «el pueblo no quiere» (AHN, Ministerio de la Gobernación. Interior A, legajo53.ª/7 (Toledo). Informes enviados por los alcaldes a los gobernadores civiles y por estos al Ministerio del Interior durante los años de la República. Agradezco estos datos a María Thomas.

[12] Christian Jr., William A., *Visionaries*, p. 7. (Hay trad. cast.: *El reino de Cristo en la Segunda República: una historia silenciada*, Barcelona, Ariel, 2011, p. 25)

[13] Sobre la atmósfera especialmente violenta de Valladolid después del golpe y el papel fomentándola del líder fascista de la vieja guardia Onésimo Redondo, véase Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 44-47, 91-92 y 188-189.

[14] Una interpretación de la iniciativa del Ejército de África como «colonialismo volviendo a casa» (Aimé Césaire) y una forma de fascismo, en Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, Cambridge: Cambridge University Press, 2002, pp. 123-124. Véase también la nota 5 de este capítulo.

[15] Véase el estudio seminal sobre la JAP de Lowe, Sid, *Catholicism, War and the Foundation of Francoism. The Juventud de Acción Popular in Spain*, Brighton: Sussex Academic Press, 2010. La importancia y la originalidad de este estudio reside en que señala con precisión el momento y demuestra el mecanismo por el que los católicos españoles se convirtieron en fascistas. Por tanto, Lowe corta el nudo gordiano que limita a gran parte de la historiografía convencional sobre la derecha católica española de los años treinta: es decir, su insistencia en que el fascismo español estuvo limitado a un partido fracasado, marginal y, más adelante, subordinado, la Falange, y argumenta que el franquismo como coalición no puede en realidad ser denominado fascista por el papel central jugado por la Iglesia y la política católica institucional, cuando es precisamente el papel jugado por estos el que debe ser reevaluado completamente para el periodo del primer franquismo (desde 1936 a finales de la década de los cuarenta). Véase también Casanova, Julián, *La iglesia de Franco*, Barcelona: Crítica, 2009, y los capítulos 3 y 6 de este libro.

[16] Cf. Cenarro, Ángela, «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, 44 (2002), pp. 65-86.

[17] Pilar Espinosa es una de las «desaparecidas» mencionadas y recordadas por la asociación civil española Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) (www.memoriahistorica.org). La historia de Amparo Barayón la contó por primera vez su hijo en Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989; 2.ª ed.: Calm Unity Press, 2003.

[18] Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, París: Librería Española, 1968, p. 84; Moreno Gómez, Francisco, «La represión en la España campesina», en García Delgado, J.L. (ed.), *El primer franquismo: España durante la segunda guerra mundial*, Madrid, 1989, p. 192.

[19] Un relato de primera mano de este proceso se encuentra en los reportajes del periodista norteamericano John T. Whitaker, que era uno de varios de los corresponsales extranjeros que acompañaban a las columnas del Ejército de África. Pero los periodistas procedentes de países democráticos, eran habitualmente acompañados de una «carabina» y solo se les permitía un acceso limitado a las escenas de lucha, e incluso entonces, después de lo sucesos. Whitaker fue prácticamente el único que escapó a este control al ganarse la confianza de algunos de los principales jefes militares de Franco. Whitaker, John T., *We Cannot Escape History*, Nueva York: Macmillan, 1943, pp. 111-112; Whitaker, John T., «Prelude to World War: A Witness from Spain», *Foreign Affairs*, 21, 1 (octubre de 1942), pp. 105-106. Más datos sobre lo que Whitaker vio en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 312-313, 331-336. Una visión general y analítica de las matanzas perpetradas por el ejército de África en Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, pp. 105-117, y tanto un relato empírico detallado como un análisis en los capítulos 5 y, especialmente, 9 de Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 131-178 y 303-340, respectivamente.

[20] Espinosa Maestre, Francisco, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz,* Barcelona: Crítica, 2003, por ejemplo, p. 30. Véanse también láminas 16/1, 16/2 y 16/3 en páginas sin numerar con fotografías de la «policía montada», el nombre que se daba a una fuerza de seguridad civil que incluía a terratenientes y que, primero, complementó y, después, continuó el trabajo de las columnas militares africanistas.

[21] Las violaciones de guerra, reconocidas como un crimen contra la humanidad en el contexto de la guerra de Bosnia de 1992, son un tema complejo sobre el que existe una bibliografía teórica y comparativa considerable: Jones, Adam, «Gender and Genocide», en Stone, Dan (ed.), *The Historiography of Genocide*, pp. 228-252; Lindsey, Rose, «From atrocity to data: historiographies of rape in Former Yugoslavia and the gendering of genocide», *Patterns of Prejudice* 36, 4 (2002), pp. 59-78; Boose, Lynda E., «Crossing the River Drina: Bosnian Rape Camps, Turkish Impalement and Serb Cultural Memory», *Signs*, 28, 1 (2002), pp. 71-96; Bracewell, Wendy, «Rape in Kosovo: masculinity and Serbian nationalism», *Nation and Nationalism*, 6, 4 (2000), pp. 563-590; Salzman, Todd A., «Rape camps as a means of ethnic cleansing», *Human Rights Quarterly*, 20, 2 (1998), pp. 348-378. Sobre este aspecto, la guerra civil española no ha sido objeto de un análisis teórico detallado. algunas observaciones preliminares en Reig Tapia, Alberto, *Ideología e Historia (sobre la represión franquista y la guerra civil)*, Torrejón de Ardoz, Madrid: Akal, 1986, p. 145, y Espinosa Maestre, Francisco, *La justicia de Queipo (violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936): Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz*, Córdoba: Bibliofilia Montillana, Cofradía de la Viña y el Vino, 2000, pp. 249-255. Sobre las dificultades —tanto generales como específicas para el caso español— a que hacen frente los historiadores que investigan este tema, véase Queralt Solé, *O Xornal*, 16 de noviembre de 2009, en www.kaosenlared.net/noticia/queralt-sole-tabu-hablar-violaciones-tropas-franquistas. Mi objetivo aquí es simplemente situar el tema en el contexto más amplio de las patologías rebeldes. Para un análisis de la violencia específicamente de género (incluyendo la violación), llevada a cabo contra mujeres presas en el universo carcelario franquista véase el capítulo 6. Aunque se produjeron casos de abuso sexual de mujeres (incluso de algunas religiosas) en el territorio republicano durante la guerra, no hubo un fenómeno comparable de abuso sexual de mujeres constante y masivo. Las razones se analizan más adelante en este capítulo.

[22] Que el sur estuvo inundado de violaciones al igual que de matanzas indiscriminadas está claro de las consistentes referencias existentes en los relatos contemporáneos de los corresponsales de guerra anglosajones que acompañaban al Ejército de África, el más directo, por las razones explicadas antes, en Whitaker, John T., «Prelude to World War» y *We Cannot Escape History*, pp. 113-114. Whitaker describe un suceso de violación en grupo y asesinato realizado por los regulares y hace ver explícitamente que ningún oficial franquista negó nunca que la violación se estaba utilizando como un instrumento de guerra. Numerosas referencias a violaciones sistemáticas a través de otras fuentes periodísticas contemporáneas en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 303-340.

[23] A finales de septiembre de 1936, los falangistas llegaron a la cárcel de Toledo con la intención de matar a todas las mujeres detenidas para «celebrar» la toma de la ciudad por parte de los rebeldes, pero solo fueron autorizados por el director de la prisión a llevarse un número más pequeño de mujeres para ejecutarlas extrajudicialmente (Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 133-134); ejemplos de violaciones en Zamora, controlada por los rebeldes desde el mismo momento del golpe de Estado, se pueden ver en Fidalgo, Pilar, *A Young Mother in Franco's Prisons*, Londres: United Editorial Ltd, 1939, pp. 21-22; y el testimonio de Pilar Sanjuán Misis recogido en Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, pp. 145-146. Todas estas «variedades» de violación —ya fueran cometidas por tropas africanistas, falangistas u otros individuos— continuaron durante todo el periodo de conquista militar por parte del ejército franquista. Sobre violaciones durante la conquista de Cataluña a partir de diciembre de 1938 véase Solé i Sabaté, Josep, y Joan Villarroya i Font, *L'ocupació militar de Catalunya, març 1938-febrer 1939*, Barcelona: L'Avenç, 1987; Sánchez Ruano, Francisco, *Islam y guerra civil española. Moros con Franco y con la República*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2004, pp. 357-363; Bonet Baqué, Núria, Amanda Cardona Alcaide y Gerard Corbella López, *Tàrrega 1936-61. Aproximació a la repressió, l'exili i la vida quotidiana*, Tàrrega: Ajuntament de Tàrrega, 200, pp. 14, 76-77.

[24] Esta práctica tampoco concluyó con el fin de las hostilidades militares. Los ataques sexuales continuaron siendo una forma constante de castigo y humillación infligidos contra las mujeres prisioneras durante la paz incivil de Franco, especialmente en los años cuarenta. Véase el capítulo 6.

[25] No fue infrecuente que se publicaran en la prensa franquista de posguerra comentarios llenos de odio acompañando fotos de milicianas, incluso en las revistas de la Sección Femenina.

[26] Sobre la guerra, la sexualidad y la pérdida de control, véase también el sugerente análisis de Labanyi, Jo, «Women, Asian Hordes and the Threat to the Self», en Giménez Caballero's *Genio de España*», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXIII (1996), pp. 377-387, esp. p. 382, sobre la histérica denuncia del ideólogo falangista Giménez Caballero de Madrid como una puta y una medusa, hecha desde el púlpito de la catedral vieja de Salamanca; y p. 385, para la fructífera incorporación del concepto de Theweleit de la guerra definida como la «explosión controlada del yo» al máximo punto aceptable por parte de Labanyi. Véase el increíble caso de la patología sexual del general Queipo de Llano —según se manifestaba en sus emisiones de radio en Sevilla— en Brenan, Gerald, *Personal Record 1920-1972*, Londres: Jonathan Cape, 1974, p. 297; Woolsey, Gamel, *Death's Other Kingdom*, Londres: Longmans, Green, 1939, pp. 34-35. Las versiones de sus discursos radiofónicos publicados posteriormente en la prensa fueron censuradas de forma considerable (Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 149-150, y cf. pp. 330-331.).

[27] Casanova, Julián, Francisco Espinosa, Conxita Mir, y Francisco Moreno Gómez, *Morir, matar, sobrevivir: la violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona: Crítica, 2001, pp. 131-137 y 159-172; Mir, Conxita, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida: Editorial Milenio, 2000, pp. 37-58, 128-150, 164-187 y 195-202. Sobre el encubrimiento de violaciones en el sur de España porque los responsables eran «de buena familia» y estaban bien conectados con los rebeldes, véase Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 328-329.

[28] Cenarro, Ángela, «La lógica de la guerra, la lógica de la venganza: violencia y fractura social en una comunidad bajoaragonesa, 1939-1940», en Mir, Conxita, Jordi Catalán, y David Ginard (coords.), *Enfrontaments civils: Postguerres i reconstruccions. II Guerra civil de 1936 i franquisme*, Lleida: Associació Recerques i Pagès Editors, 2002, pp. 703-715.

[29] Las consecuencias políticas y sociales de esta complicidad se tratan en el capítulo 6.

[30] El trabajo clásico sobre las matanzas anticlericales durante la guerra civil es el de Montero Moreno, Antonio, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, Madrid: Biblioteca de los Autores Cristianos, 1961. Véanse pp. 430 y 762. Calcula que 6.832 miembros del clero y de órdenes religiosas fueron asesinados o ejecutados. Sus datos no han sido modificados sustancialmente por investigaciones académicas empíricas más recientes, aunque hay algunas matizaciones en Rodríguez Sánchez, Gregorio, *El hábito y la cruz: religiosas asesinadas en la guerra civil española*, Madrid: Edibesa, 2006, pp. 594-596. En 1936, había en España algo más de 115.000 miembros del clero, lo que incluía cerca de 45.000 monjas y 15.000 frailes, mientras que el resto eran curas; 2.365 monjes y 4.184 curas fueron asesinados, lo que constituía algo más del 30 por ciento de los monjes y del 18 por ciento de los curas del territorio republicano.

[31] Bosch, Aurora, *Ugetistas y libertarios: guerra civil y revolución en el País Valenciano, 1936-193*9, Valencia: Institución Alfons el Magnànim, 1983, p. 32; Simeón Riera, José Daniel, *Entre la rebelió y la tradició (Llíria durante La República y la Guerra Civil, 1931-1939)*, Valencia: Diputació de València, 1993, pp. 205 y 273 (nota 72).

[32] Durante los años treinta, las Cámaras de Comercio pidieron a las autoridades locales de las zonas urbanas que utilizasen a las fuerzas de orden público para «resolver» los enfrentamientos entre los dueños de tiendas y quienes tomaban parte en la obtención y venta de comida de forma alternativa para los sectores pobres y marginados de la población. Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, pp. 260-261.

[33] García de Consuegra Muñoz, Gabriel, Ángel López López, y Fernando López López, *La represión en Pozoblanco*, Córdoba: Francisco Baena, 1989, pp. 55 y 60; Cox, Geoffrey, *The Defence of Madrid*, Londres: Victor Gollancz, 1937, p. 183; Ortiz Heras, Manuel, *Violencia política en la II República y el primer franquismo*, Madrid: Siglo XXI, 1996, pp. 106-108; Jackson, Gabriel, *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1965, p. 343; y Gibson, Ian, *Paracuellos*: *cómo fue,* Barcelona: Argos Vergara, 1983, pp. 178-179.

[34] De ahí la referencia en el título de la película «clásica» de Jaime Camino, *Las largas vacaciones del 36* (España, 1976), dado que estas fueron vacaciones de las que algunos no regresaron nunca.

[35] Un estudio detallado sobre la «penumbra» de la CNT-FAI en Barcelona en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, por ejemplo, a lo largo de todo el capítulo 7, pp. 226-233. El hecho de que los anarcosindicalistas hubieran vaciado las prisiones en todos los sitios que controlaron (especialmente en Cataluña y en partes de Valencia) al día siguiente del golpe fue un factor que exacerbó la situación, al igual que la «porosidad» general del movimiento anarcosindicalista después del golpe militar, que facilitó su infiltración por agentes provocadores.

[36] Ledesma, José Luis, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, pp. 235-268; Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 257-258.

[37] Sobre la increíble frecuencia con que el gobierno de la monarquía suspendía las garantías constitucionales y declaraba estados de excepción de distintos niveles, véase González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, CSIC, 1998, pp. 57 y 65-73.

[38] Ealham, Chris, *Class, Culture and Conflict in Barcelona, 1898-1937*, Londres: Routledge/Cañada Blanch Centre, 2005, pp. 16-22 y 39.

[39] Thomas, Maria, «“We have come to place you at liberty and to burn the convent”: Masculinity, Sexuality and Anticlerical Violence during the Spanish Civil War», *Abraham Lincoln Brigade Archive*, George Watt Memorial Essay Prize 2011, http://albavolunteer.org/2011/12/masculinity-sexuality-and-anticlerical-violence-during-the-scw/ (consultado el 16 de enero de 2012), y Thomas, Maria, «The Faith and the Fury: The Construction of Anticlerical Collective Identities in Early Twentieth-Century Spain», *European History Quarterly*, 43 (2013), pp. 73-95. Mi análisis del proceso de alienación emocional explorado en estos párrafos debe mucho a mis conversaciones con Maria Thomas. Véase también su libro, *The Faith and the Fury. Popular Anticlerical Violence and Iconoclasm in Spain, 1931-1936* Brighton: Sussex Academic Press, 2012.

[40] Salut, Emil, *Vivers de revolucionaris: apunts històrics del districte cinquè*, Barcelona: libreria Catalònia, 1938, pp. 9-20.

[41] La falta de poder cultural aparecía también de muchos otros modelos y formas y, especialmente, en torno a asuntos de muerte y entierro en los que las autoridades eclesiásticas tenían derecho a intervenir (y frecuentemente lo hacían) en formas que iban en contra de los deseos de la familia, ya fuera si esto implicaba insistir en ritos católicos de entierro o, por el contrario, negar el acceso a tumbas en cementerios consagrados e insistiendo en entierros en las partes reservadas para los no católicos, inevitablemente desatendidos y cubiertos de malas hierbas. Cruz, Rafael, «El sabor fúnebre de la política española entre 1876 y 1940», en Casquete, Jesús y Rafael Cruz (eds.), *Políticas de la Muerte*, pp. 80-83. La enseñanza proporcionada por las órdenes religiosas en las muchas escuelas para pobres que dirigían educaba inevitablemente en la sumisión y en conocer el lugar de cada uno.

[42] O' Donnell, Peadar, *Salud!: An Irishman in Spain*, Londres: Methuen and Co., 1937, p. 94. Agradezco a Maria Thomas que me llamara la atención sobre estas memorias.

[43] Cartas de Joan Miró a Enric Ricart, 19 de agosto de 1917, en Miró, Joan, *Epistolari català*, Barcelona: Fundació Joan Miró, 2009, vol. 1, 1911-1945, pp. 63 y 65. Véase especialmente el tríptico que Miró realizó a principios de febrero de 1974, «La esperanza del hombre condenado a muerte» y que vinculó explícitamente a Salvador Puig Antich, uno de los últimos prisioneros ejecutado por el régimen franquista, en marzo de 1974, y el último ejecutado por medio del garrote vil.

[44] Esta es la Causa General, una investigación de ámbito nacional de los «crímenes» republicanos que fue muy insegura, en términos judiciales, y que constituyó la institucionalización de la victoria del régimen franquista a través de la exclusión social y política de los derrotados. *Causa general. La dominación roja en España,* Madrid, Ministerio de Justicia, 1945, y Ruiz, David, Isidro Sánchez y Manuel Ortiz (eds.), *España franquista: causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1993.

[45] Un expediente sobre la destrucción de la estatua que incluye un informe del alcalde de Getafe, el pueblo más cercano, fechado el 7 de agosto de 1936, se encuentra en la documentación de la Causa General franquista. AHN, Causa General (CG), leg. 1557-2; Madrid, Pieza n.° 10, expte. 5/95, y AHN, CG, leg. 1557-2; Madrid, Pieza n.° 10, expte. 9/29.

[46] Vincent, Mary, «The Keys to the Kingdom: Religious Violence in the Spanish Civil War», en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *The Splintering of Spain: Cultural History and the Spanish Civil War,* Cambridge: Cambridge University Press, 2005, pp. 68-92.

[47] Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 235-236, da el dato más reciente: 296 mujeres religiosas asesinadas durante la guerra, solo algo más del 1,3 por ciento del total existente en el territorio republicano. Véanse también las pp. 249-250 del mismo libro para otros casos de abuso sexual en Huesca (Aragón), en el noreste, una región que experimentó una especialmente alta incidencia de la violencia anticlerical después del golpe.

[48] Sánchez del Arco, Manuel, *El sur de España en la reconquista de Madrid*, Sevilla: Editorial Sevillana, 1937, p. 55, y Knickerbocker, Hubert Renfro, *The Siege of the Alcazar: A war-log of the Spanish revolution*, Londres: Hutchinson, 1937, p. 86.

[49] «Asesinaron a la gente por cosas sin sentido, por ejemplo, porque alguno cantaba en la iglesia o era el campanero.» Testimonio oral recopilado por un historiador local, que comenta después: «los motivos pueden parecer fútiles para una mentalidad actual, sin embargo para la mentalidad de aquellos hombres, el miembro del coro y el campanero eran parte del mundo que había que aniquilar». Simeón Riera, José Daniel, *Entre la rebelió y la tradició*, p. 273, n. 73.

[50] Durruti dijo esto en una entrevista en un periódico en julio de 1936. La localización y el momento de la entrevista en Paz, Abel, *Durruti en la revolución española,* Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo, 1996, pp. 529-531

[51] Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, p. 91.

[52] José Luis Ledesma los llama «nueva minoría dirigente», Ledesma, José Luis, *Los días de llamas*, pp. 238-240, p. 239. Después, habría intentos de ocultar esta ruptura de un tabú (la perpetración de asesinatos dentro de la comunidad) echándole la culpa de forma exclusiva a grupos de fuera y es cierto también que algunas veces los comités de diferentes localidades se ponían de acuerdo para organizar cada uno escuadras que «despejaran» el territorio del otro. Sobre los «coches *fantasma*» que llegaban de distritos o pueblos vecinos, véase Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 249 y 266. Pero aunque esto sucedía, en este caso el conocimiento local desde dentro era fundamental para identificar a quienes debían ser asesinados o castigados de alguna otra forma.

[53] Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, *passim.* Un muy detallado análisis de la represión posterior al golpe y los asesinatos extrajudiciales en Madrid, incluyendo la participación clara de sociópatas, en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 259-302.

[54] Sobre el ambiente sumamente claustrofóbico dentro de Madrid y el sentimiento de hora cero entre sus defensores, véase Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, pp. 189 y 193 (esp. n. 239). El análisis más reciente de los sucesos de Paracuellos en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 341-382.

[55] *Ibid.*, pp. 347-350 y 360-363.

[56] Hay un extenso análisis de esto en Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*. Sobre la consolidación de un marco constitucional, véanse especialmente las pp. 338-341; 346-351; 378-379 y 383-387.

[57] Archivos Nacionales Británicos, Foreign Office General Correspondence: Spain (NA, FO371) W13853/29/41. Véase también Thomas, María, «The front line of Albion's perfidy. Inputs into the making of British policy towards Spain. The racism and snobbery of Norman King», *International Journal of Iberian Studies*, 20, 2 (julio de 2007), pp. 103-123.

[58] Sir Robert Vansittart, el asesor diplomático superior del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, reaccionó así a las noticias de Paracuellos: «Este es un espantoso cuento de gángsteres horribles en cuyas manos el llamado gobierno ... es un mal chiste», pero no habló sobre la dinámica de la violencia. La cita de Vansittart en Buchanan, Tom, «Edge of Darkness: British “Front-line” Diplomacy in the Spanish Civil War, 1936-1937», *Contemporary European History*, 12, 3 (2003), p. 300.

[59] Este episodio, recordado por Mark Mazower en *Dark Continent* se cita en la nota 12 de la Introducción.

[60] Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, p. 337, basado en los informes de los periodistas norteamericanos John T. Whitaker y Webb Miller, que llegaron al lugar de los hechos tres días después, el 29 de septiembre de 1936. Los rebeldes habían aprendido las lecciones de la campaña del sur, especialmente de Badajoz. No se permitió entrar a ningún periodista a Toledo hasta después de que fuera «pacificado» por el Ejército de África. En palabras de uno de sus jefes militares, «convertimos Toledo en la ciudad más blanca de España», Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 336-337.

[61] Zemon Davis, Natalie, «The Rites of Violence: Religious Riot in Sixteenth-Century France», *Past and Present*, 59, 1 (mayo 1973), pp. 51-91, esp. 57

[62] Hasta ahora, la mayoría de la información con la que contamos sobre esto, se relaciona con el sur o la Navarra carlista del norte. Un cura del sur que se alistó en las milicias carlistas y escribió sus memorias fue Copado, P. Bernabé (S.J.), *Con la columna Redondo. Combates y conquistas. Crónica de guerra*, Sevilla: Imprenta de la Gavidia, 1937. Pero esto ocurrió en otros lugares del norte de España, por ejemplo, el caso de un monje capuchino, el padre Hermenegildo de Fustiñana, que fusiló a hombres y mujeres en Jaca. Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, p. 455; sobre el caso de un cura en Zamora, véase el capítulo 3 de este libro. Ejemplos del sur incluyen a Juan Galán Bermejo, un cura de Zafra (Badajoz) que tomó parte en las masacres que se produjeron en agosto de 1936 en la capital de la provincia: Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 308-309. Hubo también un cura en Huelva, *Don Litro*, que participó directamente en el asesinato de mineros locales y después asesinó a alguien que había presenciado por casualidad la ejecución de aquellos. Espinosa Maestre, Francisco, *La guerra civil en Huelva,* Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2005 (4.ª ed.), p. 710. Muchos curas también utilizaron una fuerza física extrema contra detenidos que después fueron asesinados por otros: por ejemplo, el cura de Salvochea (El Campillo, Huelva) le dio una patada en la cara a un hombre joven que le suplicaba que interviniera cuando estaba siendo detenido, F. Espinosa Maestre, «Guerra y represión en el sur de España», ensayo no publicado, cortesía del autor. El cura de Llerena (Badajoz), pateó e insultó a una mujer que rechazó confesarse y después la golpeó en la cara con el crucifijo antes de que se la llevaran para ejecutarla. Olmedo Alonso, Ángel, *Llerena 1936. Fuentes orales para la recuperación de la memoria histórica,* Badajoz: Diputación de Badajoz, 2010, pp. 149-151.

[63] Moreno Gómez, Francisco, *La guerra civil en Córdoba*, Madrid: Alpuerto, 1985, pp. 463-464.

[64] Sobre «el terror y la fiesta» véase el impactante relato de los eventos en Teruel de Cenarro, Ángela, *El fin de la esperanza: fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel (1936-1939*), Teruel: Diputación Provincial de Teruel, 1996, p. 75; sobre Valladolid, Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, p. 192, y para las posibles consecuencias de esto para algunos de los responsables años más tarde, p. 525.

[65] Véase un proceso similar en la Bosnia de los años noventa cuando la violencia ritual/religiosa se utilizó con el objetivo de conseguir la homogeneización étnica. Carmichael, Cathie, «Violence and Ethnic Boundary Maintenance in Bosnia in the 1990s», *Journal of Genocide Research*, 8, 3 (2006), pp. 283-293.

[66] Preston, Paul, *Franco. A Biography*, Londres: Harper Collins, 1993, p. 783. (Hay trad. cast.: *Franco: Caudillo de España*, 1.ª ed., Barcelona, Grijalbo, 1994, p. 970)

[1] A esta historia familiar nos referimos también en los capítulos 6 y 7.

[2] Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, p. 163. Hay también una edición española (*Muerte en Zamora*, Barcelona: Plaza & Janés, 1990) traducida por Mercedes Esteban-Maes Kemp, hija de Magdalena Maes, y también una segunda edición en inglés publicada en 2003 por Calm Unity Press. A finales de los años noventa el director de cine español Carlos Saura escribió un libro y un guión de cine, *¡Esa luz!*, que incorporaba, de forma en cierta medida flexible, elementos de la historia de Amparo.

[3] De la misma forma, la necesidad de reconocer y comunicar estas cualidades dominantes en los años cuarenta impulsa las estructuras llenas de referencias y fragmentadas utilizadas por Juan Marsé en sus novelas seminales sobre el periodo de posguerra en España, por ejemplo, *Si te dicen que caí* (México: Novaro, 1973; España: Seix Barral, 1976), traducida al inglés como *The Fallen* (Londres, Quartet Books, 1994); o la muy brillante *Un día volveré* (Barcelona: Plaza y Janés, 1982).

[4] Como ejemplo de esto, véase el análisis realizado en el capítulo 7 sobre la polémica en torno a Amparo que se produjo en la prensa local de Zamora en 2005.

[5] El caso español en Cenarro, Ángela, *Los niños de Auxilio Social*, Madrid: Espasa Calpe, 2009, y Cenarro, Ángela, «Memories of Repression and Resistance. Narratives of Children Institutionalized by Auxilio Social in Postwar Spain», *History & Memory*, 20, 2 (otoño-invierno de 2008), pp. 39-59. Las investigaciones periodísticas han jugado un papel crucial en descubrir la historia del abuso institucionalizado de niños, como se analiza más adelante en este capítulo.

[6] *A Death in Zamora* contiene otras historias de pérdidas y memoria que son paralelas a las que se tratan aquí pero que, por razones de espacio y exigencia temática, no son parte directa de mi análisis en este capítulo.

[7] Ondaatje, Michael, *Anil's Ghost,* Londres: Bloomsbury, 2000, p. 56. (Hay trad. cast.: *El fantasma de Anil*, Barcelona, Destino, 2001, p. 59). Todavía bastante desapercibido por la mayoría de la sociedad occidental es el genocidio que ocurrió, al «final» de la guerra civil de treinta años vivida en Sri Lanka, en abril-mayo de 2009, cuando las fuerzas gubernamentales fueron responsables de la masacre de al menos 40.000 civiles tamiles no combatientes, miles de los cuales fueron bombardeados tras haber sido acorralados en un supuesto «refugio seguro», un banco de arena en el remoto noreste de la isla, considerado por el gobierno una «zona desmilitarizada». Gordon Weiss, un veterano periodista que había servido durante mucho tiempo como oficial de la ONU en la Sri Lanka en guerra y que rompió con la organización para publicar un estudio de la guerra del tamaño de un libro (Weiss, Gordon, *The Cage. The Fight for Sri Lanka and the Last Days of the Tamil Tigers*, Londres: The Bodley Head, 2011), lo llama «el Srebrenica de Sri Lanka». No solo dio la ONU su aquiescencia para que los militares de Sri Lanka perpetraran atrocidades contra civiles tamiles (como asesinatos, violaciones y torturas sistemáticas), sino que la Cruz Roja proporcionó al gobierno las coordenadas que le permitieron bombardear clínicas y hospitales en supuestas zonas «desmilitarizadas». Una reseña de *The Cage* que es sintomática por no ser consciente de la supervivencia de los efectos de la violencia, en Bourke, Jason, corresponsal de *The Guardian* en el sur de Asia, «The End of Violence», *Literary Review*, junio de 2011. Sobre los sucesos, véase también el documental de Channel 4, *Sri Lanka's Killing Fields*, emitido por primera vez el 14 de junio de 2011, y sobre sus consecuencias, International State Crime Initiative website (Kings College London, Universidades de Harvard, Hull y Ulster), en http://statecrime.org/state-studies/gg-sri-lanka/237.

[8] Como planteó el director del golpe, el general Emilio Mola: «Restablecimiento del principio de autoridad exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones». Mola Vidal, Emilio, *Obras completas*, Valladolid: Librería Santarén, 1940, p. 1173.

[9] Iturralde, Juan de, *La guerra de Franco, los vascos y la Iglesia,* 2 vols., San Sebastián: Publicaciones del Clero Vasco, 1978, vol. 1, p. 433. Véase también Thomas, Hugh, *The Spanish Civil War,* 3.ª ed., Londres: Hamish Hamilton, 1977, p. 260.

[10] En Navarra, Álava, las ocho provincias de Castilla La Vieja, las tres de León, las cuatro de Galicia, dos tercios de la de Zaragoza y prácticamente toda la de Cáceres el golpe triunfó en apenas unas horas o días. Un análisis detallado en el capítulo 6 («Mola's Terror: The Purging of Navarre, Galicia, Castille and Leon») de Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 179-220.

[11] Cf. Cenarro, Ángela, «Matar, vigilar, delatar».

[12] «La violencia no se hace en servicio del anarquismo, sino lícitamente en beneficio del orden, la Patria y la religión.» Arce Ochotorena, que era original de Navarra, también habló de «guerra sin cuartel contra las hordas criminales». Álvarez Bolado, Alfonso, *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y guerra civil 1936-1939,* Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1995, p. 44. Una larga pastoral en defensa de la guerra en *ibid.*, pp. 74 y 118. El texto de Álvarez Bolado es crucial, al utilizar, como hace, los boletínes eclesiásticos en los que aparecieron estas afirmaciones originalmente. Sobre el compromiso de Arce Ochotorena con el golpe véase también Ayerra Redín, Marino, *No me avergoncé del evangelio (desde mi parroquia),* 2.ª ed., Buenos Aires: Editorial Periplo, 1959, p. 30. Cf. la opinión sobre él como obispo de Zamora de Palmira Sanjuán Misis, quien, cuando era niña, fue encarcelada con su madre en la misma celda que Amparo. Testimonio citado en Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, p. 144.

[13] José Álvarez Miranda, obispo de León, citado en Álvarez Bolado, Alfonso, *Para ganar la guerra, para ganar la paz*, p. 52.

[14] Miguel Franco Olivares aparece en el *Boletín del Movimiento de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, año VII, n.° 193, 10 de septiembre de 1943, pp. 2212-2213, como destinatario de un reconocimiento del régimen, en concreto, de la «Medalla de la Vieja Guardia», lo que indica que era simpatizante de Falange en el periodo anterior al levantamiento militar de julio de 1936. Las referencias a su participación en el asesinato de prisioneros y en la aplicación del golpe de gracia en Dios Vicente, Laura de, «Control y represión en Zamora (1936-1939). La violencia vengadora ejecutada sobre el terreno», *Historia y Comunicación Social*, 7 (2002), pp. 47-74, esp. 61. No se indica el documento en que la autora basa su afirmación, aunque es posible que proceda de la documentación conservada en el archivo privado del cronista de Zamora Miguel Ángel Mateos Rodríguez, a quien cita. El acceso a este material se logra como gracia y favor, en una forma muy representativa del franquismo. Para más información sobre Mateos Rodríguez y su cuestionable papel en la polémica sobre Amparo Barayón que se produjo en la prensa local de Zamora en 2005 véase el capítulo 7. En un proyecto oral llevado a cabo en Zamora por la ARMH, la más grande asociación civil por la memoria, los entrevistados también recuerdan a Franco Olivares como una fuente de terror en las calles y como un cura que usaba su crucifijo como arma contra los detenidos. Uno de los entrevistados, cuyo padre fue ejecutado extrajudicialmente en la ciudad en 1936, hace referencia a la frustración y la indignación de su madre cuando, después de la muerte de su marido, Franco Olivares entró en la pequeña joyería y relojería que la familia dirigía. Ella no le atendió ni dejó que su hija lo hiciera pero, a través de otro ayudante que no pertenecía a la familia, le comunicó que la tienda ya no ofrecía servicio de reparaciones. La madre del entrevistado era católica practicante pero desde ese momento en adelante no volvió nunca más a confesarse ni a tomar la comunión. ARMH, Zamora, transcripción de entrevistas con P.M.B. y A.G.D., 19 de mayo de 2005. Franco Olivares también realizó (como hicieron muchos otros curas) una incesante campaña para multar y excluir de sus puestos a aquellos profesionales liberales que sobrevivieron al golpe, proporcionando informes al Tribunal de Responsabilidades Políticas del régimen con este objetivo. El informe de Franco Olivares sobre José Datas Gutiérrez, antiguo director de la Escuela Normal de Maestros al Juzgado Provincial de Responsabilidades Políticas de 21 de diciembre de 1939, en Archivo Histórico Provincial de Zamora (AHPZA), AP/RP, caja 10, expte. 5.

[15] Incluso la portada de la edición española del libro escrito por su hijo, tanto en su diseño visual como en su expresión, está presentada para sugerir que la clave de la muerte de Amparo fue su marido, Ramón Sender. Sin duda alguna, es cierto que en la zona rebelde algunas mujeres fueron ejecutadas en lugar de sus maridos, que no pudieron ser encontrados, lo que se denominaba *por derecho de representación* (Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, p. 205). Pero esto no encaja con la historia de Amparo. El rumor de que el mismo Franco firmó su sentencia de muerte parece, sobre la base de lo que conocemos hasta ahora, ser solo eso, un rumor. Es cierto que desde algún momento a partir del otoño de 1936 (y, con seguridad, desde el 1 de octubre) a Franco le gustaba echar un vistazo a las sentencias de muerte «oficiales» (opuestas a los asesinatos extrajudiciales, sobre los que, obviamente, no se hacía ningún papeleo). Pero en el momento de la muerte de Amparo, Franco estaba muy implicado en las primeras fases de su ataque a Madrid (anunciado en la prensa el 6 de octubre) y, por tanto, incluso si hubo alguna documentación vinculada a la decisión de asesinar a Amparo, es probable que ni siquiera viera el expediente. Esto no excluye la posibilidad de una orden verbal pero, nuevamente, el momento en que se produjo el asesinato de Amparo, la hace parecer improbable.

[16] Excepto que se indique otra cosa, toda la información biográfica sobre Amparo y su familia procede de entrevistas y correspondencia que he tenido con los miembros de su familia o de fuentes primarias ahora en poder de esta última y conservadas en su archivo, algunas de las cuales solo han sido recuperadas de archivos municipales y estatales en los últimos 10 años. Unos pocos de estos documentos se reproducen también en Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*.

[17] Véase el árbol genealógico de la familia Barayón. Debe tenerse en cuenta que, en general, no distingo en el texto entre los hermanos y los hermanastros de Amparo, dado que esto no influye de manera significativa en los sucesos que se describen.

[18] Aunque al mismo García Lorca se le había aconsejado claramente que no lo hiciera. Gibson, Ian, *Federico García Lorca. A Life*, Londres: Faber & Faber, 1989, pp. 442-443. «Volver a casa» fue un fenómeno extendido, algunas veces en los meses posteriores al golpe e, incluso, mucho después. Uno de estos casos fue el del que había sido alcalde de Zafra, Badajoz, en la República de preguerra, José González Barrero. A pesar de que cuarenta personas habían sido fusiladas en el primer día de ocupación militar de Zafra y un total de 200 fueron fusiladas en los siguientes meses, al final de la guerra volvió a casa desde Madrid, al parecer creyendo en la promesa pública de Franco de que quienes no eran responsables de delitos de sangre no debían temer nada. Fue arrestado inmediatamente, encerrado en el campo de concentración de Castuera y ejecutado a finales de abril de 1939. Lama, José María, *Una biografía frente al olvido: José González Barrero, Alcalde de Zafra en la Segunda República*, Badajoz: Diputación de Badajoz, 2000, pp. 83-126 y 136-138. Este sentimiento equivocado de seguridad en el lugar de origen funcionó también algunas veces para evitar que la gente huyera antes de la llegada de las fuerzas rebeldes, solo para ser asesinados por dichas fuerzas y por los civiles que colaboraban con ellos. Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 139-140.

[19] Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, p. 99.

[20] Su nombre fue inscrito como tal («conceptuada como espía») en una lista de personas políticamente sospechosas elaborada por el teniente coronel Raimundo Hernández Comes, gobernador civil de Zamora (y uno de los primeros conspiradores militares allí), que incluía el periodo comprendido entre el 19 de julio de 1936 y 11 de febrero de 1937.

[21] El registro de entrada a prisión de Saturnino está fechado el 26 de julio de 1936. Expediente procesal, Prisión de Partido de Toro. Agradezco la ayuda de John Palmer, investigador e historiador, además de voluntario en la asociación civil por la memoria ARMH, en Zamora, para localizar este documento.

[22] Fue detenida el 4 de agosto de 1936 según un informe de la Falange de Zamora de 17 de septiembre de 1941, del que se conserva una copia en el archivo de la familia.

[23] Entrevista con su sobrina, Magdalena Maes Barayón, julio de 2003 y julio de 2011.

[24] Cf. estas opiniones expresadas en 1927, «Rusia, junto con otras expresiones de modernidad como la aviación, la radio o el teléfono, dieron a la vida gran interés», citado por Montero, Enrique, «Reform idealized: The Intellectual and Ideological Origins of the Second Republic», en Graham, Helen y Jo Labanyi (eds.), *Spanish cultural studies: an introduction: the struggle for modernity*, Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1995, pp. 124-133, la cita en p. 131. Véase también con un tono similar, la correspondencia diaria de 1934 de un hombre llamado Cipriano López Crespo, un individuo de clase media con mucha iniciativa, que imaginaba la transformación utópica de su pueblo de Cuenca (Villaconejos), publicada en López Villaverde, Ángel Luis e Isidro Sánchez Sánchez, *Honra, agua y pan. Un sueño comunista de Cipriano López Crespo (1934-1938)*, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, y también Graham, Helen, *The Spanish Civil War. A Very Short Introduction*, Oxford: Oxford University Press, 2005, pp. 61-63. También las memorias de dos mujeres jóvenes y militantes llaman la atención sobre este «soplo de aire fresco» en el que el PCE se veía como una extensión del de la República y más como un medio de cambio que como un instrumento doctrinal, en Parga, Carmen, *Antes que sea tarde*, Madrid: Compañía Literaria, 1996, p. 50, y Arnáiz, Aurora, *Retrato hablado de Luisa Julián*, Madrid: Compañía Literaria, 1996, p. 26. Todavía no se ha abordado seriamente esta historia social del comunismo en la España de los años veinte y treinta. Véase Cruz, Rafael, «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia Soviética y la acción colectiva en España», en Cruz, Rafael, y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid: Alianza, 1997. Quejas de la Agrupación Socialista de Almería durante la guerra en relación con las capacidades populistas del PCE y su habilidad para atraer a los «no educados» políticamente, en Graham, Helen, *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis 1936-1939*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991, p. 119. Sobre el atractivo del PCE durante la guerra para una audiencia masiva, en particular dentro del movimiento juvenil socialista y comunista, recién unificado en marzo de 1936 y que se convirtió rápidamente en una organización de masas en los primeros meses de la guerra, véase Claudín, Fernando, *The Communist Movement. From Comintern to Cominform*, Harmondsworth: Penguin, 1975, pp. 230-231.

[25] Sobre los resultados electorales en Zamora ciudad en abril de 1931 véase Mateos, Miguel Ángel, *La República en Zamora (1931-1936). Comportamiento político electoral en una sociedad tradicional,* Zamora: IEZ Florián de Ocampo, 1995, vol. 1, p. 283. En las elecciones municipales de 12 de abril de 1931 en la ciudad de Zamora la suma de socialistas y republicanos obtuvo el 46,2 por ciento de los votos. Algunos detalles que explican el papel de Saturnino en la política municipal de Zamora después de 1931 pueden verse en las actas de las reuniones del ayuntamiento (Libros de Actas de Sesiones) en el Archivo Municipal de Zamora (AMZ), que en la actualidad se conserva en el Archivo Histórico Provincial de Zamora (AHPZA); por ejemplo, AHPZA, AMZ, L-1832, sesión constitutiva del nuevo ayuntamiento después de la proclamación de la Segunda República; AHPZA, AMZ, L-1838, suspensión del Ayuntamiento en octubre de 1934; y AHPZA, AMZ, L-1840, sobre la victoria del Frente Popular en febrero de 1936.

[26] Ballbé, Manuel, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid: Alianza Editorial, 1983, pp. 402-409. Sobre el fracaso de la Segunda República en desmilitarizar el orden público, facilitando así la ficción legal usada por los rebeldes para legitimar sus acciones, véase, del mismo libro, pp. 391 y 393-395. De las investigaciones iniciales en Zamora, sabemos que el detenido Saturnino Barayón fue sometido a una investigación judicial preliminar (diligencias previas) sobre la base de la acusación hecha contra él en agosto de 1936 de «reunión clandestina y campaña contra el Movimiento Nacional». Esto sugiere que la intención inicial era someterlo a justicia sumaria a través de un consejo de guerra, muchos de los cuales también terminaban en ejecución. Pero en el momento de escribir esto, no es posible acceder al expediente de Saturnino que, al igual que muchos otros expedientes similares —concretamente, todos los consejos de guerra de la provincia de Zamora—, está esperando una digitalización financiada por el estado. Esta financiación está acordada pero se ha retrasado por lo que parece una obstrucción institucional desde el Ministerio de Defensa, que controla el archivo militar de El Ferrol (Galicia), donde están actualmente los expedientes de estos consejos de guerra.

[27] La represión total en Zamora fue mucho más allá, por supuesto, del terror «caliente» de las sacas en las que cientos perdieron la vida. En toda la provincia murieron unas 1.331 personas en la «limpieza» llevada a cabo por los rebeldes, 396 de las cuales eran de la capital. Una visión de conjunto en Ruiz González, Cándido, y Juan Andrés Blanco Rodríguez, «La represión en la provincia de Zamora durante la guerra civil y el franquismo», en Berzal de la Rosa, Enrique (coord.), *Testimonio de voces olvidadas*, II, Valderas, León: Fundación 27 de Marzo, 2007, pp. 237-307. Los datos, en p. 259. Véase también Ruiz González, Cándido, Pilar de la Granja Fernández y Eduardo Martín González, «Un largo período de represión», en Blanco Rodríguez, Juan Andrés (ed.), *A los 70 años de la Guerra Civil española: actas del Encuentro celebrado en Zamora, 21 y 22 de diciembre de 2006*, Zamora: Centro de la UNED de Zamora, 2010, pp. 157-210; y Granja Fernández, Pilar de la, *Represión durante la guerra civil y la posguerra en la provincia de Zamora*, Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 2002. También Martín Barrio, Adoración, María de los Ángeles Sampedro Talabán y María Jesús Velasco Marcos, «Dos formas de violencia durante la guerra civil. La represión en Salamanca y la resistencia armada en Zamora», en Aróstegui, Julio (coord.), *Historia y memoria de la guerra civil,* 3 vols., II, Valladolid: Junta de Castilla y León, 1988, pp. 413-437; y Espías Bermúdez, Ángel, «Memorias, Año 1936. Hechos acaecidos en Zamora y provincia», *Ebre 38. Revista Internacional de la guerra civil*, 2 (2003), pp. 62-84.

[28] La carta de autorización del gobernador civil de Zamora, el teniente coronel Hernández Comes, al director de la prisión de Toro, de 27 de agosto de 1936, indica que Antonio fue entregado a Juan Luis Rodríguez, el jefe de la Falange local.

[29] Los investigadores que han analizado la documentación de Zamora sobre los traslados de prisiones han destacado que en el caso de aquellos prisioneros señalados para ejecución extrajudicial, las cartas de la oficina del gobernador autorizando su traslado carecían de sistema usual de etiquetas numéricas para referencia administrativa. Por el contrario, este espacio se dejaba en blanco.

[30] El certificado de defunción de Saturnino, inscrito el 6 de octubre de 1936 en el Registro Civil de Toro (sección 3.ª, vol. 54, n.° 150, folio 197v), da como fecha de su muerte el 18 de septiembre de 1936, a las 23:00 horas. El certificado de defunción de Antonio, que fija como fecha de su muerte el 28 de agosto y que fue inscrito el 13 de octubre de 1936, se conserva en Sección 3.ª, vol. 55, n.° 172, folio 8v e indica la misma causa de muerte.

[31] Como resultado de investigaciones posteriores realizadas sobre la base de la información contenida en el certificado de defunción de Antonio.

[32] Entrevista con Magdalena Maes Barayón, Málaga, julio de 2003. Todo lo que les queda de Antonio es la radio que poseía, el último modelo norteamericano de su momento, que su madre escondió ante la inminente incautación de los bienes de la familia. Esta radio persigue la historia de los Barayón: condenó a Amparo y, en cierto sentido, a su tío Antonio. Pero también muestra la creencia de Antonio en lo nuevo. Salvada de la incautación de los bienes de la familia por Magdalena madre, la radio también representará el cordón umbilical de Magdalena Maes con el mundo exterior. En una carta que mandó a Ramón Sender el 5 de julio de 1945, le explica cómo, reunidos en torno a la vieja radio de Antonio, le oyeron hablando desde Nueva York en *Voice of America*, confirmando así lo que habían conseguido averiguar de un familiar de Madrid de que Sender estaba vivo, aunque el régimen de Franco había anunciado su muerte.

[33] Hay una confusión en *A Death in Zamora*, donde el gobernador militar es llamado Claomarchirán [*sic*]. Claumarchirán era el apellido de la esposa de Hernández Comes. El error se debe a que el hijo del gobernador, Venancio Hernández Claumarchirán fue entrevistado por Ramón Sender Barayón, que supuso que el apellido del padre debía ser el mismo que el del hijo, sin darse cuenta de que las reglas españolas son diferentes de las del mundo angloamericano.

[34] Los gobernadores civiles y militares normalmente tenían funciones diferentes pero cuando Hernández Comes asumió el control militar de la ciudad de Zamora después del golpe, como «comandante militar de la plaza», asumió también las funciones del gobernador civil.

[35] Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, pp. 146-147, reproduce el testimonio de las compañeras de cárcel de Amparo, Pilar Fidalgo y Palmira Sanjuán Misis.

[36] No obstante, la posterior devolución nominal de los dineros de la familia les enriqueció poco. La pareja participaría —como interlocutores con las autoridades rebeldes— en las negociaciones de la Cruz Roja para lograr sacar a los hijos de Amparo de la zona rebelde y reunirlos con su padre. Sin embargo, desde este momento en adelante, Casimira y Sevilla serían condenados al ostracismo por la familia Barayón y dejarían Zamora después de la guerra, más o menos caídos en desgracia. Magdalena Maes, carta a Ramón Sender padre, 5 de julio de 1945.

[37] Por la misma razón, a Magdalena se le prohibió ver a Saturnino con el negro de luto que vestía por Antonio y, por ello, fue obligada a cambiarse de ropa en la prisión. Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, p. 162. Numerosos testimonios y ejemplos de la práctica común de las autoridades militares de prohibir toda manifestación pública de pena y duelo por las víctimas de asesinatos extrajudiciales, en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 141-142.

[38] Fidalgo, Pilar, *A Young Mother in Franco's Prisons*, p. 32. Existe también una edición francesa. El testimonio de Fidalgo apareció originalmente en la prensa republicana, en *El Socialista*, 20-22 y 24 de mayo de 1937. Fidalgo se refiere al ataque psicológico sufrido por Amparo en p. 15, y a su ejecución y al hecho de que Amparo culpó a Miguel Sevilla en p. 28.

[39] Fidalgo, Pilar, *A Young Mother in Franco's Prisons*, p. 28.

[40] El informe de la policía de Zamora de 21 de marzo de 1937 hace referencia a una investigación sobre Amparo promovida por una orden judicial. Parece probable que esta fuera también desencadenada por la intervención de la Cruz Roja. La marcha final de los niños está documentada y firmada en Burgos el 21 de enero de 1937 por el delegado internacional de la Cruz Roja en la zona rebelde, Horace de Pourtales. El documento dice que el niño de dos años, Ramón, y la niña de diez meses Andrea, «cuya madre había sido fusilada en Zamora, han sido repatriados por mi delegación local y entregados a su padre en Bayona el 12 y 18 de enero». Documento del archivo de la familia Barayón.

[41] Fidalgo, Pilar, *A Young Mother in Franco's Prisons*, p. 31.

[42] Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 187-188. Esto amplía nuestra imagen de las formas en que el clero también se convirtió en víctima del franquismo aunque, por supuesto, se conocía desde hace mucho que los rebeldes ejecutaron a algunos curas vascos por separatistas.

[43] Por ejemplo, el oficial de inteligencia de Burgos que, en 1937, en respuesta a las preocupaciones de sus interlocutores cuáqueros sobre si la población republicana soportaba una privación material significativamente mayor, comentó que «tan pronto como podamos limpiar las cosas en el norte, habrá más sufrimiento también allí...», Dan West, «Needy Spain», Informes desde el campo, vol. II (informe escrito en febrero de 1938), Friends Service Council/R/Sp/4, Quaker Archive, Friends House, Londres. Para un análisis de las funciones políticas del «sufrimiento» y la «penitencia» véase Richards, Michael, *A Time of Silence*, y las memorias de Carlos Barral, *Años de Penitencia*, Barcelona: Tusquets, 1990, 1.ª ed., 1975. Existen también algunos interesantes trabajos antropológicos en marcha en Aranda de Duero (Burgos, Castilla y León) que investigan las formas en que el impacto de la represión violenta se experimentó de forma diferente en el «norte y centro creyentes». Por ejemplo, la falta de un cuerpo que enterrar, aunque sea penoso para los supervivientes en todos los lugares, obviamente tiene un significado muy diferente para un anticlerical o no creyente que para un piadoso habitante de un pueblo que creía que un cuerpo no enterrado implicaba el purgatorio y la pérdida espiritual, tanto como física, de sus seres queridos.

[44] Más información sobre los usos y significados del trabajo en el universo carcelario franquista en el capítulo 6.

[45] Richards, Michael, «Biology and Morality in the Spanish Civil War: Psychiatrists, Revolution and Women Prisoners in Málaga», *Contemporary European History*, special issue on Gender and War (noviembre de 2001), pp. 395-421. Véase también capítulo 6 de esta obra.

[46] «En busca del gen rojo», *El País*, 7 de enero de 1996, http://www.elpais.com/articulo/espana/ESPANA/SOCIALISMO/GUERRA_CIVIL_ESPAÑOLA/COMUNISMO/FRANQUISMO/busca/gen/rojo/ elpepiesp/19960107elpepinac_22/Tes. «Marxists are retards», información de Giles Tremlett sobre los experimentos de los psiquiatras franquistas en *The Guardian*, 1 de noviembre de 2002, http://www.guardian.co.uk/world/2002/nov/01/spain.gilestremlett (consultados el 15 de enero de 2012).

[47] Mateos, Miguel Ángel, «Muerte en Zamora, la tragedia de Amparo Barayón», serie de artículos en *La Opinión. El Correo de Zamora*, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 24 de abril de 2005. Fidalgo, Pilar, *A Young Mother in Franco's Prisons*, p. 22; Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, pp. 110, 145, 164-165.

[48] La ley fue un instrumento fundamental de la guerra, especialmente la retroactiva Ley de Responsabilidades Políticas (febrero de 1939) que, como podemos ver, afectó directamente a la familia Barayón, y también la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo. Sobre la Ley de Responsabilidades Políticas véase *ABC*, 12 de febrero de 1939, «La justicia de la España Imperial. Una Ley plena de serenidad. Ha sido firmada la Ley de Responsabilidades Políticas». El texto completo en *ABC*, 17 y 19 de febrero de 1939. Álvaro Dueñas, Manuel, *«Por ministerio de la ley y voluntad del Caudillo». La Jurisdicción Especial de Responsabilidades Políticas (1939-1945)*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, pp. 68-80 y 97-110. Ejemplos de aplicación de la Ley de Responsabilidades Políticas que muestran claramente su carácter vengativo en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 504-505.

[49] «Me partió la vida», entrevista con Magdalena Maes Barayón, julio de 2003.

[50] La renuncia formal de Magdalena Barayón Hernández a la fortuna de los Barayón se hizo ante el Juzgado de Primera Instancia de Zamora el 17 de diciembre de 1942. Copia del documento en el archivo familiar de los Barayón.

[51] A diferencia de muchas familias, los Barayón, incluidos Ramón y Andrea, sí que lograron que se les devolvieran algunos fondos de los bienes familiares incautados, pero fue una cantidad simplemente simbólica: Ramón Sender padre exclamó por teléfono a Magdalena que él había gastado más en los regalos de Navidad de los niños que lo que les devolvía el estado franquista. Generalmente, con el paso del tiempo, los tribunales de responsabilidades políticas hicieron algunos esfuerzos simbólicos de «justicia», aunque demasiado tarde. Cf. Vilanova i Vila-Abadal, Francesc, *Repressió política i coacció econòmica. Les responsabilitats polítiques de republicans i conservadors catalans a la postguerra (1939-1942)*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, pp. 44-51.

[52] Era la misma persona cuya presencia en la casa de los Maes-Barayón había hecho muy difícil que Ramón y Andrea fueran a quedarse allí tras la ejecución de Amparo, por lo que se hizo inevitable su marcha a un orfanato. Por tanto, es irónico que fuera su muerte, y la subsiguiente apertura de la tumba familiar, la que proporcionara a la joven Magdalena la posibilidad de volver a enterrar los restos de Amparo, como se describe al principio de este capítulo.

[53] Magdalena Maes a Ramón Sender padre, 5 de julio de 1945. Esta carta evitó el aparato de censura porque Magdalena la envío a los Estados Unidos con los familiares de unos amigos de Zamora que volvían allí. A partir de entonces, Magdalena evitó problemas similares dirigiendo las cartas para Ramón Sender a su tercera esposa, Florence. Mensaje de Magdalena Maes a la autora, 31 de julio de 2011. Magdalena se involucró en el PCE porque «era lo que había» en la resistencia antifranquista en ese tiempo (correspondencia con la autora, julio de 2011). Sin embargo, parece probable que la memoria de su tío favorito, Antonio, también influyera en sus acciones.

[54] Fue liberada bajo uno de los periódicos indultos del régimen que servían para vaciar las prisiones que recibían continuamente nuevas oleadas de prisioneros. Véase el capítulo 6.

[55] Un ejemplo de esto es la carta «modelo» prescrita en la que Magdalena expresaba su gratitud a las autoridades por la «educación cultural» que había recibido en la prisión y que se le obligó a firmar al final de su encarcelamiento. Fue publicada el 12 de marzo de 1949 en *Redención*, el periódico de la prisión, que los reclusos eran obligados a comprar con sus escasos recursos. Costaba tanto como un periódico comercial y sus beneficios iban al estado. Sobre *Redención*, véase Cenarro, Ángela, «La institucionalización, del universo penitenciario», en Molinero, Carme, *et al*. (eds.), *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona: Crítica, 2003, pp. 143-145, y Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, p. 510. Cf. la novela autobiográfica de Müller, Herta, *The Land of Green Plums*, Londres: Granta, 1996 (edición original en alemán: *Herztier*, Hamburg: Rowohlt Verlag, 1993) para una evocación poética conmovedora de un proceso muy similar de humillar y degradar (*making ugly*) a las víctimas/supuestos enemigos del régimen en la Rumanía de Ceaucescu.

[56] Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, p. 149.

[57] Carta de Magdalena Maes a Ramón Sender, 5 de julio de 1945 (archivo familiar).

[58] Aunque este fenómeno está lejos de ser exclusivo del franquismo, la gran longevidad del régimen lo intensifica hasta el punto de que ha adquirido una fuerza social verdaderamente idiosincrásica en España, y que dura hasta la actualidad, como otro efecto posterior de la dictadura. Muchos de los trabajos sobre la represión hacen referencia a su impacto negativo en la recuperación de la historia de los reprimidos por el régimen: fulano fue «sacado» por «hablar más de la cuenta», o por «tener ideas estrambóticas» o por «meterse en política», transforma a la víctima en culpable, en responsable de su propia desaparición. Ruiz González, Cándido, Pilar de la Granja Fernández y Eduardo Martín González, «Un largo período de represión», p. 173.

[59] Las listas de los cementerios ofrecen con frecuencia unos registros más completos y exactos porque muchas personas tenían demasiado miedo de inscribir oficialmente las muertes para no ser ellos mismos objeto de la atención del estado y la policía. En este sentido, Amparo y sus hermanos son una minoría al tener certificados de defunción emitidos por las autoridades, aunque estos falsifiquen u omitan el detalle crucial de cómo habían muerto. (Una versión abreviada del de Amparo está publicada en Sender Barayón, Ramón, *A Death in Zamora*, p. 138.) Los certificados de defunción también tendieron a emitirse más en el norte que en el sur de España, donde se produjo el grueso de los asesinatos extrajudiciales cometidos por los rebeldes. Si se emitían o no dependía en cierto grado de las circunstancias locales pero era más probable que los asesinatos dieran lugar a algún tipo de documentación si las víctimas eran muy conocidas o de cierto estatus social.

[60] La naturaleza totalitaria del proyecto original franquista es clara, aunque si puede ser también descrita como fascista es todavía objeto de debate académico. Es un debate que necesita ocuparse menos del «mimetismo» del régimen de Franco con las potencias del Eje o del papel de la Falange y más de lo que el régimen hizo a los derrotados. A la luz de la evidencia, si el franquismo no era «fascista», no lo era de la misma forma que se puede argumentar que no lo era el nazismo, es decir, que el franquismo y el nazismo estaban menos preocupados por disciplinar y controlar a los grupos «enemigos» que por eliminarlos.

[61] Véanse los capítulos 6 y 7.

[62] Cf. la voz en off, retrospectivamente optimista y sorprendentemente política, del final de la película de Pedro Almodóvar *Carne Trémula* (1997): «Por suerte para ti, hijo mío, hace ya mucho tiempo que en España hemos perdido el miedo».

[63] En particular, la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (httpp://www.memoriahistorica.org.es), fundada por Emilio Silva que buscaba identificar los restos de su propio abuelo. Véase Macías, Santiago, y Emilio Silva, *Las fosas de Franco: los republicanos que el dictador dejó en la cuneta*, Madrid: Temas de Hoy, 2006. Estas cuestiones se vuelven a analizar en el capítulo 7 en el análisis de las guerras de la memoria en la España actual.

[64] Televisió de Catalunya realizó un documental con el mismo título (*Els nens perduts del franquismo*) en marzo de 2002, que fue posteriormente emitido en el País Vasco y en el extranjero. Pero habrían de pasar otros tres años antes de que lograra ser emitido a escala nacional en España. Hay un libro que lo acompaña: Vinyes, Ricard, Montse Armengou y Ricard Belis, *Los niños perdidos del franquismo*, Barcelona: Plaza & Janés, 2002. Véase también Vinyes, Ricard, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Madrid: Temas de Hoy, 2002.

[65] Por decreto de 30 de marzo de 1940, las mujeres presas tenían el derecho de cuidar a sus hijos hasta los tres años de edad. Esta medida hizo posible que las autoridades sacasen legalmente de la prisión a los mayores de tres años. Pero esto no legalizó la posterior «desaparición» de estos niños que, normalmente, no eran entregados a las familias de las presas sino que quedaban bajo la tutela del estado. Según los términos de la ley de 4 de diciembre de 1941, se les daba nuevos nombres a los niños «rojos» que no pudieran recordar los suyos por las razones que fueran (es decir, refugiados repatriados, huérfanos, padres cuyos niños no pudieran ser localizados...). Fue esta ley la que facilitó las «desapariciones» y adopciones ilegales. El Servicio Exterior de Falange frecuentemente «recuperaba» niños del extranjero en contra de los deseos de sus padres residentes en España. Se estima que 11.000 niños estaban todavía considerados como refugiados en los años cuarenta, excluyendo aquellos que eran parte de familias exiliadas. En 1943, 12.042 niños estaban bajo la tutela del estado. Pero había muchos miles más en instituciones estatales. Una contextualización más detallada en el capítulo 6.

[66] Sin embargo, como se analizará en el capítulo 7, la recuperación de estas voces y memorias no se ha producido sin oposición. El mismo espacio democrático que ha permitido su lenta recuperación desde los años ochenta está ahora siendo testigo de la reaparición de voces profranquistas con una confianza recién adquirida y derivada del ultranacionalismo conservador populista que está surgiendo en gran parte de Europa desde finales del siglo XX.

[67] Cf. la introducción de la editora a *Muerte en Zamora*, p. 8. Esta introducción la escribió la hija de Magdalena Maes, Mercedes Esteban-Maes Kemp. No hay duda de que las circunstancias particulares de la familia han jugado un papel importante en su falta de silencio. A diferencia de muchos otros que sufrieron la represión pero cuyas vidas posteriores eran menos seguras, tanto materialmente como de otras formas, Magdalena en realidad no consideró de forma seria, en los años sesenta, que estuviera poniendo en peligro directo a sus hijos con la información que les transmitía. Sin embargo, el silencio normal y *sonoro* dentro de muchas familias no solo afectó a aquellos que se sentían ellos mismos en riesgo personal, y esto fue también un efecto del franquismo. El hecho de que Magdalena siempre hablara de estos temas es también una muestra de su personalidad y fortaleza de carácter y, sobre todo, de la tremenda necesidad que sentía de abrirse camino a través de lo que el pasado y las circunstancias históricas le habían impuesto para crear algún espacio que pudiera estar libre de las necesarias omisiones y de la conformidad demandada a todos en la esfera pública franquista.

[1] Estos versos de Machado son de los más famosos de la poesía española, y el mismo Machado, uno de los más importantes de los poetas españoles, sigue siendo muy popular y leído en la actualidad. Fue también un poeta del exilio y cruzó la frontera con Francia como parte de la gran ola de refugiados —cerca de medio millón entre civiles, soldados republicanos y miembros de las Brigadas Internacionales— que huyeron del avance de los ejércitos franquistas después de la caída de Cataluña en febrero de 1939. Murió pocos días después y fue enterrado junto al mar, en Collioure.

[2] Por tanto, este capítulo no pretende ser un análisis macrohistórico, sistemático, de las brigadas, sino un ensayo interpretativo sobre qué significaron los brigadistas como fenómeno de la Europa de entreguerras. No hay todavía un estudio transnacional o comparativo de las Brigadas Internacionales. Un análisis preliminar de este tipo en Skoutelsky, Rémi, *Novedad en el frente*. *Las brigadas internacionales en la guerra civil*, Madrid: Temas de Hoy, 2006.

[3] Serge, Victor, *The Long Dusk,* Nueva York: The Dial Press, 1946, p. 87. Es un relato novelado sobre exiliados antifascistas europeos que sobrevivieron a la llegada de los nazis a París en junio de 1940. Las palabras que citamos son de Ardatov, el viejo revolucionario cuya fe inquebrantable en la revolución en cierta medida hasta desespera a los demás, de Serge. Una reseña de la novela perspicaz históricamente en Scott Fox, Lorna, *London Review of Books*, 25, 10 (22 de mayo de 2003), pp. 25-27.

[4] «Siempre me ha gustado la historia no escrita y ahora estoy tratando el reverso de la imagen», James, Henry, «The Story of a Year», publicado por primera vez en *The Atlantic Monthly. A Magazine of Literature, Art and Politics,* XV, LXXXIX (marzo de 1865).

[5] Appadurai, Arjun, «Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy», en During, Simon (ed.), *The Cultural Studies Reader*, 3.ª ed., Londres: Routledge, 2007, pp. 216-226. esp. p. 221.

[6] Carroll, Peter N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade. Americans in the Spanish Civil War*, California: Stanford University Press, 1994, p. 16. Sobre los canadienses, véase Petrou, Michael, *Renegades. Canadians in the Spanish Civil War,* Vancouver: UBC Press, 2008, pp.13-25. La mayoría de los voluntarios canadienses eran ellos mismos emigrantes, mientras que entre el contingente estadounidense lo eran aproximadamente un tercio, y un 80 por ciento eran hijos de emigrantes, con al menos un padre europeo. Esto también explica las diferencias sociológicas: los canadienses tendían a ser más pobres, mayores (en la treintena) y más marginados socialmente, proviniendo de zonas rurales y también campos de trabajo. En general, tenían también menos educación. Esto contrastaba con los voluntarios estadounidenses, urbanos, mejor educados y algo más jóvenes. Sin embargo, como indica Carroll, la media de edad de estos voluntarios era de 27 años, y el promedio algo mayor aún, por tanto, ninguno de los contingentes de América del Norte representaba a jóvenes «impetuosos» o «imberbes».

[7] Petrou, Michael, *Renegades*, p. 37.

[8] Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, pp. 76-77, sobre la historia del chico de 19 años, Yankel, procedente de Polonia, que «había recorrido siete países de Europa». Hay trad. cast.: *Escoria de la Tierra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951 (2ª. ed.), p. 83. Véanse, además, pp. 115-116 y pp. 138-139. También es muy esclarecedora la trilogía de memorias en forma de novela del escritor y psicólogo Sperber, Manès, *Like a Tear in the Ocean* (trilogía formada por *The Burned Bramble*, *The Abyss* y *Journey without End*), New Jersey: Holmes & Meier, 1988, que fue publicada por primera vez en alemán a finales de los años cuarenta y en inglés en los primeros años de la década de los cincuenta. Sperber había nacido en 1905 dentro de una familia judía jasídica de Zablotów, entonces en la Galitzia austríaca, ahora parte de Ucrania. Huyendo de la guerra, su familia se trasladó a Viena en 1916. El mismo Sperber tendió hacia una visión más política y secular de su tiempo y, en 1927, viviendo en Berlín, se afilió al partido comunista. Encarcelado por los nazis, fue liberado porque tenía pasaporte polaco y se trasladó primero a Yugoslavia y, después, a París. Abandonó el partido comunista en 1938 como protesta contra el comienzo de las purgas de Stalin y en 1939 se incorporó como voluntario al ejército francés. Tras la derrota francesa y la ocupación alemana, escapó a la zona controlada por le gobierno títere de Vichy. En 1942 pudo salir de Francia hacia Suiza, escapando por poco de la deportación. Sobre el mismo Robert Capa, otro de estos chicos refugiados inquietos, véase el capítulo primero y, sobre todo, el quinto.

[9] Sobre esta idea también se reflexiona en el capítulo 5.

[10] Del poema de Funaroff, *The Bellbuoy*, influido por Apollinaire:

Soy el exiliado
de un tiempo futuro
de tierras de libertad
que puede que nunca conozca,
que escucha, sonando en la espuma del mar,
las noticias de los labios de las olas.

Citado en Wald, Alan, *Exiles from a Future Time. The Forging of the Mid-Twentieth-Century Left*, Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, 2002, p. vii. Véanse pp. 204-214 para un retrato de Funaroff como uno de los «tres modernos en busca de una respuesta» de Wald. Una colección de recuerdos literarios y políticos de la vida y poesía de Funaroff, incluyendo algunos de personas que le conocieron personalmente, en http://english.illinois.edu/maps/poets/a_f/funaroff/memoirs.htm (consultado el 18 de septiembre de 2011). La escritora Genevieve Taggard (muerta en 1948) recordaba a Funaroff como alguien que «se convirtió en poeta *e hizo frente a su situación*» (la cursiva es mía).

[11] Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, pp. 75 y 181-182; y cf. Souto Kustrín, Sandra, Taking the Streets. Workers' youth organizations and conflicts in the Spanish Second Republic», *European History Quarterly*, 34, 2 (2004), pp. 131-156.

[12] La novela de André Malraux, *L'Espoir*, París: Gallimard, 1971, cuya primera edición es de 1938, tiene una evocación de aquella batalla clave en la Ciudad Universitaria de Madrid; Malraux había participado en la organización del apoyo aéreo a la República. Sobre el asedio de Madrid véanse también Cox, Geoffrey, *The Defence of Madrid*, y Preston, Paul, *We Saw Spain Die. Foreign Correspondents in the Spanish Civil War,* Londres: Constable, 2008.

[13] Esta playa artificial —la primera de España— fue diseñada para uso público y se abrió en 1932 en el Monte de El Pardo, en los alrededores de Madrid. Refleja el espíritu de los primeros años de la República: las obras públicas (el «mar» era agua del río Manzanares canalizada hacia un embalse) y, además, una aspiración a la democratización del ocio y a garantizar el acceso a la naturaleza. Más datos sobre la «playa» en Moreno Garrido, Ana, *Historia del turismo español en el siglo XX*, Madrid: Síntesis, 2007, pp. 98-99. La «playa» se puede ver en: http://pasionpormadrid.blogspot.com/2010/02/la-playa-de-madrid.html.

[14] Tagüeña Lacorte, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, México DF: Ediciones Oasis, 1974. Véase también Parga, Carmen, *Antes que sea tarde*, Madrid: Compañía Literaria, 1996, que incluye la foto de la «playa de Madrid» en p. 41.

[15] Paul Preston se centra en el hecho de que unos pocos dirigentes de la organización juvenil socialista fueron cooptados por el Partido Comunista de España y, así, disfrutaron de un estatus político especial (véase Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 347-349), pero, social y sociológicamente, algo más importante estaba sucediendo en la República Española en guerra, que implicaba a la gente joven en masa.

[16] Conocemos esto en particular por los informes de la Comandancia de Milicias, Alpert, Michael, *El ejército republicano en la guerra civil*, Madrid: Siglo XXI, 1989, pp. 41 (n. 25) y 62; Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, p. 176. Otras investigaciones lo han confirmado posteriormente, por ejemplo, Ledesma, José Luis, *Los días de llamas*, pp. 238-240.

[17] La última valoración en Viñas, Ángel, y Hernández Sánchez, Fernando, *El desplome de la República*, Barcelona: Crítica, 2009. Véase también Graham, Helen, «Casado's Ghosts: Demythologizing the End of the Spanish Republic», *Bulletin of Spanish Studies*, 89, 7-8 (2012), pp. 255-278. Sobre los mortales efectos del golpe de Casado, véase Guzmán, Eduardo de, *La muerte de la esperanza*, Madrid: G. del Toro, 1973, y *Año de la Victoria*, Madrid: G. del Toro, 1974; y también Doña, Juana, *Querido Eugenio*, Barcelona: Editorial Lumen, 2003, y Arnáiz, Aurora, *Retrato hablado de Luisa Julián*, Madrid: Compañía Literaria, 1996, pp. 111 y ss. Aurora Arnáiz era una militante del PCE y la esposa de José Cazorla, uno de los dirigentes de la JSU, que, con solo algo más de 30 años, se encargó del orden público de la capital durante la mayor parte de la existencia de la Junta de Defensa de Madrid, de diciembre de 1936 a la primavera de 1937. Posteriormente fue gobernador civil de Guadalajara. Capturado en 1939, interrogado bajo tortura y sometido a un juicio militar franquista, fue ejecutado en abril de 1940. Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, p. 477.

[18] Sobre sus innovaciones médicas y sobre las dificultades políticas a las que Crome hizo frente en su puesto, véase Preston, Paul, «Two doctors and one cause: Len Crome and Reginald Saxton in the International Brigades», *International Journal of Iberian studies*, 19, 1 (agosto de 2006), pp. 5-24. El padre de Crome murió en un campo de trabajo soviético, su madre y su hermana mayor fueron asesinadas por los alemanes. El mismo Crome sirvió en el ejército británico como oficial médico en Italia y en 1944 se le concedió la Cruz del Mérito Militar por sus logros al poner a salvo a heridos mientras eran sometidos a un fuego intenso durante la batalla de Monte Casino. Después de la guerra, la mayoría de sus publicaciones se relacionaron con su profesión en el Reino Unido, donde llegó a ser un neuropatólogo especialista en dificultades de lenguaje. También escribió Crome, Len, *Unbroken. Resistance and Survival in the Concentration Camps*, Londres Lawrence & Wishart, 1988, en gran medida basado en la experiencia de su cuñado, Jonny Hüttner. Obituarios de Crome (n. Dvinsk, Letonia, 14 de abril de 1909 y m. en Stoke-on-Trent, Inglaterra, 5 de mayo de 2001), en *The Independent*, 11 de mayo de 2001, http://www.independent.co.uk/news/obituaries/dr-len-crome-727104.html; *The Guardian*, 12 de mayo de 2001, http://www.guardian.co.uk/news/2001/may/12/guardianobituaries1, y *The Psychiatrist*, 26 (2002), http://pb.rcpsych.org/content/ 26/5/199.1.full (consultados el 15 de octubre de 2011).

[19] Aunque, como ha observado Richard Evans, en cierta historiografía actual parece haberse puesto de moda escribir como si el movimiento obrero alemán de los años treinta fuera una minoría social lo que es absurdo estadísticamente y es una clara muestra de «presentismo» distorsionador. Evans, Richard J., «Coercion and Consent in Nazi Germany» (Raleigh Lecture on History, 2006), *Proceedings of the British Academy*, 151 (2007), pp. 58-61.

[20] Sander comenzó su proyecto monumental de retratos, *People of the Twentieth Century*, a principios de los años veinte. Una selección de ellos, publicados en 1929 bajo el título *Face of our Times*, fue más tarde incautada y destruida por los nazis (http://www.tate.org.uk/modern/exhibitions/cruelandtender/sander.html, consultada el 15 de enero de 2012).

[21] La letra la escribieron dos prisioneros «tempranos» del campo de concentración, los presos políticos Johann Esser (minero) y Wolfgang Langhoff (actor), la música fue compuesta por Rudi Goguel y fue adaptada más tarde por Hanns Eisler y Ernst Busch. Fue cantada por Ernst Busch y grabada para un disco posterior, *Six Songs for Democracy* (Nueva York: Keynote Recordings, 1940). Gran parte de estas grabaciones se realizaron durante los bombardeos de Barcelona en 1938. Busch estuvo acompañado por un coro del batallón Thaelmann (la Brigada Internacional 11.ª). Existen muchas grabaciones posteriores y varias páginas web ofrecen acceso al original de Busch.

[22] Preston, Paul, «Theorists of Extermination», *The Spanish Holocaust*, pp. 34-51; Rohr, Isabelle, «The use of antisemitism in the Spanish Civil War», *Patterns of Prejudice,* 37, 2 (2003). Véase también Rohr, Isabelle, *The Spanish Right and the Jews 1898-1945. Antisemitism and Opportunism*, Brighton: Sussex Academic Press, 2007; y Álvarez Chillida, Gonzalo, *El antisemitismo en España: la imagen del judío (1812-2002)*, Madrid: Marcial Pons, 2002.

[23] El trabajo clásico es el de Lustiger, Arno, *«Shalom Libertad». Les Juifs dans la guerre d'Espagne*, París: Editions du Cerf, 1991, publicado en alemán y en castellano en 2001, aunque el manuscrito original estaba escrito en alemán.

[24] Fue ejecutado por las autoridades polacas por haber asesinado a un informante de la policía.

[25] Sobre las identidades culturales judías no religiosas, véase «The conversión of the Jews», capítulo 6 de Wald, Alan M., *The Literary Left and the Antifascist Crusade*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2007, pp. 176-209, esp. p. 179. Cf. también el primer capítulo («Tough Jews in the Spanish Civil War», pp. 16-45).

[26] «Por lo general había muchos judíos en las Brigadas, un montón, y muchos de ellos hablaban yidish y algo más. Así que siempre se intentaba buscar a otro judío que supiera yidish … Daba igual que fuese rumano, húngaro o de donde fuera, lo importante era que tuvieran un idioma en común con el enfermo, que entendieran el mensaje, por así decirlo, que este quería transmitir a su familia. O simplemente decir quienes eran. Pero en el Ebro, en aquella cueva, tuvimos a tres finlandeses y nadie, absolutamente nadie, podía intercambiar una palabra con ellos. Nadie hablaba finés. Los tres estaban muy malheridos en el pecho. En aquellos tiempos no sabíamos que se podían operar las heridas en el pecho, así que los vendábamos, los incorporábamos y los dejábamos sentados, pero estaban hechos una pena, no podían ni respirar. Les poníamos una venda muy apretada, pero las heridas eran espantosas, muy profundas. Nadie sabía finés, y no eran judíos. ¡Ay! Nunca podré olvidarlos … unos hombres guapísimos, rubios, grandes...» (Palabras de Patience Darton citadas en Jackson, Angela, "*For us it was Heaven". The passion, grief and fortitude of Patience Darton, from the Spanish Civil War to Mao's China*, Eastbourne: Sussex Academic Press, 2012. hay trad. cast.: *Para nosotros era el cielo: pasión, dolor y fortaleza de Patience Darton: de la Guerra Civil española a la China de Mao*, Esplugues de Llobregat, Barcelona, San Juan de Dios, Campus Docent, 2012), pp. 114-115.

[27] En la actualidad, existen pocos estudios sobre el antisemitismo en las Brigadas Internacionales, aunque las evidencias anecdóticas no son difíciles de encontrar. Véase también Shindler, Colin, «No pasarán. The Jews who fought in Spain», *Jewish Quarterly*, 33, 3 (1986), pp. 34-41; Zaagsma, Gerben, «"Red Devils": the Botwin Company in the Spanish Civil War», *East European Jewish Affairs*, 33, 1 (2003), pp. 83-99. El conflicto de identidad que pudo surgir frente a la experiencia de antisemitismo también es abordado por Sackman, Sarah, «La política de identidad de los judeoamericanos en la guerra civil española», *La Guerra Civil Española 1936-1939. Congreso Internacional*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008.

[28] Cercas, Javier, *Soldados de Salamina*, Barcelona: Tusquets Editores, 2001, p. 158.

[29] Varias de sus biografías en Ganier Raymond, Philippe, *El cartel rojo*, Tafalla: Editorial Txalaparta, 2008 (or. francés, *L'Affiche Rouge*, París: Arthème Fayard, 1975). Un estudio de los tres antifascistas italianos miembros del grupo de Manouchian ejecutados, en Bechelloni, Antonio, «Antifascist resistance in France from the "Phony War" to the Liberation: identity and destiny in question», en Gabaccia, Donna R., y Fraser M. Ottanelli (eds.), *Italian Workers of the World. Labor Migration and the Formation of Multiethnic States*, Urbana y Chicago: Illinois University Press, 2001, pp. 222-226. Sobre la difícil relación entre la jerarquía comunista francesa y Manouchian, Pike, David Wingeate, *In the Service of Stalin. The Spanish Communists in Exile 1939-1945*, Oxford: Clarendon Press, 1993, pp. 188-191. En 1955 Louis Aragon escribió también un famoso poema sobre los luchadores de Manouchian ejecutados, «Strophes pour se souvenir», publicado en *Le roman inachevé,* París: Gallimard, 1956. Se hicieron muchos comentarios posteriormente sobre su verso final: «Ellos murieron por Francia», véase, por ejemplo, Bechelloni, Antonio, «Antifascist resistance».

[30] A pesar de toda la mitificación retrospectiva realizada por el mundo occidental de su oposición a Hitler como oposición al universo concentracionario, de hecho este mismo orden occidental posterior a 1945 tendría casi como su acto fundacional la conmoción masiva del continente europeo a través de la cual lo que se logró entre 1944 y 1947 no fue otra cosa que una limpieza étnica «rebautizada» como «transferencias/movimientos» de población. Por tanto, se produjo un reordenamiento de la Europa posnazi de acuerdo con el principio hitleriano de que la homogeneidad étnica era la cara del futuro, y una condición deseable para conseguir sociedades y estados estables. Aunque fue aplicado en Europa central y oriental después de las dos guerras mundiales, los orígenes de este tóxico mito se encuentran claramente en Europa *occidental*, en la idea misma de un estado-nación «coherente».

[31] Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, pp. 89-90. Sobre los campos franceses, véase el capítulo 1. Sobre el carácter multiétnico de la resistencia francesa, se puede ver el largometraje francés de Rober Guédiguian sobre el grupo de Manouchian, *The Army of Crime* (2009), que tuvo una importante distribución.

[32] Cf. Bruttmann, Tal, y Laurent Joly*, La France Antijuive. L'agression de Léon Blum à la Chambre des Députés*, París: Éditions des Equateurs, 2006. Véase también sobre Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, en el capítulo 1.

[33] McDaniels había huido de su casa en Mississippi a California, donde fue adoptado por la fotógrafa radical nacida en Ohio Consuelo Kanaga, contemporánea y asociada a un grupo de artistas que incluía a Alfred Stieglitz, Edward Weston y Tina Modotti. Entrevista grabada a Eluard Luchell McDaniels, 26 de agosto de 1985, colección M. Harriman, Abraham Lincoln Brigade Archives (ALBA), 48-121, Tamiment Library, Universidad de Nueva York. Véase también Carroll, Peter N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade*, pp. 260-261

[34] Entrevista a Irv Goff realizada por M. Harriman en 1985, colección ALBA, Tamiment Library, Universidad de Nueva York y, más adelante, en 1991, por Jim Carriger (cintas conservadas en un archivo particular, cortesía de Peter N. Carroll); entrevista de la autora con Sylvia Thompson, viuda del dirigente comunista estadounidense —y brigadista de la Abraham Lincoln— Bob Thompson, en octubre de 2008.

[35] Entrevista a Irv Goff en la Harriman Collection, ALBA. Bill Aalto murió en 1958 y su historia solo ha llegado hasta nosotros a través de un tercero, en un esbozo biográfico de Aalto no publicado, escrito a principios de los ochenta por su amigo James Foss, «A Hero of the Left», del que donó una copia al Archivo de la Brigada Abraham Lincoln, ahora conservado en la Tamiment Library, Universidad de Nueva York. Sobre el campus de la Ohio State University, véanse pp. 16-17.

[36] Bill Aalto aparece como una de las «vidas» en *Lives at the Limit*, un libro para el que estoy investigando actualmente y que analiza el impacto social y existencial de la derrota republicana en una generación de personas progresistas, al igual que, de forma más amplia, en las ideas de progreso social y político, a través de vidas destacadas.

[37] Foss, James, «A Hero of the Left», p. 52, cf. también p. 33.

[38] Incluyendo tanto a Marx como a Alain Badiou, cuyas teorías de la construcción del ser humano son estas. Es una hipótesis sugerente para los historiadores porque postula cómo, si no por qué, se produce el cambio social en el ámbito individual (es decir, cómo se va más allá del hábito o la «tradición», o quizá, a través de formas de conducta que implican «no querer jugar» según las normas establecidas, lo que puede ser más sugerente aún para el historiador. Hallward, Peter, *Badiou. A subject to truth*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003, p. xxiv. Para Badiou, uno de los caminos para este cambio es a través del «acontecimiento». Lo que es significativo de este «acontecimiento» así construido es la parte que escapa a los parámetros de las fuerzas dominantes, que incluso escapa a todas las nociones establecidas *de lo que está ocurriendo*. Es algo que no puede ser calculado, predecido o dirigido y que se basa en una ruptura radical con lo que se esperaba, cuando se nos lleva más allá de la variedad de respuestas predecibles de forma que tiene consecuencias existenciales para todos. Este es el proceso de transformación/transfiguración radical a través del que nace el ser humano. A la luz de esto, podemos considerar los mismos comentarios que James Foss hizo a mediados de los ochenta sobre cómo la revelación hecha por Bill a Irv Goff fue contra los cálculos racionales «obvios», *«por alguna razón* que *ahora no se conoce»* (la cursiva es mía). Foss, James, «A Hero of the Left», p. 17. Tiene algo de una ceguera creativa inducida por el vacío, lo que nos vuelve a llevar a la idea de que el pensamiento produce más cambios de los que comprende, o, en palabras de Badiou, «cada persona cree algo sin saber por qué». Hallward, Peter, *Badiou*, p. xxv. Todo esto recuerda algunos de los métodos historiográficos adoptados en años recientes, por ejemplo, analizando los documentos conocidos de forma diferente, al igual que buscando nuevos tipos de documentación: «Ha cambiado también *cómo* leemos —alerta a tonos discrepantes, conocimiento tácito, emociones apenas indicadas, detalles extravagantes, sucesos “menores”... Ideas nuevas de lo político —dónde se localiza y cómo puede ser expresado— han redefinido qué historias cuentan, que clases de historias valen...». Stoler, Ann Laura (ed.), *Haunted by Empire. Geographies of Intimacy in North American History*, Durham y Londres: Duke University Press, 2006, p. 7. En cierta forma, las memorias escritas por Foss —que era un historiador del arte— son una muestra de esta técnica.

[39] Algunos materiales muy impactantes y sugerentes históricamente con los cuales explorar la idea de género como una frontera incruzable en los años cuarenta —el género configurado como una «constante necesaria» mientras todo lo demás parecía en movimiento— se pueden ver en las ideas (y en la vida) de Tatamkhulu Afrika (nacido en Egipto en 1920), especialmente su extraordinaria novela autobiográfica —*Bitter Eden*, Londres: Arcadia, 2002—, cuya historia subterránea es la de cómo el género se rompió de forma implacable en un campo de prisioneros de guerra de la Segunda Guerra Mundial y fue reconstruido de una forma que negaba la ruptura tanto como la consagraba para siempre. Es una historia de guerras privadas ganadas y perdidas, de las guerras a las que el miembro de los Freikorps del que escribe Theweleit aludió sin darse cuenta, cuando opinó que «nosotros mismos somos la Guerra», y contada con la intensidad del imaginativo y visionario poeta que es Afrika.

[40] Vieux, Vanessa, «A Short History of Women in the American Medical Bureau 1936-1939», tesina inédita, Barnard College, Columbia University, 2002, pp. 26-27. Quiero dar las gracias a la autora por enviarme un ejemplar.

[41] Foss, James, «A Hero of the Left», pp. 20-21 y 71-74; Entrevista a Irv Goff en la Harriman Collection, ALBA; Felsen, Milt, *The Anti-Warrior. A Memoir*, Iowa: University of Iowa Press, 1989, pp. 87-89; Gerassi, John, *The Premature Antifascists: North American Volunteers in the Spanish Civil War, 1936-39: an Oral History*, Nueva York: Praeger, 1986, pp. 211-212; Carroll, Peter, N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade*, pp. 255-256.

[42] Aragon, Louis, *La Mise à mort,* París: Gallimard, 1965, fue la última novela de Aragon o, más exactamente, el primer volumen de una trilogía que constituyó su último trabajo. Compleja conceptual y estructuralmente, es una disquisición intelectual sobre el amor, la memoria y la pluralidad de los seres humanos.

[43] Véase, por ejemplo, Weiner, Amir, *Landscaping the Human Garden*, California: Stanford University Press, 2003; Weiner, Amir (ed.), *Modernity and Population Management*, California: Stanford University Press, 2003; Agamben, Giorgio, «The camp as biopolitical paradigm of the modern», en Agamben, Giorgio, *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life,* California: Stanford University Press, 1998, pp. 119-188; Holquist, Peter, «To count, to extract, to exterminate: population statistics and population politics in late Imperial and Soviet Russia», en Martin, Terry, y Ronald Grigor Suny (eds.), *A State of Nations. Empire and Nation-Making in the Age of Lenin and Stalin*, Nueva York: Oxford University Press, 2001, pp. 111-44, y también Holquist, Peter, «"Information is the Alpha and Omega of Our Work": Bolshevik Surveillance in its Pan-European Perspective», *Journal of Modern History*, 69, 3 (1997), pp. 415-450.

[44] Graham, Helen, «“Against the State”: a genealogy of the Barcelona May Days (1937)», *European History Quarterly*, 29, 4, (1999), pp. 485-542, y Viñas, Ángel*, El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo,* Barcelona: Crítica, 2007, pp. 487-548.

[45] McLellan, Josie, *Antifascism and Memory in East Germany. Remembering the International Brigades 1945-1989*, Oxford: Clarendon, 2004.

[46] Renn, Ludwig, *Der spanische Krieg*, Berlín: Aufbau-Verlag, 1955, enviada a los editores por primera vez en enero de 1951 y publicada finalmente en 1955. McLellan, Josie, *Antifascism and Memory*, pp. 150-153.

[47] Sobre Renn y Uhse, un aristócrata prusiano con un pasado político accidentado, véase McLellan, Josie, *Antifascism and Memory*, pp. 30-32, 119 y 150-153.

[48] London dijo esto de sí mismo en sus memorias, *On Trial* (*L'Aveu*), Londres: Macdonald and Co., 1970, p. 21. (Hay trad. cast.: *La confesión: en el engranaje del proceso de Praga,* Madrid, Ayuso, 1970, p. 23).

[49] Carta de Rudolf Michelis a su exmujer, Margaret, en 1973, citada en Ennis, Helen, *Margaret Michaelis*, *Love, Loss and Photography*, Port Melbourne, Victoria: National Gallery of Australia, 2005, pp. 76-77.

[50] Biografía de Rudolf Michaelis en Nelles, Dieter, Harald Piotrowski, Ulrich Linse y Carlos García, *Antifascistas alemanes en Barcelona (1933-1939). El grupo DAS, sus actividades contra la red nazi y en el frente de Aragón*, Barcelona: Editorial Sintra, 2010, p. 419, aunque hemos descubierto recientemente que la misma fotografía llamativa que aparece en el libro, y también en Ennis, Helen, *Margaret Michaelis, op. cit.*, como si fuera de Rudolf Michaelis, de hecho no es de él. Esta confusión y la falta de fotografías de él es, por supuesto, una muestra de las circunstancias de aquellas vidas «barridas por los caminos y viajes» (Durán, Jane, *Silences*, p. 49 y epígrafe al capítulo 5), donde se tenían que dejar tantas cosas atrás y muchas veces. Sobre la historia de Rudolf y Margaret quemando fotos y cartas en su jardín de Berlín antes de huir de Alemania, véase Ennis, Helen, *Margaret Michaelis,* pp. 84-86. Hay otras dos imágenes de Rudolf bastante borrosas: una publicada en Ennis, Helen, *Margaret Michaelis*, p. 35, y la otra, también del archivo de Margaret Michaelis, conservada en la National Gallery de Australia, que puede verse en Internet en http://www..123people.de/s/rudolf+michaelis (consultada el 30 de septiembre de 2011) junto con dos fotos que en realidad no son de él.

[51] Ennis, Helen, *Margaret Michaelis*, pp. 170 y 225.

[52] Esto no quiere decir que las purgas de los partidos anteriores en Hungría (1949) y Checoslovaquia (1952) no tuvieran impacto en la RDA. Muchos veteranos sufrieron en la Alemania Oriental interrogatorios muy agresivos sobre sus actividades en España (McLellan, Josie, *Antifascism and Memory*, pp. 58-64). Muchos sufrieron descensos de categoría en los trabajos y algunos desgraciados fueron entregados a las autoridades soviéticas y terminaron en el gulag. Hay también evidencias de que se planeó un juicio espectáculo en Alemania Oriental en el que los dirigentes alemanes de las Brigadas Internacionales Franz Dahlem y Paul Merker iban a ser los acusados, especialmente Dahlem. Parece probable que en ello influyera una lucha interna por el poder. Dahlem era el veterano de las brigadas más importante y su gran popularidad entre los veteranos antifascistas —tanto de la guerra de España como de los campos nazis— le convertían en el rival más peligroso del dirigente del SED, Walter Ulbricht. Pero llevó más tiempo preparar el proceso y puede haber habido más ambigüedad entre las autoridades que en Hungría y Checoslovaquia. También es posible que interviniera en favor de Dahlem el presidente de la RDA, Wilhelm Pieck. En cualquier caso el juicio que se planteaba hacer en la RDA se frenó con la muerte de Stalin en 1953. Sin embargo, hubo un tipo de juicio espectáculo posterior en la RDA cuando en 1957 el *Spanienkämpfer* Walter Janka fue procesado por «actividades contrarrevolucionarias». Estuvo tres años en prisión y después se le quitó todo estatus oficial e incluso su reconocimiento como veterano antifascista. McLellan, Josie, *Antifascism and Memory*, pp. 1-2. Pero Janka no fue ejecutado ni «desaparecido», lo que sugiere nuevamente una cultura política diferente al igual que un cambio a lo largo del tiempo.

[53] Una sugerente consideración filosófica relacionada con esta cuestión —que se aplica a más de una de las vidas incluidas en este capítulo— en Butler, Judith, *Antigone's Claim*: *Kinship Between Life and Death*, Nueva York: Columbia University Press, 2000, esp. pp. 23-25: Antígona no representa el parentesco en su forma ideal, sino más bien en su deformación y desplazamiento, *poniendo en crisis los sistemas de representación y planteando la cuestión de ¿cuáles podrían haber sido las condiciones de inteligibilidad que hubieran hecho posible su vida*, en realidad, qué red sostenible de relaciones hacen posible nuestras vidas, aquellas personas que confundimos el parentesco en la rearticulación de sus términos? ¿Qué nuevos esquemas de inteligibilidad convierten a nuestros amores en legítimos y reconocibles, y a nuestras pérdidas en verdaderas? *Esta pregunta reabre la relación entre el parentesco y las epistemologías vigentes de inteligibilidad cultural, y ambas hacia la posibilidad de transformación social*». La cursiva es mía. (Hay trad. cast.: *El grito de Antígona*, Esplugues de Llobregat (Barcelona), El Roure, 2001, pp. 42-43).

[54] Sobre la intensidad y el modelo de las purgas de posguerra y su mayor severidad, proporcionalmente, en Hungría y Checoslovaquia, véase la síntesis de Bideleux, Robert, e Ian Jeffries, *A History of Eastern Europe. Crisis and Change*, 2.ª ed., Abingdon: Routledge, 2007, pp. 476-477.

[55] Field fue acusado, de forma teleológica, de trabajar para fortalecer la influencia de los aliados occidentales y dividir a los movimientos de resistencia con el objetivo de preparar el terreno para una Alemania dividida en la posguerra.

[56] Carroll, Peter N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade*, p. 247.

[57] London, Artur, *On Trial*, por ejemplo, pp. 83, 92, 113 y 135-136.

[58] Desafortunadamente, los orígenes judíos de Slánský encajaban bien en la paranoia antiisraelí recién «descubierta» por Stalin, al igual que las vagas tendencias pro-Tito de aquel encajaron con los nuevos sentimientos contrarios a este en Moscú. London, Artur, *On Trial*, p. 183; McLellan, Josie, *Antifascism and Memory*, p. 59. Como ambas fuentes indican, tanto en Checoslovaquia como en la RDA hubo desde un comienzo un fuerte elemento de desconfianza y miedo al «enemigo interno», a la contaminación, que impulsó el control y la revisión obsesiva por parte de la burocracia de las «biografías» que se obligaba a escribir a aquellos que habían sido exiliados políticos o veteranos de la guerra de España. McLellan, Josie, *Antifascism and Memory*, pp. 62 y 97-98.

[59] Es difícil generalizar sobre esto. Algunos de los que actuaron como inquisidores en los juicios y procesos políticos habían sido también ellos mismos miembros de las Brigadas Internacionales. En el caso checo, Zadovsky, jefe de seguridad del estado, había sido camarada de London en España (y en Mauthausen). Y en la RDA también el destacado brigadista disidente, Walter Janka, y su enemigo acérrimo dentro del estado, Erich Mielke, dirigente de la Stasi, eran veteranos de España.

[60] McLellan, Josie, *Antifascism and Memory*, p. 59.

[61] Kovel, Joel, *Red Hunting in the Promised Land. Anticommunism and the Making of America*, Nueva York: Basic Books, 1994.

[62] Durán, Gustavo, *Una enseñanza de la guerra española. Glorias y miserias de la improvisación de un ejército* (ed. de Martín-Artajo, José), Madrid: Ediciones Júcar, 1980, sobre los interesantes pero exiguos escritos del periodo de guerra de Durán. Su entonación también indica un cambio existencial profundo causado por la guerra. Durán aparece de forma novelada en Malraux, André, *L'Espoir*, y en Vázquez-Rial, Horacio, *El soldado de porcelana*, Barcelona: Ediciones B, 1997, una novela sobre la vida de Durán. Hay también una biografía reciente, Juárez, Javier, *Comandante Durán. Leyenda y tragedia de un intelectual en armas*, Barcelona: Debate, 2009, pero las mejores perspectivas de su vida se encuentran en la bella colección de poemas, *Silences from the Spanish Civil War*, escrita por su hija, Jane Durán.

[63] Anhalt, Diana, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates in Mexico 1948-1965*, Santa Maria, CA: Archer Books, 2001.

[64] Fast, Howard, *Departure and Other Stories*, Boston: Little Brown and Co., 1949. En su autobiografía, *Being Red,* Boston: Houghton Mifflin, 1990, atribuye su inspiración para este relato a una larga conversación sobre España con Irv Goff (p. 280).

[65] Carroll, Peter N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade*, p. 314.

[66] Fast, Howard, *Being Red*, pp. 341-342.

[67] Radnóti, Miklós, «Seventh Eclogue, Lager Heideman, in the mountains above Žagubica, julio de 1944», Radnóti, Miklós, *Forced March*, Londres: Enitharmon, 2003, pp. 75-76.

[68] La correspondencia de Toller con diferentes personas, agencias de ayuda e instituciones gubernamentales relativa a estas actividades, fechada entre mayo y noviembre de 1938, se conserva en el archivo del SRR (Spanish Refugee Relief) en la biblioteca de la Universidad de Columbia (SRR-0-Part 8, Box 34), pero la impresión que da es que la gran energía de Toller se enfrentaba en todas partes con una creciente inercia institucional en asuntos relacionados con la España republicana.

[69] Bessie, Alvah, *Men in Battle*, Nueva York: Scribner's, 1939, pp. 266 y 296; Rolfe, Edwin, *The Lincoln Battalion*, Nueva York: Haskell, 1974, pp. 277-280. Primera edición, 1939. Toller era el dramaturgo expresionista que había dirigido la breve República Comunista de Baviera en 1919. Sus poemas de prisión en *Das Schwalbenbuch* (1923): edición en inglés: *The Swallow Book*, Oxford: Oxford University Press, Humphrey Milford, 1924. Sobre los últimos meses de Toller, véase Payne, Robert, *Chunking Diary*, Londres: William Heinemann, 1945, de los que se reprodujeron extractos en «The man who spared Hitler but didn't spare himself», *The Guardian*, 22 de mayo de 1990. Juan Negrín, el presidente del gobierno de la República Española, pronunció un discurso en su funeral. Se dijo que la noticia de la muerte de Toller desencadenó el declive final de Joseph Roth, cuyos brillantes escritos dan testimonio de la guerra civil y de las guerras culturales del oscuro siglo XX europeo. Cf. el epígrafe de Koestler a *Scum of the Earth*.

[70] Una formulación llamativa procedente de la película de Derek Jarman, *The Garden* (1991).

[71] Al haber causado la traición y muerte de una amiga y amante. Ondaatje, Michael, *The English Patient*, Londres: Vintage, 1992.

[1] Durán, Jane, *Silences from the Spanish Civil War*, p. 49. Traducción al castellano inédita de la autora del poema y de Gloria García Lorca.

[2] Tucker, Jennifer, y Tina Campt, «Entwined Practices: Engagements with Photography in Historical Inquiry», p. 3.

[3] La JSU surgió como resultado de la unificación de la organización juvenil socialista y su equivalente comunista más pequeña, y se convirtió durante la guerra civil en una organización de masas que movilizó a los jóvenes para el esfuerzo bélico republicano. Sobre la unificación y la JSU en tiempo de guerra véase Graham, Helen, *The Spanish Republic at War*, pp. 75-76 y 181-182.

[4] Esta fotografía realizada por Capa que muestra a un muchacho soldado solitario en el frente catalán apareció por primera vez en *Regards*, 19 de enero de 1939. Véase Young, Cynthia (ed.), *The Mexican Suitcase. The Rediscovered Spanish Civil War Negatives of Capa, Chim and Taro*, Nueva York: ICP/Göttingen: Steidl, 2010, vol. 2, pp. 352-353.

[5] Por ejemplo, Félix Quesada, un miembro de una de las brigadas de trabajo que existían en el campo de concentración, el *Poschacher Kommando*. Bermejo, Benito (ed.) *Francisco Boix, el fotógrafo de Mauthausen*, Barcelona: RBA, 2002, p. 137.

[6] Victor Serge, *The Long Dusk*, p. 87. Una reflexión sobre esto en el capítulo 4 de este libro.

[7] Moros, Manuel, *Febrer 1939. L'exili dins la mirada de Manuel Moros*, Perpiñán: Mare Nostrum, 2009.

[1] Un análisis más amplio de la excepcionalidad española en el sur de Europa, pero también del olvido de la brutalidad estructural de todas las dictaduras «desarrollistas» del sur de Europa, en Graham, Helen, y Alejandro Quiroga, «After the fear was over? What came after dictatorships in Spain, Greece and Portugal», en Stone, Dan (ed.), *The Oxford Handbook of Postwar European History*, Oxford: Oxford University Press, 2012, pp. 502-525.

[2] El ensayo fotográfico del capítulo 5 también termina con una reflexión sobre las conexiones entre la guerra civil española como forma de violencia estructural y las consecuencias posteriores de esta, inherentes en la migración masiva, que tuvo poco de esfuerzo voluntario para la gran mayoría de quienes la emprendieron.

[3] El centro de este universo carcelario surgió de un proceso inicial de agrupamiento, investigación y clasificación —en primer lugar de prisioneros de guerra, que se desarrolló desde el 18 de julio de 1936—, después de soldados del ejército republicano tras su rendición a finales de marzo de 1939 y, más tarde, de aquellos combatientes republicanos refugiados que optaron por, y consiguieron, volver a España después de la capitulación de Francia. Este proceso, sumado a otro del régimen de Franco de definición y redefinición de varias formas de cautividad y trabajo forzado, son tratados en la monografía de Javier Rodrigo, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista 1936-1947*, Barcelona: Crítica, 2005. Una visión de conjunto que establece sus características, en pp. xxii-xxx. En síntesis, los «campos de concentración» en la España franquista fueron siempre entidades transitorias en las que los prisioneros estaban *de camino* a otro lugar; algunos a la libertad, muchos a ser ejecutados, a través o no de un proceso judicial sumario, muchos a prisión (que constituiría el centro duradero del universo concentracionario del régimen en el sentido de administrar castigo), y, la mayoría, a brigadas de trabajo forzado de diferente tipo.

[4] Sobre la ley, véase Lanero Táboas, Mónica, *Una milicia de la justicia. La política judicial del franquismo (1936-1945),* Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1996. El funcionamiento económico de la autarquía en García Delgado, J.L (ed.), *El primer franquismo.* La autarquía separó a España del comercio mundial y fue también una forma de proteccionismo que servía a los intereses de los partidarios principales del régimen, los grandes terratenientes del centro y sur de España, cuyas anticuadas técnicas de producción no eran competitivas en un mercado libre. Los efectos socioeconómicos y culturales de la autarquía como represión en Richards, Michael, *A Time of Silence.* Sobre la política de asistencia social punitiva véase Cenarro, Ángela, *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona: Crítica, 2005, y *Los niños de Auxilio Social*, Madrid: Espasa Calpe, 2009. Sobre las depuraciones de profesionales hay muchos estudios regionales que indican la gran escala de la operación. En Cataluña, de 15.860 empleados públicos, 15.107 perdieron sus puestos de trabajo en 1939. Cruanyes, Josep, *El papers de Salamanca. L'espoliació del patrimoni documental de Catalunya*, Barcelona: Edicions 62, 2003, pp. 16-21 y 34-35. Los profesores que habían sobrevivido fueron otro objetivo importante, en particular los de las escuelas primarias. Morente Valero, Francisco, *La escuela y el Estado nuevo. La depuración del magisterio nacional*, Barcelona: Ámbito, 1997. Pero la depuración también fue profunda entre los profesores de enseñanza secundaria y universitaria. Sanchidrián Blanco, Carmen, Isabel Grana Gil, y Francisco Martín Zúñiga, «Análisis y valoración de los expedientes de depuración del profesorado de Instituto de Segunda Enseñanza en el franquismo (1936-1942). Resultados generales», *Revista de Educación*, 356 (septiembre-diciembre de 2011), sugieren que en 1940, el punto más álgido del proceso, en torno al 30 por ciento de los profesores de enseñanza secundaría habían sido depurados. Todavía se está investigando la distribución nacional, pero se concentró especialmente en los cuadros directivos de los colegios para disciplinar al resto del personal. Véanse las conclusiones. También Negrín Fajardo, Olegario, «Los expedientes de depuración de los profesores de instituto de segunda enseñanza resueltos por el Ministerio de Educación Nacional (1937-1943)», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea,* 7 (2007). Ambos artículos se pueden ver a través de la Red Iris (www.rediris.es, donde no se indica paginación, y los consultamos el 14 de agosto de 2011). Sobre la universidad, véase Claret Miranda, Jaume, *El atroz desmoche. La destrucción de la universidad española por el franquismo 1936-1945*, Barcelona: Crítica, 2006.

[5] Era 1967-1968, antes de que los Tribunales de Orden Público (TOP), creados en 1963, tomaran la delantera a los tribunales militares en cuanto al número de opositores políticos juzgados. Risques Corbella, Manuel, «Dictadura y rebelión militar 1936-1968», *Les presons de Franco,* Barcelona: Generalitat de Catalunya/Museu d'Història de Catalunya, 2004, p. 204.

[6] Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials,* pp. 53-56. Sabín, José Manuel, «Control y represión», en Requena Gallego, Manuel (coord.), *Castilla-La Mancha en el franquismo*, Ciudad Real: Biblioteca Añil, 2003, p. 25 cita el revelador discurso de un fiscal que reconoció el trabajo de «limpieza social» que buscaban realizar y dijo: «No me importa, ni tengo que darme por enterado, si sois o no inocentes de los cargos que se os hacen».

[7] Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. 492-495.

[8] Las investigaciones pormenorizadas —que recogen datos provincia por provincia— en las que se basan estas cifras empezaron en los años ochenta cuando las condiciones eran muy difíciles. Se aceleraron durante los años noventa, extendiéndose mucho más en términos de amplitud geográfica, especialmente hacia el centro y norte de España. Los trabajos más importantes sobre el sur, donde se produjo la mayor parte de esta violencia extrajudicial y cuasijudicial son las obras de Francisco Moreno Gómez sobre Córdoba (Moreno Gómez, Francisco, *La guerra civil en Córdoba*, Madrid: Alpuerto, 1985; Moreno Gómez, Francisco, *Córdoba en la posguerra (La represión y la guerrilla, 1939-1950),* Córdoba: Francisco Baena, 1987; y de Francisco Espinosa Maestre sobre Huelva y Sevilla (en orden de publicación: *La justicia de Queipo (violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936): Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz*, Córdoba: Bibliofilia Montillana, Cofradía de la Viña y el Vino, 2000; *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz,* Barcelona: Crítica, 2003; *La justicia de Queipo*, Barcelona: Crítica, 2005. Ninguno de estos dos historiadores era (ni es) miembro de un departamento universitario, aunque ahora los dos son especialistas fundamentales en el ámbito nacional. Ha sido también crucial para construir una imagen estatal precisa de la represión franquista el papel de docenas de historiadores locales anónimos en recopilar fuentes dispares y que, a menudo, se estaban estropeando en lugares inadecuados a lo largo de España. Que hayan sido en gran parte ciudadanos privados sin ninguna relación formal con la universidad es en sí mismo un aspecto sociológico digno de destacar. Julián Casanova, uno de los relativamente pocos investigadores universitarios que ha participado, ha observado que dentro del mundo académico español este trabajo es visto todavía como probablemente «inseguro» y verdaderamente «a contracorriente», lo que, por supuesto, es en sí mismo otro efecto posterior del franquismo. Casanova, Julián, *et al.* (eds.)*, El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, 1.ª ed., Madrid: Siglo XXI, 1992. La primera síntesis para un público más general y corriente se editó en 1999: Juliá, Santos (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid: Temas de Hoy. Todos estos trabajos y sus implicaciones históricas sustanciales en gran medida siguen pasando todavía desapercibidos para la comunidad de historiadores europeos contemporaneístas que trabajan sobre otros países, principalmente (se supone) porque no leen castellano y estas obras raramente se traducen. De ahí la importancia del monumental estudio de Paul Preston, *The Spanish Holocaust*, basado en más de una década de investigación primaria. Se publicó en España en la primavera de 2011 y en inglés en la primavera de 2012. En el transcurso de la construcción de su original análisis, el libro de Preston también sirve como hilo conductor de un gran número de trabajos locales que son muy difíciles de localizar —incluso dentro de España— por las circunstancias de su publicación (en pequeñas ediciones por los mismos autores o bajo los auspicios de pequeños ayuntamientos) y que de otra forma hubieran tenido un impacto extremadamente limitado.

[9] Véase el prólogo de Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, pp. xvi-xviii, para una explicación de cómo el terror continuado y la memoria de este interfirieron durante largo tiempo con los registros civiles de las muertes violentas y con la misma investigación histórica de esas muertes, al conseguir familiares y amigos registrarlas, más frecuentemente en el norte y centro de España que en el sur, donde muchas muertes siguen indocumentadas. Paul Preston también proporciona en este prólogo (pp. xv-xx) un *tour d'horizon* iluminador de lo que los historiadores conocen actualmente, qué podrían todavía ser capaces de afirmar y lo que probablemente nunca podrán saber.

[10] Evans, Richard J., *The Third Reich in Power, 1933-1939*, Londres: Allen Lane, 2005, p. 70, da un total de 528 ejecuciones llevadas a cabo entre 1933 y 1938 y destaca (p. 75) que las ejecuciones judiciales también aumentaron en todas partes para delitos comunes como robos, asaltos, asesinatos, etc. Pero un cálculo de las matanzas llevadas a cabo por el estado nazi obviamente se extiende más allá de los años de «paz» de 1933-1939 para incorporar el periodo posterior de guerra exterior y ocupación, lo que hace muy difícil hacer una comparación general con el franquismo en un periodo más amplio que tenga significado, cuantitativa o cualitativamente. Incluso más difícil es cualquier comparación con las matanzas estatales perpetradas por el régimen estalinista. Aunque hay cifras aceptadas sobre el número de ejecuciones políticas de Stalin, definidas en sentido estricto (es decir, las ejecuciones después de algún tipo de «juicio»), los asesinatos estatales durante el régimen de Stalin se extienden más allá de estas muertes para incluir muchas otras formas de asesinatos extrajudiciales en masa y «muertes por negligencia» (incluyendo las producidas en el gulag), y, por supuesto, también deben incluirse aquí las víctimas de hambrunas que murieron directamente como resultado de la política estatal. El debate actual entre los especialistas en la historia de la Unión Soviética es metodológicamente complejo y muy polémico, con desacuerdos tanto sobre las cifras como sobre cuáles deben ser las categorías y cuál debe ser la periodización. Para una idea de esto, sobre el periodo de la Segunda Guerra Mundial en una perspectiva comparada con el nazismo, véase Snyder, Timothy, *Bloodlands. Europe Between Hitler and Stalin*, Londres: The Bodley Head, 2010, pp. 409-414. En cualquier caso, está claro que las cifras de las muertes de estado estalinistas llegan a millones de víctimas y también que estas ocurrieron en un contexto cuya sobrecogedora singularidad (sobre esto véase Kershaw, Ian, «War and Political Violence in Twentieth-Century Europe», *Contemporary European History*, 14, 1 (2005), pp. 107-123, esp. pp. 112-113) también disminuye la utilidad de una comparación global con el franquismo (aunque algunos aspectos del estalinismo y el franquismo son ciertamente comparables, como este capítulo y este libro argumentan). Pero a pesar de la inmensa dificultad de una investigación comparativa, la escala del asesinato de estado y de encarcelamientos del franquismo, que se extendió mucho más allá del fin de las hostilidades militares el 1 de abril de 1939, provoca inevitablemente importantes preguntas sobre cómo entablar un debate necesario que puede producir comparaciones matizadas y llenas de significado —tanto cualitativa como cuantitativamente— de las muertes causadas por todos los principales totalitarismos europeos. Que el franquismo pertenece a este debate y comparación queda claro de las cifras ya citadas: un punto de partida de 150.000 asesinatos extrajudiciales o cuasijudiciales a lo largo de nueve años, en comparación con el «ajuste de cuentas de posguerra»/asesinatos extrajudiciales en Italia entre 1943-1945 (entre 10.000 y 15.000) y en Francia (entre 9.000 y 10.000). Mazower, Mark, *Dark continent*, p. 235.

[11] Obviamente, las muertes en los campos no fueron todas ejecuciones —aunque pueden considerarse homicidios sin premeditación— y, ya en 1936, una mayoría de los prisioneros de los campos no eran políticos, sino quienes el régimen definía como asociales o desviados, incluyendo los delincuentes comunes. Evans, Richard J., *The Third Reich in Power*, pp. 81, 84-85 y 87-88.

[12] *Anuario Estadístico de España*, Madrid, Imprenta Nacional, 1942, pp. 722-723; Commission Internationale contre le régime concentrationnaire (CICRC), *Livre Blanc sur le système pénitentiaire espagnol*, París: Le Pavois, 1953, p. 206. La CICRC fue fundada por exdeportados en campos de concentración nazis, el más destacado David Rousset, y en 1950 empredió una investigación de los regímenes carcelarios de la Unión Soviética, Yugoslavia, Grecia y España. La historia de su investigación en España (que el régimen franquista resistió lo más posible) se explica a grandes rasgos en *Livre Blanc sur le système pénitentiaire espagnol*, pp. 5-20, y, menos «diplomáticamente», en Vinyes, Ricard, *Irredentas*, pp. 33-47.

[13] Commission Internationale contre le régime concentrationnaire (CICRC), *Livre Blanc sur le système pénitentiaire espagnol*, p. 185, testimonio 31. Cf. Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials,* p. 86.

[14] Sobre la impunidad como sello distintivo del franquismo, cf. Gómez Bravo, Gutmaro, y Jorge Marco, *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*, Madrid: Península, 2011, p. 223.

[15] Esta es una de las conclusiones que se desprende del trabajo de Conxita Mir sobre el funcionamiento de los tribunales civiles en los años cuarenta (Mir, Conxita, *Vivir es sobrevivir*). Véase un claro resumen de este fenómeno en la vida cotidiana, en la novela «metaautobiográfica» de Torres, Maruja, *Un calor tan cercano*, Madrid: Alfaguara, 1998, en la que un padre republicano indigente, desesperado por conseguir medicinas para su hija, tiene que ir y humillarse ante una familia local que sabe que tiene buenas conexiones con el régimen, por lo que son conocidos en el vecindario como «los nacionales».

[16] Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials,* p. 78.

[17] *Ibid*, p. 77.

[18] Richards, Michael, *A Time of Silence*, p. 79. Hay trad. cast.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco*, 1936-1945, Barcelona, Crítica, 1999), p. 85

[19] La evidencia del estudio sobre Córdoba de Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials*, apoya más a fondo estos argumentos, que también forman la base, sobre todo con referencia a la Alemania nazi, del artículo seminal de Cenarro, Ángela, «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, 44 (2002).

[20] Commission Internationale contre le régime concentrationnaire (CICRC), *Livre Blanc sur le système pénitentiaire espagnol*, p. 66. Sin embargo, de la información ministerial citada en otros sitios de este libro (por ejemplo, pp. 36 y 205) queda claro que la distinción se hacía en términos del tratamiento de los prisioneros. La cuestión era, por tanto, de reconocimiento, como muchas memorias de detenidos dejan claro, para poder enfrentarse con el hecho de que los presos políticos eran sujetos a un tratamiento punitivo mayor, sin que el régimen los reconociera explícitamente como tales. Vinyes, Ricard, *El daño y la memoria. Las prisiones de María Salvo*, Barcelona: Plaza & Janés, 2004, pp. 28-29. De una población de 25,9 millones de habitantes, el *Anuario Estadístico de España*, 1946-1947, vol. II, p. 1240, da las siguientes cifras de encarcelados en prisiones (es decir, NO incluye el trabajo forzado, encuadrado en brigadas de trabajo de diferentes clases): 1939, 270.719; 1940, 233.373; 1941, 159.392; 1942, 124.423; 1943, 74.095.

[21] Sobre la base de una población de 70 millones. Los datos sobre las instituciones penales alemanas y los campos de concentración de las SS en 1934-1935 se recogen en Wachsmann, Nikolaus, *Hitler's Prisons. Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven/Londres: Yale University Press, 2004, p. 394; los datos sobre el número de detenidos en las instituciones penales alemanas entre 1924 y 1944, en pp. 392-393. El número de encarcelamientos en Alemania se incrementó considerablemente, en todas partes, después que los nazis tomaran el poder. Evans, Richard J., *The Third Reich in Power*, p. 79. Se debe indicar también que, en relación con la población total española (en torno a 23, 5 millones) el número de encarcelados era alto en enero de 1936. La Alemania de los primeros años treinta, con el triple de población que España, tenía menos de 55.000.

[22] Una lista de obras públicas y de empresas privadas que usaron trabajadores esclavos se puede ver en Lafuente, Isaías, *Esclavos por la patria. La explotación de los presos bajo el franquismo,* Madrid: Temas de Hoy, 2002, pp. 327-334.

[23] Acosta Bono, Gonzalo, *et al.*, *El canal de los presos (1940-1962). Trabajos forzosos: de la represión política a la explotación económica*, Barcelona: Crítica, 2004, basado en una investigación colectiva e interdisciplinar.

[24] Richards, Michael, *A Time of Silence*, p. 76.

[25] Commission Internationale contre le régime concentrationnaire (CICRC), *Livre Blanc sur le système pénitentiaire espagnol*, pp. 59-67. Véase también nota 13 arriba. Por supuesto, los nazis también tuvieron muchos campos de concentración que no eran campos de la muerte en sentido estricto, es decir, aquellos a los que se llevaba a la gente (o, al menos, a alguna gente) con el propósito de una exterminación directa e inmediata. Pero en el universo concentracionario nazi más amplio, como en el de Franco, los presos eran totalmente desechables, estaban a merced del sistema y del personal y, en ambos, la gente era torturada, trabajaba hasta la muerte, moría de negligencia criminal o podían ser sometidos a ejecuciones arbitrarias: Sofsky, Wolfgang, *The Order of Terror. The Concentration Camp*, Princeton: Princeton University Press, 1997. Los prisioneros eran, usando las palabras de Agamben, seres que podían ser matados pero no sacrificados como lo podían ser soldados en un campo de batalla, despojados de toda identidad nacional, cívica o constitucional por el orden que les habían encarcelado. Agamben, Giorgio, *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life,* por ejemplo, pp. 132-133. La línea entre maltratarles y desecharles nunca es clara. Había empezado ya a ser muy difusa en los campos de internamiento de la Francia republicana en 1938-1939, descritos por Artur Koestler en *Scum of the Earth* (véase el capítulo primero para un análisis de esto).

[26] Susmel, Duilio, *Vita sbagliata di Galeazzo Ciano*, Milán: Aldo Palazzi Editore, 1962, p. 158.

[27] Los ejemplos principales incluyen la Ley y el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo (1940), la Ley de Rebelión Militar (1943) y la Ley contra el Bandidaje y el Terrorismo.

[28] Existieron en este sentido una gran variedad de regímenes, en particular el destierro y el confinamiento a una localidad concreta. Eran las autoridades de las cárceles las que tomaban la decisión inicial de permitir o no que la solicitud de un preso político fuera presentada a la comisión nacional que podía conceder la libertad condicional. La decisión de esta última dependía mucho de los informes de los responsables de las cárceles concretas y, sobre todo, de las opiniones de las autoridades de los lugares de origen del preso, donde se establecían comisiones locales para tratar cada caso, que estaban formadas por el alcalde (a menudo un falangista), el cura local, y un vocal femenino, «elegido entre los elementos más caritativos y celosos». Cenarro, Ángela, «La institucionalización, del universo penitenciario», pp. 137-138. Sobre la tendencia de estos comités locales a ser más rigurosos y vengativos que el mismo régimen, véase Anderson, Peter, *The Francoist Military Trials,* pp. 127-131.

[29] El contagio del miedo y la sospecha en esta atmósfera es evocada de forma perspicaz en Durán Pastor, Miguel, *Sicut Oculi. Vigilantes y vigilados en la Mallorca de la posguerra 1941-1945*, Palma de Mallorca: Miquel Font, 1992, una historia local, basada en los informes de vigilancia del Juzgado Militar Especial.

[30] Hubo también guardianes civiles en la mayoría de las prisiones. En las de hombres la creciente demanda de vigilantes después de la guerra fue satisfecha con quienes habían sido antes alféreces provisionales, la nueva clase de oficiales del ejército franquista durante la guerra. Pero el escaso número de guardianas de preguerra, combinado con el súbito crecimiento del número de mujeres presas en la posguerra, creó una necesidad particular que fue cubierta con personal religioso femenino; la orden ministerial que lo regulaba apareció en el *Boletín Oficial del Estado* (*BOE*) de 5 de septiembre de 1938.

[31] Tanto en las cárceles de mujeres como en las de hombres, convencer a un preso que estaba a punto de ser ejecutado de que se confesase era considerado una batalla ganada contra lo que el prisionero había sido antes, contra sus valores políticos y culturales. Torrent, Martín, *¿Qué me dice usted de los presos?*, Alcalá de Henares: Imprenta Talleres Penitenciarios, 1942, pp. 11-12. Una crítica de esta actitud extendida, desde dentro de la Iglesia en el diario de Gumersindo de Estella, un fraile franquista que era capellán en la cárcel de Torrero, en Zaragoza, publicada muchos años más tarde como Estella, Gumersindo de, *Fusilados en Zaragoza 1936-1939. Tres años de asistencia espiritual a los reos*, Zaragoza: Mira Editores, 2003. Casanova, Julián, *La iglesia de Franco*, pp. 306-310. Véase también nuestro capítulo 3.

[32] Vinyes, Ricard, *Irredentas*, p. 126. Aunque la coerción relacionada con la denegación de protección sanitaria no era solo una práctica católica: cf. Funder, Anna, *Stasiland. Stories from Behind the Berlin Wall,* Londres: Granta, 2003, p. 32. Sobre la degradación física y psicológica que implicaba la detención y la rutina carcelaria, un relato que refleja especialmente esta destructiva realidad se puede ver en García, Consuelo, *Las cárceles de Soledad Real. Una vida*, Madrid: Ediciones Alfuaguara, 1982, pp. 94, 102 y 166-169.

[33] El mecanismo principal era el Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo, también conocido como Patronato Nuestra Señora de la Merced. Era un sistema mediante el cual, si las autoridades de la cárcel lo aprobaban, un recluso podía presentarse a un programa que descontaba días de la sentencia a cambio de días de trabajo. Diéz Echarri, E., «El sistema de la Redención de Penas por el Trabajo. Sus fundamentos, su aplicación y sus consecuencias», *Revista de la Escuela de Estudios Penitenciarios*, 36 (marzo 1948), pp. 43-47. Véase también Rodríguez, Clemente, «Ventajas de los penados trabajadores en los Destacamentos», *Revista de la Escuela de Estudios Penitenciarios*, 37 (abril 1948).

[34] Fidalgo, Pilar, *A Young Mother in Franco's Prisons*. Para más información sobre Pilar Fidalgo véase el capítulo 3.

[35] Carta de Aída Landa (hermana de Matilde) a Miquel Ferrá, 19 de octubre de 1942, citada en Ginard i Ferón, David, *L'esquerra mallorquina i el franquisme*, Palma: Edicions Documenta Balear, 1994. Véase también del mismo autor, *Matilde Landa, De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*, Barcelona: Flor del Viento, 2005. La carta de Aída también nos indica que el cuerpo de Matilde no fue entregado a su familia, sino enterrado por las autoridades, por lo visto, con todo el ceremonial católico, sin el conocimiento, la intervención o consentimiento de su familia. De este modo, el régimen buscó lograr en la muerte de Matilde Landa lo que no había logrado durante su vida.

[36] García Madrid, Ángeles, *Réquiem por la libertad*, Madrid: Alianza Hispánica, 2003, p. 61. Vinyes, Ricard, «El universo penitenciario durante el franquismo», en Molinero, Carme, *et al.* (eds.), *Una inmensa prisión*, pp. 164-169; Vinyes, Ricard, Montse Armengou y Ricard Belis, *Los niños perdidos del franquismo*, pp. 68-69 y 131; Escudero Andújar, Fuensanta, *Lo cuentan como lo han vivido (república, guerra y represión en Murcia),* Murcia: Universidad de Murcia, 2000, pp. 133, 139-140 y 154.

[37] En 1943, estaban registrados bajo la tutela del estado 12.042 niños. Pero había muchos miles más en instituciones del estado (Patronato de la Merced, Memoria, 1944; Vinyes, Ricard, *Irredentas*, p. 98).

[38] Un análisis preliminar de a qué llevaba este aspecto de la supervivencia de la violencia en Preston, Paul, *The Spanish Holocaust*, p. 525. Con respecto al teniente de la guardia civil de la provincia de Córdoba, responsable de, posteriormente, organizar un baile local para conmemorar el comienzo de la guerra civil, terminó pegándose un tiro letal. Véase un análisis en el capítulo 2 sobre el «terror y la fiesta» y cómo las autoridades organizaban fiestas y bailes después de las ejecuciones de aquellos considerados enemigos, social o políticamente, exigiendo en los dos casos la asistencia de la población local.

[39] Castillo, Michel del, *Tanguy, Histoire d'un enfant d'aujourd'hui*, París: Gallimard, 1957. *Tanguy, historia de un niño de hoy,* Vitoria: Ikusager Ediciones, 1999.

[40] Este documental —Armengou, Montse, y Ricard Belis, *Els nens perduts del franquisme* (Televisió de Catalunya, España, 2002)— se trata en el capítulo 3. Las ramificaciones sociales más amplias de este abuso de niños dirigido por el estado se desarrollan en el capítulo 7, en el análisis de abusos similares a largo plazo en el sector privado en España, que también implica a personal de la Iglesia y que ha continuado incluso hasta el día de hoy.

[41] Esta suposición es la esencia de la perspectiva del sociólogo Juan Linz, al igual que forma la base de la obra del historiador Stanley G. Payne. Argumentos en contra se encuentran a lo largo de toda la obra de Preston, Paul, *The Politics of Revenge. Fascism and the Military in 20*th *Century Spain* (Londres: Routledge, 1995 (1.ª ed.1990).

[42] Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, San Diego/Nueva York/Londres: Harcourt Brace & Company, 1973, p. 186.

[43] Véase también Kühne, Thomas, *Belonging and Genocide. Hitler's Community 1918-1945,* New Haven, CT.: Yale University Press, 2010, que argumenta que *Volksgemeinschaft* y genocidio no solo fueron mano a mano sino que en realidad se presuponen una a otro.

[44] Dado que este capítulo se centra en las continuidades sociales y culturales del franquismo y los modos en que sus formas anteriores de represión dejaron un largo rastro en el franquismo tardío, no repite las explicaciones económicas y políticas comunes sobre cómo y por qué el régimen fue capaz de sobrevivir a la derrota del Nuevo Orden nazi en Europa, cuya victoria había deseado. Los tres polos de esta explicación —Guerra Fría, Concordato y sociedad de consumo— pueden seguirse en los textos clásicos y en el capítulo 7.

[45] Véase sobre esto la descripción de los hijos ya mayores de aquellos que habían formado las clases socialmente subordinadas del sur agrícola en la novela de Delibes, Miguel, *Los santos inocentes*, Barcelona: Planeta, 1981. Localizada en un cortijo de Extremadura durante los años sesenta muestra a una generación más joven que no tiene una política clara o una conciencia del pasado, pero que ya no está preparada para aceptar las relaciones sociales jerárquicas del cortijo, cuya prolongación interminable era una de las principales consecuencias sociales de la victoria franquista de 1939. En esta novela, las soluciones encontradas por los hijos son individuales y vinculadas a alguna forma de emigración.

[46] Véase la mordaz pero indirecta descripción de esto en la película de Carlos Saura, *Deprisa, deprisa* (1981). Uno de los pocos historiadores que reflexiona sobre los vínculos intrahistóricos e íntimos entre la historia social del desarrollismo franquista y la experiencia previa de construcción de un estado nacional brutal es Richard, Michael, *After the Civil War: Making Memory and Remaking Spain since 1936*, Cambridge: Cambridge University Press, de próxima aparición en 2013, y también Richards, Michael, «Between memory and history: Social relationships and ways of remembering the Spanish civil war», *International Journal of Iberian Studies*, 19, 1 (2006), pp. 85-94, y Richards, Michael, «Grand narratives, collective memory, and social history: public uses of the past in post-war Spain», en Jerez-Farrán, Carlos, y Samuel Amago (eds.), *Unearthing Franco's Legacy. Mass graves and the recovery of historical memory in Spain,* University of Notre Dame Press, 2010, pp. 121-145. Algunas de las mismas ideas se pueden deducir del material incluido en la historia social del franquismo de Cazorla, Antonio, *Fear and Progress. Ordinary Lives in Franco's Spain 1939-1975*, Oxford: Wiley-Blackwell, 2009, pero el autor nunca hace explícito este argumento.

[47] Cazorla, Antonio, *Fear and Progress*, p. 96.

[48] El voluminoso y muy burocrático archivo de la Sección Femenina se puede consultar en el Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (Madrid), donde se puede leer una narrativa interminable de la tardía decadencia totalitaria en las obsesivas referencias de las dirigentes de la Sección Femenina a estas canastillas y los detalles minuciosos sobre su contenido. A finales de la década de los sesenta, las canastillas habían llegado a representar un «abuso» de todo el sistema, por medio del cual muchas mujeres jóvenes compraban su salida del «servicio activo» en la Sección Femenina.

[49] Correspondencia con Mercedes Esteban-Maes Kemp, mayo-agosto de 2003, enero-marzo de 2005 y entrevista el 21 de julio de 2011.

[50] Preston, Paul, *The Triumph of Democracy in Spain*, Londres: Routledge, 1990, p. 57.

[51] «Eurocomunismo» define el cambio producido en los partidos comunistas occidentales en los años setenta y ochenta hacia una posición de mayor distancia crítica con la Unión Soviética, en busca de una teoría y una práctica de transformación social más en consonancia con las condiciones locales.

[1] Etkind, Alexander, «Post-Soviet Hauntology», pp. 194-195.

[2] Faulkner, William, *Réquiem for a Nun*, Londres: Chatto & Windus, 1953 (1.ª ed., 1951).

[3] Etkind, Alexander, «Post-Soviet Hauntology», pp. 182-183, da detalles de un proyecto de memoria cívica para identificar y reconocer a las víctimas de una serie de fosas comunes en Sandarmokh, un bosque de pinos cerca del Canal de Belomor, en el noroeste de Rusia, donde unos nueve mil hombres y mujeres de sesenta etnias habían sido ejecutados en 1937 y 1938. Con el tiempo, el proyecto de memoria unió los esfuerzos de diferentes personas que incluían un prisionero político, un oficial retirado de la NKVD que había sido uno de los ejecutores, el hijo de otra persona cuyo padre había sido también un oficial de la NKVD y después él mismo una víctima del terror, el hijo de una familia militar soviética que no tenía ninguna implicación personal o particular directa, un artista local, y varias otras personas (incluyendo un oficial de policía en activo que había sido diputado del parlamento ruso durante los años noventa). La suya fue una historia de confrontación con una «autoridad» obstruccionista o sorda. Al final, la fosa fue abierta en 1997 y sus víctimas homenajeadas solo gracias a esfuerzos privados, como sucedió con fosas en otros lugares. En Sandarmokh el monumento es un ángel de piedra con las manos atadas, esperando a ser fusilado. Sobre el ángel (¿de la Historia?) una inscripción reza: «Seres humanos: no os asesinéis unos a otros». Ninguno de los que participaron en el proyecto era un historiador profesional. Desde una perspectiva comparativa, el estado ruso está mucho más lejos de abordar el legado del estalinismo que el español de reconocer los efectos del franquismo, en particular porque el estado en Rusia puede todavía hacer un gran uso de la Segunda Guerra Mundial como «la Gran Guerra Patria» de una forma que el estado español no puede hacer con la guerra civil.

[4] El franquismo sociológico se define convencionalmente como aquellos sectores cuyo compromiso con la dictadura (durante su existencia) fue impulsada menos por ideología y más por intereses personales. Así pues, su base fundamental eran los profesionales y la nueva clase media baja, incluyendo los cuadros directivos medios de las nuevas empresas, surgidos con la liberalización económica de finales de los años cincuenta y de los años sesenta. Tales grupos también llegaron a percibir que el franquismo les proporcionaba un sentido general de seguridad e incluso de bienestar existencial, una visión, obviamente, también compartida por todos aquellos comprometidos ideológicamente con el franquismo y que, desde el final del régimen, parece haber adquirido poder de forma autónoma y también creciente entre los grupos socialmente conservadores, como reacción ante la incertidumbre económica y la velocidad del cambio social.

[5] Por supuesto, hay también otros contendientes, por ejemplo, los debates sobre el legado del comunismo en Rumanía o sobre el «doble genocidio» en los estados bálticos y en Hungría. Sin embargo y como se analiza algo más adelante en este capítulo, en España es la falta de una coartada o «pantalla» de ocupación o influencia extranjera lo que aumenta lo que está en juego en el debate, es decir, aumenta los riesgos de reconocer de qué trata la violencia extrema entre compatriotas.

[6] Aunque el Partido Comunista de España (PCE) jugó un papel importante durante la transición, dejó de tenerlo después.

[7] A pesar de las diferencias de contexto político, véase Etkind, Alexander, «Post-Soviet Hauntology», p. 182.

[8] Esto significó frecuentemente una corrupción explícita, que es un fenómeno explosivo, en todos los sentidos, en la España actual. Ha sido, por ejemplo, una parte integral del asunto Garzón en el sentido de que el asalto político contra él, aunque centrado en su intento de excavar las fosas comunes y recuperar los restos de los asesinados extrajudicialmente, muy probablemente fue estimulado tanto, si no más, por el deseo de algunos sectores de la clase política de paralizar sus investigaciones sobre casos de corrupción (véase el análisis de este asunto al comienzo del capítulo 1). La corrupción como modo de actividad estatal en España se retrotrae mucho más allá del régimen franquista, por supuesto. De hecho, fue institucionalizada de manera eficaz por la monarquía restaurada a partir de 1875. Por esta razón, mi análisis no hace hincapié en la corrupción como un efecto específico del franquismo. Sin embargo, la corrupción fue la gasolina con la que circuló la dictadura. Es más, Franco moduló sus prácticas como un medio de implicar al personal del régimen para reforzar su lealtad y mantenerlo «en el juego», casi en la misma forma que «la memoria del asesinato» era utilizada con otros sectores. Porque la corrupción como «hermandad de la sangre» (Carr, Raymond, *Spain: A History*, Oxford: Oxford University Press, 2000, p. 265) se usó como una amenaza y como una promesa en el sentido de que se entendía *tácitamente* dentro de la cultura del régimen que era una recompensa económica, pero siempre estaba presente la amenaza de una denuncia.

[9] Se puede ver más sobre el tema de estos secuestros y sobre el documental en sí mismo, en los capítulos 3 y 6.

[10] *Death in El Valle* está disponible en DVD. Sobre esta historia y las tribulaciones de la película véase http://www.deathinelvalle.com (consultado el 24 de diciembre de 2010).

[11] Marín Arce, José María, «Diez años de Gobierno del PSOE (1982-1992)», *Espacio, tiempo y forma*. *Serie V, Historia contemporánea,* 13 (2000), pp. 189-209.

[12] Véase el capítulo 2.

[13] Sobre Giménez, Carlos, *Paracuellos*, primera serie, 1977-1982, véase http://www.carlosgimenez.com/obra/paracuellos.htm (consultado el 24 de diciembre de 2010).

[14] Espinosa Maestre, Francisco, *Callar al mensajero. La represión franquista. Entre la libertad de información y el derecho al honor*, Barcelona: Península, 2009, p. 47, donde el autor relata su propia experiencia de obstrucción burocrática inspirada políticamente (incluyendo la obstrucción universitaria o «académica») en sus intentos de investigar la represión que siguió al golpe de estado de 18 de julio de 1936 en Sevilla. Observa, de forma en cierto modo irónica, que el mismo catedrático que había adoptado una actitud de «nada se puede hacer» a su propuesta de tesis en 1978, rechazando en el acto dirigirla, era la misma persona que en 1990 terminaría publicando el resultado de la investigación en un volumen editado por él mismo.

[15] El caso de Salvaleón (Badajoz), en 1980, se puede ver en Espinosa Maestre, Francisco, *La columna de la muerte,* pp. 249-250; véanse también las tres fotografías que muestran la exhumación de los restos, la ceremonia de traslado de estos y su entierro en el cementerio local. La primera exhumación de una fosa se produjo en Granada en 1976. Espinosa, Francisco, «La memoria de la represión y la lucha por su reconocimiento: en torno a la creación de la comisión interministerial», en VV.AA., «Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 6 (2006), Red Iris, http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d007.pdf, 24.

[16] Entre los trabajos publicados, Cuevas, Tomasa, *Cárcel de mujeres* (1939-1945), Barcelona: Sirocco, 1986 (hay otras ediciones posteriores). Cuevas, ella misma una presa política, atravesó España en circunstancias difíciles y casi sin dinero para grabar el testimonio de otras mujeres como ella, y su resultado fue este libro; García Madrid, Ángeles, *Réquiem por la libertad*, Madrid: Editorial Alianza Hispánica, 2003; García, Consuelo, *Las cárceles de Soledad Real*; Catalá, Neus, *De la resistencia a la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*, Barcelona: Adgena, s.f, *c*. 1984; y también el de la periodista Roig, Montserrat, *Noche y niebla. Los catalanes en los campos nazis*, Barcelona: Península, 1978 (original en catalán 1977).

[17] Cf. Espinosa Maestre, Francisco, *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Barcelona: Crítica, 2006, pp. 177-184.

[18] Macías, Santiago, y Emilio Silva, *Las fosas de Franco: los republicanos que el dictador dejó en la cuneta*, Madrid: Temas de Hoy, 2006. La aparición en 1999 de un volumen en que colaboraban diversos autores (*Víctimas de la guerra civil*), editado por el eminente historiador Santos Juliá, significó la extensión a un público más amplio de 20 años de investigaciones históricas sobre la represión. Véanse capítulos 3 y 6 para un análisis más detallado de esta historiografía especializada.

[19] Sobre los primeros intentos del movimiento para conseguir el apoyo de la ONU en noviembre de 2002, véase Espinosa Maestre, Francisco, *Contra el olvido*, p. 192.

[20] A este respecto, véase el indescriptible ensayo del publicista de éxito del revisionismo franquista Moa, Pío, «La sociedad homosexual. El feminismo como ideología», en *La sociedad homosexual y otros ensayos*, Madrid: Criterio Libros, 2001, en el cual, como el título sugiere, se culpa prácticamente de todo al feminismo. Sobre Moa y su trabajo véase Graham, Helen, «New Myths for Old», *Times Literary Supplement*, 11 de julio de 2003.

[21] Una fuente tremenda de acumulación de crispación fue durante mucho tiempo el presentador de radio y comentarista Federico Jiménez Losantos, que solía dirigir un programa matinal en la COPE que se convirtió en infame por sus cuñas fanáticas e intolerantes, una adaptación española del formato derechista deliberadamente ofensivo de Estados Unidos. Sobre el contenido y el estilo de Jiménez Losantos, véase Izquierdo, José María, «El ángel animador», *El País*, 1 de agosto de 2010, httpp://www.elpais.com/articulo/reportajes/angel/exterminador/elpepusocdmg/20100801elpdmgrep_2/Tes (consultado el 12 de enero de 2012).

[22] Véase la introducción.

[23] En numerosos casos, incluyendo Polonia, Hungría y Rumanía, la rehabilitación del nacionalismo ha incluido una infame cuadratura del círculo que deriva de su endémico antisemitismo: los judíos son primero acusados de «traer el comunismo» y, después, de «decidir» desmantelarlo para beneficiarse del proceso, una fantasía que resume la ideología nazi que definía a los judíos, a la vez, como capitalistas y comunistas.

[24] Alonso, Sergio, «La JMJ sitúa en España la "persecución más sangrienta" a la Iglesia», *Público*, 25 de agosto de 2011, http://www.publico.es/espana/393041/la-jmj-situa-en-espana-la-persecucion-mas-sangrienta-a-la-iglesia (consultado el 16 de enero de 2012).

[25] Hay referencias al pago de pensiones realizado en los años sesenta a españoles o, en algunos casos, a sus familiares más cercanos, entre los documentos de una asociación de exprisioneros establecida en París, cuyos fondos se conservan ahora en el Archivo General de la Guerra Civil (el llamado en la actualidad Centro Documental de la Memoria Histórica), en Salamanca. Agradezco a Peter Anderson esta información. Rodríguez Jiménez, José Luis, *Los esclavos españoles de Hitler,* Barcelona: Planeta, 2002; García Pérez, Rafael, «El envío de trabajadores españoles a Alemania durante la segunda guerra mundial», *Hispania*, 170 (1998), pp. 1031-1065; Leitz, Christian, «Nazi Germany and Francoist Spain, 1936-1945», en Balfour, Sebastian, y Paul Preston (eds.), *Spain and the Great Powers in the Twentieth Century*, Nueva York: Routledge, 1999, pp. 140-141.

[26] Relato del encuentro en carta de Magdalena Maes a Ramón Sender, el marido de Amparo, de 15 de junio de 1977; correspondencia y entrevista de la autora con Magdalena Maes en julio de 2003 y julio de 2011.

[27] El final de la transición formal en España, con la promulgación de su nueva constitución, en diciembre de 1978, coincidió también con el final del papado de Pablo VI, que había sido responsable del establecimiento de la política del Concilio Vaticano II. Magdalena Maes comentaría unos años más tarde, como de costumbre con ingenio mordaz, que «no sé si fue a Galileo o a mí a quien se lo pidieron primero [las disculpas], pero por ahí anda la cosa».

[28] Espinosa Maestre, Francisco, *Callar al mensajero,* pp. 45-56; Barcala, Diego, «El cine español aún se exilia para burlar la censura», *Público*, 27 de mayo de 2010, http://www.publico.es/espana/315761/el-cine-espanol-aun-se-exilia-para-burlar-la-censura (consultado el 16 de enero de 2012)

[29] Espinosa Maestre, Francisco, *Callar al mensajero*, p. 53, sobre las observaciones de los jueces del Tribunal Supremo. Es también singular la frecuencia con la que, hasta nuestros días, las autoridades públicas responden a la mención de los asesinatos extrajudiciales con términos como «inoportuno». Véase el capítulo 3 para un análisis más detallado de cómo la asunción social tácita en España es considerar a las víctimas, de alguna forma, como «culpables» por la «vergüenza/molestia» que «provocan», más que como una oportunidad para iniciar una justicia reconstituyente u otras iniciativas sociales.

[30] Incluyendo, específicamente para Almonte, Espinosa Maestre, Francisco, *La guerra civil en Huelva* (4.ª ed., 2005), pp. 553-355. Aunque, como Espinosa destaca, rindiendo tributo al trabajo pionero de Ruiz Vergara, el documental *Rocío* contenía información sobre los asesinatos extrajudiciales que nunca había sido documentada en el registro civil de Almonte (solo aproximadamente un cuarto de los asesinatos confirmados posteriormente fueron registrados, un fenómeno no poco frecuente, como hemos visto en el capítulo 3). Espinosa Maestre, Francisco, *Callar al mensajero,* p. 48. Así pues, de hecho, el documental *Rocío* ha proporcionado indicios inestimables para la investigación histórica. El mismo trabajo de Espinosa sobre la represión en Huelva muestra los claros vínculos entre los asesinatos de julio de 1936 y unos sucesos producidos en 1932, cuando el alcalde republicano de Almonte había intentado presentar una demanda judicial para establecer los derechos de la municipalidad sobre tierras adquiridas por importantes intereses terratenientes locales durante la desamortización de mediados del siglo XIX. En 1932 esto provocó una violenta respuesta (la interrupción de un pleno del ayuntamiento) por parte de sectores que más tarde, en julio de 1936, liderarían las escuadras de la muerte «limpiadoras». Espinosa Maestre, Francisco, «La religión al servicio de la política: algunas claves de la represión en Almonte (Huelva)», ensayo no publicado, cortesía del autor. Son también significativas la ofuscación y mitificación deliberada de los sucesos de 1932 que se produjeron posteriormente durante la dictadura franquista por las que un conflicto sobre propiedad y poder económico fue presentado únicamente como una respuesta a las iniciativas secularizadoras de la República, que habían incluido la retirada del ayuntamiento de una placa dedicada a la Virgen del Rocío. Espinosa Maestre, Francisco, *Contra la República. Los «sucesos de Almonte» de 1932. Laicismo, integrismo y reforma agraria,* Sevilla: Aconcagua Libros, 2012.

[31] Una visión de conjunto sumaria en Graham, Helen, *The Spanish Civil War. A Very Short Introduction*, pp. 141-144.

[32] Entrevista, 21 de julio de 2011. Sobre el poder de la exhumación, véase el ensayo introductorio del artista Torres, Francesc, *Dark is the room where we sleep*, esp. pp. 21-22. Por supuesto que los restos físicos de las víctimas, sujetos a análisis forenses, pueden también en muchos casos proporcionar pruebas irrefutables del hecho de que fueron asesinadas.

[33] Se hace referencia a la idea de Agamben, analizada en el capítulo 6. Se pueden contraponer los comentarios de la sobrina de Federico García Lorca, Laura, que dirige la Fundación García Lorca y plantea que uno no debería buscar unos huesos, sino más bien, buscar un nombre —entrevista con Fergal Keane en BBC Radio 4, «Taking a Stand: Federico García Lorca and the Bones of the Past», emitida el 3 de febrero de 2009—, que de alguna forma implica un binomio artificial porque la recuperación de los restos está también integralmente ligada al hecho de ponerles un nombre. A este respecto, se pueden comparar las impactantes pero también profundamente prácticas iniciativas cívicas por la memoria *Todos los nombres*, una base de datos *online* en desarrollo y acumulativa de aquellos ejecutados por la represión franquista, en http://www.todoslosnombres.org/, y también *Todos los rostros,* una página web interactiva que contiene mucho material fotográfico sobre el universo carcelario franquista, presentado en una perspectiva comparativa, en http://todoslosrostros.blogspot.com/ (consultados el 16 de enero de 2012).

[34] Anderson, Peter, «In the name of the Martyrs. Memory and Retribution in Francoist Southern Spain 1936-45», *Cultural and Social History,* 8, 3 (2011), pp. 355-370.

[35] Taussig, Michael, *The Magic of the State*, Londres/Nueva York: Routledge, 1997, pp. 3, 111, 113-114 y 159-160.

[36] El Partido Popular intentó oponerse tanto tiempo como fue posible a cualquier condena del golpe de julio de 1936, algo que, finalmente, aprobaron las Cortes Españolas en noviembre de 2002, junto con un reconocimiento formal de las víctimas de la guerra civil y del régimen franquista, aunque esta última expresada de forma discreta y, en último término, conservadora. El PP también se resistió a cualquier reconocimiento de la guerrilla antifranquista como tal, y en 2006 se opuso a la declaración del Consejo de Europa que condenaba los crímenes del franquismo y se dispuso a bloquear cualquier iniciativa simbólica subsiguiente dentro del país. Se opuso por completo, además, a toda ley de memoria, incluso al logro simbólico limitado de la ley de 2007.

[37] Reportaje de *El País*, 11 de julio de 1999, cit. en Espinosa Maestre, Francisco, *Contra el olvido*, p. 306, n. 16.

[38] Por ejemplo, el colaborador belga de los nazis y miembro de las Waffen-SS, Léon Degrelle, un criminal de guerra en su país de origen pero residente en España desde 1945, elogió a Hitler y negó la existencia de las cámaras de gas en los medios de comunicación estatales españoles (incluida la televisión) en más de una ocasión durante los años ochenta. Espinosa Maestre, Francisco, *Callar al mensajero*, pp. 57-63.

[39] *La Razón*, 13 de diciembre de 2009, en http://observatorioantisemitismo.fcje.org/?m=200912 (consultado el 26 de diciembre de 2010).

[40] El fallecido Tony Judt se refería a la forma en que «el reconocimiento del Holocausto» se ha convertido, formalmente, en un especie de «billete de entrada en Europa»: Judt, Tony, *Postwar. A History of Europe since 1945,* Londres: Heinemann, 2005, pp. 803-804 (hay trad. cast.: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid: Taurus, 2006). No fue hasta 1991 cuando el Tribunal Constitucional español legisló para establecer el marco preparatorio que hizo ilegal justificar el Holocausto, lo que se produjo en 1995. Espinosa Maestre, Francisco, *Callar al mensajero*, pp. 59-60. Hubo un caso judicial en Valencia, cuya sentencia fue un punto de referencia, en 1998. El tardío reconocimiento de Israel por parte de España (con un gobierno del PSOE, en 1986) fue, en parte, debido a la duradera alianza franquista con los países árabes en el ámbito internacional. Esta alianza era táctica, pero también es cierto que el franquismo, como sus homólogos europeos, era profundamente antisemita, como hemos visto en el mismo discurso de los rebeldes durante la guerra civil, analizado en el capítulo 2.

[41] Sobre los asesinatos en Jedwabne, véase el capítulo 1. El memorial fue pintado con esvásticas, lemas antisemitas y el comentario de que no era necesario pedir disculpas por lo sucedido allí, http://www.bbc.co.uk/news/world-europe-14749852 (consultado el 1 de septiembre de 2011). Maciej Giertych, eurodiputado y presidente de la Liga de Familias Polacas, en una intervención ante el parlamento europeo en julio de 2006, había pedido que se erigieran estatuas de Franco a lo largo de Europa para reconocer su papel como defensor de la civilización europea. Langenbancher, Nora, y Britta Schellenberg, (eds.), *Is Europe on the «right» path? Right-wing extremism y right-wing populism in Europe*, Berlín: Fundación Friedrich Ebert, 2011, p. 29.

[42] Ruiz Lardizábel, Jorge, «Polonia repudia las Brigadas Internacionales», *El País*, 9 de marzo de 2007, en http://www.elpais.com/articulo/internacional/Polonia/repudia/Brigadas/Internacionales/elpepuint/20070309elpepiint_7/Tes; De Sandoval, Pablo X., «El Senado defiende a los brigadistas comunistas polacos repudiados en su país», *El País,* 23 de marzo de 2007, en http://www.elpais.com/articulo/espa na/Senado/defiende/brigadistas/comunistas/polacos/repudiados/pais/el pepuesp/20070323elpepinac_12/Tes. Sobre las Brigadas Internacionales y los brigadistas polacos véase el capítulo 4. Véase también http://www.lamoncloa.gob.es/IDIOMAS/9/Gobierno/News/2011/18072011PolishInternationalBrigadeVolun teers.htm (consultadas todas las páginas el 7 de septiembre de 2011).

[43] Benjamin, Walter, «Theses on the Philosophy of History», VI, publicadas en *Illuminations. Essays and Reflections* (edición e introducción de Hannah Arendt), Nueva York: Schocken Books, 2007, p. 255; 1.ª ed. en inglés, 1968 (hay trad. cast.: «Tesis de filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos: filosofía del arte y de la historia*, Madrid: Taurus, 1971), p. 180.

[44] Tremlett, Giles, y John Hooper, «Spain’s Catholics to fight Socialist reform», *The Guardian*, 25 de octubre de 2004; Tremlett, Giles, «Spanish church prepares for battle on gay marriage», *The Guardian*, 2 de octubre de 2004; Bedoya, Juan G., «La Iglesia cree que la crisis sumará manifestantes contra el aborto», *El País*, 11 de octubre de 2009.

[45] Entrevista con Ana Isabel (Anabel) Almendral (Oppermann), *La Opinión de Zamora*, 13 de julio de 2004.

[46] Sobre la sífilis como una metáfora constante del pánico moral y, anteriormente, del discurso socialdarwinista de degeneración social, véase, por ejemplo, Pick, Daniel, *Faces of Degeneration*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989. Sobre su uso por los militares y médicos franquistas, véase Preston, Paul, «Los teóricos del exterminio», *The Spanish Holocaust*, pp. 34-51. El tema de la reducción de sus enemigos políticos al estatus de «degenerados moralmente» realizada por el franquismo también se trata en los capítulos 2, 3 y 6 de este libro.

[47] Sobre este libro y la historia de Amparo véase el capítulo 3.

[48] De febrero a abril de 2005, Miguel Ángel Mateos publicó un total de ocho artículos en *La Opinión-El Correo de Zamora*, en las siguientes fechas: 17 de febrero, 3, 4, 5, 6, 7, 8, y 24 de abril de 2005.

[49] La versión no censurada fue proyectada en 2010 en Portugal. Barcala, Diego, «El cine español aún se exilia para burlar la censura», *Público*, 27 de mayo de 2010, http://www.publico.es/espana/315761/el-cine-espanol-aun-se-exilia-para-burlar-la-censura (consultado el 16 de enero de 2012).

[50] Este es el tema unificador del libro de ensayos citado anteriormente de Espinosa Maestre, Francisco, *Callar al mensajero*.

[51] Nizkor (del hebreo «nosotros recordaremos») es una organización no gubernamental cuyo principal objetivo son las violaciones de los derechos humanos en América Latina, aunque también incluye Europa dentro de su ámbito de acción.

[52] *El País*, 2 de junio de 2008, cit. en Anderson, Peter, *The Francoist Military Trial*s, p. 78.

[53] Minder, Raphael, «Spain Confronts Decades of Pain over Lost Babies», *New York Times*, 6 de julio de 2011, en http://www.nytimes.com/2011/07/07/world/europe/07iht-spain07.html?_r=1; Tremlett, Giles, «Victims of Spanish «stolen babies network» call for investigation», *The Guardian*, 27 de enero de 2011, en http://www.guardian.co.uk/world/2011/jan/27/spain-alleged-stolen-babies-net work; Navarro, Vicenç, «Los niños perdidos del franquismo», *El País*, 24 de diciembre de 2008, en http://www.elpais.com/articulo/opinion/ninos/perdidos/franquismo/elpepiopi/20081224elpepiopi_10/Tes; Quílez, Rafael, «Mi padre me confesó que nos habían comprado a un cura por 150.000 pesetas», *El Mundo* (Niños Robados Microsite), en http://www.elmundo.es/especiales/2010/09/espana/ni nos_robados/juanluis_antonio.html (consultados el 18 de octubre de 2011). La información de esta sección está basada principalmente en una entrevista del autor con la periodista televisiva Montserrat Armengou, quien, con Ricard Belis, produjo *Els nens perduts del franquisme*, y que recientemente (en el verano de 2011) concluyó un nuevo documental sobre el tráfico de niños que se produjo posteriormente: *¡Devolvedme a mi hijo!* (Televisió 3 de Catalunya).

[54] Véase Altarriba, Antonio/Kim, *El arte de volar*, Alicante: Edicions de Ponent, 2009, para una literalmente gráfica descripción de la violencia estructural y de sus efectos a largo plazo. Es un libro de dibujos (estos están hechos por Kim), en la línea, aunque no en el estilo, del *Maus* de Spiegelman, que explica por qué el padre de Altarriba, habiendo vivido el oscuro siglo XX español y europeo, no solo en sus campos y prisiones «físicos» sino también en los repetidos fracasos y frustraciones de los derrotados, eligió, ya mayor, suicidarse. Un austero y resuelto estudio del daño irreparable causado por los campos de concentración franceses para republicanos españoles se puede ver en la película de Alberto Morais *Las Olas* (España, 2011).

[55] Agradezco a Paul Preston que me contara este comentario que le hizo un oyente en una conferencia que dio en España en 2003.

[56] Los vínculos entre *desmemoria* y esta desvinculación, al igual que los peligros que esto implica en España, son los temas principales de la extraordinaria novela de Rosa, Issac, *El vano ayer*, Barcelona: Seix Barral, 2004.

[57] Continúan apareciendo indicaciones del problema de «memoria» que se está desarrollando en España: el desfase que en 2009 permitió la aparición en la prensa estatal de un recuerdo conmemorativo de una guardiana nazi es ahora visible también en el mundo académico español, con la reciente polémica con relación a ciertas entradas del nuevo *Diccionario Biográfico Españo*l, financiado con fondos públicos y publicado en 2011 por la Real Academia de la Historia, y en el que el régimen de Franco es descrito en términos que evitan mencionar que era una dictadura.

[1] Un asterisco indica que el término también aparece en el glosario.

[*]Torres, Francesc, *Dark is the room where we sleep/Oscura es la habitación donde dormimos*, Nueva York y Barcelona: Actar, 2007, pp. 64-65 para testimonios de fotógrafos y testigos y pp. 14-25 para el perspicaz ensayo introductorio del mismo Torres. La cita utilizada como leyenda, tomada de Torres, es de Horkheimer, Max, y Theodor Adorno, *Dialectics of Enlightenment*, Londres: Verso Editions, 1979, p. xv.

[*]Djilas, Milovan, *Wartime*, Londres: Secker and Warburg, 1980, p. 447.

[*]Los datos son los del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (ICTY en sus siglas en inglés), http://www.icty.org/x/file/Outreach/view_from_hague/jit_srebrenica_en.pdf, p. 1. El 11 de julio de 2011, en el 16.° aniversario de la caída de Srebrenica, habían sido identificados y sepultados los restos de 4.522 personas. La política que se sigue es la de no enterrar huesos no identificados. Véase la página web del Museo de Srebrenica en Potoćari, http://www.potocarimc.ba. Consultadas ambas páginas el 11 de julio de 2011.

[*]W. Eugene Smith. Una observación hecha por el veterano fotógrafo estadounidense después de haber documentado los efectos del envenenamiento por mercurio en la aldea pesquera de Minamata (Japón) en un episodio que simbolizó el enfrentamiento entre las necesidades humanas/ecológicas y los poderosos intereses corporativos. W. Eugene Smith y Aileen M. Smith, *Minamata*, Londres: Chatto and Windus, 1975.

[*]Este ensayo está dedicado a los dos hijos de Amparo, Ramón y Andrea (la hermana Benedicta), y a Magdalena Maes Barayón, sobrina de Amparo.

[*]Las fotografías de Robert Capa que se incluyen en este capítulo proceden de la exposición de *La Maleta Mexicana* (http://museum.icp.org/mexican_suitcase/) y están incluidas gracias a la amable autorización del International Center of Photography, Nueva York. Las imágenes de Manuel Moros (Fondo Peneff) aparecen por cortesía del sobrino de Manuel Moros, Jean Peneff, a quien quiero dar las gracias por su generosa ayuda.

Primera edición: mayo de 2013

La guerra y su sombra
Helen Graham

Título original: *The War and its Shadow*

First published in 2012 in Great Britain, USA and Canada by
Sussex Academic Press. Published in collaboration with the
Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2013

ISBN: 978-84-9892-561-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com